
coralia press
"¡Gran documentación y cautivadoras historias!".
DIANA GABALDÓN
MÁSCARA De ENGAÑO
Crónicas Jacobitas 1
JULIA BRANNAN

Máscara de engaño

Serie *Crónicas Jacobitas*

Libro 1

Julia Brannan

coralia press

Prólogo

Escocia, septiembre de 1741

El joven highlander atravesaba el altiplano sin un destino claro. Sus pies, acostumbrados al terreno desigual, se movían por instinto, mientras sus pensamientos se hundían en la incertidumbre de la vida que estaba a punto de enfrentar. Era alto, de constitución robusta, con los músculos de un guerrero curtido y un andar ligero, propio de quien sabe moverse con sigilo por la naturaleza, ya sea bajo la luz del día o en la oscuridad de la noche.

Sin embargo, el nuevo camino que debía tomar no le resultaba familiar ni deseable. En realidad, le causaba una inquietud profunda. Se preguntó cuánto tiempo podría resistir. Quizá no mucho, considerando que un solo error supondría el fin. Aunque, siendo sincero, siempre había sido así, tanto para él como para todos los que compartían su apellido. Hasta ese momento, las recompensas habían sido pequeñas: un plato lleno y un techo temporal bajo el que refugiarse. Ahora, aunque los riesgos eran mayores y los peligros muy distintos, el premio, si lograba alcanzarlo, era incalculable.

A pesar de ello, avanzar hacia el sur se le hacía cada vez más difícil. Algo dentro de él le empujaba a volver sobre sus pasos, hacia el lugar que llamaba hogar. La idea de que quizá no regresaría jamás lo oprimía como una piedra en el pecho. Por eso, antes de seguir adelante, había buscado un momento a solas para despedirse de todo. Sus hermanos habían comprendido lo que necesitaba y continuaron su marcha, seguros de que él los alcanzaría más tarde.

Perdido en sus pensamientos, no advirtió la presencia de los soldados hasta que los vio aparecer en la cima de una colina. De haber estado tan atento como solía, los habría oído mucho antes. Pero su distracción fue determinante. Se detuvo en seco, evaluó la situación con rapidez y se arrojó al suelo, arrastrándose hasta quedar oculto en una pequeña depresión del terreno, encharcada y rodeada por un matorral de brezo espeso. Su *kilt*[1] y su *plaid*[2], en tonos verde y marrón, se fundían con el paisaje, y su cabello oscuro contribuía a su camuflaje. Cuando se estaba cubriendo las piernas desnudas con barro, los soldados estaban ya tan cerca que podía oír el crujido de sus botas. Permaneció inmóvil, consciente de que su escondite no era perfecto y de que cualquier mirada más atenta podría delatarlo. Otro *highlander* lo habría descubierto al instante. Pero estos hombres no eran escoceses y no conocían el terreno. Eran soldados ingleses del rey Jorge, extraños en una tierra que no era la suya y ajenos a las costumbres de sus habitantes.

Aunque sabía que su mano derecha seguía visible entre el brezo, cualquier movimiento habría sido una imprudencia. Decidió mantenerla donde estaba, mientras se obligaba a controlar el ritmo frenético de su corazón. Cada latido retumbaba en sus oídos como un tambor, pero logró reducir su respiración hasta convertirla en un susurro apenas perceptible.

Los casacas rojas hablaban entre ellos con tono despreocupado. Identificó cinco voces distintas. Eran demasiados para intentar combatirlos, incluso si lograba sorprenderlos. Si lo descubrían, solo le quedarían dos opciones: huir o llevarse por delante a tantos como pudiera antes de caer.

—¿Cómo demonios puede vivir alguien en este miserable agujero? —gruñó uno de ellos—. Espero que nos saquen pronto de aquí.

—Tendremos que quedarnos hasta la primavera —respondió otro, con voz juvenil—. Nos dejarán atrapados en Inversnaid hasta abril, salvo que los franceses nos ataquen.

—Eso no va a pasar este año —replicó el primero. Ahora estaban justo al lado de su escondite, y se habían detenido. ¿Por qué? El

terreno no ofrecía nada que llamara la atención: una extensión llana y yerma que descendía hacia un valle insulso. Tal vez le habían visto. Sintió cómo la adrenalina le recorría las venas mientras aguzaba el oído, alerta al menor indicio de que los soldados desenvainaran sus armas.

—Todavía se puede disfrutar un poco por aquí —comentó otra voz. Hablaba con el acento plano de un inglés del norte—. Y tenemos menos probabilidades de pillar la sífilis que con las putas de la ciudad.

Su tono era relajado. Aún no lo habían descubierto.

Las botas de cuero negro, manchadas de fango, se acercaron más, entrando en el campo de visión del *highlander*, que mantenía el rostro ligeramente vuelto hacia un lado.

—De todas formas, sigo pensando que deberíamos haberla enterrado —dijo el soldado más joven.

—Ah, ¿sí? ¿Crees que su fantasma vendrá a atormentarte? —replicó burlón el hombre mayor.

—No, claro que no, es solo que… no sé, dejarla allí, para que los animales y los cuervos se la coman, me parece… incorrecto.

—Así que ahora tienes mala conciencia, ¿eh? Pero bien que aprovechaste tu turno —dijo otra voz entre risas—. Estoy seguro de que su marido la encontrará cuando regrese de robar lo que sea que estuviera robando. Él la enterrará y nos ahorrará el trabajo.

—¿Te vienes o vas a quedarte admirando el paisaje todo el día? —dijo el primero.

Las demás voces comenzaron a alejarse, pero el hombre del norte permaneció junto al *highlander* oculto. Volvió a hablar.

—No, necesito mear. Id vosotros. Os alcanzaré enseguida.

Cuando el soldado dio un paso hacia delante, le pisó la mano al *highlander* con el tacón de su bota, aplastándole los dedos contra el suelo. El escocés contuvo el aliento, obligándose a ignorar el dolor que le atravesaba y a quedarse quieto. Aguzó el oído de nuevo. Los demás hombres seguían avanzando hacia el este, y sus voces se apagaban poco a poco. En menos de un minuto comenzarían a descender hacia el valle y los perdería de vista.

El soldado luchaba por desabrocharse los pantalones. ¿Estaba borracho? Por su voz no lo parecía, pero eso no significaba mucho si era un bebedor habitual.

Al poco tiempo, el escocés oyó el sonido de líquido repiqueteando en la tierra y, acto seguido, sintió cómo el chorro cálido le empapaba la espalda a través del *plaid* y la camisa. El contraste con el agua helada del suelo encharcado era brutal. Apretó los dientes y contó despacio hasta treinta. Las voces de los otros soldados ya no se oían. Había pasado el tiempo suficiente para que estuvieran lejos.

El inglés gruñó. Aunque el escocés solo veía sus botas negras, supo que el hombre se estaba sacudiendo las últimas gotas de orina antes de abrocharse de nuevo los pantalones. Cuando el soldado dio un paso atrás y liberó la mano del *highlander*, este supo que había llegado el momento.

Surgió de los brezos como un depredador y desenvainó su daga con la mano izquierda. En un único movimiento, hundió la hoja bajo la barbilla del inglés, atravesándole la lengua. La fuerza del ataque los hizo caer juntos sobre la hierba, y el escocés notó entonces que la punta de su cuchillo perforaba el cráneo del hombre. Aunque herido de muerte e incapaz de pedir ayuda, el soldado no murió de inmediato. Trató de zafarse dando débiles manotazos en el pecho del *highlander*, quien giró la hoja con violencia y observó cómo los ojos del hombre se abrían de par en par antes de apagarse lentamente.

Sacó la daga con cuidado y limpió la hoja en la casaca roja del soldado antes de devolverla a su funda. Luego se puso en pie, atento al menor ruido que pudiera indicar que los otros regresaban, pero no se oía nada aparte del murmullo del viento entre el brezo y la escasa hierba. Con el pie, empujó el cuerpo hacia la depresión en la que se había ocultado antes y escupió con precisión sobre la espalda del cadáver.

—No volverás a asesinar mujeres, bastardo —susurró.

El escocés se miró la mano derecha, y advirtió la herida que le recorría la muñeca hasta los nudillos y que parecía retorcerse como

una serpiente al flexionar los dedos. No tenía huesos rotos, solo magulladuras, aunque el dolor era intenso.

Cubrió con barro la llamativa casaca del inglés y echó a andar hacia el sur, donde sus hermanos lo esperaban. Los compañeros del soldado volverían pronto, pero él ya estaría muy lejos. Arrugó la nariz al notar el hedor acre de la orina en sus ropas. Antes de reunirse con sus hermanos, se detendría en el río para lavar el *plaid* y la camisa. Si ellos averiguaban lo ocurrido, nunca dejarían de burlarse de él.

Sonrió para sí mismo y reanudó la marcha a través del altiplano. Descendió la ladera rocosa con pasos rápidos y cubrió la distancia sin esfuerzo.

Sin embargo, cuando divisó a sus hermanos, cambió de idea y decidió contarles lo que había pasado. Podía soportar sus bromas, y ellos necesitaban algo que les levantara el ánimo. No tenían más deseos que él de enfrentarse a aquella nueva empresa. Si fallaban, les esperaba la tortura y la peor muerte imaginable. Pero si triunfaban, su clan, tras ciento cuarenta años, recuperaría el derecho a usar su nombre, y él podría portar legalmente el arma que acababa de emplear con tanta eficacia. Recuperarían las tierras que les habían arrebatado, y dejarían de ser conocidos como los «Hijos de la Niebla». Aunque el nombre pudiera sonar romántico, en realidad no era más que otra forma de llamarlos proscritos. Sí, el riesgo merecía la pena. Sin duda alguna.

Les saludó levantando la mano y se detuvo un momento. Giró el rostro hacia el este, en dirección a Francia e Italia, donde aguardaba su salvación.

Volvería con un ejército cuando llegara la ocasión adecuada. Hasta entonces, lo único que podía hacer era utilizar al máximo sus habilidades y, una vez preparado, armarse de paciencia y esperar.

Para un hombre de acción, esperar sería lo más difícil. Todo lo demás, en comparación, resultaría sencillo. Al menos, rezaba por eso.

Capítulo 1

Didsbury, cerca de Manchester, octubre de 1742

Los establos estaban impecables. Habían puesto paja limpia, y la sucia se encontraba apilada con cuidado afuera. Las dos personas responsables de ese orden discutían ahora de forma amistosa. La joven sujetaba las riendas de una yegua negra con una mano mientras con la otra acariciaba distraída el largo hocico del animal. El muchacho, apenas un adolescente, delgado y desgarbado, aunque con unos hombros que prometían ensancharse con el tiempo, estaba de pie junto a la puerta del establo. Él miraba con preocupación el cielo cubierto de nubes.

—No creo que sea buena idea —dijo el chico con gesto serio—. Parece que va a llover.

Ella no estaba dispuesta a escuchar sus razones. Soltó las riendas y se acercó para colocarse a su lado, en la entrada.

—¡Tonterías! —exclamó la muchacha con un bufido. Había pasado dos horas limpiando los establos y ahora quería divertirse un poco como recompensa—. Vamos, John, déjate llevar por una vez. Además, no hay nadie aquí que pueda vernos, ¿verdad?

En el cercano pueblo de Manchester se celebraba una feria, y a todos los sirvientes se les había dado el día libre para asistir. Solo John, que prefería a los animales antes que a las personas y detestaba las multitudes, había decidido quedarse. Por su parte, Beth detestaba vestirse de manera formal y disfrutaba del raro placer de estar sola en la casa. Esa mañana había pasado el rato

leyendo un libro mientras vagaba en bata por la casa, pero, cansada de estar quieta, decidió ayudar a John con su trabajo.

—Además —añadió ella, en un tono persuasivo—, no hay nadie en todo el condado que monte mejor que tú…, salvo yo, claro. Vamos, solo hasta el campo de arriba y volvemos. No tardaremos más de media hora. En tan poco tiempo no va a llover.

—¿Quieres correr campo a través? ¿Sin silla? No, Beth, es demasiado peligroso.

—¡Bah! —respondió ella con desdén—. Montar a pelo es mucho más emocionante. Además, para cuando ensillemos los caballos, probablemente ya esté lloviendo. ¿Y qué gracia tiene cabalgar por el camino? Si me caigo, cosa que no va a pasar —añadió ella despreocupada, desafiando al destino—, prefiero hacerlo sobre la hierba antes que en un suelo duro. Además, hay más posibilidades de toparnos con alguien si vamos por el camino en vez de por los campos.

Con impaciencia, ella se apartó un mechón de cabello rubio que le caía sobre la frente y lo ocultó bajo su pañuelo. Sin darse cuenta, se manchó la cara con un rastro de tierra que cubría su mano, no demasiado limpia.

—No sé… —murmuró él, aunque Beth notó que su voz comenzaba a flaquear y aprovechó la oportunidad.

—Muy bien, si no quieres venir conmigo, iré sola. Aunque así no será una verdadera carrera…

Eso fue suficiente para convencerlo. Dos minutos después, salieron del patio al galope, Beth montaba la yegua negra y John un alazán. Tan pronto como él se acomodó en el caballo, dejó atrás sus reservas y galoparon juntos por el campo como si los persiguieran todos los demonios del infierno. Sus risas juveniles resonaban en el aire, llevadas por una brisa repentina cargada con el aroma de la lluvia que no tardaría en llegar.

El hombre avanzaba al trote por el camino. Giró a la izquierda hacia el patio empedrado y redujo la marcha poco a poco mientras la casa emergía entre los árboles. Cuando llegó frente a la fachada, el caballo ya caminaba despacio. El hombre se detuvo y alzó la vista

hacia el edificio, con una mezcla de entusiasmo y recelo. Estaba casi igual a como lo recordaba: una construcción compacta de tres pisos en ladrillo rojo, con el estilo de una villa *paladiana*, ventanas de guillotina de cristales cuadrados y dos columnas de piedra que flanqueaban la entrada principal, a la que se accedía subiendo cuatro escalones. Aunque era pequeña, seguía teniendo cierto aire imponente, pero el desgaste era notorio, como si reflejara el declive de la salud y las finanzas de su antiguo dueño. Advirtió que uno de los cristales de una ventana de la planta superior estaba roto y, en lugar de reemplazarlo, alguien había colocado un pedazo de madera para tapar el hueco. La pintura verde de la puerta principal estaba descascarillada, al igual que el barniz color crema de los marcos de las ventanas. Entre los adoquines crecían matojos de hierba dispersos.

El hombre frunció el ceño con impaciencia. Había supuesto que alguien saldría enseguida a averiguar quién era aquel extraño, pero no había señales de actividad en el interior. No estaba dispuesto a desmontar todavía. Sabía lo bien que lucía a caballo, con el espléndido uniforme de su regimiento de dragones[3]. La casaca roja, adornada con encaje blanco en las solapas, las mangas y los bolsillos, destacaba como una pincelada de color vibrante entre la gama de grises y marrones del cielo inglés. Sus botas negras brillaban como espejos y sus pantalones de montar eran de un tono marfil impecable. Aunque su figura era atlética, sus piernas algo arqueadas y su mediana estatura quedaban perfectamente disimuladas sobre el caballo.

—¡Ah de la casa! —gritó, esperando que alguien saliera y llamara al resto de los criados para admirar al deslumbrante desconocido montado en su magnífico semental gris. Desde aquella posición, él podría presentarse como su nuevo amo, que había venido para reclamar su herencia.

No hubo respuesta desde el edificio.

No podía ser que todo el servicio estuviera ausente, incluso si la señora de la casa no se encontraba en ella. Rodeó la mansión a lomos del caballo, pensando que quizá los sirvientes estarían en la

parte trasera. Recordaba que la cocina y la lavandería estaban en una ampliación construida detrás, y por ello tal vez no lo habían oído. Su atención se desvió hacia la puerta del establo, que estaba abierta y se movía ligeramente con el viento. No tenía sentido que alguien hubiera salido sin asegurarse de cerrarla. El interior del establo estaba limpio, pero vacío; estaba claro que la señora no estaba en la propiedad. Sintió una punzada de decepción por el fracaso de su plan para hacer una entrada triunfal. Sin embargo, pensó que al menos podría disfrutar sacando a los sirvientes, que probablemente se habían relajado más de la cuenta, de su letargo. Para cuando la señora regresara, él ya estaría instalado como el nuevo señor.

Había sacado los pies de los estribos y estaba a punto de desmontar cuando dos jinetes, un muchacho y una joven, irrumpieron al galope en el patio. Ella iba algo más adelantada y, al detenerse de pronto, se giró hacia su rezagado acompañante con un grito nada femenino, dejando claro su triunfo. Aunque el chico había llegado justo después de ella, fue el primero en ver al extraño, que en ese momento luchaba por controlar a su caballo asustado. Cuando logró calmarlo, su enojo era evidente.

El hombre lanzó una mirada furiosa a la muchacha, y notó que esta lo observaba desde su montura con unos ojos de un azul intenso que combinaban una mezcla de curiosidad y diversión. A pesar de que él estaba enfadado, no pudo evitar darse cuenta de que era preciosa. La recorrió de arriba abajo con una mirada apreciativa, deteniéndose en sus pequeños pies, sus piernas bien torneadas, expuestas casi hasta la rodilla por su posición a horcajadas sobre el lomo del animal, y su figura esbelta y delicada. Además, debía de haber perdido su pañuelo, pues su cabello suelto caía en mechones desordenados alrededor de su rostro. Sin embargo, el tono dorado de su melena era, sin lugar a duda, el más hermoso que él había visto jamás.

«Sí, ella será un buen entretenimiento más tarde», pensó Richard, complacido.

Sin embargo, en ese momento debía preservar su dignidad, y aquella descarada lo miraba como si fueran iguales.

—Presumo que tu montura pertenece a la señora de la casa, ¿me equivoco? —preguntó él, adoptando un tono autoritario.

—Así es. No se equivoca —respondió la joven, sin mostrar el menor asomo de vergüenza.

—¿Y dónde está el resto del servicio? —insistió Richard, con el ceño fruncido.

—Se les dio el día libre para asistir a la feria en Manchester —contestó ella con aparente tranquilidad, aunque una sospecha comenzaba a formarse en su mente sobre quién era el visitante. Sin embargo, Beth decidió no revelársela por ahora al recién llegado. Dependiendo del propósito de su presencia, quizá sería mejor que ella mantuviese en secreto su propia identidad.

—¿Y tú? —añadió el dragón, lanzando una rápida mirada al muchacho, que se mantenía, indeciso, a unos pasos de distancia—. ¿Crees que tu señora aprobaría que su criada, la cual supongo que no es más que una fregona, corra por el campo con su caballo y, para colmo, vestida de una forma tan inapropiada? —Su voz se fue elevando hasta terminar en un chillido estridente.

Beth ya no tenía dudas sobre quién era él. Desde que cumplió doce años, Richard nunca había logrado controlar su temperamento cuando se enfadaba.

—No, por supuesto —intervino ella con un tono que pretendía sonar humilde y asustado—. Estoy segura de que la señorita Elizabeth se enojaría mucho —añadió, reprimiendo una carcajada al pensar que, de hecho, se enfurecería, ya que la fregona tenía diez años y jamás había montado a caballo.

Richard se percató entonces de que tenía a aquella joven tan hermosa bajo su poder, lo que sin duda la haría más complaciente con sus deseos.

—Bien, hablaremos de esto después — dijo Richard—. Ahora llévame con tu señora, si es que está en casa —ordenó, dejando claro que el problema no estaba zanjado. Él había decidido dejar a la muchacha en suspenso para que, cuando la abordase más tarde, ella estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa por evitar que la echaran o la golpeasen. Richard pensó que quizá la castigaría de

todos modos. Esbozó una sonrisa, pero Beth, que estaba desmontando, no se dio cuenta.

—Si me acompaña—dijo ella esforzándose por contener la risa—, lo llevaré al salón y avisaré a la señorita Elizabeth.

Richard desmontó también, entregó las riendas a John y siguió a Beth hacia la entrada principal de la casa. La puerta, cuya llave no estaba echada, daba paso a un estrecho vestíbulo revestido de paneles de madera. Más adelante, el espacio se ensanchaba para dar lugar a una elegante escalera de madera tallada. Había varias puertas que conducían a las habitaciones de la planta baja. Beth giró el pomo de la segunda de ellas y entraron en un salón acogedor, aunque algo pasado de moda. Dos de las paredes estaban cubiertas desde el suelo hasta el techo con estanterías repletas de libros. En la chimenea ardía un fuego de carbón, y frente a ella había una silla junto a una mesita con un libro abierto. «La dueña debe de haber estado descansando aquí hace poco», pensó Richard.

—¿Puedo decirle a la señorita Elizabeth quién pregunta por ella? —dijo Beth, bajando la mirada para que él no notara la diversión en sus ojos.

—Dile que su hermano, el sargento Richard Cunningham, del regimiento de dragones de Su Majestad, ha regresado a casa, y parece que no antes de tiempo —respondió con aire altivo.

Beth hizo una ligera reverencia y salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado antes de subir las escaleras lo más rápido que pudo.

Quince minutos después, Beth bajaba con gracia los escalones. Se había puesto un elegante vestido de satén azul pálido, con una amplia falda que caía sobre un miriñaque abombado. Las mangas, que terminaban justo por debajo del codo, estaban rematadas con delicados encajes. Se había lavado el rostro y las manos y se había cepillado el cabello, recogiéndolo con un lazo. No había tenido tiempo para más, pero pensó que lo importante era parecer presentable, tal y como Richard esperaría de la señora de una casa solariega.

Abrió la puerta y entró con aplomo.

Él estaba de pie junto a la chimenea, con las manos cruzadas a la espalda, observando un retrato de su padre, pintado años atrás. La similitud entre el cuadro y el hombre que lo miraba era asombrosa. Richard era la viva imagen de su padre, al igual que Beth lo era de su madre.

—Buenas tardes, Richard —lo saludó ella con amabilidad. Él se giró con brusquedad para mirarla.

Beth observó, divertida, cómo su hermano palidecía y luego se ponía rojo como un tomate, al darse cuenta de que había sido engañado.

—Ah…, yo…, esto… —balbuceó él, desconcertado. Beth decidió apiadarse de él y darle la oportunidad de recuperar la compostura.

—Es maravilloso verte, Richard —dijo ella, sin estar segura de que fuese cierto—, aunque deberías haber avisado de que vendrías. Habría preparado todo para tu llegada. Tal y como están las cosas, ni siquiera puedo ofrecerte algo de comer, aunque si vamos a la cocina, estoy segura de que habrá algo frío en la despensa. Como te dije, todos están en el pueblo y no volverán hasta dentro de un par de horas.

Richard asintió, mientras el color de su rostro volvía a la normalidad.

—Fue muy injusto por tu parte, Beth, gastarme una broma así —dijo él, frunciendo el ceño—. Me has hecho quedar en ridículo. Y delante del mozo de cuadras, además. Porque imagino que es el mozo de cuadras y no algún dignatario de visita, ¿verdad?

Beth sonrió ligeramente, tratando de parecer conciliadora.

—Sí, John es el mozo de cuadra. Lo siento, no era mi intención hacerte quedar en ridículo —respondió ella, pensando que lo había hecho él mismo con su actitud pomposa—. Vamos a empezar de nuevo. ¿Quieres que baje a la cocina y busque algo para comer? Debes de estar hambriento.

Richard aceptó, pero para cuando Beth regresó con una bandeja llena de fiambres y pasteles, él seguía con un humor sombrío.

—Aquí tienes —dijo ella con alegría, ignorando la expresión seria de su hermano mientras dejaba la bandeja en la mesa—. En el aparador hay una botella de clarete.

Beth fue en busca del vino y una copa y luego se dejó caer en una silla sin preocuparse por su vestido de satén. Richard, en cambio, se sentó con más formalidad frente a ella y acto seguido se sirvió una buena medida de vino.

—Llevo esperándote tres meses —comentó Beth, mirándolo fijamente—. ¿No recibiste mi carta?

—Sí, la recibí —respondió Richard, a la vez que clavaba los ojos en su hermana—. Me llegó tarde, demasiado para llegar a tiempo al funeral de padre, pero sí, al final la recibí. No podía pedir permiso en mi regimiento en aquel momento. Ahora estamos en el cuartel de invierno. Esta ha sido la primera oportunidad que he tenido para venir.

—Ya veo —murmuró Beth, pensativa—. ¿Has estado en los Países Bajos?

La guerra de sucesión austriaca había comenzado el año anterior, y media Europa, incluida Francia, la eterna enemiga de Inglaterra, estaba implicada. Un contingente considerable de tropas británicas, entre otras, había sido enviado al extranjero, a la espera de recibir órdenes. Si Richard había formado parte de ellas, era comprensible que no hubiera podido obtener el permiso. Sin embargo, podría haber escrito al menos, cosa que tampoco había hecho. Pero si Richard había estado destinado en Inglaterra, a Beth le parecía difícil de creer que le hubieran negado una licencia por duelo.

—No —respondió él, confirmando lo que Beth sospechaba: que había decidido no venir por voluntad propia—. Pero ahora estoy aquí, y veo que hay mucho por hacer. Has dejado que las cosas se descuiden, Beth. La casa no está en condiciones de recibir visitas.

El ánimo conciliador de Beth se desvaneció en un instante.

—¿Has leído el testamento de padre? —preguntó ella, intentando contener su irritación.

Richard asintió y abrió la boca para contestar, pero Beth se adelantó.

—Entonces ya sabrás que te dejó todo, excepto el dinero que reservó para mi dote. Sí, es una suma considerable, lo admito, pero no puedo tocarla hasta que me case o cumpla los treinta. Padre

estuvo enfermo durante años antes de morir —explicó, con la voz quebrada—, y no pudo encargarse de hacer reparaciones.

—Eso no lo sabía —replicó Richard, mostrando su molestia.

—Claro que no lo sabías, ¿cómo ibas a saberlo? No has tenido contacto con la familia desde que desapareciste hace trece años —le espetó—. La única razón por la que supimos que estabas en el ejército fue porque Sam, el herrero, te vio y nos lo contó. Madre y padre estaban desesperados por la angustia. Creían que te había pasado algo horrible. Podrías haberles escrito, aunque solo fuese para decirles que estabas vivo. Tenías que haber imaginado lo angustiados que estarían.

—¿En serio? —preguntó Richard con rabia, levantando la voz—. Padre dejó de prestarme atención en cuanto se casó con tu madre. ¿Cuánto tardó en darse cuenta de que me había marchado?

—¡Por supuesto que te prestaba atención! —saltó Beth, incapaz de contenerse—. Te quería. Eres su hijo.

—Puede que fuese su hijo, pero no me quería. No después de que llegara la encantadora Ann. No tenía ojos más que para ella. Tú no viviste eso, no tienes ni idea de cómo era todo. Y cuando naciste, padre solo me hablaba para decirme por qué iba a pegarme.

El tono amargo y lleno de resentimiento de Richard dejó a Beth sin palabras. ¿De veras era esa la percepción que él tenía de su padre?

—Yo tenía nueve años cuando te fuiste, Richard —dijo Beth con suavidad—. Recuerdo muchas cosas. Recuerdo que madre siempre intentó llevarse bien contigo. Pero tú no la dejabas acercarse.

—No era mi madre. Mi verdadera madre sí me amaba. Hasta que ella murió, pensaba que padre también me amaba. Pero me equivoqué. Nunca me quiso. Me odiaba, igual que odiaba a mi madre.

La dureza en la voz de Richard le trajo a Beth el recuerdo del joven taciturno que solía esconderse en los rincones con el ceño siempre fruncido. Una vez, cuando ella tenía solo cinco años, le había visto junto al estanque arrancándole las patas a una rana, con una sonrisa cruel mientras el animal intentaba escapar inútilmente. Beth había huido en silencio antes de que él la descubriera. Desde

entonces, ella le había tenido miedo y evitaba cruzarse con él. Su padre lo castigaba con frecuencia, eso era cierto, pero nunca sin motivo. Richard siempre se portaba mal. Beth había sentido un alivio inmenso cuando él se marchó.

Beth miró al hombre sentado frente a ella. Sus facciones contraídas reflejaban dolor, y sus ojos parecían dos pozos insondables y oscuros. Sin duda, él también estaba reviviendo algún episodio doloroso del pasado. Ella jamás había imaginado que Richard hubiera sufrido ese rechazo. En su memoria, siempre había sido él quien había rechazado a los demás. Richard nunca había aceptado a la segunda esposa de su padre, la madre de Beth, a pesar de los intentos de aquella por ganárselo.

Cuando él percibió la compasión en el rostro de su hermana, endureció su expresión. Apretó los labios hasta que su boca no fue más que una línea fina. Miró a Beth con desprecio y se dio cuenta de que era exactamente igual a la mujerzuela que le había robado el amor de su padre. ¿Cómo no la había reconocido antes en el patio?

—De todos modos, eso ya está olvidado —dijo Richard, aunque su tono dejaba claro que no lo estaba en absoluto—. Pero la casa necesita arreglos antes de que podamos recibir visitas.

—Nunca recibo visitas —respondió Beth con pragmatismo, agradeciendo el cambio de tema. El anterior había sido demasiado embarazoso, después de trece años de separación.

—¿Quieres decir que no te invitan a las casas de los alrededores? —preguntó Richard, incrédulo. Beth pensó que estaba claro que él no recordaba cómo habían sido las cosas en el pasado.

—No, Richard. Debes recordar que cuando padre se casó con mam…, con mi madre, su familia lo repudió. —Los acomodados Cunningham se habían horrorizado por que un miembro de su noble familia rebajara tanto su posición al casarse con una costurera escocesa sin un céntimo, y prácticamente lo habían excluido de su círculo social. Al principio, su padre se sintió dolido, pero no tardó en resignarse al rechazo de su hermano mayor, lord William, y se retiró al campo para vivir feliz con la mujer que amaba.

—Sí, pero ella murió hace años —replicó Richard—. ¿Quieres decir que aún te dan la espalda? —Richard frunció el ceño. Estaba

preocupado. Contaba con usar las conexiones de su familia, junto con su herencia, para lograr un ascenso y abrirse camino en la sociedad. Si todavía guardaban rencor, sería un golpe serio para sus ambiciones.

Beth suspiró. Esta charla distaba mucho del alegre reencuentro que ella había esperado. Había creído que ambos se pondrían al día, unidos por la pérdida de su padre, y que compartirían recuerdos de los años perdidos. En cambio, aún no habían intercambiado ni una palabra realmente cordial.

—Es cierto que tras la muerte de madre algunos familiares sí contactaron con él. Hace unos cuatro años fui con padre a visitar al primo Edward, aunque aquella visita no salió demasiado bien. —Beth negó con la cabeza al evocar cómo había permanecido sentada, rígida, al borde de la silla, con un vestido formal terriblemente incómodo. La conversación se había agotado a los diez minutos y cada vez se había hecho más forzada. Ella se había visto obligada a permanecer allí por pura cortesía, escuchando el tic-tac del reloj del salón mientras transcurrían los minutos en silencio, hasta que por fin pudieron marcharse. Nunca regresaron ni les volvieron a invitar—. La prima Isabella vino al funeral de padre —añadió Beth tras una breve pausa—. Se disculpó en nombre de lord Edward, que al parecer estaba fuera del país, y me dijo que podría visitarlos siempre que quisiera.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Richard.

—No. Nunca tuve ganas de ir. No tengo nada en común con ellos, Richard. Me gusta la vida sencilla del campo.

—¡No digas tonterías! —replicó él en tono imperioso—. Les escribiremos de inmediato y les diremos que estaremos encantados de visitarlos. Por supuesto, antes habrá que hacer algunas reparaciones en la casa para poder devolverles la invitación.

—¿Tienes tú el dinero necesario? —preguntó Beth.

Richard la miró desconcertado.

—¿Es que no queda dinero en las cuentas? Padre tenía muchas inversiones.

—Eso era hace trece años, Richard —le recordó ella con paciencia—. Como ya te dije, después de morir madre, padre

enfermó y no tuvo fuerzas para ocuparse de sus inversiones. Apenas logramos llegar a fin de mes. Queda algo en la cuenta bancaria de padre, pero solo tú puedes acceder a ese dinero. La casa y los muebles son nuestros, y aunque no dejó ninguna deuda, tampoco dejó más dinero.

Richard no parecía creerla.

—Richard, llevo tres meses sin poder pagar a los sirvientes, desde la muerte de padre. Por eso les he dado permiso hoy para ir a Manchester, como recompensa por su lealtad. Desde luego, no podemos permitirnos recibir visitas.

—Pero pensé… Él te dejó una dote muy generosa… Seguro que no lo habría hecho si no hubiera tenido suficiente dinero —comentó Richard con desconfianza.

—El testamento se redactó hace diez años, cuando padre aún disponía de dinero suficiente para dejarme una dote así. Nunca llegó a modificarlo. —Beth prefirió no añadir que, de haberlo cambiado, difícilmente habría dejado toda su fortuna a un hijo que ni siquiera había intentado contactar con la familia. Tal como estaban las cosas ahora, ella dependía del todo de un hermano con quien ya sospechaba que no congeniaría. Aun así, estaba dispuesta a intentarlo. Habían empezado con mal pie, y reconocía que parte de la culpa era suya. Había olvidado por completo que Richard carecía de sentido del humor—. La cuestión es —continuó Beth— que la única suma importante de efectivo disponible no se puede tocar salvo que yo me case, y en ese caso pasaría directamente a mi marido, no a mí. En realidad, sirve más bien de poco.

Richard parecía un niño al que hubieran permitido entrar en una juguetería después de estar años esperando fuera, solo para descubrir que las estanterías estaban vacías.

—No es tan grave —dijo Beth—. Después de todo, tienes tu carrera militar. Si contratas a alguien que administre las inversiones, o mejor aún, a alguien que me enseñe a hacerlo, yo estaré perfectamente aquí. Puedo mantener la casa lista para cuando vuelvas, y como necesito poco para vivir, seguro que quedará algo del dinero de los intereses para que puedas permitirte algún lujo. No me interesan las joyas ni los vestidos, así que no debes preocuparte

de que malgaste tu dinero en caprichos. El único que tengo son los libros.

Richard entendió que su hermana pretendía tranquilizarlo con esas palabras. Decidió aceptar por ahora la rama de olivo que ella le ofrecía, aunque solo para ganar tiempo. Él era reflexivo y metódico por naturaleza; odiaba tomar decisiones rápidas, prefería valorar con calma todas las opciones antes de elegir la más ventajosa. Siempre que podía, delegaba responsabilidades en otros, sobre todo, si así lograba atribuirse el mérito de los éxitos y eludir la culpa en los fracasos.

Creía que al volver a casa encontraría a su hermana desconsolada e indefensa, rodeada de lujos, y había planeado deshacerse de ella casándola cuanto antes. Después compraría una comisión militar con el dinero de su padre, y buscaría un ama de llaves y un administrador para que todo estuviese en orden cada vez que él regresara de permiso o quisiera recibir con comodidad a sus amigos oficiales. Por supuesto, no pensaba permitir que Beth controlara sus negocios ni su casa. Pero como aún no había decidido qué iba hacer exactamente, optó por guardar silencio.

La llegada de los sirvientes, alegres tras su día libre, evitó que Richard tuviera que responder a la propuesta de Beth. Ella los oyó llegar y sugirió que ella saliese primero a avisarles de la llegada de Richard y organizarlos en fila para que se presentaran de manera formal ante él. Richard aceptó y la observó discretamente desde detrás de la cortina mientras Beth iba a recibirlos. Richard vio con desagrado cómo se amontonaban alrededor de su hermana con excesiva familiaridad, riendo mientras compartían con ella las anécdotas del día. Beth tenía en brazos a un niño con la cara sucia y pringosa de dulces. «¿De quién será esa criatura?», pensó él, irritado. Los sirvientes casados con hijos solían vivir fuera de la casa, en algún lugar cercano. ¿Y por qué la señora de la casa permitía que un mocoso mugriento le enredase las manos sucias en el pelo, antes de que una joven morena, probablemente la madre, acudiese en su ayuda? Era obvio que Beth les había dado demasiadas libertades. También observó cómo algunos sirvientes le entregaban pequeños regalos: una cinta, un pastel e incluso un libro que su hermana

aceptó encantada. «¿Cómo pueden hacer regalos si no han cobrado su salario?», se preguntó Richard, molesto. O Beth exageraba su mala situación económica o pagaba demasiado a los criados, si estos podían permitirse ahorrar para esas frivolidades después de tres meses sin sueldo.

Cuando Richard salió por fin a presentarse ante la servidumbre, la cabeza le bullía con toda la información nueva que debía procesar. Todavía no había tomado una decisión definitiva, pero algo tenía claro: las cosas iban a cambiar. Ahora él era el señor, y pronto todos lo sabrían.

Richard dedicó los primeros días a instalarse. Cuando llegó su equipaje, Beth, con ánimo conciliador, abandonó el dormitorio principal, que tenía vistas al camino, a la iglesia cercana y a la plaza del pueblo, y ayudó a las criadas a prepararlo para él. Ella se mudó a una alcoba algo más pequeña en la parte trasera de la casa, desde donde veía los establos y el patio, y dedicó muchas horas a limpiarla y colgar cuadros con la intención de ocultar el papel pintado descolorido y así hacerla más suya. Esto también le sirvió como excusa para evitar a Richard por un tiempo, algo que esperaba sirviese para que él olvidara el mal comienzo entre ambos y se acostumbrase a su nuevo papel como señor de la casa, sin la interferencia constante de su hermana.

Pero Beth tuvo que interferir. Después de que ella hubiese reunido a los sirvientes en el patio a su regreso de la feria, Richard había salido con paso altivo para comunicarles, en tono tajante, que ahora él era el señor, que esperaba obediencia absoluta por parte de todos y que no toleraría ninguna impertinencia. Después de haberles dado esa orden, se retiró sin más, dejando a los sirvientes inquietos y no poco molestos. Beth supuso que probablemente su hermano había tratado de disimular sus nervios con aquel tono brusco. Pero como ella conocía el carácter del personal, decidió intervenir discretamente para suavizar un poco la situación.

Esa misma noche, después de que su hermano se retirase a dormir, Beth reunió de nuevo al servicio en la cocina. Intentó

tranquilizarlos afirmando que la severa actitud de Richard solo era una fachada.

—Él está acostumbrado a tratar con soldados rudos —explicó Beth ante las miradas escépticas de los presentes—. Sin duda, necesita imponer una disciplina estricta. Aún no está habituado a ser el señor de una casa, así que prefiere mostrarse firme desde el principio, pero estoy convencida de que se relajará cuando afiance su autoridad y se sienta algo más seguro. Al fin y al cabo, no os conoce como yo, pero pronto descubrirá que todos sois leales y de absoluta confianza.

Beth no los estaba halagando. Aquella no era una gran mansión, y el personal se había reducido junto con el dinero de su padre, pero todos los sirvientes llevaban años allí. Algunos, como John Betts, el chico de los establos, vivían en la casa desde que eran niños. Eran como una familia para ella, y Beth los quería y valoraba a todos. Estaba convencida de que, cuando Richard los conociese mejor, sentiría lo mismo. Beth había percibido una chispa de su necesidad desesperada de ser querido, y ella ya había decidido hacer todo lo posible para que él se integrara en este grupo de personas que la habían mantenido cuerda durante la terrible decadencia de su padre, quien sufrió una terrible depresión y luego una enfermedad terminal.

—Espero que tengas razón, Beth, pero ha empezado muy mal y no me ha parecido que se sintiese inseguro —dijo Thomas Fletcher. Él y su esposa, Jane, la cocinera, dirigían la casa. Como ocurría con todo el personal en esa peculiar residencia, tenía varias responsabilidades: supervisaba el trabajo del resto, pero también se ocupaba de las reparaciones y había mantenido la casa en buen estado hasta que el amo murió y el poco dinero del que Beth disponía se agotó. Ella misma ejercía de ama de llaves, encargando la comida y otros productos esenciales y resolviendo los escasos conflictos que surgían entre el servicio.

—No, pero él está acostumbrado a ejercer autoridad —razonó Beth—. Solo necesita ajustar la forma de ejercerla para tratar con civiles. Sé que lo conseguirá.

—Yo no estaría tan seguro —intervino Graeme, el jardinero—. Lo recuerdo cuando era niño y ya entonces tenía mal fondo. No parece

haber cambiado mucho, excepto que ahora el señor ya no está para darle una buena paliza cuando se pase de la raya. Con perdón, Beth, sé que es tu hermano, pero ninguno de nosotros lo echó en falta cuando se marchó. Y ninguno está especialmente contento de verlo regresar ahora.

Los murmullos generales indicaron que el resto compartía aquella opinión.

—No os estoy pidiendo que lo queráis, Graeme, solo os pido que le deis una oportunidad. Sí, reconozco que no siempre fue un niño agradable, pero eso ocurrió hace mucho tiempo. Ahora es un hombre; seguro que ha cambiado.

—«Dadme al niño hasta los siete años y os daré al hombre»[4] —citó Graeme—. Su madre lo echó a perder con su devoción irracional, y tu padre, Beth, lo permitió con tal de evitar los ataques de histeria de su esposa. A Richard se le consentía todo, y él solo deseaba ser cruel y malvado. Casi pierdo mi empleo por su culpa.

—Oh, Graeme, ¿no crees que estás siendo un poco injusto? Al fin y al cabo, era muy pequeño cuando murió su madre. No pudo haber sido tan malo —alegó Beth.

—Con todo respeto, Beth, tú aún no habías nacido. Richard tenía apenas seis años cuando convenció a su madre para que me despidiera, porque lo sorprendí intentando colgar al gato de la puerta del granero y se lo impedí. De no ser porque tu padre se impuso al fin, yo no estaría aquí. Aquello fue un infierno durante semanas. Eras muy joven, Tom, pero seguro que lo recuerdas.

—Así es —dijo Thomas—. Todos tuvimos que mantener la cabeza gacha porque la señora estaba insoportable.

—Cuando ella murió —prosiguió Graeme—, tu padre hizo lo que pudo por enderezar al chico, pero ya era tarde. Parecía disfrutar causando problemas. Yo pensaba a veces que le gustaba que lo castigasen.

«Tal vez fuese eso», pensó Beth. Quizá estaba tan desesperado por llamar la atención de su padre que hasta los castigos eran preferibles a la indiferencia.

—¿Por qué no me habíais contado esto antes? —preguntó Beth.

—Pasó hace mucho tiempo, y creímos que él se había marchado para siempre. Nunca surgió el tema —explicó Graeme—. Pero tú misma debes de acordarte, Beth. Tenías nueve años cuando él se fue y ya entonces era casi incontrolable.

Beth se llevó las manos a la cabeza. En lugar de allanar el camino para que Richard asumiera el control de la casa, parecía que ella había empeorado las cosas. Todos los sirvientes que no habían conocido a Richard de niño, ahora se mostraban más alarmados que antes de esta reunión secreta.

—Reconozco que pudo ser salvaje —intentó Beth de nuevo—, pero solo tenía dieciséis años cuando se marchó. Lleva trece años en el ejército, seguro que eso ha hecho de él un hombre, enseñándole honor y respeto. De lo contrario, no habría llegado a sargento.

—De eso no estoy tan seguro —dijo John con ironía—. Personalmente, no tengo buena opinión del ejército del Elector[5].

Su comentario hizo que Beth recordara otra cosa que debía abordar antes de que terminara la noche.

—La realidad —explicó Beth con tono pragmático— es que él ha vuelto y ahora es el señor, aunque seguro que me pedirá consejo. Estoy convencida de que tendré cierta influencia, e intentaré convencerlo para que me permita seguir llevando la casa, como es habitual que haga la señora. Mientras tanto, lo único que podemos hacer es recibirlo con buena disposición y olvidar el pasado. Os sugiero que obedezcáis todas sus órdenes hasta que él se sienta más seguro. Será mejor que mostréis más formalidad con él que conmigo. Llamadle «señor» en vez de Richard, y evitad darle sugerencias sobre cómo deberían hacerse las cosas. Yo aprecio vuestras recomendaciones, pero no creo que a él le agraden…, al menos por ahora.

La expresión de los presentes revelaba que dudaban que Richard llegase jamás a aceptar consejos de sus criados, pero aun así acordaron darle una oportunidad. John y Ben, el chico para todo, que se encargaba de limpiar zapatos, encender el fuego y traer agua, entre otras tareas, se levantaron para retirarse, pero Beth los detuvo.

—Esperad un momento. Hay algo más. Quizás sea evidente, pero debo mencionarlo. Creo que por ahora tendremos que suspender nuestras tertulias semanales para comentar las noticias.

Todos protestaron con desaliento. Tres años atrás, cuando su padre enfermó, Beth había empezado a leerle los periódicos para intentar devolverle el interés por la vida. Luego había extendido esa práctica al servicio, reservando una noche por semana para bajar a la cocina y charlar con ellos de temas de actualidad.

Todos, ella incluida, esperaban con ansias esa actividad, especialmente, en los últimos meses de la enfermedad de su padre, cuando este se había negado a salir de su habitación y había pedido que las contraventanas se mantuviesen siempre cerradas. Por mucho que Beth lo amase, le supuso un gran alivio poder escapar de la atmósfera sofocante y oscura de la habitación de su padre para ir a la cocina luminosa, con su suelo de piedra y sus paredes encaladas. Siempre había un fuego encendido en la chimenea de hierro forjado, que se utilizaba tanto para cocinar como para calentar agua. En las paredes colgaban hileras de utensilios y brillantes ollas de cobre que reflejaban con calidez la luz del fuego. El aire siempre tenía un aroma acogedor, una mezcla de pan recién horneado, carne asada y el delicado perfume de las hierbas aromáticas suspendidas del techo.

Los sirvientes comían allí, sentados en bancos alrededor de la mesa de madera, mientras compartían los sucesos del día. Cada miércoles por la noche, Beth cenaba con ellos, y cuando Jane terminaba sus tareas y se les unía, todos se lanzaban con entusiasmo a debatir las noticias del periódico. Sus discusiones eran siempre animadas. Esto se debía en buena parte a que Henry Cunningham, el padre de Beth, había ofrecido educación a sus sirvientes. Todos sabían leer con soltura, y tanto Thomas como Jane escribían correctamente. Siempre se les había animado a pensar por sí mismos y a interesarse por el mundo exterior. Aunque continuaban siendo muy amigos, tenían opiniones políticas distintas, reflejo de las ideas de sus antiguos amos.

Henry Cunningham procedía de una familia profundamente anglicana, partidaria de la casa Hannover, y que había aprobado con

entusiasmo el exilio del rey católico Jacobo II en 1688 y su sustitución por Guillermo de Orange, sucedido después por el Elector de Hannover, quien sería coronado como Jorge I. Henry nunca había compartido estas convicciones con tanto ardor como su hermano mayor, lord William, miembro activo del partido Whig[6], pero siempre había apoyado la sucesión Hannoveriana, al igual que había hecho su primera esposa, Arabella, la madre de Richard. Su segunda esposa, Ann, la madre de Beth, no podría haber sido más diferente. Ella y Henry se habían casado por amor, no por conveniencia, y a él no le importó en absoluto que Ann fuera una jacobita convencida y deseara fervientemente el regreso del «rey de más allá del mar», como llamaban los jacobitas al hijo del difunto rey Jacobo II, ahora conocido, según las simpatías políticas, como Jacobo III o el Pretendiente. Beth había crecido escuchando esas animadas discusiones entre sus padres, y con el tiempo había desarrollado firmes opiniones propias.

—Lo siento tanto como vosotros —añadió Beth—. Supongo que Richard es partidario del rey Jorge. Hasta que no sepa cómo reaccionará o qué piensa sobre los jacobitas, creo que será más prudente mantener en privado nuestras preferencias políticas. John, por ahora será mejor que dejes de llamar al rey Jorge «el Elector.

—¡Por todos los demonios, no pienso llamarlo rey! —protestó John con brusquedad. Graeme asintió, mostrando que opinaba lo mismo.

—No espero que lo hagáis. Simplemente evitad mencionarlo. Sed discretos —pidió Beth. —Ella miró las caras desanimadas de los sirvientes—. No todo es tan grave —aseguró, sin lograr sonar convincente—. Ahora que Richard está aquí, podrá acceder a las cuentas y pagaros todo lo que se os debe.

Nadie cambió de expresión.

—Y si todo empeora aún más —continuó Beth, tratando de animarlos—, en abril tendrá que reincorporarse a su regimiento. ¿Qué daño puede hacer en seis meses?

Una semana después, mientras Beth bajaba a cenar, recordó con amargura su optimista previsión, teniendo en cuenta todo lo que Richard había conseguido en solo diez días. Ella se había esforzado al máximo para darle una cálida bienvenida a la casa, asegurándose de ofrecerle sus platos favoritos, de que la ropa de cama estuviera limpia y planchada y su chaqueta bien cepillada. John había recibido instrucciones de cuidar con esmero el caballo de Richard, aunque apenas podían permitirse el heno extra para alimentarlo. Mientras cenaban, Beth se había mostrado muy atenta con su hermano. Le había preguntado por su bienestar y había intentado mantener una conversación con él, pero no había tenido éxito. Richard era un hombre callado, y después de pasar dos noches sin obtener más que monosílabos cuando ella le preguntaba por sus andanzas durante los años que habían pasado desde la última vez que se vieron, Beth decidió desistir. Ahora ella comía en silencio, tras algunos comentarios educados, y después se retiraba al salón para leer un rato.

La única conversación que tuvieron fue tres días después de la llegada de Richard. Este expresó su intención de despedir a John, y cuando Beth le preguntó el motivo, Richard le dijo que le parecía insolente y que se tomaba demasiadas confianzas. Beth trató de explicarle que John estaba acostumbrado a ser tratado como parte de la familia, al igual que todos los sirvientes, pero que ella confiaba en que él se adaptaría. Cuando Richard mantuvo su decisión, Beth no discutió, pero le hizo ver que John se encargaba él solo de los establos y también ayudaba con otras tareas en la casa y el jardín cuando era necesario. Después, Beth le sugirió a Richard con dulzura que esperase hasta encontrar a alguien dispuesto a aceptar tal carga de trabajo por el mismo salario que recibía John. Para su sorpresa, Richard no insistió, y no volvieron a tratar del asunto.

Beth se sorprendió por la actitud razonable de su hermano, y pensó que eso presagiaba algo positivo para el futuro, aunque desde entonces él no había sido más conversador.

Cuando ella entró al comedor esa noche, Richard estaba absorto en unos papeles, con el servicio de la cena apartado a un lado y una vela cerca de los documentos. Al aproximarse Beth, él levantó la

vista hacia ella y frunció el ceño. Richard había estado con el abogado esa mañana y aún llevaba su uniforme, aunque se había quitado la peluca. La casaca roja le quedaba bien, pensó Beth, y estaba a punto de decírselo, esperando que apreciara el cumplido, pero él habló primero.

—Tenemos que encontrar una forma de impugnar el testamento, Beth —dijo Richard—. Debe de haber algo que podamos hacer para arreglar esta situación tan ridícula.

Ella ya había hablado de esta posibilidad con Edward Cox, el abogado, quien también era amigo de la familia.

—¿El señor Cox ha hecho alguna sugerencia? —preguntó Beth mientras se sentaba a la mesa.

Richard negó con la cabeza.

—No, ha dicho que el testamento es legal, y aunque él estaba seguro de que padre lo habría cambiado si hubiera sabido lo mal que estaban sus inversiones, la realidad es que no lo hizo. Así que ahora estamos en la absurda posición de tener que vivir con doscientas libras al año, mientras tu dote de veinte mil libras está en fideicomiso, acumulando intereses al tres por ciento anual. —Richard apartó los papeles con brusquedad y empujó la vela sin querer. Con los reflejos rápidos de un soldado, la atrapó antes de que toda la cera derretida se esparciera sobre el mantel.

—¿Sabes cuánto dinero tenemos disponible en este momento? —preguntó Beth.

Él cogió su cuchara y miró hacia la puerta con impaciencia. Martha se estaba retrasando con la sopa.

—Sí —respondió—. Los intereses se pagan cada tres meses, y el último trimestre no se ha tocado, por lo que hay seis meses de intereses acumulados en la cuenta.

Beth hizo un apresurado cálculo mental.

—Bueno, no está tan mal —dijo—. Para cuando...

—¡Maldita sea, Beth! ¡¿Cómo puedes decir que no está mal?! —gritó Richard de repente, golpeando la mesa con tal fuerza que los cubiertos saltaron al aire. Beth dio un respingo, y Martha, que acababa de entrar con la sopera, estuvo a punto de dejarla caer. La mujer se quedó parada en el umbral, reacia a acercarse a su señor

en su actual estado de ánimo. Beth le hizo un gesto con la cabeza que esperaba fuera tranquilizador. Ninguna de las dos dijo nada más hasta que la sirvienta terminó de servir y desapareció.

Beth tomó una cucharada de la espesa crema de verduras.

—Realmente no está tan mal —se aventuró a decir de nuevo, ignorando la mirada de enojo de su hermano—. Incluso después de haber saldado la deuda con los sirvientes, el carnicero… Oh, y también le debo a Sam el pago de una herradura nueva... Aún tendremos suficiente para vivir, si somos cuidadosos. Disponemos de heno suficiente para los caballos, y bastantes manzanas, patatas y harina. Una vez que el cerdo...

Richard la miró con tal rabia que ella se detuvo en medio de la frase.

—No entiendes, ¿verdad? —dijo él despacio, como si le hablara a una niña pequeña. Beth apretó los dientes, pero esperó a que él continuase—. Solo gano el sueldo de sargento. No podemos vivir de manera decente con lo que tenemos. No conseguiré ningún ascenso, a menos que pueda comprar una comisión. ¿De veras quieres pasar el resto de tu vida contando cada penique?

Beth estuvo a punto de decirle que había pasado los últimos tres años haciendo justamente eso y que estaba contenta con su vida, pero se dio cuenta de que no sería prudente comentarlo, viendo lo descontento que él estaba con la suya.

—No sé qué alternativa tenemos, Richard —respondió ella con aplomo. Acostumbrada a expresarse de forma franca y honesta, ya empezaba a cansarse de ser tan cautelosa con su hermano. No tenía ni idea de cómo iba a soportar seis meses más.

Llegó el segundo plato, y Beth lo miró con desagrado. Richard era un ferviente defensor de la «buena comida inglesa», que consistía en carne asada, salsa, algunas verduras pasadas de cocción que normalmente él ignoraba, y pesados púdines de manteca. Todo eso se acompañaba con grandes cantidades de cerveza. Antes de la llegada de Richard, Beth había conseguido un libro de cocina francesa y había pasado muchas horas en la cocina con Jane, traduciendo recetas y experimentando con diferentes ingredientes para crear platos inusuales y deliciosos.

Beth removió la comida con el tenedor. Richard estaba a punto de decir algo, así que ella guardó silencio. Al menos, sería un cambio que fuera él quien lo rompiese.

—Hay una alternativa —dijo Richard al fin, mientras masticaba un trozo de carne. Tragó y bebió un sorbo de cerveza—. Podemos escribir a nuestros primos y restablecer nuestra relación con ellas.

—No tenemos ninguna relación que restablecer —le señaló Beth —. Tú no los has visto desde que eras un niño pequeño, y yo solo pasé una tarde terrible allí hace años. Eso no cuenta como relación. Nos repudiaron, Richard. No pienso ir ahora a mendigarles favores.

—Lord Edward no nos repudió, sino su padre —respondió Richard —. Y, en todo caso, tampoco él nos repudió. Fue a tu madre a quien rechazaron en realidad. Ya es hora de dejar atrás el pasado.

—Si quieres dejarlo atrás, adelante —contestó Beth con tono moderado—. Yo no tengo intención de hacerlo. El tío William hirió profundamente a mamá con su actitud soberbia y condescendiente y, por lo que vi en mi breve visita, el hijo es una copia exacta de su padre.

Richard miró a su hermana con frustración. Él había estado pensando en esto durante días y ya había formulado un plan. Pero necesitaba la cooperación de Beth. Si ella lo entendía, seguro que vería la lógica que lo sustentaba.

—Beth, no puedo hacerlo solo. Eres tú quien tiene una cuantiosa dote. Si restablecemos nuestra relación con lord Edward, conseguiremos contactos en la sociedad. Tal vez podamos ir a Londres durante la Temporada, quién sabe, quizás incluso a la Corte. —Richard sonrió al imaginarse a él mismo y a su hermana, tan bella, conquistando la capital—. Eres preciosa, debes saberlo, Beth. No te faltarán pretendientes ricos. Esto nos asegurará un buen futuro. Confío en que estarás de acuerdo.

—Has olvidado un par de cosas importantes —respondió Beth con frialdad—. Primero, como tú mismo has señalado, no tenemos dinero. Desde luego, no tenemos lo suficiente para comprar la ropa ni las tonterías necesarias para destacar en la sociedad. Y segundo, aunque por milagro consiguiéramos ese dinero y alguien me

propusiera matrimonio, sería él quien se quedaría con mi dote. Tú y yo no saldríamos beneficiados de ningún modo.

Richard suspiró. No tenía mucha experiencia con mujeres, salvo con prostitutas y las fulanas que seguían a los soldados en sus campamentos, pero creía que deberían tener algo de sentido común.

—Estoy seguro de que nuestras primas estarían encantadas de ayudarnos. Las hermanas de lord Edward son unas viejas amargadas con más dinero que buen juicio. Estoy convencido de que les haría mucha ilusión introducir a su prima en la sociedad. Y no estaríamos buscando un matrimonio por amor, Beth, sino alguien dispuesto a comprarme una comisión de alférez[7] y que pudiera mantenerte a ti con todo lujo. ¡Piénsalo! —exclamó entusiasmado—. ¡Podrías decir adiós a este lugar para siempre! —concluyó con una amplia sonrisa.

Beth pensó que Richard casi parecía guapo cuando sonreía, y se dio cuenta de que era la primera vez que él lo hacía desde su regreso. Aunque ella no quería estropear su buen humor, no tenía ninguna intención de colaborar con su plan.

—Me pides demasiado —dijo Beth tras un momento de reflexión —. No solo quieres que sea desleal con mi madre cultivando una relación con personas que la rechazaron sin motivo, sino que también quieres que me humille ante ellos, pidiendo favores. Y luego pretendes que me entregue a algún miembro de la Corte para que tú consigas un ascenso. —Dejó caer la servilleta sobre la mesa y se levantó, dejando su comida intacta—. Si quieres un ascenso, tendrás que buscar otro modo. Ve tú a pedirles favores. Quizás consigas una rica heredera.

Beth se acercó a la puerta, que alguien comenzaba a abrir desde fuera. En un abrir y cerrar de ojos, Richard saltó de su asiento, cerró la puerta de golpe frente a una atónita Martha, y luego le cortó el paso a Beth colocándose de espaldas sobre la hoja.

—Déjame pasar —dijo Beth con frialdad. Cuando él no se movió, ella intentó alcanzar el pomo de la puerta, segura de que él se apartaría cuando comprendiera que ella no tenía intención de quedarse allí escuchando más tonterías.

Sin embargo, Richard se abalanzó sobre ella y la agarró por ambos brazos. Sorprendida, Beth intentó liberarse, pero él apretó más fuerte.

—¿No sabes nada de la vida en sociedad, pequeña tonta? —le dijo, sacudiéndola, a la vez que le dirigía una sonrisa torcida—. No es posible que un sargento de dragones se case con una rica heredera, aunque fuera el hombre más apuesto de toda Inglaterra. Las mujeres bellas, en cambio, se casan por encima de su posición todo el tiempo. ¡Especialmente cuando tienen una dote como la tuya! —concluyó con un aullido.

—No soy como tú, Richard —dijo Beth, luchando por zafarse de su agarre—. Aquí vivo feliz. No tengo grandes ambiciones y, si las tuviera, no me rebajaría a conseguirlas de esa manera. —Intentó darle una patada, pero fue inútil, ya que las faldas se lo impedían—. ¡Suéltame, Richard, me estás haciendo daño! —gritó al fin, furiosa.

En lugar de ceder, él le hundió aún más los dedos en los brazos, sonriendo mientras ella gritaba. Un músculo se le contrajo en la mejilla, y Beth se dio cuenta, horrorizada, de que realmente estaba disfrutando de su dolor. Entonces, de repente, la soltó con un empujón, y ella retrocedió tambaleándose. Abrió la puerta y se volvió hacia ella.

—Tómate un poco de tiempo para pensarlo —dijo Richard—. Es la única solución sensata.

—No necesito tiempo —replicó Beth con frialdad—. No cambiaré de opinión.

Ella avanzó de nuevo para pasar junto a él, y él cerró ligeramente la puerta, dificultando su salida, aunque no intentó agarrarla de nuevo.

—Oh, sí lo harás, hermana —dijo Richard en voz baja—. Lo harás. —Abrió más la puerta y Beth aprovechó la oportunidad para escapar, caminando despacio y sin correr, como hubiera querido. Era plenamente consciente de que él la observaba mientras ella subía las escaleras para refugiarse en su habitación.

Era la primera vez que su hermano la tocaba, y aquello no tenía nada que ver con el abrazo fraternal que ella había esperado cuando él llegó. Por lo general, Beth tendía a ver lo mejor de las personas,

pero ahora comenzaba a sospechar que Graeme había sido más acertado en su juicio sobre Richard de lo que ella había imaginado, y rezó para que sus sospechas no fueran ciertas.

Capítulo 2

Beth esperaba que Richard la acosara día y noche para que accediera a llevar a cabo su plan, pero, para sorpresa de ella, él no insistió. Si embargo, se mostró casi cordial durante los dos días siguientes, probablemente con el objeto de que ella se relajara, aunque logró justo lo contrario. Cuando Beth le comunicó su intención de visitar a su amiga Mary, que vivía en el pueblo cercano de Withington, él no puso ninguna objeción, e incluso le deseó que pasara una agradable jornada. A juzgar por el comportamiento de su hermano, Beth habría pensado que él se había resignado a aceptar sus circunstancias económicas, pero ella no era tan ingenua. Además, la actitud de los sirvientes seguía empeorando día tras día. Ya no hablaban con Beth con la familiaridad relajada de siempre, y habían comenzado a llamarla «señorita Elizabeth», como Richard había ordenado, en lugar de llamarla por su nombre de pila, como Beth prefería. Todos parecían ir siempre con prisa de un sitio a otro, sin tiempo para detenerse a charlar con ella, y con una expresión inquieta en sus rostros, salvo Graeme, Thomas y Jane, demasiado mayores para dejarse amedrentar con facilidad, pero incluso ellos mostraban cada día más reserva. Beth decidió convocarles en una reunión para averiguar qué estaba pasando. Ella no había observado signos de que Richard los maltratase físicamente, aunque él estaba siendo, tal como Beth había temido, demasiado exigente y severo. Aun así, conservaba la esperanza de que su hermano terminara relajándose con ellos, como ahora parecía hacer con ella.

Salir de la casa fue un gran alivio, y Beth se sentía mucho más animada mientras cabalgaba rumbo a Withington, donde la esperaba Mary Williamson. La madre de Mary, Sarah, había sido una

entrañable amiga de Ann, la madre de Beth. Ambas compartieron años de trabajo como costureras, hasta que la vida de Ann dio un giro afortunado al casarse con Henry Cunningham. A pesar de las diferencias sociales que con el tiempo las separaron, las dos mujeres mantuvieron una estrecha amistad hasta el final de sus vidas. Sus hijas solían jugar juntas mientras ellas conversaban y, con los años, también Mary y Beth se volvieron grandes amigas. Mary trabajaba ahora como bordadora, pero ese día tenía la tarde libre, así que Beth se instaló encantada en la pequeña, pero acogedora habitación de su amiga, dispuesta a disfrutar de su compañía.

Mary estaba emocionada por dos razones: primero, porque su patrona le había regalado, con gran generosidad, una pequeña cantidad de té, la cara bebida que estaba de moda, y hasta le había prestado una vajilla para que pudiera sentirse como una verdadera dama; y segundo, según explicó a Beth mientras bebían la fragante infusión, porque había conocido a un joven con quien ya mantenía una relación formal.

—Él trabaja en Manchester con el señor Thwaite, el sastre —dijo Mary—, y tendrá la oportunidad de convertirse en su socio cuando cumpla la mayoría de edad. Estamos ahorrando todo lo posible porque, cuando eso ocurra, nos casaremos. ¡Ay, no sé cómo podré aguantar dos años enteros! Me cuesta horrores despedirme de él cada día.

Mary estaba visiblemente enamorada. Beth sonrió.

—Si él siente lo mismo por ti, seguro que estará encantado de esperar. Pero ¿por qué tenéis que aguardar a que sea socio? Con lo que ambos ganáis, podríais alquilar una habitación y vivir bastante bien.

—Podríamos hacerlo, sí —admitió Mary—, pero entonces no lograríamos ahorrar nada. Además, Joseph tiene que pagar su parte para entrar en el negocio. El señor Thwaite ha sido muy generoso, sobre todo, teniendo en cuenta que Joseph es católico y él anglicano. Solo le pide cincuenta libras, pero eso es muchísimo dinero para nosotros. Y, además, el padre de Joseph insiste en que esperemos. Quiere que empecemos nuestra vida en común con buen pie, y nos ha prometido veinte libras para final de año. Tiene

razón; si nos casáramos ahora y enseguida llegase un bebé, nos veríamos con las manos atadas desde el principio.

Desde luego, Mary lo tenía todo muy bien pensado.

—¿Os casará el padre Kendall o celebraréis una ceremonia civil? —preguntó Beth.

—Nos casará el padre Kendall. Quizá hagamos también una ceremonia civil, pero mientras seamos marido y mujer a los ojos de Dios, lo que piensen las autoridades me importa un comino. Pero ¿y tú? ¿Cuándo vas a encontrar un buen joven, Beth? Sería tan bonito casarnos a la vez…

Al ver la expresión abatida de su amiga, Mary frunció el ceño.

—¿He dicho algo malo?

—Richard insiste en que me case —respondió Beth con fastidio—, aunque a él le daría un ataque si yo eligiese a un católico. Está empeñado en buscar un buen partido que resuelva nuestros problemas económicos.

Beth le explicó brevemente el plan de Richard y cómo ella lo había rechazado, aunque evitó mencionar que él la había sujetado con violencia.

—Bueno, el matrimonio te daría la posibilidad de librarte de tu hermano, si él es tan horrible como parece —comentó Mary con sentido práctico.

Beth se las arregló para que la conversación fluyera hacia asuntos más agradables. Había ido a ver a Mary para olvidar sus problemas, no para recrearse en ellos.

Al caer la tarde se despidieron, no sin brindar antes, como era su costumbre, por el rey Jacobo, el Estuardo en el exilio. Beth emprendió el camino de regreso con el ánimo más ligero. Se sentía feliz por Mary. Al parecer, su amiga había encontrado a un hombre bueno y devoto, alguien que además compartía sus simpatías jacobitas, algo que no era demasiado difícil en Manchester, donde abundaban los partidarios del «rey de más allá del mar», que deseaban abiertamente que el rey actual, Jorge II, regresara de inmediato a Hannover, donde debía estar.

Por primera vez en su vida, al llegar a casa, Beth se sintió deprimida. «Es absurdo», pensó. «Estoy permitiendo que el mal

humor de Richard me afecte demasiado».

Hizo un esfuerzo para recomponerse y atravesó el vestíbulo con paso decidido. Richard bajaba las escaleras y, al verla, sonrió con cordialidad. Él tenía un arañazo y un golpe en la mejilla izquierda.

—¿Has pasado un día agradable? —le preguntó Richard con amabilidad.

—Sí, gracias —respondió ella con cautela, sorprendida por aquel tono tan poco habitual en él.

—He pedido que sirvan un pequeño refrigerio en la biblioteca. ¿Quieres acompañarme a tomar una copa de vino? —dijo Richard.

Beth aceptó aquel gesto conciliador, le pidió que se adelantase y, tras quitarse el abrigo de montar y el sombrero, entró en la biblioteca junto con Grace, quien llevaba una bandeja con bollos y fiambre. Richard ya estaba sentado junto al fuego, vestido de manera informal con pantalones marrones de lana y camisa de lino. La biblioteca resultaba cálida, con su revestimiento dorado de madera y sus estanterías llenas de libros y la suave luz de las velas. Desde el retrato sobre la chimenea, su padre los contemplaba con una expresión bondadosa. Beth se dejó caer en el sillón de enfrente, disfrutando de aquel ambiente acogedor.

—¿Qué te ha ocurrido en la cara, Richard? —le preguntó por simple cortesía, aunque en realidad no le importaba mucho—. ¿Te has peleado?

Él se llevó una mano a la cara, como si acabara de notar su herida.

—Ah, es solo que me caí del caballo al pasar por el bosque. Una rama me golpeó. Iba distraído.

—¿Por eso no llevas el uniforme? —preguntó Beth—. ¿Se te ha estropeado?

—Se ha manchado con un poco de barro —respondió él con una sonrisa—. Necesita que lo limpien, nada más.

Se produjo un breve silencio mientras Beth trataba de encontrar algo más que decir.

—Grace, ¿por qué estás sirviendo tú? —le preguntó a la doncella, que acababa de disponer la comida en la mesita—. ¿Martha está enferma?

Grace dirigió una mirada inquieta a Richard, que permanecía reclinado en el sillón en actitud relajada, con un tobillo apoyado en la rodilla contraria.

—Martha se ha marchado, señorita Elizabeth —respondió Grace con precaución, haciendo una leve reverencia.

La idílica escena doméstica que Beth había comenzado a imaginar se rompió de golpe en mil pedazos.

—¿Cómo que se ha marchado? —repitió Beth, incrédula—. ¿Por qué?

La criada miró de nuevo a Richard, quien se limitó a quedarse callado.

—No lo sé, señorita —se atrevió a decir al fin—. No nos dijo nada.

Grace le dirigió a Beth un gesto suplicante con sus ojos, abiertos de par en par, como si tratara de decirle que no le hiciera más preguntas.

—Gracias, Grace —dijo Beth con formalidad—. Puedes retirarte.

La muchacha inclinó la cabeza y salió tan rápido como pudo. En cuanto la puerta se cerró, Beth se volvió hacia Richard.

—¿Qué has hecho? —le espetó.

Richard la contempló con calma por encima de la copa de vino.

—¿Yo? No he hecho absolutamente nada. No es culpa mía si una sirvienta decide marcharse.

—Martha jamás habría tomado, así como así la decisión de dejarnos —afirmó Beth—. De todos los sirvientes de esta casa, ella sería la última en irse por propia voluntad. Algo ha tenido que ocurrir. ¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea —declaró Richard con total indiferencia—. Ese tipo que hace de administrador, Thomas, vino antes a decirme que Martha había presentado su renuncia y que había pedido el pago de su salario pendiente.

—¿Y se lo pagaste? —preguntó Beth.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

—¿Le has dado una carta de recomendación? ¿Sabes adónde ha ido?

—No creo que una persona que abandona su puesto de repente sin dar explicaciones merezca una recomendación. Y respecto a dónde haya ido, francamente, no es asunto nuestro. Se ha marchado y ya está. Es una molestia, pero mañana buscaré una sustituta. ¿Podemos disfrutar ahora de la velada?

—No —dijo Beth, resuelta—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Martha tiene pocas posibilidades de encontrar otro empleo, incluso con una buena recomendación. Sin ella, no tiene ninguna.

—Ah, lo dices por la mocosa, por su hija. Confieso que me sorprendió un poco que tuvieras a tu servicio a una mujer tan inmoral. No es precisamente un modelo para los demás. Quizá sea una bendición que se haya marchado —dijo él con evidente satisfacción.

Beth sabía que debería dejar correr el asunto, pero no pudo controlar su ira.

—La moral de Martha es intachable, Richard. Cometió un error, eso es todo, y ya lo ha pagado bastante caro. Además, ha aprendido la lección.

—En mi opinión, no es más que una cualquiera —dijo Richard, subiendo ligeramente la voz.

—¿Y con cuántas mujeres te has acostado tú, Richard? —preguntó Beth de pronto.

Él se sonrojó un poco, pero conservó su aire relajado.

—Con muchísimas a lo largo de estos años —respondió—. Pero no entiendo qué…

—Y cualquiera de esas mujeres podría haber tenido un hijo tuyo y haberse convertido, supongo, en una cualquiera por ello —dijo Beth con sarcasmo—. Mientras que tú, sin duda, puedes alardear de ser un gran amante y un caballero sofisticado.

—Así funcionan las cosas en el mundo, querida hermana —replicó Richard con sequedad.

—Pero ese no es mi mundo. Aquí no se condena a una mujer por un único error, ni se la tacha de ramera por hacer lo mismo que convierte a un hombre en alguien admirable.

—Tu actitud moral me inquieta, Beth —replicó él con repentina severidad—, pero hablaremos de eso en otro momento. Ahora,

permíteme recordarte que esta casa ya no pertenece a tu mundo, sino al mío. Si deseas tener tu propio hogar, sugiero que reconsideres la propuesta que te hice la otra noche. Seguro que no tendrás problemas para encontrar un marido complaciente que te permita llenar tu casa de mujeres de dudosa reputación.

«Así que de eso se trata», pensó Beth, cuando abandonó a toda prisa la biblioteca. Richard pretendía acabar poco a poco con su estilo de vida, alejando uno a uno a sus sirvientes hasta aislarla por completo, en un intento por doblegar su voluntad. Pero ella no iba a permitirlo, y se dirigió a la cocina.

Allí encontró a Thomas, Jane y Graeme, que cenaban juntos. Para su sorpresa, tampoco ellos tenían ni idea de por qué Martha se había marchado. Al parecer, la joven había aparecido en la cocina con una bolsa de viaje y su pequeña hija Ann de la mano para anunciar que se iba en ese mismo instante. Thomas había insistido en que esperase mientras él subía a que Richard le entregase el dinero que le correspondía y, en su ausencia, los demás la habían interrogado sin éxito. Martha, con los ojos enrojecidos y visiblemente alterada, no dijo nada, excepto que esa era su decisión, que se alojaría unos días con una amiga y que pronto enviaría noticias.

Todos ellos compartían la convicción de Beth de que Richard estaba detrás de esa decisión, pero no tenían pruebas, así que lo único que Beth pudo hacer fue prometerles que escribiría una excelente carta de recomendación para Martha, confiando en que no tardase en ponerse en contacto con ellos. Beth les había expresado también su temor de que Richard fuese despidiéndolos uno por uno. Thomas y Graeme le recordaron que tanto ellos como Jane y John eran imprescindibles, por lo que difícilmente serían despedidos, y que no estaban dispuestos a abandonar a su señora mientras ella los necesitara. Aquella muestra de lealtad hizo que Beth rompiera a llorar y reforzó su determinación de enfrentarse a Richard hasta el final, si no lograba persuadirlo por medios razonables, cosa que parecía cada vez más inverosímil.

Aquella noche, Beth apenas pudo conciliar el sueño, demasiado furiosa para dormir.

Durante los días siguientes, Beth evitó a Richard siempre que le fue posible. Él había adoptado la costumbre de encerrarse cada noche en la biblioteca con una botella de clarete, razón por la cual solía dormir hasta bien entrada la mañana. Dado que Beth era madrugadora por naturaleza, siempre terminaba de desayunar antes de que él despertara, así que solo coincidían en el comedor durante la cena, cita a la que ella no podía faltar sin parecer descortés. Una vez por semana, Beth visitaba a Mary y, cuando el clima lo permitía —pues ya estaban a finales de octubre—, salía a dar largos paseos a caballo por los campos y bosques que rodeaban la casa. Cuando hacía mal tiempo, se refugiaba en el salón o en su habitación para leer o coser. Richard, entretanto, había asumido el control de las cuentas domésticas y pasaba horas enredado entre los libros contables. Era evidente que los números no eran su fuerte, pero Beth no se ofreció a ayudarlo y él tampoco se lo pidió.

Dos días después de la marcha de Martha, Richard le anunció a Beth durante la cena que había encontrado una sustituta y que empezaría al día siguiente. Beth observó con recelo a la nueva criada. Aunque vestía de manera decente, con el delantal limpio y el cabello castaño recogido con cuidado bajo una cofia, había en ella cierto aire descuidado y una sonrisa ladina que Beth encontró irritante. Se reprendió por juzgarla con tanta rapidez e hizo todo lo posible para que Sarah se sintiera cómoda, hasta que Beth subió un día a su habitación y la sorprendió abriendo uno de los pequeños cajones del escritorio donde ella guardaba papel y plumas de repuesto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Beth.

Sarah dio un salto, como si hubiera recibido un susto de muerte, y cerró el cajón de golpe.

—Solo estaba limpiando un poco, señorita Elizabeth —contestó tras una pausa.

Beth la observó con escepticismo; la criada no llevaba ningún utensilio de limpieza.

—Parece que mi hermano no te ha explicado claramente cuáles son tus obligaciones, Sarah —dijo Beth con frialdad—. Tu trabajo es

ayudar a la señora Fletcher en la cocina y servir en la mesa. No tienes tareas en las otras habitaciones.

La criada hizo una brevísima reverencia, lo justo para no faltar al respeto, y acto seguido caminó hacia la puerta, mostrando una leve sonrisa al pasar junto a Beth. Esta, con un rápido movimiento del pie, cerró la puerta de golpe, bloqueándole el paso.

—Escúchame bien —dijo Beth en tono autoritario—. Ignoro de dónde te ha sacado mi hermano, pero como te vuelva a encontrar en mi habitación, volverás allí directamente. ¿Me has entendido?

Sarah sonrió de nuevo.

—El señor me dijo que solo él podía despedirme, señorita —replicó con descaro.

Beth reprimió el impulso de darle una bofetada para quitarle esa expresión de soberbia. En lugar de eso, le devolvió la sonrisa, aunque con tal frialdad que Sarah perdió la confianza al instante.

—Es cierto que mi hermano es quien manda aquí ahora —prosiguió Beth con voz gélida—, pero créeme, si me lo propongo, puedo convertir tu vida en un auténtico infierno. Si vuelves a acercarte a mi cuarto o me hablas otra vez con esa insolencia, lo haré encantada. Antes de que acabe contigo, suplicarás a mi hermano que te deje marchar. ¿Ha quedado claro?

Sarah había pasado los últimos años de su vida en los ambientes más bajos, y se había quedado asombrada cuando el sargento, después de haberle pagado por sus servicios, le propuso dejar la calle para que trabajase como criada, además de realizar algunos servicios extra por los que le abonaría una compensación adicional. Ella aceptó de inmediato. Según le había dicho él, su hermana era débil, por mucho que tratara de mostrarse fuerte, y carecía por completo de influencia. Le había ordenado que no le hiciera caso y que solo obedeciera sus instrucciones.

Ahora, Sarah evaluó a Beth cara a cara. Su rival era bastante más baja y delgada que ella, pero no fue la diferencia de clase social lo que hizo que la criada bajase la mirada. Había participado en suficientes peleas en su vida como para reconocer cuándo alguien hablaba en serio, y no tuvo ninguna duda de que Beth cumpliría su amenaza sin reparos y sin medir las consecuencias. Al parecer, el

señor había subestimado seriamente a su hermana, pero Sarah no cometería el mismo error.

A partir de ese día, Sarah se mantuvo lejos de Beth. Esta empezó a cerrar con llave su habitación cuando salía, añorando la atmósfera feliz y relajada que reinaba en la casa hacía solo un mes, pero que ahora parecía muy lejana.

Aunque Beth intentaba mostrar buen ánimo, el ambiente en la casa no mejoró ni siquiera con el pago de los salarios atrasados de los sirvientes. Todos eran conscientes de la presencia de una intrusa que probablemente informaba a Richard de todo lo que ocurría, lo cual impedía que hablasen con libertad en la cocina.

Por ello, cuando Beth bajó temprano una mañana y descubrió que Richard ya había desayunado y que se marchaba a visitar a unos amigos al pueblo —avisando de que no volvería hasta la cena —, sintió una profunda alegría. Apenas lo vio salir a lomos de su caballo, Beth llamó a Sarah y le anunció que su hermano había decidido darle el día libre y que le había dejado un chelín para que lo gastara en Manchester. Aunque la criada mostró cierta suspicacia, no desaprovechó la oportunidad de tener un día libre y dinero extra, y media hora más tarde se marchó llevando su mejor vestido.

Beth fue enseguida a la cocina para informar a los sirvientes de la maravillosa noticia. En apenas veinte minutos, todos estaban reunidos alrededor de la mesa, dispuestos a disfrutar de un par de botellas del clarete de Richard y una agradable charla. Grace, como siempre, se sentó junto al fuego a zurcir medias. Educada en una estricta familia presbiteriana, consideraba indecoroso involucrarse en conversaciones políticas o expresar opiniones propias. Aunque Beth había intentado hacerla cambiar de actitud, Grace permanecía firme en su discreción, algo que los demás respetaban.

Decidida a no desperdiciar ese valioso tiempo en hablar sobre el efecto devastador de Richard en la casa, Beth fue a la biblioteca en busca de los periódicos semanales y todos comenzaron a comentar las últimas noticias.

De forma inevitable, la conversación derivó hacia la política, la guerra de sucesión austríaca en curso y el reciente relevo, a

comienzos de año, de sir Robert Walpole como primer ministro por lord Carteret.

—Si no fuera por las políticas pacifistas de Walpole, ahora no estaríamos al borde de la guerra —declaró Thomas—. Permitió a Francia y España que se hicieran demasiado fuertes. Deberíamos haberles derrotado hace diez años, durante la guerra de sucesión polaca, y ahora no estarían amenazando a Austria. Mantenernos al margen nos hizo parecer débiles y perdimos mucha credibilidad como nación.

—Sí, pero esa guerra no tenía nada que ver con nosotros —señaló Jane—. Walpole no se equivocaba cuando dijo aquello de que «si hay guerra, se luchará en este mismo suelo por la corona del rey». En ese momento, el rey no tenía la posición tan segura como ahora. Si hubiéramos ido a la guerra hace diez años, Francia habría aprovechado para impulsar a los partidarios del Pretendiente aquí, en Gran Bretaña. ¿Habría podido sobrevivir el rey Jorge a una guerra en el extranjero y a una rebelión en su propio país al mismo tiempo? Al evitar el conflicto, Walpole le permitió afianzarse como monarca. Ahora será mucho más difícil destronarlo.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Thomas—. Francia consiguió apoderarse de la Lorena y reforzó sus alianzas con otros países. Si logran conquistar Austria, estarán en camino de dominar toda Europa. Si Walpole siguiera siendo primer ministro, no me cabe duda de que dejaría a María Teresa abandonada a su suerte con tal de mantener la paz.

Todos sentían cierta simpatía hacia la joven María Teresa, quien, tras la muerte de su padre Carlos VI, había heredado los dominios de Austria. Las potencias europeas, conscientes de su debilidad, se habían lanzado contra ella, llenas de ambición, y el rey Federico de Prusia, con el apoyo de Francia, había invadido la provincia austríaca de Silesia. Walpole había intentado mediar entre Austria y Prusia sin éxito, y el rey Jorge II, ansioso por entrar en guerra, había prometido ayuda a la asediada emperatriz.

—Sí, pero ¿por qué Jorge ha prometido ayudar a María Teresa? —intervino Graeme—. Yo os lo diré: porque su querida Hannover está amenazada. A él nunca le ha interesado Gran Bretaña, y

tampoco a su padre antes que él. Solo aceptó el trono pensando que eso beneficiaría a sus pretensiones. Para él no somos más que una fuente de dinero y soldados.

—Así es. Cuanto antes tengamos un rey que se preocupe realmente por el país, mejor —convino John—. No es que me guste mucho Francia, pero si nos ayuda a que los Estuardo vuelvan al trono que legítimamente les pertenece, bienvenida sea.

Beth había permanecido callada hasta ese momento, disfrutando de la animación en los rostros de los presentes. Ben y Mary, aún demasiado jóvenes para participar, escuchaban atentos. Beth deseó que, al margen de las opiniones políticas que desarrollaran, siempre fueran capaces de mantener la amistad con quienes pensaban de forma diferente.

—Quién sabe qué pasará mientras el Elector esté fuera, ocupado con su guerra —dijo Beth con un aire de nostalgia—. Sería la oportunidad perfecta para que el príncipe Carlos diera un golpe de mano, siempre que logre persuadir a los franceses para que lo ayuden.

Jane se estremeció al imaginar que un rey católico recuperara el trono y comenzaran de nuevo las persecuciones contra los protestantes, y no dudó en expresar sus temores.

—Sí, pero no hay ninguna prueba de que Carlos sea un católico tan fanático como lo fue su abuelo —apuntó Beth—. Seguro que ha aprendido de sus errores. No creo que quiera enemistarse con la mayoría de sus súbditos, si al fin consigue recuperar el trono para su padre.

—Precisamente ahí está el problema, Beth —dijo Thomas, llamándola de nuevo por su nombre, ahora que Richard no estaba—. Puede que Carlos sea liberal, pero el Viejo Pretendiente desde luego no lo es, y sería él quien reinase si su hijo tuviera éxito en una rebelión.

—Yo creo que abdicaría en favor del príncipe Carlos si llegara el momento —dijo John.

Nadie había pensado en esa posibilidad, pero tenía mucho sentido. Jacobo III, o el Viejo Pretendiente, como lo llamaban sus enemigos, parecía haber aceptado ya el exilio tras su fallido intento

de invasión veinte años atrás. Pero su impetuoso hijo mayor, Carlos Eduardo, era harina de otro costal.

—Es cierto que Jacobo ya no es ningún jovencito —comentó Graeme tras una breve pausa—. Pero al menos intentó recuperar su trono, más de lo que hizo su padre. Qué buenos tiempos fueron aquellos, cuando marchamos hacia Lancaster. ¡Tendrías que haber oído las gaitas y visto a aquellos hombres, miles de ellos, cantando todo el camino y proclamando al rey Jacobo! —Graeme se emocionó al recordar el Levantamiento del 15, como se le conocía ahora, cuando salió de su hogar en Kendal siendo apenas un muchacho para unirse a las fuerzas jacobitas en su marcha hacia Inglaterra.

—Pero el rey Jacobo no estuvo allí, ¿verdad? —replicó Thomas con sequedad—. Cuando desembarcó en Escocia, la rebelión prácticamente ya había acabado.

—Eso es verdad, pero no fue culpa suya llegar tarde —replicó Graeme con vehemencia—. El tiempo fue horrible. Era un hombre valiente y su hijo tiene la misma sangre, gracias a Dios. Si vuelve a surgir una oportunidad, no la desaprovecharemos.

—Desde luego que no —dijo John con determinación—. El día en que el rey Jacobo o su hijo pongan un pie en tierra británica, tendrás que buscar otro mozo de cuadras, Beth. —Su voz fue especialmente intensa y todos lo miraron sorprendidos. Aunque John era un jacobita convencido, también destacaba por su naturaleza amable y su rechazo a la violencia.

—Jamás hubiera pensado que tú quisieras luchar, John —dijo Beth, desconcertada. Él no se sintió ofendido; sabía que ella no dudaba de su valor.

—He cambiado de opinión. Últimamente he madurado bastante —respondió él con una nota amarga. Los demás intercambiaron miradas confundidas, pero John no añadió nada más. Para romper aquel silencio incómodo, Graeme continuó relatando anécdotas sobre los días gloriosos del 15, las espadas brillando al sol, el júbilo con que los jacobitas de cada pueblo recibían a los rebeldes y el compañerismo entre los soldados.

Ben y Mary miraban con asombro al anciano jardinero, cuyo pelo castaño ya se veía entreverado de gris y cuyas articulaciones

empezaban a resentirse debido a los años expuesto a la intemperie. Era obvio que intentaban imaginarlo como un joven soldado blandiendo su espada, pero sin lograrlo.

Beth sorprendió sus miradas y bromeó:

—Graeme lleva vivo desde siempre y lo recuerda absolutamente todo. Os contará el día en que conoció a Oliver Cromwell, si se lo pedís con educación.

Los niños rieron entre dientes y Graeme frunció las tupidas cejas sobre unos risueños ojos grises.

—No hagáis caso a vuestra señora. No os contaré semejante cosa. El viejo Ironsides[8] murió más de treinta años antes de que yo viniera al mundo, y agradecería menos descaro por vuestra parte, señorita. Deberíais dar buen ejemplo a vuestros sirvientes mostrando respeto por los mayores.

Beth rio abiertamente y estaba a punto de responder cuando John se puso en pie.

—Debo irme —dijo este de repente, algo rígido. Beth se preguntó qué otras tareas le habría impuesto Richard para tenerlo así.

—¿Por qué? ¡La conversación acaba de empezar y el vino también! —exclamó Beth, provocando las risas de todos.

—El señor me ha ordenado pulir los arneses antes de su regreso, y dijo que los revisaría en cuanto volviese. Si quiero terminar, debería empezar ahora mismo.

—Al diablo con el señor —protestó Beth llenando la copa de John hasta arriba—. No volverá hasta dentro de varias horas. Luego iré contigo a ayudarte.

John dudó, pero Thomas zanjó el asunto:

—Nosotros también ayudaremos si hace falta. Siéntate, hombre.

John cedió al fin y, tras sentarse de nuevo, brindó por el rey Jacobo. Thomas y Jane respondieron con rapidez brindando por el rey Jorge, y así continuó la animada discusión hasta la hora de comer.

Beth dio por terminada la alegre reunión brindando por la libertad de expresión y el fin de la tiranía, algo que todos

secundaron sabiendo muy bien que el tirano al que se refería no era ni el rey Jorge ni el rey Jacobo, sino alguien mucho más cercano.

El resto cumplió su promesa y todos ayudaron a John a lustrar los arreos y limpiar las cuadras. Incluso Richard sería incapaz de encontrar ningún defecto en el trabajo realizado. Después cada uno volvió con buen ánimo a sus respectivas tareas. La alegría general no disminuyó pese a la amenaza latente que suponía el regreso de Richard, y Beth deseó con todas sus fuerzas que aquellos amigos de su hermano, fuesen quienes fuesen, le exigieran cada vez más tiempo en su compañía.

Tras dispersarse el grupo, Beth y John se dirigieron al granero. El joven estaba intentando aprender el arte de lanzar cuchillos, y Beth le ofreció una lección práctica. John corrió a buscar su cuchillo y volvió enseguida, mientras Beth se acomodaba sobre un barril, con las faldas cogidas con una mano para no estropearlas, y dispuesta a observarlo.

Él se colocó frente a la puerta del establo y retrocedió unos pasos.

—Un poco más atrás, John —le aconsejó ella.

John se preparó sujetando el cuchillo a mitad de la hoja y, tras un breve instante, lo lanzó hacia la puerta. El cuchillo cayó al suelo, clavándose en la tierra, muy cerca de sus pies.

Beth se levantó para recogerlo.

—Estás doblando la muñeca al lanzarlo —le explicó—. Debes mantenerla firme. Prueba otra vez —añadió devolviéndole el cuchillo.

Él lo sujetó de nuevo, tal como Beth acababa de indicarle.

—No enrolles tanto el dedo alrededor de la hoja, o terminarás cortándote.

John corrigió su agarre, pero luego se volvió hacia Beth con expresión confundida.

—Pero yo te he visto hacerlo muchas veces. Tú sujetas el cuchillo con el filo hacia abajo y siempre giras la muñeca. Y aun así, siempre aciertas.

—Sí, pero llevo haciéndolo muchos años —replicó ella.

Él seguía con gesto de incertidumbre.

—Aunque recuerdo cuando tu madre te enseñaba —dijo John—, y ella también sujetaba el cuchillo con el filo hacia abajo —confesó. Apenas pronunció estas palabras, se arrepintió y la miró con cierto nerviosismo.

—Nunca me habías dicho que solías espiarnos —respondió Beth, incómoda y algo contrariada. Apreciaba mucho aquellos momentos de intimidad con su madre, las lecciones privadas en las que Ann, entre risas, corregía los torpes intentos de Beth por no cortarse los dedos, mientras compartía con ella historias sobre su juventud en las Tierras Altas. Saber ahora que alguien las había estado observando le molestaba de forma inexplicable, pese al tiempo transcurrido.

John se ruborizó.

—Sí, bueno, yo acababa de llegar aquí —dijo—. No os conocía bien y no quería molestar —añadió, balanceándose inquieto de un pie al otro y deseando no haber hablado. En realidad, él había observado fascinado aquellas escenas, no solo maravillado por la habilidad de la señora de la casa con las armas, sino por el vínculo tan espontáneo y afectuoso entre madre e hija. Un vínculo que John, que no había conocido a la suya, siempre había anhelado—. Tu madre te quería muchísimo —murmuró, y su acento nostálgico disipó la incomodidad de Beth. Esta volvió a sentarse en el barril, girando distraída el cuchillo en sus manos.

—Sí, lo sé. Tuve mucha suerte —admitió ella.

—Pasé meses intentando reunir valor para pedirle que me enseñara a lanzar el cuchillo —confesó John.

—¿Y por qué no se lo pediste? —preguntó Beth—. Probablemente te habría dicho que sí, aunque supongo que te habría hecho esperar hasta que fueses un poco mayor. —Beth se quedó pensativa; ella tenía diez años cuando su madre consideró que estaba preparada para aprender a defenderse, mientras que John apenas tendría seis o siete por aquel entonces.

—Yo quería hacerlo —dijo John—, pero cuando se lo comenté a Jane, me prohibió mencionarlo siquiera. Me asustó demasiado la idea de desobedecerla. Jane nunca aprobó que tu madre te enseñara esas «habilidades masculinas», como ella las llamaba.

Beth rio.

—Lo sé —dijo ella—. Jane adoraba a mi madre, pero nunca estuvo de acuerdo con sus convicciones jacobitas ni con su opinión sobre las habilidades que una señorita debía poseer. Pero mi madre creció en circunstancias muy distintas a las de Jane. La familia de mi madre sufrió terriblemente durante la masacre de 1692. Mi abuelo fue encarcelado y murió de tifus poco después, cuando mi madre tenía solo dos años, y mi abuela, desesperada por el dolor, juró vengarse de los Campbell. Unos años después fue arrestada por matar a un Campbell, un dragón, y murió en prisión. Mi madre quedó a cargo de sus tíos. Luego, en el Levantamiento del 15, los MacDonald se alzaron en favor del rey Jacobo, y muchos murieron en combate, incluido el tío de mi madre. Ella me contó que las mujeres del clan tuvieron que aprender a luchar por sí mismas, porque nunca sabían cuándo iban a necesitarlo. Cuando los hombres salían a pelear contra otro clan, eran ellas quienes cazaban y defendían sus hogares contra quienes aprovechaban para atacar mientras los hombres no estaban. Tuvo una vida durísima, John. Si ella no hubiese dominado el manejo del cuchillo, jamás habría sobrevivido para venir a Inglaterra y conocer a mi padre. Las historias que me contaba le pondrían los pelos de punta a cualquiera.

John aguardó en silencio unos segundos, con la esperanza de que Beth compartiera con él alguna de esas historias estremecedoras, pero Beth se quedó callada un instante y luego sacudió la cabeza para apartar a un lado aquellos recuerdos perturbadores.

—El caso es —continuó Beth— que mi madre sostuvo siempre que todas las mujeres deberían aprender a defenderse. Incluso la dama más privilegiada podría acabar viéndose obligada a sobrevivir en circunstancias difíciles. Así que me enseñó a lanzar cuchillos, incluso a matar si hacía falta. Estoy contenta de saber hacerlo, aunque espero sinceramente no tener que hacerlo jamás.

—Debes de echarla mucho de menos —dijo John con suavidad.

Beth levantó la mirada hacia él con los ojos empañados.

—Pienso en ella y en mi padre cada día —respondió con una sonrisa triste. Luego se secó los ojos con una mano, saltó del barril y

le devolvió el arma a John—. Pero si seguimos charlando, Richard llegará antes de que puedas lanzar el cuchillo ni una sola vez. Venga, vuelve a intentarlo.

Él se colocó en posición y apuntó con cuidado. Esta vez, el cuchillo dio en la puerta, aunque cayó sin llegar a clavarse en la madera.

—Mucho mejor, mantuviste firme la muñeca —dijo Beth—. Pero ahora estás girando el cuerpo. Tienes que permanecer de frente al objetivo. Lo único que debes mover es el brazo.

Beth se acercó para sujetar a John por los hombros mientras este lanzaba, pero, al tocarlo, él soltó un grito de dolor y se apartó con brusquedad, dejando caer el cuchillo al suelo.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó Beth, desconcertada.

Él palideció y la apartó con un gesto.

—No es nada —dijo—. Me caí y me lastimé. Se me pasará en un par de días.

Beth no se dejó engañar.

—Estás mintiendo. ¿Qué te ha hecho Richard? —preguntó con firmeza.

John se encogió, pero guardó silencio.

—Si no me lo cuentas tú —le advirtió Beth—, se le preguntarle a él directamente en cuanto vuelva.

—¡No lo hagas, solo empeorarás las cosas! —suplicó John, angustiado.

—Quítate la camisa —le ordenó Beth—. Quiero ver qué te ocurre.

Cuando John retrocedió unos pasos, a Beth se le encogió el corazón. Eran amigos desde niños; habían discutido y peleado como hermanos. Él nunca se había apartado así de ella. Beth se plantó ante John con las manos en las caderas.

—Si no haces lo que te digo, iré a preguntarle a Richard. No permitiré que maltrate a mis amigos y sirvientes. Quítate la camisa.

John obedeció con reticencia. Se quedó frente a Beth, temblando ligeramente durante un instante, y luego se giró despacio para que ella pudiera verle la espalda. Beth soltó un grito ahogado, y su rostro palideció hasta casi alcanzar la misma tonalidad que el de él.

—Dios mío, John —susurró—. ¿Qué te ha hecho?

La espalda del muchacho estaba llena de verdugones rojos, desde los hombros hasta la cintura. Algunas de las marcas estaban medio curadas, pero otras eran muy recientes. Beth se dio cuenta de que, al haberlo sujetado antes por los hombros, le había arrancado algunas costras y un hilo de sangre le resbalaba por la espalda.

—Yo… él… no estaba satisfecho con mi trabajo —respondió John con un hilo de voz.

—¿Con qué te golpeó? ¿Con la fusta?

—No, con una vara. Él…

Superado el primer impacto de ver sus heridas, Beth examinó las lesiones más de cerca. No eran el resultado de un solo castigo, sino de dos al menos, quizá más. Esto llevaba tiempo sucediendo.

—No pienso tolerar algo así —dijo Beth—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

John se volvió hacia ella, pero no respondió. Beth se dio media vuelta con determinación.

—¡¿Qué vas a hacer?! —exclamó John, angustiado.

—Primero voy a destruir esa vara. Luego esperaré a que Richard vuelva. No pienso dejarlo pasar, John. Lo siento.

Desesperado, él dio un paso adelante, agarró a Beth por el brazo y la hizo girarse para mirarlo.

—¡No! Richard me dijo que me mataría si te lo contaba. Y le creo muy capaz, Beth

La luz que entraba por la puerta abierta disminuyó de pronto.

—Haces bien en creerlo, muchacho —dijo una voz fría a espaldas de Beth.

John le soltó el brazo como si quemara y retrocedió hacia las sombras. Beth se volvió de inmediato y vio a su hermano apoyado con aire despreocupado en el marco de la puerta del granero.

—Lo siento —continuó Richard, burlón—. ¿He interrumpido vuestro pequeño encuentro romántico con mi regreso anticipado? Aunque quizá haya sido mejor así. Al fin y al cabo, querida hermana, no me serías útil si mancillaras tu reputación. Supongo que ahora sí estarás de acuerdo en despedir a este chico, después de que haya intentado seducirte.

Por puro instinto, Beth llevó su mano al cuchillo oculto en su bolsillo y la mantuvo allí.

—Él no ha intentado nada parecido, y lo sabes perfectamente. ¿Por qué lo persigues, Richard? ¿O acaso toda mi gente lleva ahora tu marca en la espalda? —Beth luchó por dominar su ira y conservar la calma.

Richard se apartó del marco y dio un paso adelante.

—Te recuerdo que ahora es mi gente —replicó él con acidez—. Muchos merecen ser castigados por su falta de respeto, pero están empezando a entrar en razón sin necesidad de ello. Este —añadió señalando a John, que se encogía en la penumbra— insiste en su insolencia. Veo que nunca aprenderá cuál es su lugar, sin importar lo que yo haga.

—Déjate ya de fingimientos ridículos, Richard —dijo Beth con rabia—. Intentaste despedirlo una vez y yo te lo impedí. Ahora intentas librarte de él con violencia. Sé bien qué ocurre aquí. Lo castigas porque fue testigo de cómo hiciste el ridículo el día de tu llegada. Esa es la verdadera razón, ¿no es cierto?

Beth vio cómo Richard torcía la boca y supo que había dado en el blanco.

—No pienso discutir de esto contigo —dijo él—. Luego se dirigió a John—. Estás despedido —concluyó con desprecio, y se giró para marcharse.

El cuchillo impactó con un golpe seco en el marco de la puerta, apenas a una pulgada de distancia de la cabeza de Richard, y quedó allí clavado, temblando. Él saltó a un lado con rapidez y se volvió hacia Beth, que permanecía rígida frente a él, con los puños apretados a los costados. Richard miró a su hermana y luego al cuchillo con incredulidad.

—¡Todavía no he terminado! —gritó ella—. ¡Eres muy valiente usando la vara con quien no puede defenderse, cobarde!

Richard se puso rojo de furia.

—Nadie me llama cobarde, hermanita. Nadie, ni siquiera mi familia —gruñó.

—¡¿Familia?! —gritó Beth de nuevo—. ¿A esto llamas familia? Mi gente es más mi familia de lo que tú serás jamás. ¡Me avergüenza

que seas mi hermano! ¡Me das asco!

Richard perdió el control. Avanzó hacia ella y le dio un puñetazo que le impactó de lleno en la cabeza. Beth cayó sobre el suelo cubierto de paja, donde quedó tendida, sin moverse, como si estuviera muerta. Richard se inclinó sobre ella con el puño aún cerrado.

—¡No! —gritó John, saliendo de las sombras con una horca en las manos.

Richard se irguió despacio, giró sobre sus talones y desenvainó su espada con un movimiento fluido. John se quedó blanco y abrió los ojos de par en par ante la visión de la espada, pero no retrocedió. La preocupación por Beth dominaba sobre su miedo, y Richard sintió un breve destello de admiración por el valor del muchacho antes de que la cólera por la ofensa recibida lo invadiese por completo.

—Aléjate de Beth —dijo John con voz temblorosa.

«Eso es bueno», pensó Richard. El muchacho estaba asustado y cometería errores. Richard no estaba demasiado preocupado. Él era un experto espadachín y, al contrario de lo que creía su hermana, a pesar de todos sus defectos no era un cobarde. Sin embargo, el chico era fuerte y joven, y manejaba bien la horca. El instinto de Richard le decía que acabase con él, pero sabía que eso traería problemas, y prefería evitarlos.

—Vamos, muchacho —dijo Richard con calma—. Esto es absurdo. Baja ese trasto ridículo y hablemos tranquilamente.

—He dicho que te apartes de ella —repitió John.

Richard retrocedió unos pasos.

—No pensaba hacerle daño —dijo—. Solo quería ver si estaba bien.

La horca tembló en las manos de John, y Richard sonrió.

—Sé sensato —dijo este en tono razonable—. Eres valiente, pero yo soy un soldado entrenado. No puedes vencerme. Lo sabes. Baja la horca y te dejaré ir. Tienes mi palabra de caballero.

John dudó y Richard aprovechó ese instante. Con un golpe certero de su espada le arrebató la horca de las manos y luego le

dio un puñetazo en el estómago que dejó a John sin aliento. Luego lo empujó contra la pared y le puso la punta del arma en el cuello.

John se quedó paralizado, tragando con dificultad mientras luchaba por aspirar una bocanada de aire. Richard apretó un poco más, y un hilo de sangre se deslizó por la hoja de acero.

—Tienes cinco minutos para hacer el petate y largarte —dijo con frialdad—. En seis, vendré a buscarte. Y si aún sigues aquí, te mataré. ¿Está claro?

John lanzó una mirada fugaz por encima del hombro de su agresor, buscando a Beth, pero no había nada más que pudiera hacer por ella, y asintió.

Richard lo soltó de golpe y John perdió el equilibrio. Se recompuso como pudo y salió corriendo.

Richard se acercó a la camisa del muchacho, que seguía tirada en el suelo. La recogió, limpió la espada con ella y volvió a enfundarla. Luego caminó hacia Beth, que seguía inconsciente sobre la paja. Puso dos dedos en su cuello y comprobó su pulso: firme y constante. Le dio una ligera bofetada en la mejilla. Beth emitió un suspiro, apenas audible.

Tranquilizado al ver que ella no corría peligro, Richard salió del granero. No pensaba ir a buscar a John en seis minutos. El chico ya estaría lejos. Richard había tratado con suficientes subordinados como para saber cuándo había quebrado a un hombre, y siempre le producía un perverso placer lograrlo. Silbando por lo bajo, subió los peldaños de la entrada y entró en la casa para cambiarse antes de la cena.

Jane fue la primera en notar la ausencia de Beth, al ver que no llegaba al comedor. Richard le ordenó que comenzara a servir la cena y que, si su hermana no sabía mirar el reloj, era problema suyo. Jane sirvió el primer plato —un caldo de cordero—, pero algo en el tono de él la dejó inquieta. Se lo comentó a Graeme, el primero en aparecer en la cocina.

Cuando Grace le dijo que Beth tampoco estaba en su habitación, Graeme cruzó el patio hacia los establos, el último lugar donde se la había visto. Esperaba al menos encontrar a John, quien sin duda

sabría algo. Pero no había nadie en los establos. Y, lo más alarmante: el caballo de Richard seguía en su cubículo, sin que John lo hubiese atendido. Algo iba mal.

Ya de vuelta, Graeme se topó con Ben, quien le contó que había visto a John salir corriendo del granero. Graeme la encontró allí. Ella soltó un débil quejido cuando él la alzó con cuidado entre sus brazos. La llevó de regreso a la casa, con el rostro tenso y la mirada sombría.

El oído fue el primer sentido que Beth recuperó. Oyó a través de una bruma los murmullos de preocupación que la rodeaban. Sentía los miembros entumecidos, como si no le pertenecieran, mientras una agradable somnolencia la envolvía. Luego notó algo fresco en la frente, y la neblina empezó a disiparse.

—John... —susurró, y trató de incorporarse. Un estallido de dolor le atravesó las sienes y su campo de visión se llenó de destellos brillantes. Se dejó caer de nuevo contra el brazo de Graeme. Cerró los ojos y, entre los golpes sordos que le retumbaban en la cabeza, notó que algo le rozaba los labios.

—Toma, bebe esto. —La voz de Jane le sonó lejana—. Te aliviará.

Beth tragó con esfuerzo y permaneció quieta, esperando que el dolor cediera antes de intentar moverse otra vez. Ya era consciente de que estaba en el regazo de Graeme, quien la rodeaba con un brazo para sostenerla. La mejilla de ella descansaba contra el chaleco de piel del hombre, áspero y desgastado. Aspiró su habitual aroma: cuero, tierra húmeda y el frescor de las plantas. Por un momento, se sintió de nuevo una niña, acurrucada en sus rodillas como una gatita, escuchando a medias las conversaciones de los adultos. A veces, Graeme le contaba historias sobre las gestas del Levantamiento del 15 y sus andanzas como rebelde. Cuando ella se quedaba dormida, él subía a acostarla o se la entregaba a su madre.

Pero las voces que Beth oía ahora no hablaban de cosas agradables, y ella ya no era una niña. Luchó contra el sopor. Esta vez se movió con más calma y consiguió incorporarse un poco sin que el dolor la tumbara de nuevo.

—John —dijo Beth de nuevo, ahora con más claridad—. ¿Dónde está?

Thomas y Jane intercambiaron una mirada. Esta asintió.

—Parece que se ha ido. No lo encontramos por ninguna parte, aunque su camisa estaba en el granero. Estaba manchada de sangre. —Thomas dudó un segundo antes de hablar otra vez—. ¿Él te hizo esto, Beth?

—¿John? ¡No! ¡Por supuesto que no! —exclamó ella, escandalizada de que Thomas pudiera pensarlo siquiera.

—Lo siento, Beth. Tenía que preguntarlo. Después de todo, te encontramos inconsciente en el granero, y Ben vio a John salir corriendo, medio desnudo...

Ahora entendía cómo podía haberse interpretado todo lo ocurrido… y cómo Richard podría usarlo en contra de ella si así lo decidía. Beth hizo un gesto para pedir otro trago y bebió un buen sorbo. Se sentía algo mejor. La habitación ya no daba vueltas a su alrededor y las extremidades volvían a responderle.

En ese momento entró Sarah.

—El señor está listo para el postre... —Su voz se cortó al ver la escena ante ella: la señora en el regazo del jardinero, blanca como la cera, rodeada de criados con gesto inquieto. Jane se levantó de un salto, cortó un buen trozo del budín de manteca que humeaba sobre la cocina, lo dejó caer en un plato, lo cubrió con una generosa ración de nata y se volvió hacia la criada.

—Puedes retirarte por hoy y subir a tu habitación, Sarah —dijo Jane.

—Pero el señor...

—Ya le llevaré yo el postre. Sube. Te veré mañana.

—Pero...

Thomas se puso en pie.

—¿Estás pensando en desobedecer a mi esposa? —rugió, alzando la mano. Sarah huyó y Thomas volvió a sentarse.

Beth esperó a que Jane regresara del comedor y entonces les contó lo que había ocurrido aquella tarde, sin omitir ningún detalle. Cuando terminó, se hizo un breve silencio. Thomas se levantó despacio.

—¿Adónde vas? —le preguntaron Jane y Beth a la vez.

—Al comedor. He soportado insultos, órdenes absurdas y el desprecio de ese mocoso engreído. Pero que golpee a una mujer y azote a un crío sin motivo... eso no lo pienso permitir. —Su apuesto rostro estaba sombrío, pero sus ojos verdes chispeaban con furia.

Graeme se removió en su asiento y pasó un brazo por debajo de las rodillas de Beth para levantarla.

—Iré contigo —dijo.

Beth se incorporó de un salto. Estaba blanca como el papel y se tambaleaba.

—¡No! —gritó—. No puedes razonar con él, Thomas.

—No pensaba mantener una conversación —replicó él, helado. Jane también se había quedado sin color, y Beth se sujetó a la mesa para no caerse.

—Thomas —dijo ella con firmeza—. Si haces eso, le estarás dando justo lo que él quiere: una excusa para destruirte. Es un soldado. Si no te mata con sus propias manos, acudirá a las autoridades, y lo hará encantado. ¿Qué ayuda podrías prestarnos a Jane o a mí, si acabas pudriéndote en una prisión o te deportan a las colonias?

Thomas se frotó la cara con la mano, frustrado.

—Entonces denúncialo tú misma, Beth. Todos daremos testimonio a tu favor. No tiene derecho a maltratarte.

—Lo sé, Thomas, pero ¿qué le diría yo al juez? Le lancé un cuchillo y le llamé cobarde. Él podría alegar que me pegó en defensa propia.

—¿Y fue así? —preguntó Jane.

—No —admitió Beth—. Pero si lo afirma, seguro que le creen. Acusó a John de intentar seducirme. Si le dice al magistrado que sorprendió a su hermana en brazos del mozo de cuadras, y que ella le atacó después, lo alabarán por haberme salvado del escándalo.

Thomas se dejó caer de nuevo en el banco frente a Beth, lo que fue un alivio para ambas mujeres. Beth también se sentó, agradecida, junto a Graeme.

—¿Y si no hacemos nada? —preguntó Thomas—. ¿Quién recibirá el próximo golpe? ¿Y cuánto tardará en volver a pegarte?

—Richard quería deshacerse de John porque hizo el ridículo delante de él. Y en cuanto a Martha, no aprobaba su moralidad.

Jane soltó un bufido de desprecio.

—Pues no parece tener ningún problema con esa fulana que le calienta la cama cada noche —dijo, refiriéndose a Sarah—. Estoy segura de que intentó propasarse con Martha y que ella le mandó al diablo.

Aquello fue una sorpresa para Beth, aunque no comentó nada al respecto.

—Aun así —dijo Beth—, ya ha eliminado a las dos personas que le disgustaban. No creo que llegue a tomar medidas tan drásticas con nadie más. En cuanto a mí, no pienso volver a provocarlo. Pero eso no significa que me quede de brazos cruzados.

A la mañana siguiente, al amanecer, Beth se vistió con rapidez y cabalgó hacia Manchester. Cuando Edward Cox llegó a la puerta de su despacho en Deansgate, la encontró esperándolo en la calle.

—¡Señorita Cunningham! —exclamó, al reconocerla tras el velo que le cubría la frente y los ojos—. ¡Qué grata sorpresa!

—Lamento molestarle a una hora tan temprana, pero esperaba que pudiera concederme un poco de su tiempo.

Veinte minutos después, Beth estaba sentada en el despacho, tomando un chocolate caliente, mientras el señor Cox la observaba desde el otro lado de la mesa.

—No veo cómo podría ayudarla —dijo él—. Solo puedo repetirle lo mismo que le dije ayer a su hermano: la dote solo puede entregarse a su marido, o a usted si llega a los treinta sin casarse. Si usted falleciese antes de que se cumpla una de esas condiciones, cosa que estoy seguro de que no ocurrirá, querida, el dinero se destinaría a construir un hospital para huérfanos. Su padre dejó bien claro cuáles eran sus deseos.

—¿Mi hermano estuvo aquí ayer? —preguntó Beth.

—Claro. Pensé que lo sabía...

—¿Y le preguntó expresamente qué ocurriría con la dote si yo muriese?

—Bueno, hizo muchas preguntas. Pero esa fue una de ellas, sí. Supuse que hablaba en nombre de ambos. Pero ahora veo que estaba equivocado.

Aquella revelación dejó al abogado con una sensación incómoda. Le había dado a Richard su consejo de buena fe, pero ahora empezaba a sospechar de sus intenciones.

—¿Y está usted seguro de que no hay forma de impugnar eso ante el tribunal? —preguntó Beth.

—Bueno, siempre se puede presentar una impugnación, pero sería costoso, y aunque usted aceptara que la dote se traspasase al sargento Cunningham, lo cual, por supuesto, no hará, aun así...

—Sí lo haría —lo interrumpió Beth.

—¿Cómo dice?

—Haré lo que sea con tal de sacarlo de mi vida. Si lo consigo dándole mi dote, lo haré.

Edward Cox se quedó sin palabras.

—No puede hablar en serio, querida —dijo tras una pausa—. Eso la dejaría sin un céntimo. Y, como iba a decirle, un recurso podría tardar años en resolverse, y aun así fracasar.

—Le hablaré con franqueza, señor Cox. Mi hermano tiene ansias de ascender y quiere una comisión de oficial. También desea abrirse camino en sociedad. Con nuestra situación económica actual, eso es imposible. Cree que la única solución es que yo me arrastre ante la noble familia de mi padre para que me ayuden a encontrar un marido rico e influyente que pueda ayudarlo a cumplir sus ambiciones.

—Su hermano no va mal encaminado, querida. Usted es increíblemente hermosa. Sería una manera de resolver sus problemas.

Beth dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—Estoy harta de que todos me digan que soy hermosa y que él tiene razón. ¿Por qué nadie entiende que tengo demasiado orgullo para venderme al mejor postor, solo para complacer las ambiciones de mi hermano?

—Es lo habitual en la alta sociedad —replicó con suavidad el señor Cox—. Pocos nobles se casan por amor.

—Pero yo no soy noble ni quiero serlo. Solo aspiro a una vida tranquila en el campo y que me dejen en paz.

El abogado la miró con incredulidad. La conocía desde niña y, aunque nunca la había imaginado en la rígida vida social de la nobleza, tampoco se la imaginaba llevando una existencia pacífica y rutinaria en el campo. Siempre había sido inquieta, vivaz, y nada en ella indicaba que fuera a cambiar.

—¿Hay alguna forma de liberar al menos el dinero suficiente para comprarle la comisión? —preguntó Beth.

—Lo investigaré —respondió Cox, sin muchas esperanzas—. Pero si no es posible, y usted accede a pagarle la comisión cuando se case o cumpla los treinta..., en el peor de los casos, él solo tendría que esperar siete años. De todas formas, su hermano es joven, y ha llegado al rango de sargento por méritos propios. Puede seguir ascendiendo sin necesidad de comprar el puesto.

Beth se quitó el sombrero.

—Mi hermano ha perdido la paciencia con mis negativas —dijo—. Dudo que yo pueda soportarlo siete años más.

Edward Cox palideció al ver el hematoma, negro y extendido, que cubría la sien y la mejilla de Beth.

—Debe acudir a las autoridades —dijo, horrorizado.

—No me creerían. —Beth esbozó una triste sonrisa—. Justo antes de que él me hiciera esto, le lancé un cuchillo y le llamé cobarde por azotar brutalmente a mi mozo de cuadras sin motivo. —Apoyó los codos en la mesa y lo miró con seriedad—. Que Dios me perdone, pero estoy empezando a odiar a Richard —dijo con convicción—. Está destrozando mi vida y la de mis sirvientes. No podemos seguir así. Por favor, tiene que ayudarme.

Edward Cox se mordió el labio. No disponía del dinero para prestarle la cantidad que ella necesitaba, o lo habría hecho sin dudar. Bajó la mirada hacia los papeles de los Cunningham, que estaban sobre la mesa.

—No puedo prometerle nada —dijo—. Pero haré todo lo que esté en mi mano por encontrar algún resquicio legal. No es probable, pero si existe, daré con él. Vuelva dentro de una semana.

Beth le dio las gracias, se puso en pie, y el señor Cox también lo hizo para acompañarla hasta la puerta. Cuando ella extendió su mano, él se la estrechó con suavidad y, sin soltarla, la miró con preocupación.

—¿No hay nadie con quien pueda irse a vivir? —preguntó.

Beth negó con la cabeza.

—No lo dejaré a solas con mis criados. Pero tampoco le volveré a lanzar más cuchillos. —Sonrió—. Mantendré con él las distancias y volveré la semana que viene.

Capítulo 3

Después de pasar dos días encerrada en su habitación la mayor parte del tiempo para evitar cruzarse con Richard, Beth, habitualmente activa, empezaba a desesperarse. Había escrito una carta a su amiga Mary, había vuelto a leer Robinson Crusoe, y había comenzado a redactar cartas de recomendación para todos sus criados. Había decidido entregárselas a cada uno, por si en algún momento se veían obligados a marcharse con la misma urgencia que John y Martha. Al menos, así tendrían una posibilidad de encontrar empleo en otro lugar.

Durante esos dos días, Richard tampoco había salido de la casa, lo cual había aumentado la irritación de Beth. Sin duda, su encierro se debía en parte a la lluvia que no había dejado de caer. Beth había mirado por la ventana varias veces a lo largo del día y había visto a Ben y a Graeme yendo y viniendo de los establos, empapados. Ambos se habían hecho cargo de las tareas de John de forma provisional, hasta que encontraran a un nuevo mozo de cuadras. El resto del personal se había mantenido en el interior tanto como había podido, y el ambiente general de la casa reflejaba el gris apagado del invierno que se extendía tras los cristales.

Como consecuencia del mal tiempo, Beth había usado más velas de lo habitual. Durante la segunda noche, justo cuando estaba terminando la carta de recomendación para Grace, la llama de su vela parpadeó de pronto y empezó a extinguirse. Revisó rápidamente el cajón y descubrió que era la última que le quedaba. Como no quería abandonar la tarea estando tan cerca de acabarla, se puso un chal sobre el camisón y salió apresurada de su alcoba.

Con una mano protegía la vela casi consumida del aire que corría por los pasillos, mientras con la otra se sujetaba el chal contra el pecho. Bajó las escaleras deprisa y en silencio, esquivando de forma automática el tercer peldaño, que solía crujir con fuerza al pisarlo. La casa parecía desierta. Los criados ya estarían en la cama, pero ella esperaba encontrar a Richard en la biblioteca. Sin embargo, la puerta estaba abierta, y no salía luz ni sonido alguno del interior. O era más tarde de lo que ella creía, o él habría decidido retirarse antes.

Encendió una vela nueva con el cabo de la anterior y aprovechó la ausencia de Richard para coger otro libro. Eligió un tomo sin detenerse demasiado y, al girarse, vio a Richard, de pie en el umbral con una vela en una mano y una botella de brandy en la otra.

—Vaya, hermana, qué grata y sorprendente visita —dijo con tono cálido—. Debo confesar que ya pensaba que me estabas evitando.

Él la observó con languidez, y sus ojos recorrieron lentamente su cuerpo desde los pies descalzos hasta el rostro. Ella se ajustó el chal con fuerza. Aquella mirada le hizo sentir como si estuviera desnuda delante de él, lo cual era una idea absurda, aunque inevitable.

—He bajado a por una vela y un libro —explicó ella—. Y ahora me voy a la cama.

Beth esperaba que él se hiciera a un lado, pero Richard solo se movió lo justo, dejando un estrecho hueco entre él y el marco de la puerta. Beth se pegó contra este para evitar el contacto, y Richard soltó una risita.

—Buenas noches, Beth —dijo él con suavidad y un tono burlón cuando ella salió al vestíbulo.

Beth no respondió y continuó caminando con rapidez. Richard salió también y observó cómo subía las escaleras, sin apartar la vista hasta que ella giró en el rellano. Entonces, Richard destapó la botella de brandy con los dientes y entró de nuevo en la biblioteca, cerrando la puerta de una patada.

La respuesta a la carta que él había enviado una semana antes llegó a la mañana siguiente. Si Beth hubiese estado presente cuando él la recibió, probablemente se la habría leído en voz alta en ese mismo

instante. Pero ella había aprovechado que había dejado de llover para salir a cabalgar y no volvió hasta la hora de la cena. Además, ella comió en la cocina junto a los criados, aun sabiendo que a él no le agradaba en absoluto esa familiaridad.

Más tarde, mientras Richard releía la carta acompañado de una copa de brandy, pensó que, en realidad, había sido una suerte que Beth no estuviera allí por la mañana. Aquel margen de tiempo le había permitido reflexionar sobre cuál sería la mejor forma de comunicarle el contenido de la misiva. Cuando alargó la mano para servirse más brandy, se sorprendió al ver que la botella que él había abierto por la noche, estaba ya casi vacía. Richard no recordaba haber bebido tanto, aunque debía de haberlo hecho, a no ser que los criados se hubiesen atrevido a robarle el licor. Pero lo dudaba. Estaba seguro de que ninguno de ellos era tan estúpido. Richard sabía que los tenía completamente bajo control.

Él pensó que su hermana también estaba empezando a respetarlo, lo cual le pareció algo positivo. A Richard le agradaba recordar cómo, la noche anterior, ella se había encogido para evitar su contacto. Esa reacción, unida a su tendencia a mantenerse alejada de él durante los últimos dos días, le llevó a preguntarse por qué no la había golpeado semanas antes. Richard estaba convencido de que, al hacerle entender que él estaba dispuesto a castigarla físicamente si era necesario, había bastado para ponerla en su sitio. Ahora estaba seguro de que ella aceptaría su propuesta. Richard pensaba enseñarle la carta a primera hora de la mañana. En ese momento ya era algo tarde, y Beth ya estaría dormida.

Sopesó la idea de bajar a la bodega a por otra botella de brandy, pero decidió no hacerlo. Quería estar despejado cuando se enfrentara a su hermana al día siguiente. Prefería acostarse temprano.

Una vez en su habitación, se desvistió hasta quedarse solo con la camisa y se sentó al borde de la cama. No tenía nada de sueño. La excitación al pensar que sus planes por fin se pondrían en marcha le impedía siquiera considerar la idea de dormir. Richard dio vueltas al sobre entre sus manos. Luego, de forma repentina, se levantó.

Cuando llegó frente a la puerta de la habitación de Beth, se detuvo. Levantó el brazo con intención de llamar, pero, en lugar de eso, giró con cuidado el pomo y empujó la puerta lentamente. Si ella estaba dormida, él se marcharía sin hacer ruido.

Beth, de espaldas a él, estaba inclinada con intención de coger sus zapatos, que acababa de quitarse. La escena que se presentó ante Richard lo tomó desprevenido: la luz de la vela que ardía sobre el escritorio, justo delante de la ventana, recortaba con claridad la esbelta silueta de su hermana, revelando sus largas piernas y la curva de sus nalgas bajo el fino camisón de algodón.

Richard contuvo el aliento ante aquella imagen inesperada. Beth se dio la vuelta de inmediato, con los zapatos en una mano. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a su hermano, que estaba plantado en el umbral, vestido únicamente con una camisa larga. El cabello, suelto y desordenado, le caía por los hombros. Con ese aspecto y su tez oscura, casi parecía un gitano. Beth retrocedió un paso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, con un tono tenso y cortante.

Beth también llevaba el pelo suelto. Una cascada de ondas rubio platino le descendía por la espalda hasta casi las caderas. Su camisón estaba abierto en el escote y dejaba entrever el color marfil de su pecho. Richard no podía dejar de mirarla. Nunca la había visto así, y sintió un impulso involuntario en su entrepierna. Para ocultar su turbación, él alzó el papel que llevaba en la mano.

—He... he recibido esta carta hoy —balbuceó. Tenía la boca seca, y se pasó la lengua por los labios para humedecerlos.

Beth cruzó los brazos sobre el pecho para tapar lo que su camisón dejaba a la vista.

—Déjala en la mesa, si quieres que la lea —dijo, señalando con la cabeza la mesita junto a la cama—. Y luego vete.

La orden fue tan firme que Richard sintió cómo se encendía su rabia, desplazando la vacilación que lo había dominado unos instantes antes.

—Es de la prima Isabella —aclaró él, con voz más segura—. La semana pasada le escribí para decirle que queríamos retomar el contacto. Está encantada, y dice que toda la familia estará feliz de

recibirnos cuando queramos hacerles una visita. Iremos la semana que viene, pero te dejo a ti elegir el día.

«Ya está», pensó Richard. Él había reafirmado su autoridad. Y después de lo sucedido los últimos días, estaba convencido de que Beth no se atrevería a discutir. Él podía permitirse el gesto magnánimo de dejarle escoger la fecha. Richard dejó la carta sobre la mesita y se dio la vuelta para marcharse.

—Puedes elegirlo tú mismo, Richard —declaró Beth—. No te acompañaré.

Richard se giró hacia ella, sin poder creer lo que acababa de escuchar. Creía que su hermana se había acobardado, pero allí estaba, con la barbilla alzada en un gesto desafiante. Él sintió que la ira lo dominaba, exacerbada por todo el brandy que había bebido.

—Lee la carta —dijo Richard con sequedad—. Lo discutiremos por la mañana.

Cuando él se giró de nuevo, Beth se acercó a la mesa con rapidez, cogió la carta y golpeó con ella la espada de Richard.

—No necesito leerla, Richard —dijo ella con voz suave, aunque sus ojos centelleaban—. No puedo ir contigo. Pero he ido a ver al señor Cox, y me ha asegurado que...

Richard cerró la puerta de golpe. La sangre le rugió en los oídos y no oyó las últimas palabras. Lo único que sabía era que ella seguía empeñada en desafiarlo y que había tenido la temeridad de ir al abogado para hablar de sus asuntos financieros sin pedirle permiso. Por Dios, ¡no toleraría eso de una mujer! En un impulso, la agarró por la cintura con ambas manos, la levantó del suelo y la arrojó hacia atrás.

Beth aterrizó en la cama y, antes de que ella pudiera moverse, Richard saltó encima de ella, la agarró por las muñecas y le alzó los brazos por encima de la cabeza. Apoyado sobre sus codos, la sujetó con fuerza hasta hacerla gritar de dolor. Acto seguido, Richard se sentó a horcajadas sobre ella, aprisionándola con su peso.

Richard se sorprendió de su propia reacción. Cuando la había agarrado por la cintura, había tenido la intención de golpearla, pero ahora se alegraba de no haberlo hecho. Estaba disfrutando de la sensación de tener el delicado cuerpo de Beth luchando inútilmente

bajo el suyo, de la visión de sus ojos desorbitados por el miedo. Una gran mejora con respecto a su actitud altiva de hacía unos segundos. Richard sintió la descarga de adrenalina que siempre le recorría cuando infligía dolor, combinada con el alcohol, y sonrió.

Beth sintió su placer y dejó de forcejear. Luchó por controlar su respiración agitada, pero el movimiento de su pecho en busca de aire llamó la atención de él. Richard bajó la cabeza y clavó su mirada en los picos rosados que se revelaban a través del fino tejido.

—Richard —dijo ella, sin saber cómo iba a apaciguarlo, aparte de prometerle que visitaría a Isabella—. Estás borracho —añadió, oliendo los vapores del brandy en su aliento—. Suéltame y hablaremos de esto por la mañana, como sugeriste.

—No —dijo él con firmeza—. Hablaremos de ello ahora. He estado pensando en tu curiosa reticencia a entrar en razón. Mi plan es lo único sensato que podemos hacer si queremos evitar una vida de penurias. Y sin embargo, a pesar de todos mis intentos, no quieres escucharme. Empiezo a preguntarme si no hay otra causa para tu obstinación.

«¿De qué demonios estaba hablando?». Beth lo miró, perpleja. Trató de zafarse de su agarre, pero fue en vano.

—Ya te dije por qué no quiero visitarles —declaró ella—. Le he preguntado al señor Cox si puede encontrar la manera de liberar el dinero que necesitas para comprar la comisión de oficial que deseas. Ha prometido hacer todo lo posible.

Richard soltó un resoplido.

—Ya lo he hablado con él —dijo—. Hay pocas esperanzas. E incluso si averiguase una forma de conseguir mi comisión, aún tendríamos que vivir tú y yo con doscientas libras al año. La vida de un oficial no es barata, y debo estar a la altura de mis camaradas si quiero codearme con ellos. Te guste o no, vas a tragarte tu orgullo.

—No puedes pedirme eso, Richard, es demasiado —dijo Beth, mirándole con desesperación.

—¿Eres virgen, hermana? —le preguntó él de repente, sobresaltándola.

—¿Qué? —jadeó Beth.

—Quizá tengas otros motivos aparte de la simple soberbia para negarte. Tu comportamiento desde que llegué me ha provocado serias dudas sobre tu pureza.

—¡¿Cómo te atreves a cuestionar mi virtud?! —gritó ella, indignada. Tiró con todas sus fuerzas para liberar sus manos, pero él hizo caso omiso de sus forcejeos.

—Como te he dicho, tengo razones de sobra para poner en duda tu virtud —replicó Richard, sin soltarla—. Al fin y al cabo, cuando te vi por primera vez, estabas cabalgando por el campo en un estado poco decoroso. Luego llego a casa de forma inesperada y te sorprendo con un mozo de cuadra semidesnudo. — Beth abrió la boca para protestar, pero él le puso un dedo en los labios en tono de advertencia—. Y esta noche te encuentro deambulando por la casa en camisón. ¿Con quién ibas a reunirte?

—Ya te lo expliqué —dijo ella con frialdad—. Mi virtud está intacta, y lo sabes.

—No, no lo sé —le espetó Richard—. Pero estoy a punto de descubrirlo.

Él se movió con rapidez. Le soltó una de las muñecas, se arrodilló entre las piernas de Beth, separándolas bruscamente con las suyas, y luego le subió el camisón hasta la cintura con la mano libre. Ella se arqueó hacia atrás y lanzó un grito.

Richard desvió su mirada hacia las partes más íntimas de ella, deliciosamente expuestas a su vista, y respiró con fuerza. Beth se retorció de pánico y sacudió la cabeza de un lado a otro sobre la cama. Richard sintió cómo le hervía la sangre y se hinchaba su miembro. En un impulso incontrolable, tiró de la parte superior del camisón de Beth. La tela cedió, dejando al descubierto sus perfectos senos.

—Oh, Dios… —exhaló él, asombrado. Trazó la curva de uno de ellos con un dedo, intentando aferrarse al hecho de que era su hermana, mientras la lujuria aplastaba cualquier pensamiento razonable. Trató de poner en orden sus ideas. Aunque tenía dudas sobre su virginidad, no creía realmente que fuesen acertadas. Pero ahora que la tenía a su merced, podría despejarlas con toda seguridad.

Richard deslizó su mano a través del cuerpo de Beth y acarició los suaves rizos dorados de su montículo. Luego, despacio y con cuidado, deslizó un dedo en su interior.

Ella se sacudió con desesperación y casi logró liberar sus muñecas, que Richard sujetaba con una sola mano por encima de su cabeza. Luego, él retiró el dedo, agarró con fuerza un pezón entre el pulgar y el índice y lo retorció con saña. Cuando Beth gritó de nuevo por el dolor, él la soltó, pero solo para taparle la boca.

—¡Quédate quieta! —le ordenó y, por primera vez en su vida, ella le obedeció al instante, para inmensa satisfacción de él—. Solo deseo descubrir por mí mismo si eres pura. Si forcejeas así, tú misma harás que pierdas la virginidad—. Richard apartó la mano por fin y Beth permaneció en silencio y rígida, mientras él volvía a introducir su dedo, profundizando lentamente, hasta sentir la delicada barrera que aseguraba que todas sus esperanzas seguían intactas. Al alzar la vista hacia Beth, se encontró con su mirada aterrorizada y suplicante, vio las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, y ya no pudo contenerse.

Beth vio con horror el destello irracional de sus ojos y supo, con una claridad espeluznante, que estaba a punto de ser violada por su propio hermano y que, a menos que ocurriera un milagro, no podría impedirlo.

Entre la neblina de su lujuria, Richard fue consciente de que no podía arrebatarle la virginidad. Pero había otras maneras… Él apenas notaría la diferencia, y ella seguiría siendo pura. Decidido, giró a Beth boca abajo y le introdujo por detrás primero un dedo, y luego otro. Notó cómo el estrecho pasaje cedía a su presión, y suspiró de éxtasis. Ella se tensó ante la invasión de su cuerpo y cerró los ojos. Cuando los abrió, giró la cabeza y vio que él la miraba fijamente con la respiración agitada.

—Richard —le suplicó Beth con un hilo de voz—. Por favor, te lo ruego, no lo hagas. Te arrepentirás cuando estés sobrio.

Él soltó una risa calmada que a ella le heló los huesos.

—Te equivocas, Beth. No estoy borracho, y desde luego no me arrepentiré por la mañana. Aunque creo que ahora eres tú quien se

arrepiente de haberme desafiado durante tanto tiempo. Es demasiado tarde para rogar —dijo—. Pero aún así, es bueno oírlo.

Beth tembló indefensa debajo de él, mientras las lágrimas se derramaban por sus sienes, humedeciendo su pelo. Richard lo había conseguido. Después de esto, ella haría todo lo que él quisiera, cualquier cosa, sin cuestionarlo. Él le soltó las muñecas para quitarse la camisa, seguro de que, incluso si ella intentaba escapar, cosa poco probable, podría atraparla antes de que llegase hasta la puerta.

Con un movimiento convulsivo, Beth clavó las rodillas en el colchón y se arqueó, hundiendo la mano bajo la almohada en busca del objeto que había guardado allí para protegerse desde que su padre murió y se quedó sola. Lo localizó en menos de un segundo, se giró hacia Richard, quien trataba de sacarse la camisa por la cabeza, y le agarró los testículos con una mano.

—Ahora estate quieto, bastardo, o juro por Dios que te castraré —siseó ella con una mezcla de rabia y terror, a la vez que presionaba la punta de un cuchillo en el escroto de su hermano.

Cuando Richard sintió el acero frío y cortante, se quedó paralizado. No podía ver nada bajo la camisa. La lujuria desapareció en el acto, anulada por su instinto de supervivencia, y entonces se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Toda su excitación se desvaneció, invadido por la vergüenza y la humillación.

—Beth... —dijo, sin atreverse a deshacerse de la camisa.

—No te muevas ni un centímetro —dijo ella—. Mantén los brazos donde están. Quizá creas que puedes desarmarme si te mueves con rapidez, pero te juro que no saldrás indemne. ¿Estás dispuesto a correr el riesgo de perder las pelotas?

Él asintió. La gélida serenidad en la voz de Beth dejaba muy claro que ella estaba dispuesta a cumplir sus amenazas.

—Ahora, vamos a levantarnos y caminaremos hacia la puerta, muy despacio

Beth le oyó tragar saliva.

—Pero no veo nada —protestó Richard—. Si pierdo el equilibrio...

—No temas. Yo te sujetaré —argumentó Beth, sin soltarlo ni apartar la punta de su cuchillo.

Ambos se incorporaron lentamente y fueron hacia la puerta.

—Ahora, saca un brazo de debajo de la camisa y gira el pomo —le indicó Beth. Aunque reacia a que él liberase una mano, lo prefería a tener que hacerlo ella.

Richard cumplió sus órdenes sin chistar y abrió la puerta de par en par.

—Beth, te ruego que me perdones, lo siento. —Y lo dijo en serio. Estaba consternado por su salvaje comportamiento. Lamentaba haber bebido suficiente brandy como para privarle de su decencia. Pero, sobre todo, lamentaba haber permitido que su hermana lo pusiera en la ridícula situación en que se encontraba ahora, desnudo frente al pasillo y con la cabeza dentro de su camisa.

—Usando tus propias palabras —respondió ella—, es demasiado tarde para ruegos, pero aun así, es bueno oírlo. Ya puedes irte. —Antes de que él pudiera dar un paso, Beth le dio un fuerte tirón de sus partes. Richard lanzó un aullido digno de una *banshee*[9] y se dobló por la cintura, preso del dolor.

Beth lo soltó al fin, lo lanzó de un empujón al corredor y echó el cerrojo. Luego corrió hasta el pesado arcón de roble tallado donde guardaba la ropa de cama y, con una fuerza nacida de la desesperación, lo empujó hasta bloquear la entrada. Al menos por esa noche estaría a salvo de cualquier intento de su hermano para volver a entrar.

Dejó el cuchillo sobre la cama y se apoyó contra el arcón, jadeando. Permaneció así durante unos minutos, hasta que logró recuperar el aliento. Entonces su cuerpo reaccionó. Las piernas le fallaron y se desplomó en el suelo. Apenas tuvo tiempo de arrastrarse hasta el orinal que había bajo su cama antes de vomitar en él con violencia. Después se quedó allí sentada, aturdida, con el camisón mojado por el sudor helado del miedo. Al fin, sin dejar de temblar, logró quitarse la prenda y ponerse en pie. Se acostó y observó el arcón que bloqueaba la puerta. Y, mucho después de que la vela se apagara, siguió con la mirada fija en la oscuridad, sin ver nada.

«Querido primo Richard:

No puedo expresar cuánto me alegró recibir tu carta, que llegó con el correo de ayer. Todos estamos encantados de que tú y Elizabeth deseéis retomar el contacto con vuestra familia después de tantos años.»

Beth apretó los dientes. Así que Richard había tenido el descaro de escribir en nombre de los dos sin decírselo siquiera.

No era de extrañar que él no hubiese pegado ojo. Su hermano había pasado la noche dándole vueltas a todas las opciones posibles. A Beth le sorprendía, aunque también le aliviaba, que Richard no hubiese intentado forzar la puerta de nuevo.

En cuanto amaneció, Beth abrió los postigos y se sentó frente a su escritorio para leer la carta de Isabella.

«Lamento saber que la casa está en tan mal estado y que necesita una reforma considerable antes de poder habitarla o recibir visitas. Por supuesto, sé que el tío Henry estuvo enfermo durante un tiempo antes de su triste fallecimiento, y entiendo que Elizabeth concentrara todos sus esfuerzos en cuidarlo, en lugar de mantener la propiedad en condiciones.

»Ni hablar de que os alojéis en un hotel cuando aquí tenemos sitio de sobra. Estaremos encantadas de que vinierais a pasar un tiempo con nosotros. Llevamos una vida tranquila en Ardwick y apenas recibimos visitas, así que vuestra compañía será más que bienvenida. Por supuesto, en año nuevo nos trasladaremos a nuestra casa de Londres, donde la vida será mucho más animada. He hablado con mi hermano, que cree que lo mejor sería que vinierais la semana próxima, para poder retomar el contacto y hablar con calma sobre una posible estancia prolongada. Estamos en casa todos los días de diez de la mañana a dos de la tarde, y os esperamos con gusto.

Con todo mi cariño, tanto para ti como para la querida Elizabeth.

Vuestra prima,

Isabella.»

Beth se recostó en la silla. Su hermano podía ser muchas cosas, pero no era tonto. Al haber mencionado que la casa estaba en ruinas, había evitado que sus primas se presentaran por sorpresa antes de tenerla a ella de su parte. Además, Richard se había

asegurado una invitación a la casa familiar, aunque fuera de forma condicional.

Volvió a repasar la carta. Entre líneas, parecía claro que sus primas estaban aburridas del campo y deseaban algo que las distrajera. El primo Edward, en cambio, era más precavido y quería formarse una opinión antes de abrirles la puerta. Y aunque le molestara, Beth podía entenderlo. Lo que no le gustaba era sospechar que las dudas recaían sobre ella, no sobre Richard.

Su padre nunca habría dudado en acoger a un familiar necesitado, sin importar quién fuera, al igual que su madre, quien, de hecho, había dado cobijo a quien lo necesitase en más de una ocasión. Ella le había contado a Beth que, en las Tierras Altas de Escocia, de donde era originaria, nunca se le negaba la hospitalidad a un viajero, ni siquiera a un enemigo, aunque se esperaba que los huéspedes correspondieran al trato recibido y se comportaran con honor. Las quejas del padre de Beth, respecto a que algún día despertarían degollados en su cama, nunca la disuadieron. Lo peor que les había pasado fue perder unos candelabros de plata.

Una silueta en movimiento al otro lado de la ventana interrumpió sus pensamientos. Beth se asomó y retrocedió al ver a su hermano saliendo de los establos acompañado por Graeme, que llevaba el caballo de las riendas. Una vez en el patio, Richard tomó las riendas, puso el pie en el estribo y montó con lentitud. Beth, oculta tras la cortina, sintió una punzada de satisfacción al comprobar que lo que ella había hecho la noche anterior no había sido en vano.

Richard, con su impecable uniforme escarlata y beige, y a lomos del semental gris, era la viva imagen de un caballero y un soldado, como si su único fin fuera proteger a su patria. Beth se preguntó cómo alguien podía esconder una naturaleza tan distinta a la que aparentaba.

«He vivido demasiado protegida», pensó. «Tengo que acostumbrarme a tratar con quienes muestran una cara en público y ocultan otra. Y aprender a hacerlo yo también».

Cuando Richard espoleó al caballo y salió del patio, Graeme escupió con desprecio sobre los adoquines que había pisado el animal. Luego volvió a los establos sin decir una palabra.

Beth no sabía adónde se dirigía su hermano ni cuánto tardaría en volver. Dudaba que fuera muy lejos, si estaba tan dolorido como ella. Beth tenía las muñecas hinchadas y amoratadas, los brazos y los hombros entumecidos, y las piernas le pesaban. Se había lavado varias veces con un paño y agua de la jofaina, pero aún se sentía sucia. Un baño le habría sentado de maravilla, pero no tenía tiempo para eso.

Se vistió con rapidez, maldiciendo la moda que dejaba los antebrazos al descubierto, con mangas que terminaban en el codo y volantes inútiles. Necesitaba hablar con los criados, contarles la decisión que había tomado, pero no quería que vieran sus marcas. Buscó en el cajón donde guardaba sus pequeños adornos y sacó unos guantes de seda pasados de moda. Le darían un aire extraño, pero confiaba en que la noticia que iba a darles desviara su atención.

Para su disgusto, cuando intentó mover el arcón de roble, este no cedió. No le quedó más remedio que vaciarlo por completo. Incluso entonces, empujar el mueble de vuelta a su sitio habitual le exigió todo su esfuerzo. Se asombró de la energía que ella había desplegado la noche anterior. Con razón le dolían tanto los brazos

Cuando Beth llegó a la cocina, encontró a Jane sola. El montón de panecillos recién horneados sobre la mesa, junto con una generosa porción de mantequilla y un trozo de queso blanco y cremoso, le indicaron que los demás no tardarían en llegar. Jane se volvió desde el fuego y le sonrió.

—Richard ha salido —dijo Beth—. ¿Puedo desayunar contigo?

—¿Desde cuándo tienes que pedir permiso para eso? —replicó Jane, riendo—. Siéntate. Voy con retraso esta mañana. Parece que Sarah está enferma y no se ha levantado. Subiré a verla luego, cuando pueda.

—¿Qué le pasa? —preguntó Beth.

Fue Mary quien respondió. Estaba lavando platos, con los brazos hundidos hasta los codos en agua caliente. Como era muy baja, se subía a una caja para alcanzar bien el fregadero. Beth sonrió al verla estirarse de puntillas.

—Dijo que tenía un dolor de cabeza terrible y el estómago revuelto, señorita. Ni me dejó abrir los postigos. Dijo que la luz la mataría, así tal cual.

—Ha sido muy repentino —comentó Jane, escéptica—. Anoche estaba bien. Si está fingiendo, yo misma me encargaré de que le duela en serio, eso seguro. Aunque lo más probable es que haya estado entreteniendo a tu hermano —añadió, bajando la voz—. Perdona, Beth, pero la verdad es que parece una cualquiera. Y encima, ahora quiere dormir hasta tarde.

Antes de que alguien dijera algo más, Beth salió de la cocina sin decir palabra. Subió las escaleras a toda prisa y no se detuvo hasta llegar a la habitación de Sarah. Se apoyó brevemente en la pared para recuperar el aliento, abrió la puerta llamar y entró.

La habitación estaba en penumbra. Solo un fino hilo de luz se filtraba por los bordes de los postigos mal encajados.

—¿Sarah? —la llamó Beth en voz baja.

No hubo respuesta, pero la respiración entrecortada que venía de la cama le bastó para saber que Sarah no dormía. Beth cruzó el cuarto y buscó a tientas el pestillo de la ventana.

—Por favor, no los abra, señorita —suplicó Sarah desde la cama —. Me duele muchísimo la cabeza.

Beth no dijo nada. Abrió los postigos de golpe y la luz inundó la alcoba. Al girarse, vio que Sarah se había cubierto la cabeza con la sábana. Beth se acercó y se sentó con cuidado al borde del colchón. Cuando intentó bajarle la sábana, Sarah la sujetó con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos y emitió un gemido ahogado. Beth retiró la mano. Ya no le quedaba duda. Sus sospechas eran ciertas. Tardó unos segundos en decidirse a hablar.

—Sarah —dijo Beth—, sabes que no estuve de acuerdo con tu contratación. Y no ignoras que los demás criados no te aceptan. Sé que cuando mi hermano te trajo, no era solo para que trabajaras en la cocina. También te pidió que me vigilases a mí y al servicio y que le contaras cualquier cosa útil. No me caes bien, pero no te culpo por querer mejorar tu vida. —Beth dudó un instante antes de seguir. No quería revelar demasiado, aunque Sarah permanecía inmóvil bajo la sábana—. Anoche discutí con Richard. Se marchó completamente

fuera de sí. Sospecho que descargó esa rabia contigo. Necesito saberlo. No me iré hasta que me lo digas. No estoy enfadada. Si solo te duele la cabeza, haré que Mary te traiga una infusión. Pero si él te ha hecho daño, tengo que saberlo.

Beth se levantó, fue hacia los pies de la cama y se apoyó en el poste. Esperó. Pasaron varios minutos. Justo cuando iba a insistir, Sarah se movió y bajó la sábana lentamente.

A Beth dio un vuelco el corazón. Sarah tenía un ojo amoratado y cerrado por la hinchazón. El labio inferior estaba magullado y mostraba restos de sangre seca. En el cuello se marcaban con claridad las huellas de unos dedos.

—Cuéntame qué ha pasado, Sarah —le pidió Beth, en voz muy baja.

—No hice nada, señorita Elizabeth, lo juro —respondió Sarah con dificultad—. Él… vino a mi cuarto. Tiene razón, él viene a veces, pero no tantas como todos creen. Estaba furioso e intenté calmarlo, pero se volvió loco. —Una lágrima descendió por su mejilla hinchada —. No sé qué hice mal —añadió en un susurro—. Pensé que iba a matarme.

Beth no necesitaba detalles. Se imaginó con exactitud qué habría hecho Sarah para intentar calmarlo, y cómo debió de reaccionar Richard. Entendió por qué él no había vuelto a su cuarto: ya había encontrado a otra víctima. Más indefensa. Incapaz de denunciarlo, por mucho que la golpeara.

—¿Te ha hecho más daño? —le preguntó Beth.

—Me dio un golpe en el vientre, aunque no muy fuerte —dijo Sarah—. Me duele, pero en un par de días estaré bien.

Beth se acercó y le tomó la mano con delicadeza. Sarah se sobresaltó.

—Voy a pedirle a Grace que venga a curarte. Pero no puedes seguir aquí. En cuanto te recuperes, tendrás que marcharte —dijo Beth. Al ver el miedo en el rostro de Sarah, se apresuró a añadir—: No te estoy despidiendo. No hiciste nada malo. Él estaba furioso conmigo, no contigo. Pero tienes que saber cómo es mi hermano. Le gusta hacer daño. No puedes quedarte después de esto.

Para su sorpresa, Sarah asintió.

—No es peor que otros que haya conocido —murmuró—. Es incluso mejor que algunos. Aquí tengo al menos un techo y comida. Estaré bien. Por favor, no permita que me eche. Él me ha hecho promesas…

Beth no quiso imaginar qué tipo de vida había tenido aquella chica para considerar esto una mejora. Le soltó la mano y se levantó.

—Richard no va a quedarse mucho tiempo. Las cosas van a cambiar —le dijo Beth—. No sé qué te prometió, pero sea lo que sea, mintió. Solo quiere ascender de rango y, cuando dejes de servirle, te desechará sin más. No tienes aliados entre los criados. Él es el único que te protege. Y cuando se haya ido, no te van a permitir quedarte. Los conozco. Son leales, pero no toleran a los espías.

El rostro de Sarah se descompuso, y Beth sintió una oleada de culpa tan fuerte que casi le dolía. Nunca había intentado entender a la muchacha.

—Te haré una promesa, pero necesito algo a cambio —dijo Beth —. Mientras yo esté aquí, haré todo lo posible para que Richard no vuelva a tocarte. Y cuando te vayas, me aseguraré de que te dé una cantidad decente. No será mucho, no tenemos dinero de sobra, pero te bastará para empezar de nuevo en otra parte. A cambio, solo te pido que no vuelvas a contarle nada de lo que oigas. Ni sobre mí ni sobre nadie más de esta casa.

—Eso no será difícil, señorita —dijo Sarah con una amarga sonrisa. La herida de su labio comenzó a sangrarle—. Apenas hablan si estoy presente. Me odian. Pero él me obliga a estar en la cocina. Dice que se enfadará si no lo hago.

—No se enfadará —respondió Beth—. Hoy va a recibir una noticia que lo pondrá de buen humor. Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Ya ha volcado su rabia en ti, y dudo que esté en condiciones de… pedirte nada durante unos días. Ahora voy a bajar. Luego enviaré a Grace. Intenta descansar.

Cuando Beth volvió a la cocina, el resto del servicio ya estaba desayunando. Estaba claro que Jane les había dicho que ella iba a

regresar: habían dejado libre su sitio habitual, junto a Graeme. Ella rodeó la mesa y se sentó.

—He subido a ver a Sarah —anunció, dirigiéndose a Jane—. Richard la golpeó anoche. Bastante fuerte. Le he dicho que enviaré a Grace para que la atienda. Se irá en cuanto esté recuperada.

Todos en la cocina soltaron un suspiro de alivio.

—Bueno, no puedo decir que lo lamente —comentó Jane—. Me alegrará verla marcharse.

—Sarah quería quedarse —replicó Beth—. Me dijo que esta vida es mejor que la que conocía antes. Me dio lástima.

—Tú siempre has sido de corazón blando —dijo Graeme mientras cortaba un trozo de queso—. Yo no siento ninguna compasión por ella.

—La sentirás cuando veas lo que le ha hecho mi hermano —respondió Beth—. Está destrozada.

—No tanto como estaba John después de la paliza que le dio —repuso Graeme con indiferencia—. Y con menos motivo —añadió con la boca llena.

Beth no podía discutir eso. Sin embargo, decidió hacer lo que estuviera en su mano por ayudar a Sarah. Por John ya no podía hacer nada. A pesar de todas las indagaciones, no había rastro de él ni de Martha.

Grace, que había terminado de desayunar, se levantó con la intención de subir al piso de arriba.

—No vayas aún, Grace —le pidió Beth levantando una mano—. Quiero deciros algo. Es importante, y os afecta a todos.

Grace volvió a sentarse. Los criados miraron a Beth con expectación.

—Richard escribió a mis primas para retomar el contacto familiar. Ayer recibió una respuesta favorable de Isabella. Nos han invitado a visitarles la semana que viene y, si todo va bien, nos quedaremos con ellos un tiempo. He decidido aceptar la invitación —dijo Beth. Su voz se quebró ligeramente al pronunciar la última frase.

El silencio fue absoluto. Beth tragó saliva para seguir hablando, pero Graeme se adelantó.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó él, con voz áspera.

Beth sintió que las lágrimas le escocían en los ojos y se obligó a tragárselas.

—Nada —mintió—. Solo he decidido retomar el contacto con mi familia, eso es todo.

—Quítate los guantes —dijo Thomas de repente.

Beth lo miró, sorprendida. Estaba acostumbrada a oírlo dar órdenes, para eso le pagaban. Pero nunca le había hablado en ese tono. Quien solía ser directo hasta la brusquedad era Graeme, no Thomas. Beth cruzó los brazos a la defensiva, como si esperara que él la obligara a obedecer.

Thomas suspiró. Su rostro, normalmente sereno, mostraba una sincera preocupación.

—Nunca te he visto llevar guantes en casa —dijo—. Estás ocultando algo. Si has decidido acercarte a tu familia, es cosa tuya. Pero nos debes sinceridad, Beth. Nos la merecemos.

Beth bajó la mirada, avergonzada. Descruzó los brazos, aunque no se quitó los guantes.

—Tienes razón, Thomas —admitió—. Os diré la verdad. Anoche Richard me habló de la carta y discutimos. Me agarró por las muñecas. Están magulladas. No es tan grave como parece, pero temí que reaccionarais igual que cuando me golpeó en el granero. Por eso me los puse. Pensé que no lo notaríais.

Thomas arqueó una ceja.

—Sí, lo sé —dijo Beth—. Fue una tontería por mi parte. Tú lo ves todo. Y lo que tú no ves, lo ve Graeme. —Beth dirigió una sonrisa ligera hacia Graeme, pero él no reaccionó. Su rostro moreno estaba sombrío, con las cejas fruncidas. Beth se aclaró la garganta, incómoda. En momentos así deseaba no haber sido tan cercana con su gente. La conocían demasiado bien.

—Enséñanos las muñecas —le pidió Thomas.

Beth se quitó los guantes y colocó las manos sobre la mesa. Thomas se tensó por completo, aunque no se levantó ni hizo ademán de ir a buscar a Richard. Beth agradeció en silencio que su hermano no estuviera en casa. Alcanzó un panecillo, fingiendo indiferencia.

—Como os dije, no es para tanto.

—¿Qué más te hizo, Beth? —preguntó Thomas, con una calma helada.

A Beth le dio un vuelco el corazón. No podía decírselo. Estaba convencida de que, si Thomas y Graeme supieran lo que Richard había intentado, lo matarían. O ellos morirían en el intento.

—Nada —respondió Beth con cautela—. Al final, el que salió peor parado fue él.

—¿Le diste una patada en las pelotas? —soltó Graeme.

Ben se echó a reír, pero se calló de golpe al ver la cara horrorizada de Jane.

—¡Graeme! —exclamó esta—. ¿Cómo se te ocurre decir semejante cosa delante de una dama?

Graeme no le hizo el menor caso.

—Se la diste, ¿verdad? —insistió, mirando a Beth. Su rostro seguía serio, pero los ojos le brillaban. Estaba seguro de haber acertado.

Y no andaba muy desencaminado.

—Sí —admitió Beth—. ¿Cómo lo supiste?

—Lo supe en cuanto lo vi entrar en los establos —respondió Graeme—. Caminaba despacio, con las piernas arqueadas, como si se hubiera cagado encima. Perdón —añadió, alzando una mano para frenar otra protesta de Jane—. Me pasó una vez. Y no voy a contar por qué —dijo mirando a Ben y Mary, que lo escuchaban con atención—. Hay historias que no son aptas para oídos tan jóvenes. Pero te diré algo, Beth. Si hubiera pillado al que me lo hizo, lo habría matado. Es peligroso hacerle eso a un hombre. Me sorprende que tú no tengas más que unas magulladuras.

—Bueno, para cuando Richard se recuperó, yo ya estaba en mi habitación, con la puerta cerrada y el arcón atrancándola. Descargó su rabia con Sarah.

—En ese caso, quizá sí que me da algo de pena la chica. Un poco —matizó Graeme, por si alguien pensaba que se estaba ablandando.

Beth le dio las gracias en silencio. Sin querer, Graeme había desviado la atención de Thomas. Ya no pensaba en Richard, al menos no del todo. Beth untó mantequilla en el pan y dio un pequeño bocado. Seguía tibio, ligero y delicioso.

—¿Por qué has cambiado de idea respecto a tu familia, Beth? —preguntó Jane—. Nunca pensé que lo harías. Ninguno de nosotros lo habría imaginado.

—Tengo que afrontar la realidad. No podemos seguir así. Estáis todos abatidos y…

—Estamos bien —la interrumpió Jane—. No cedas por nuestra culpa. No queremos que lo hagas.

—Lo sé —asintió Beth—. Y no estoy cediendo. Pero si esto sigue así, solo es cuestión de tiempo que uno de los dos mate al otro. Yo también estoy al límite.

—Si ahora das tu brazo a torcer y vas a rogar a tus primos, solo estarás alimentando la violencia de tu hermano —advirtió Jane.

Graeme y Thomas asintieron.

—No os preocupéis —dijo Beth con firmeza—. No pienso mendigar. Ni tampoco rendirme. Estoy dispuesta a llegar a un acuerdo. Y él también tendrá que hacerlo.

Para su sorpresa, Richard no regresó a la casa hasta entrada la noche. Desde su sillón en la biblioteca, Beth lo oyó llegar. Ella dejó sobre la mesa el libro en el que no había logrado concentrarse y se quedó esperando. Estaba muy cansada; llevaba horas luchando contra el sueño. Pero al oír girar el pomo de la puerta, su mente se despejó al instante.

Él ya se había quitado el abrigo y las botas, aunque seguía llevando la peluca, ligeramente ladeada. Dio varios pasos en la estancia antes de verla. Se detuvo en seco, visiblemente desconcertado. Se sonrojó y apartó la vista, incapaz de mirar la expresión fría y firme de su hermana. Eso era una buena señal. Se avergonzaba de lo que había hecho, y Beth pensó que eso podía jugar a su favor.

—Buenas noches, Richard —dijo ella con serenidad—. Siéntate. Necesito hablar contigo.

Él vaciló, dividido entre el deseo de marcharse y la curiosidad por lo que ella pudiera decirle. La curiosidad venció. Se sentó despacio frente a Beth, junto al fuego. Estaba serio y a la defensiva. Beth esbozó una sonrisa.

—He leído la carta de Isabella —dijo ella—, y he decidido aceptar su invitación para visitarles. Y quedarme en su casa, si nos lo proponen.

La transformación fue inmediata. La cara de Richard se iluminó con una sonrisa enorme, los ojos marrones le brillaron, y se inclinó hacia delante como si fuera a abrazarla. Beth se echó hacia atrás en el sillón, con una náusea súbita que le subió a la garganta. Habló deprisa, antes de que él pudiera acercarse más.

—He dicho que quiero hablar contigo. No he terminado. Si me tocas, abandonaré la habitación de inmediato y no iré a casa de lord Edward. Ni ahora ni nunca.

Richard retrocedió y su sonrisa se desvaneció.

—Siento lo de anoche, Beth —empezó a decir—. No era mi intención…

—No me importa cuál era tu intención, Richard —lo interrumpió ella—. Pero, ya que tú has sacado el tema, te lo dejaré claro: si vuelves a ponerme una mano encima, tendrás que matarme. Porque si no lo haces, te juro que te mataré yo en cuanto se presente la ocasión.

Él volvió a sonreír con ese aire de superioridad que ella conocía tan bien. Beth no mostró emoción alguna.

—Puedes pensar que es una amenaza vacía —continuó Beth—. Eres más fuerte y disfrutas con la violencia. Yo no. Pero todos somos vulnerables alguna vez. Todos necesitamos dormir. Y tu puerta no tiene cerradura. —Lo dijo sin rabia ni dramatismo. No era una amenaza. Era una promesa.

Richard dejó de sonreír. Pero, aparte de eso, no dijo nada. Beth se sorprendió un poco. Había imaginado que intentaría replicar. Mientras, ella seguía aferrando, con su mano oculta entre los pliegues de la falda, la empuñadura del cuchillo escondido en su bolsillo.

—Iré contigo a casa de nuestros primos la semana que viene —declaró Beth—. No les rogaré, pero seré cordial. Me comportaré de forma apropiada. Permitiré que Edward sea condescendiente si quiere, pero, si insulta a mi madre, la defenderé. No me interrumpas. —Richard había abierto la boca, pero se contuvo. Se

recostó un poco más en el sillón. Beth prosiguió—. Estoy dispuesta a tolerar muchas cosas, pero no permitiré que se calumnie a mi madre sin responder. Aceptaré su caridad si nos la ofrecen. Iré a Londres si nos invitan. Intentaré actuar como se espera que haga una dama. Y si un caballero adecuado me propone matrimonio, aceptaré. Como condición, le exigiré que compre tu comisión y que te proporcione además una suma inicial para que puedas vivir como un oficial. Si soy tan irresistible como tú pareces creer, no será difícil. —Richard se removió en su asiento ante ese comentario, pero Beth lo ignoró —. Confío en que para entonces ya hayas hecho suficientes contactos como para desenvolverte en sociedad sin necesitar mi ayuda.

Beth se levantó y fue hasta el aparador. Sacó una botella de vino, sirvió dos copas y le tendió una a Richard antes de volver a su sitio.

Él la miró con suspicacia.

—Imagino que quieres algo a cambio —dijo.

—Por supuesto —respondió Beth—. Pero no es nada, comparado con lo que tú vas a ganar. No te pido que seas hipócrita ni que humilles tu orgullo. Y tampoco que vayas contra tus principios, como esperas que haga yo.

—¿Entonces qué quieres?

Beth dio un sorbo de vino antes de contestar.

—He escrito cartas de recomendación para todos los criados. Las firmarás. Quien desee irse, podrá hacerlo de inmediato y recibirá tres meses de sueldo. Si encontramos a Martha y a John, podrán volver si lo desean, y si no, les pagarás seis meses de salario. Quien quiera quedarse, será tratado con el respeto que merece. —Hasta ese momento, todo iba bien. Richard escuchaba en silencio—. Cuando Sarah esté lo bastante recuperada, la dejarás marcharse. También he escrito una carta de recomendación para ella. Le entregarás veinte libras para que pueda empezar una nueva vida, si es lo que quiere.

Ahí sí reaccionó, como ella había previsto.

—¿Qué? ¿Veinte libras? ¡Es una locura! —exclamó Richard—. Eso son tres años de sueldo para una ayudante de cocina. ¿Sabes lo que es ella? No es más que una…

—No es más que una mujer a la que estuviste a punto de matar anoche porque estabas furioso conmigo y avergonzado contigo mismo —lo interrumpió Beth—. Sí, sé que es una prostituta. Sé que la has usado como tal. Pero no se merecía lo que le hiciste. Y vas a compensarla. Aunque tengas que pedirle dinero prestado a tu primo.

Richard respiró hondo y tensó la mandíbula. Pero contuvo el impulso de protestar.

Beth se sorprendió al comprobar con qué facilidad le salían las palabras. La noche anterior se había sentido tan enferma por el miedo y el asco que no imaginaba cómo podría volver a enfrentarse a él sin echarse a temblar o salir corriendo. Pero, ahora que lo tenía delante, solo sentía desprecio y un odio absoluto. Apuró la copa y continuó:

—Cuando estemos con mi familia o en cualquier acto público, nos comportaremos como lo harían un hermano y una hermana que han estado distanciados por las circunstancias. No fingiré un gran afecto por ti. No soy tan buena actriz. Una vez me haya casado y tú tengas tu comisión, desaparecerás de mi vida. No quiero volver a verte ni a saber de ti mientras viva. Jamás te comunicarás conmigo ni con mi marido. Para mí, estarás muerto. ¿Está claro?

Richard bajó la mirada. Por primera vez, parecía avergonzado. Y profundamente incómodo.

—Beth, si pudiera volver atrás, te juro que…

—Pero no puedes —le cortó ella con dureza—. Mis condiciones no son negociables. O las aceptas todas o rechazo la invitación de Isabella y cualquier otra que venga después. Tú puedes hacer lo que quieras.

Richard la miró, incrédulo. Aquello no era fanfarronería. Él sabía reconocerla: solía ocultar miedo. También conocía el valor, esa capacidad de aceptar y superar el temor. Pero lo que veía en Beth era distinto. No había miedo. Ni a la muerte ni a la vida. Había roto algo en ella, sí, pero no lo que él esperaba romper. No había doblegado su espíritu. Solo había destruido para siempre el poder que tenía sobre ella.

Beth dejó la copa vacía sobre la mesa y se puso en pie.

—Quiero añadir una cosa —dijo él.

Ella se detuvo. Su expresión era tranquila. Y glacial.

—Creo que sería mejor que, a partir de ahora, te hagas llamar Elizabeth. Beth suena demasiado informal y vulgar. Seguro que ya has notado que los criados te llaman señorita Elizabeth. Yo también lo haré, desde este momento.

Beth lo miró con desprecio tras ese patético intento de afirmar alguna autoridad sobre ella.

—No tengo ningún interés en mantener una relación informal contigo ni con el resto de los Cunningham —le respondió—. Mientras no me llames hermana una vez esté casada, puedes llamarme la reina de Saba, si te place. Me da igual. —Beth se dirigió a la puerta —. Te dejo para que reflexiones sobre lo que he dicho —concluyó—. Avísame cuando hayas tomado una decisión.

A Richard no le quedaba otra opción. Aceptó todas las condiciones, y esa misma tarde escribió una carta a su prima Isabella informándole de que, tanto él como su hermana, estarían encantados de hacerles una visita el próximo jueves a las doce en punto.

Capítulo 4

1742, finales de noviembre

Beth y Richard descendieron por el camino en un faetón[10], alquilado expresamente para la ocasión al dueño del hotel Ring o' Bells, en la plaza del pueblo de Didsbury. Beth se había quejado de que aquel gasto era innecesario: podrían haber ido a caballo hasta Raven Hall, ya que sus primos vivían a solo cinco millas, y con el dinero que se hubiesen ahorrado podrían haber pintado las ventanas y la puerta principal de su casa.

Pero Richard había argumentado que la primera impresión lo era todo, y como él tenía el control de los fondos, se salió con la suya. Cuando ambos entraron en la propiedad privada de Ardwick Green, con su sinuoso lago en forma de serpiente, conocido como «el canal», y giraron por la entrada de Raven Hall, Beth tuvo que admitir a regañadientes que Richard tenía razón. Ella había olvidado lo grande que era la casa. Se accedía por una amplia avenida de grava, flanqueada por jardines formales, cuyos arbustos estaban cuidadosamente recortados en forma de animales y aves con la técnica de *topiary*, lo cual indicaba, sin lugar a duda, que el propietario podía permitirse una legión de jardineros.

La casa en sí era una villa paladiana, construida con piedra de tono miel. El pórtico estaba sostenido por columnas de mármol blanco, y una cornisa recorría el edificio a la altura del primer piso. Los ventanales de múltiples cristales brillaban bajo la débil luz otoñal, y justo cuando el carruaje se detuvo ante la entrada, la

puerta principal se abrió y apareció en el umbral la figura regordeta de Isabella, la mayor de las tres hermanas Cunningham.

Richard, muy elegante con su uniforme recién planchado, saltó con agilidad del faetón y alzó una mano para ayudar a su hermana, que ella ignoró para bajar sola. Él crispó los labios, aunque no mostró ninguna otra señal de disgusto, y subieron juntos los escalones de la entrada. Beth alisó sus amplias faldas amarillas y compuso su expresión con una cortesía calculada a medida que se acercaba a su prima.

Isabella no dejaba de frotarse las manos y daba pequeños saltitos sin moverse de la entrada, como si no supiera si debía acercarse o no a recibirlos. Beth conocía lo bastante las normas de etiqueta como para saber que su prima debería haberlos esperado en el salón hasta que un criado los anunciara, en lugar de rebajarse a salir a la puerta. Que ella lo hubiera hecho dejaba claro que estaba muy ilusionada con su visita. Beth también habría apostado a que lord Edward no se encontraba en casa.

—¡Queridos primos, qué alegría veros! —exclamó Isabella con un entusiasmo desbordado, en cuanto Richard y Beth alcanzaron el último escalón. Besó a cada uno en la mejilla, y luego se volvió hacia la puerta con energía—. ¡Entrad, por favor!

Isabella los condujo a través de un vestíbulo espacioso, pero sombrío, revestido de paneles de madera oscura. Al llegar al salón, Charlotte y Clarissa, las otras dos hermanas, estaban sentadas en butacas tapizadas en terciopelo. Ambas tenían el rostro tenso, como si la presencia de sus parientes las inquietara. Isabella les indicó que tomaran asiento y revoloteó por el fondo de la estancia mientras llamaba a una criada para que trajera el té.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —preguntó ella con formalidad, después de unos segundos.

—Sí, gracias —respondió Beth, al ver que Richard no contestó.

Ambos se sentaron con rigidez, uno al lado del otro, en el sofá que les habían asignado. Beth se aseguró de no rozar a su hermano.

—Edward os pide disculpas —anunció Isabella, confirmando las sospechas de Beth—. Ha tenido que ausentarse por un asunto urgente, pero nos ha asegurado que regresará en breve.

—No será nada grave, espero —dijo Beth.

—No, no —se apresuró a decir Isabella, con una expresión que revelaba que no tenía ni idea de a qué se debía la ausencia de su hermano.

Se hizo un silencio incómodo. El viejo reloj de pie que Beth recordaba de su visita anterior marcaba el paso del tiempo con un tictac solemne desde una esquina. Isabella miró hacia la puerta con ansiedad, rezando sin duda por la llegada de la criada con el servicio de té.

Beth observó a las tres mujeres y, para su sorpresa, se dio cuenta de que estaban aún más nerviosas que ella. Beth dudaba mucho que compartieran su propio resentimiento por tener que tragarse sus principios. Pero, aun así, sintió cierta simpatía hacia aquellas mujeres que parecían no saber por dónde empezar. Richard, que nunca había sido un conversador hábil, estaba claramente desconcertado rodeado de tantas damas. Beth sintió el impulso de dejar que el silencio se prolongara hasta el infinito, pero, recordando su acuerdo con Richard, respiró hondo y compuso una sonrisa radiante.

—¡Qué salón tan encantador! —exclamó, mirando alrededor. «Debe de haber costado una fortuna», pensó.

Las paredes, decoradas con urnas griegas, estaban cubiertas con un caro papel pintado en suaves tonos verde musgo. En el suelo se extendía una enorme alfombra de color rojo oscuro, y los sofás de caoba, incómodos a la vista, estaban tapizados en terciopelo burdeos. El conjunto resultaba sombrío y recargado, el polo opuesto a su propio salón, cálido y acogedor, en el que predominaban los tonos crema y amarillo.

—¿De verdad te gusta? —intervino Charlotte por primera vez—. Nosotras elegimos el papel. Edward dice que es demasiado oscuro, pero nosotras preferimos ese color. El verde es muy relajante, ¿sabes? Mi querido Frederick siempre decía que los colores influyen en el ánimo.

—Sin duda —respondió Beth, contrariada por coincidir en algo con una prima a la que recordaba como pomposa y aburrida—. Mi dormitorio está decorado en tonos verdes. —Ella no añadió que el

papel, originalmente de un verde pálido, estaba tan desvaído que el dibujo floral apenas se distinguía ya.

La precaria conversación se mantuvo unos minutos y, justo cuando amenazaba con extinguirse, apareció la criada con el té. Mientras las damas se entretenían vertiendo la infusión y repartiendo pastelillos, Beth aprovechó para observarlas con disimulo.

Las tres tenían el cabello oscuro de los Cunningham, los ojos marrones y un cutis cetrino. Pero mientras que Isabella era de complexión robusta, con un rostro redondeado y amable, sus dos hermanas parecían enfermizas. Estaban terriblemente delgadas, como si acabaran de superar una larga convalecencia. Sus rostros eran angulosos, sus pieles arrugadas, aunque Beth calculaba que apenas tendrían más de treinta años.

Iba a preguntarles por su estado de salud cuando Isabella, como si le leyera el pensamiento, se le adelantó. Parecía más relajada, ahora que tenía algo que hacer con las manos.

—Charlotte y Clarissa siempre me dicen que como demasiado —comentó ella, sonriendo mientras dejaba caer un terrón de azúcar en su taza y cogía un pastelillo—. Sé que está de moda estar delgada como ellas, pero es tan aburrido tener que rechazar siempre lo más sabroso... Además, me han dicho que a los hombres les gustan las damas con algo de... redondez. ¿Qué opinas, Elizabeth? Puedo llamarte por tu nombre de pila, ¿verdad? Ya que somos familia…

—Por supuesto —respondió Beth, sintiéndose, a su pesar, más cercana a su prima—. Pero no me atrevo a dar una opinión al respecto. Creo que deberíamos preguntarle al caballero presente. ¿Tú qué opinas, Richard? ¿Los caballeros prefieren a las damas delgadas o con más curvas? —Beth sonrió dulcemente a su hermano y esperó.

Richard se sonrojó con violencia. Cualquier hombre se habría sentido acorralado con una pregunta así. No podía responder sin ofender a alguien, y carecía de las habilidades sociales necesarias para eludirla. Las tres hermanas lo miraban con expectación, como si fuera una autoridad en la materia, y Beth saboreó el momento en silencio.

—Yo... eh... estoy seguro de que depende del caballero —balbuceó él tras una pausa—. Cada hombre tiene gustos distintos, ya sabéis.

Pero Beth no pensaba dejarlo escapar tan fácilmente.

—Sí, estoy segura de que eso es cierto —declaró ella—. Pero supongo que tú y tus camaradas dragones debéis de hablar de mujeres. ¿Qué dirías que prefiere la mayoría?

Richard le lanzó una mirada cargada de odio. Se llevó la taza a los labios para ganar tiempo. Aquello era lo último de lo que él podía hablar en una reunión educada, pues las opiniones de sus soldados sobre el género femenino oscilaban entre lo vulgar y lo obsceno.

En ese momento se abrió la puerta y lord Edward irrumpió en el salón. Era una versión mayor y más corpulenta de Richard. «La sangre de los Cunningham sin duda es fuerte», pensó Beth, sintiéndose fuera de lugar entre tantos parientes de tez y cabello oscuros. Richard nunca se había alegrado tanto de ver a alguien en su vida, y se levantó de inmediato para saludar al noble. Beth se incorporó con más lentitud.

—Perdonad el retraso —soltó lord Edward con voz estridente, sin sonar lo más mínimo arrepentido—. Varios sabuesos están enfermos, ¿sabéis? El cuidador de la jauría teme que no estén en condiciones para la cacería de la próxima semana. He tenido que tranquilizar al buen hombre.

«Eso nos deja claro en qué lugar estamos», pensó Beth. Una reunión con familiares largamente ausentes ocupaba un segundo plano frente a un perro enfermo. Aun así, hizo una reverencia con cortesía y notó la mirada apreciativa de Edward recorriéndola de arriba abajo. Él se dejó caer en un sillón, cogió un pastelito y se lo metió en la boca. Richard y Beth volvieron a sentarse.

Isabella intentó incluir con delicadeza a su hermano en la conversación.

—Edward, estábamos comentando si los caballeros prefieren damas delgadas como Clarissa y Charlotte, o siluetas más generosas como la mía.

—Ninguna —replicó Edward sin dudarlo. Hizo un gesto hacia sus hermanas de pechos escuálidos—. Vosotras dos estáis demasiado

flacas, e Isabella, tú estás demasiado gorda.

—Mi querido Frederick siempre decía... —se atrevió a decir Charlotte.

—Los caballeros prefieren algo intermedio —continuó Edward, ignorándola—. Un poco de redondez en el pecho y las caderas, nada más. Ni rollos de manteca ni huesos afilados que se marquen por todas partes.

Beth se revolvió ante semejante grosería, y hasta Richard pareció incómodo. Pero las tres hermanas no mostraron señal de molestia, lo cual hizo que Beth comprendiera que seguramente estaban acostumbradas a ser tratadas así. Imaginó los meses que le esperaban aguantando la rudeza de su primo sin poder responder, y se preguntó cómo lograría soportarlo.

—Tengo entendido que vuestro padre, el tío Henry, dejó la casa en bastante mal estado al morir —dijo Edward de pronto, dirigiéndose a Richard.

—Eh... sí —admitió este—. Necesita bastantes reparaciones.

—¿Y esperáis quedaros aquí un tiempo?

Richard miró a Beth buscando apoyo, pero ella seguía contemplando con modestia su regazo. No pensaba ayudarlo en eso. Sería educada, soportaría a su tosco primo, pero no iba a suplicar. Ya se lo había advertido a su hermano.

—Sería de gran ayuda —contestó Richard. El sudor le perlaba la frente, a pesar de del fuego que ardía en la chimenea—. Veréis, nuestro padre nos dejó algo... empobrecidos, y no podemos permitirnos el gasto de un hotel.

—Ah, ya veo. —El tono de Edward lo decía todo: «Así que venís a vivir de nosotros».

—Padre estuvo muy enfermo durante varios años antes de su fallecimiento —intervino Beth, a la defensiva—. Siempre se encargó él mismo de sus inversiones, y al caer enfermo ya no pudo hacerlo. Como yo lo cuidé sin ayuda, no tuve tiempo ni conocimientos para gestionar sus asuntos financieros.

El énfasis que Beth puso en la palabra «sola» fue una clara reprimenda hacia Edward por su falta de interés durante la enfermedad de su tío. Él enrojeció un poco.

—La casa no está hipoteca —remató Richard—, pero nos encontramos en una situación algo precaria.

Lord Edward se llevó otro pastelillo a la boca y luego se puso en pie.

—Bueno, estoy seguro de que las damas no tienen el menor interés en asuntos financieros y preferirán hablar de moda, costura, o cosas por el estilo —dijo con desdén—. Richard, ¿qué te parece si vamos a mi estudio a tomar una copa de oporto y discutimos el asunto?

Richard se levantó y, recordando justo a tiempo que debía inclinarse ante las damas, hizo una reverencia y siguió a su primo fuera del salón. Beth se debatía entre el alivio por verlo marchar y la rabia de haber sido despachada con tanta brusquedad.

—¿Te gusta la costura, Elizabeth? —se aventuró a preguntar Charlotte.

—Sí, mi madre era costurera, como estoy segura de que recordarás —respondió Beth, movida por un impulso travieso—. Me enseñó cuando yo era niña.

Sus tres acompañantes se sonrojaron, claramente incómodas por que se mencionara la razón del ostracismo que Beth había sufrido durante tantos años.

—Eh... ¿confeccionaste tú misma tu vestido, prima? Es muy favorecedor —dijo Isabella.

Beth comprendió que ella estaba siendo diplomática, que intentaba que se sintiera a gusto. El vestido amarillo era anticuado y el color la apagaba, le restaba brillo a su cabello y la hacía parecer pálida. Incluso Richard, nada observador, había señalado esa mañana lo mal que le sentaba, pero Beth le recordó que solo tenía dos vestidos apropiados para hacer visitas y que el azul de seda estaba sucio.

Beth cedió. No podía descargar su ira contra aquellas mujeres, que solo intentaban ser amables y no mostraban ni un atisbo de condescendencia.

—Eres muy generosa, Isabella —respondió Beth—. Pero sé que el vestido está pasado de moda. No he tenido tiempo para seguir las últimas tendencias. He estado demasiado ocupada con otras cosas.

—Por supuesto, lo entiendo. Debió de ser muy duro cuidar de tu padre sin ninguna ayuda. Yo quería ir a verte, pero... —Isabella calló de repente, y Beth comprendió, con un sobresalto, que su hermano probablemente se lo había prohibido.

Aquella mujer no era su enemiga, y Beth intentó asimilar la idea de que, de no haber sido por la hostilidad de los varones Cunningham, la ruptura familiar quizá nunca habría tenido lugar.

—Tengo unos sirvientes maravillosos —dijo Beth, como si no hubiera notado que Isabella había dejado su frase a medias—. Han sido increíbles. No me sentí sola en absoluto.

—Eres muy afortunada. Hoy en día cuesta tanto encontrar buenos criados...

Isabella prosiguió hablando sobre las virtudes y defectos de su personal, mientras Beth escuchaba con una atención parcial, preguntándose de qué estarían hablando en ese momento Richard y Edward.

Richard acababa de exponer a grandes rasgos las disposiciones del testamento de su padre, y había ofrecido una versión algo suavizada de sus aspiraciones de encontrar un buen marido para Beth.

—Soy consciente de que quizá tenga que resignarme a vivir con menos comodidades —dijo Richard con fingida humildad—, pero no veo motivo alguno para que Elizabeth no haga un buen matrimonio. Con su aspecto y su dote, al menos ella debería poder escapar de una vida de penurias.

—Eres demasiado generoso, primo —declaró lord Edward—. Por supuesto que necesita un buen marido. Todas las mujeres necesitan a un hombre que las mantenga en el buen camino. Pero no veo por qué tú no habrías de beneficiarte también. Al fin y al cabo, tu cuna es intachable. Tanto tu padre como tu madre eran nobles. Estoy seguro de que se puede encontrar un caballero que sepa apreciar el alto linaje de su cuñado y que esté dispuesto a mostrarse generoso.

Richard fingió que la posibilidad de sacar partido del matrimonio de su hermana no se le había pasado por la cabeza hasta ese instante.

—Bueno, claro está que sería muy agradable poder comprar una comisión de alférez... —empezó a decir.

—Como mínimo, muchacho. Tu hermana es realmente extraordinaria, ya sabes; es idéntica a su madre, quien, a pesar de no tener un céntimo, consiguió atrapar al hijo de un lord, ¿no es así?

Richard agradeció enormemente que su hermana no estuviera presente. El tono desdeñoso de Edward no dejaba lugar a dudas: para él, su tío Henry tal vez se había enamorado, pero su esposa solo había sido una cazafortunas.

—Supongo que esperas que yo ayude a introducir a Elizabeth en la buena sociedad, ¿no? —dijo lord Edward.

Richard vaciló. No se había anticipado a tanta franqueza, y dudaba entre si ganaría más respeto siendo igual de directo o si sería mejor dar un rodeo. Al fin, optó por lo primero, con un matiz de humildad. De todas formas, lord Edward acababa de recordarle que su sangre era noble y, por consiguiente, era Beth la única que estaba «manchada».

—Te estaría muy agradecido si estuvieras dispuesto a hacerlo, sí —respondió Richard.

—¿Y crees que Elizabeth sabrá comportarse con corrección en círculos más elevados? —preguntó lord Edward, mientras observaba con aprobación la copa vacía de su primo. Le gustaban los hombres que sabían beber sin remilgos. Llenó de nuevo la copa a Richard y también la suya.

—Sí, estoy seguro de que sabrá hacerlo. Ella es muy inteligente, tiene buena educación y puede conversar sobre una gran variedad de temas. Estoy convencido de que está tan deseosa como yo de ser aceptada en el círculo adecuado.

—Hum —murmuró Edward con escepticismo. No era partidario de que las mujeres recibieran educación; eso solo las volvía insatisfechas con la vida doméstica, para la que habían sido hechas —. Bueno, quizá esté a la altura. Tú y yo podremos mantenerla bajo control hasta que se case, y después de eso, ya le tocará a su marido encargarse de dominarla. Creo que deberíais quedaros unos días. Veremos cómo va todo. A mis hermanas les encantará tener otra mujer en casa, y pueden ocuparse de dejarla presentable. Si

nos llevamos bien, no veo por qué no podríais venir con nosotros a Londres para la Temporada.

Richard se sintió eufórico. Había esperado tener que desplegar toda su capacidad de manipulación y persuasión para conseguir que Edward los acogiera. Pero había resultado sorprendentemente fácil. Ni siquiera se preguntó por qué. Cuando su primo cambió de tema y mencionó la cacería prevista para el sábado, Richard no hizo más reflexiones. Estaba convencido de que lord Edward era un hombre altruista y que había congeniado con él.

Pero lord Edward no tenía nada de altruista. Había quedado impresionado por la belleza de su prima de baja cuna. Incluso vestida con aquel horrible traje, Elizabeth era deslumbrante. Estaba seguro de que sus hermanas disfrutarían puliéndola para ir a Londres, lo cual las mantendría entretenidas por un tiempo. Y una vez que él hiciera correr la voz de que buscaba marido, teniendo una dote considerable, además de su atractivo físico, estarían rodeados de pretendientes. Solo tendría que asegurarse de que el elegido tuviera cierta influencia en el Parlamento. Como noble, Edward Cunningham tenía derecho a un escaño en la Cámara de los Lores, pero ocupaba un puesto muy inferior en la jerarquía nobiliaria. La única forma de ganar poder era comprando la lealtad de diputados —lo cual era costoso e incierto—, o ganarse el favor de un noble más influyente. Un cuñado con poder podría marcar la diferencia. Pero sus hermanas ya eran demasiado mayores para casarse y, además, espantosamente feas. Si Elizabeth se comportaba de forma adecuada, tal vez lograra atrapar a un vizconde, como mínimo. Si fuera necesario, él mismo pagaría la comisión de Richard antes que dejarla casarse con un militar sin contactos políticos. Por supuesto, él no pensaba contarle nada de eso a su primo. Si encontraban un pretendiente que además de pagarle la comisión, ofreciera algún beneficio político, mejor que mejor. Edward no había conservado su fortuna gastándola sin necesidad.

Sus hermanas, tal y como Edward había previsto, se mostraron encantadas cuando este les comunicó su decisión. Se acordó que Beth y Richard se mudarían a Raven Hall en dos semanas, lo que les daría tiempo para conocerse un poco antes de viajar a Londres.

Por su parte, Beth se sintió aliviada después de aquella visita a sus primas. Al menos le quedó claro que ellas estaban realmente contentas de que fuera a quedarse. Aunque algo simples, no mostraban ni el menor rastro de desprecio hacia ella. Eran amables, deseosas de que se sintiera bienvenida. Sobre Edward no estaba tan segura, pero sabría enfrentarse a él si llegaba el momento de tener que hacerlo.

Ya en su casa, Beth pasaba cada vez más tiempo con los criados y ninguno con Richard, quien, cada vez que coincidían, se encargaba de recordarle que debía causar una buena impresión si quería que los Cunningham la llevaran a Londres. Ella le aseguraba una y otra vez que cumpliría con su parte, hasta que acabó por ignorarlo y se limitaba a alejarse cuando él intentaba hablarle.

Un par de días antes de dejar Didsbury, Beth fue a despedirse de Mary. Decirle adiós a su amiga, sin saber cuándo volverían a verse, fue difícil, pero despedirse de los criados fue aún más desgarrador. Ninguno había aceptado la oferta de marcharse, lo que a Beth le produjo un alivio inmenso. Era reconfortante saber que seguía contando con un grupo de personas leales, aunque en la práctica estuviesen a las órdenes de Richard. Beth les aseguró que los visitaría antes de partir a Londres, pasara lo que pasase.

Hablaron brevemente del reciente llamamiento del rey Jorge para que más hombres se alistaran en la milicia. Con el grueso del ejército desplegado en el extranjero, la milicia sería necesaria para sofocar cualquier posible disturbio local. Como era de esperar, Thomas dijo que solo se alistaría si lo obligaban. Jane, firme partidaria de los Hannover, respiró aliviada: no quería ver morir a su marido reprimiendo un levantamiento entre sus propios vecinos. Todos prometieron seguir buscando a John y advertirle que debía mantenerse oculto si quería evitar ser reclutado. A veces los vagabundos eran alistados a la fuerza como modo de darles una ocupación. Beth no sabía si John encajaba en esa categoría, pero como él no tenía una carta de recomendación, era muy posible. Estaba segura de que John preferiría la muerte antes que servir en la milicia hanoveriana.

La mañana de su partida, Beth desayunó en la cocina. Nadie fingió estar alegre, y el ambiente era sombrío.

—No es para tanto —dijo ella—. Estaré a solo unas millas de distancia. Seguro que podré escaparme más de una vez antes de que vayamos a Londres. Y si me caso, os exigiré que trabajéis para mí, si queréis.

—Si tu marido lo permite —señaló Thomas—. Él ya tendrá sus propios criados.

—Pues que tenga algunos más —protestó Beth.

Estaba a punto de echarse a llorar, pero logró contenerse mientras Thomas, y luego Jane, la abrazaban. Esta era una mujer sencilla, de gesto amable, algo rellena, con el pelo de un tono apagado. Muchos se preguntaban qué había visto Thomas en ella. Él, con ese rostro atractivo, sus ojos verdes centelleantes y su físico fornido, podría haber tenido a cualquier chica del pueblo. Pero Beth nunca se había hecho esa pregunta. Jane era leal, sensata, generosa, y adoraba a Thomas tanto como él a ella. Era una verdadera pena que, después de diez años de matrimonio, Jane no hubiera conseguido quedarse embarazada. Habrían sido unos padres maravillosos, pensó Beth. Pero si estaban tristes por ello, nunca lo mencionaron.

—Me siento más tranquila sabiendo que Grace va contigo —dijo Jane, limpiándose la nariz.

Beth se había sentido feliz cuando Grace, con timidez, le propuso acompañarla como doncella. Beth aceptó al instante. No se le ocurría nadie mejor para ese puesto. Grace era discreta, prudente y absolutamente leal.

Por último, Beth se volvió hacia Graeme. Para su sorpresa, él no hizo ademán de abrazarla.

—Asegúrate de escribir —dijo Graeme con rudeza—. Y no vayas a casarte con el primero que te lo pida solo por librarte de tu hermano. Siempre estaremos aquí para ti. Más vale ser pobre entre quienes te quieren, que estar casada con un pedazo de mierda.

Fue tal el grado de conmoción de Jane, que esta no hizo el menor comentario sobre el lenguaje de su marido.

—Bien —añadió Graeme con voz ronca. Dio un paso adelante y estrechó a Beth contra su pecho de forma tan repentina y apretada que a Beth le crujieron las costillas. Luego la soltó y, sin volver la vista atrás, salió de la cocina.

Beth se quedó pensativa. Nunca lo había visto llorar, ni siquiera cuando murieron sus padres, a quienes había querido mucho. Pero, justo en el instante en que la liberó de su abrazo, ella había visto el brillo de las lágrimas en sus ojos. Fue demasiado. A Beth se le quebró el alma y rompió a llorar.

Beth echaba de menos su hogar. Un intenso dolor se había instalado en su pecho. A veces era punzante, otras apenas un susurro, pero que nunca desaparecía del todo. La casa de Didsbury era pequeña, cálida, acogedora, aunque algo ajada. Raven Hall, pese a su tamaño y esplendor, resultaba fría, un caserón donde ni siquiera las grandes chimeneas lograban calentar las estancias de techos altísimos.

Beth bendecía en silencio el desprecio que su madre plebeya había inspirado a lord Edward, pues gracias a eso le habían asignado un dormitorio minúsculo según los estándares de los Cunningham. Aun así, era el doble de grande que el suyo de Didsbury. La cama era una mole con dosel, y tanto el armario como el tocador parecían haber sido hechos para resistir generaciones, pero las paredes estaban pintadas en un rosa suave y agradable, y el reducido espacio lo hacía más cálido. Lo mejor era que la ventana daba hacia su antigua casa. Por las noches, Beth se sentaba junto al cristal y se dejaba llevar por ensoñaciones imposibles, imaginando un mundo donde las mujeres tuvieran los mismos derechos que los hombres, donde pudieran vivir donde quisieran, con quien desearan, y hacer lo que les viniera en gana.

Los criados de Raven Hall se deslizaban como sombras: discretos, distantes, casi intangibles. Cuando Beth les dirigía una sonrisa o les hacía alguna pregunta, apenas respondían. Susurraban algo inaudible, hacían una reverencia o se inclinaban levemente, y desaparecían al instante como si nunca hubieran estado allí. Pasaron unos días, y Beth, preocupada por Grace, decidió hablar con ella.

—La verdad es que son muy amables —respondió Grace, ante las preguntas de Beth—. Me han acogido bien. Claro que son muchos, y todavía no me sé todos los nombres, pero los que he conocido son agradables. El problema es que no pueden mostrarse demasiado familiares con los de la casa. Eso es algo que ha ordenado lord Edward. Deben recordar cuál es su lugar. Si se les va la mano con la confianza, los despiden.

Beth se sintió horrorizada. Ahora comprendía el motivo de esas respuestas tan evasivas: temían que su amo los echara a la calle.

—¿Edward los golpea, Grace? —preguntó, recordando a Richard y a John, y preguntándose si su primo sería tan brutal como su hermano.

—No, no lo creo. Pero sí parece muy exigente, o al menos esa es la impresión que me da. No es como el sargento Cunningham —añadió, con un tono algo amargo.

—Lo echas de menos, ¿verdad? —dijo Beth.

Grace se sonrojó y, para disimular, comenzó a buscar algo en el tocador.

—Sí —admitió tras una pausa—. Pero echo de menos a todos. Incluso a Graeme y su forma de hablar tan... espantosa.

—Eso no es lo que te he preguntado —insistió Beth, con suavidad.

A veces olvidaba que Grace, tan sensata y centrada, apenas tenía dieciséis años. Una edad perfectamente adecuada para enamorarse del carismático mozo de cuadra. Beth se giró hacia ella, le tomó las manos y las apretó entre las suyas.

—Lo encontraremos, Grace. ¿Él sabe lo que sientes?

Grace negó con la cabeza, con la cara ardiendo de vergüenza. Una lágrima solitaria recorrió su mejilla.

—No tenía sentido decírselo —respondió con su habitual sensatez —. Mis padres jamás permitirían que me casara con un no juramentado. Para ellos, eso es casi tan malo como ser católica. Y creo que yo le parecería demasiado seria.

Beth pensó en Thomas, tan impulsivo y apasionado, y en su esposa, tan sensata y tranquila. Sin duda, discreparían, y Beth no quiso darle falsas esperanzas. Grace tenía razón. Ningún padre

protestante respetable permitiría que su hija se casara con alguien que había rechazado el juramento de lealtad a los Hannover. Y John no solo era un no juramentado: proclamaba abiertamente su deseo de restaurar a los Estuardo.

—¿Crees que podrás ser feliz aquí? Si no es así, debes decírmelo. Puedes regresar a casa cuando quieras —dijo Beth, cambiando de tema.

Grace reflexionó un momento.

—Sí, creo que estaré bien. Y quiero quedarme contigo todo el tiempo que me necesites.

—Puede que eso sea mucho tiempo —advirtió Beth.

Aunque le reconfortaba saber que Grace encontraba algo de consuelo allí, Beth dudaba que ella misma llegara a sentir lo mismo mientras viviera bajo el techo de sus primos. Había ventajas, claro. Ya no temía la violencia de Richard ni necesitaba excusas para evitar quedarse a solas con él. Desde su llegada, apenas lo había visto: Edward se lo había llevado de un lado a otro. Pasaban los días montando a caballo o cazando faisanes, siempre que el tiempo lo permitiera.

Las mujeres de la casa seguían una rutina tan estricta que a Beth la tenía al borde de la desesperación tras solo una semana. Se levantaban a las siete, tomaban una taza de chocolate caliente en sus habitaciones y bajaban a desayunar con ropa cómoda. Luego, Edward aparecía para leer algunos versículos de la Biblia y se marchaba enseguida. Las hermanas se quedaban discutiendo el significado espiritual del pasaje. Después subían a arreglarse para recibir visitas, lo que les tomaba al menos una hora. De diez a dos permanecían sentadas en el frío salón verde, ocupadas en alguna labor de costura, mientras saltaban al menor ruido, esperanzadas de que fuera una visita, cosa que nunca ocurría. Nadie había ido a verlos desde que ella y Richard llegaron, hacía ya siete días.

A las dos pasaban al salón azul, decorado en tonos tan oscuros como el anterior, aunque algo más cálido, por su menor tamaño. Allí leían o escribían cartas. Si el día era soleado, daban un breve paseo por los jardines. A veces, Clarissa tocaba el clavicordio con gran

destreza, aunque sin alma. Luego se vestían para la cena, que se servía puntualmente a las cinco.

Este era el momento más difícil para Beth, por la presencia de Edward. Tras seis veladas en su compañía, había comprendido que su idea de una charla civilizada nada tenía que ver con la de sus parientes. En la alta sociedad, al parecer, conversar consistía en que el cabeza de familia disertara durante media hora, mientras las damas asentían sumisas. Al final de la comida, Edward preguntaba, con tono desinteresado, cómo había sido su día, interrumpía sus respuestas y se marchaba de inmediato a por su botella de oporto o brandy, con Richard pisándole los talones.

Beth, fiel a la promesa que le había hecho a Richard, procuraba no verse arrastrada al campo de minas que suponían las opiniones de Edward. Mantenía la vista baja y centraba toda la atención en su plato. Isabella había contratado recientemente a un chef francés, que ofrecía a las damas los últimos manjares de la cocina gala, mientras que la cocinera habitual seguía preparando los platos tradicionales que Richard y Edward tanto apreciaban. Aquello había generado cierta discordia, pero, por una vez, las tres hermanas se habían mantenido firmes. Detestaban la comida inglesa, tan pesada y grasienta, y Edward había acabado por ceder, aunque a regañadientes.

Al sexto día, cuando Edward comprobó que Richard era una excelente compañía con quien compartía múltiples intereses, y tras convencerse de que Beth mantenía una actitud recatada en la mesa, anunció que consideraba perfectamente aceptable que ambos los acompañaran a Londres después de Navidad. Richard le dio las gracias con tal efusividad que a Beth se le revolvió el estómago. Luego se hizo un silencio mientras Edward la miraba con expectación.

—Eres muy generoso, primo —murmuró Beth, esperando que con eso bastara para complacerlo.

—¡Oh, esto es maravilloso! —exclamó Isabella—. No tenemos tiempo que perder. Debemos llamar de inmediato a la modista.

Edward frunció el ceño.

—Pero si ya tenéis ropa de sobra para la Temporada... Me he dejado una fortuna en vestidos nuevos que aún no habéis estrenado.

—Claro que tenemos prendas adecuadas —intervino Isabella con tacto—. Pero Elizabeth solo tiene dos vestidos formales, que quizás basten para llevar una vida retirada en el campo, pero en Londres serían muy inadecuados. Nos juzgan por nuestra apariencia, querido Edward —añadió, mirando con cariño a Beth y volviendo después a su hermano, que seguía ceñudo. Al ver que este no cedía, Isabella empezó a retorcerse las manos—. No sería digno de una Cunningham presentarse en sociedad vestida si no es con lo más exquisito de la moda. Estoy dispuesta a gastar parte de mi asignación para asegurarme de que Elizabeth luzca como corresponde. De hecho, sería un placer para mí.

Beth descubrió en los días siguientes que su prima no había exagerado. Isabella disfrutaba enormemente eligiendo telas, proponiendo adornos y dejándose llevar por la emoción ante botones, encajes y abanicos. Pasaban horas analizando dibujos y figurines vestidos con las últimas tendencias francesas, discutiendo qué favorecería más a la figura esbelta y al cabello claro de Beth. A pesar del pésimo gusto que las tres tenían para empapelar salones, Beth se sorprendió al ver que este era impecable en lo que a moda se refería. Les dejó todas las decisiones en sus manos, salvo en un punto: se negó a usar peluca cuando Charlotte le dijo que, según su querido Frederick, nadie iba bien vestido si no llevaba una.

—Las detesto —protestó Beth—. Son calurosas, pican y están llenas de piojos.

Aun así, Beth se sometió con paciencia a la modista, aguantando horas de pie, los pinchazos involuntarios y los gritos de entusiasmo de sus primas, a medida que los trajes tomaban forma. Al menos era un cambio respecto a las horas interminables en el salón, aguardando visitas que nunca llegaban.

Tras la partida de modistas y sombrereras, la rutina volvió a ser la de siempre. Los vestidos estarían listos en tres semanas, aunque quizá hiciera falta una prueba más para ajustarlos. Aparte de eso,

quedaban cinco semanas hasta la fecha fijada, en enero, para el viaje a Londres, si el clima lo permitía.

Beth estaba desesperada. Propuso pasar un día en Manchester para comprar regalos de Navidad, y su sugerencia fue recibida con horror. El tiempo era demasiado inestable como para alejarse del jardín.

—Pero podemos ir en carruaje —insistió Beth, aunque en realidad quería ir andando; era apenas una milla.

—Oh, pero igual hay que caminar por las calles, entrar y salir de tiendas... y si llueve... —dijo Clarissa.

¿Y si llueve, qué? ¿Se derretirían los nobles? Beth se imaginó a sus tres primas deshaciéndose en charcos a sus pies, como babosas espolvoreadas con sal, y sonrió. Las demás interpretaron la sonrisa como una rendición, y el asunto quedó zanjado.

Capítulo 5

—Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo —entonó Edward con solemnidad, citando a su apóstol favorito, Pablo—. El hombre no debe cubrirse la cabeza, pues es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es gloria del varón. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón. Y tampoco fue creado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Que vuestras mujeres callen en las congregaciones, porque no les es permitido hablar; antes bien, deben estén sujetas, como también lo dicta la ley.

Edward cerró la Biblia con un gesto reverente y esbozó una sonrisa de satisfacción, lanzando una mirada complacida a la sala. Sus hermanas adoptaron la expresión atenta que él esperaba. Las citas que él había elegido en los últimos días habían sido seleccionadas pensando en su prima Elizabeth. Al parecer, ella era lo bastante sumisa, pero no estaba de más reforzar su docilidad con la autoridad divina. La observó entonces: seguía mirando al suelo, como siempre. Aquello le inquietaba un poco; nunca le sostenía la mirada, así que decidió hablarle directamente.

—¿Y tú qué opinas de las sabias palabras de San Pablo, Elizabeth?

Richard se tensó. Era la primera vez que Edward le pedía a Beth opinión sobre algo. Ella lo miró con serenidad y cruzó las manos sobre el regazo.

—Si las palabras de San Pablo son ciertas, entonces, por definición, no se me permite tener opinión, sino obedecer al hombre que me gobierna.

Richard cerró los ojos. La frase podía parecer inocente, pero el tono había rezumado desprecio. Esperó una reacción airada de Edward, pero, para su sorpresa, este se limitó a sonreír.

—Exactamente —dijo Edward con agrado—. Bien. Os dejo, queridas, para que meditéis juntas sobre la lectura. Richard y yo asistiremos a una pelea de gallos en la ciudad, pero regresaremos a tiempo para la cena.

Richard no podía creerlo. Sabía que su primo no era demasiado brillante, pero el tono de Beth había sido tan evidente que hasta la siempre despistada Isabella se había sobresaltado. El hombre veía solo lo que deseaba ver. Era asombrosamente fácil de engañar, pensó Richard, con alivio.

Cuando los hombres salieron, descendió sobre la estancia un silencio incómodo. Nadie parecía tener ganas de comentar las palabras del apóstol.

Beth miró por la ventana con anhelo. No podía hablar con libertad con sus primas, pero al menos, si pudiera liberar algo de su rabia con un paseo...

—¿Por qué no damos un paseo por el jardín? —propuso.

Isabella dudó.

—Eso sería algo irregular. Normalmente salimos por la tarde.

—Pero va a llover esta tarde —insistió Beth—. Y un poco de aire fresco nos vendría muy bien.

Tal como se sentía, estaba dispuesta a salir en camisón en medio de una ventisca.

—Y aún no estamos vestidas de forma adecuada —intervino Clarissa—. ¿Y si alguien viniera y nos viera así?

—Desde que llegué, no hemos recibido ni una sola visita —recordó Beth—. Tú misma dijiste, Isabella, que la mayoría de vuestros conocidos están ya en la capital.

—Eso es cierto —concedió Isabella—. Pero Edward insiste en mantener la tradición de padre: pasar la Navidad en el campo.

—Entonces, ¿por qué no nos ponemos las capas y salimos un rato? —insistió Beth. Cuando ninguna la apoyó, ella apretó los dientes—. En ese caso —dijo—, hablemos de San Pablo. En mi opinión...

Las cuatro caminaban por los senderos del jardín, deteniéndose de vez en cuando a admirar las figuras de arbustos recortados como si fuera la primera vez que las veían. Beth llevaba la capucha bajada y el aire frío le azotaba el rostro, encendiendo sus mejillas y dándole un brillo nuevo a los ojos. Apresuró el paso, pero pronto tuvo que moderarlo al escuchar los jadeos discretos de sus primas, que se esforzaban por seguirle el ritmo con cortesía.

—Realmente, Adam hace maravillas con las tijeras de podar —dijo Clarissa, por enésima vez—. Esa águila parece que podría alzar el vuelo en cualquier momento.

«También están aburridas», pensó Beth. «Pero llevan tanto tiempo viviendo así que ya se han acostumbrado. ¿Me convertiré yo en una de ellas algún día, repitiendo las mismas frases vacías sin darme cuenta?

De pronto, el desánimo se apoderó de ella y se estremeció. Isabella, creyendo que tenía frío, sugirió volver a casa para vestirse y estar listas en caso de recibir visitas.

Ya de regreso, las primas se sentaron a bordar en silencio. Al menos tres de ellas lo hacían de verdad. Beth, en cambio, dejaba que sus dedos se movieran por el lino de forma automática, mientras su mente volaba hacia Didsbury. ¿Cómo estarían sus amigos? ¿Habría alguna noticia de John o Martha? Y decidió que aquella misma noche les escribiría para preguntarles si había novedades.

—¿Tocas, Elizabeth?

La pregunta la sacó de sus pensamientos. Beth levantó la vista y vio que la miraban, esperando una respuesta.

«¿Tocar? ¿Tocar qué?». Observó los rostros expectantes. Clarissa parecía especialmente ilusionada. Debían de estar hablando de música.

—No, lo siento, no toco ningún instrumento.

Las tres hermanas mostraron una decepción apenas disimulada.

—Oh, qué pena —dijo Clarissa—. Verás, a veces nos gusta jugar al *quadrille*[11] y habíamos esperado que tú completaras el grupo. Antes pedíamos a uno de los lacayos que se uniera, pero Edward

consideró que estábamos siendo demasiado familiares y que a Samuel podrían subírsele los humos, así que tuvimos que dejar de hacerlo.

—Quizás nos permitas enseñarte —sugirió Charlotte—. Es una habilidad muy útil en Londres. Todo el mundo juega a las cartas.

Antes de que Beth pudiera contestar a tan amable propuesta, alguien llamó a la puerta y un lacayo entró.

—Sir Anthony Peters está aquí, milady. Lamenta presentarse sin previo aviso, pero pregunta si puede hacerles una breve visita.

Isabella aplaudió de alegría.

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó—. Sir Anthony siempre será bienvenido en nuestra casa. Hazlo pasar de inmediato. —Isabella se volvió hacia Beth, que había sonreído, animada por la idea de recibir a alguien de fuera. Tal vez con él surgiera una conversación distinta, algo nuevo.

—Sir Anthony es siempre una compañía encantadora —le dijo Isabella—. Y sabe tanto sobre...

Nunca sabría sobre qué era experto sir Anthony, porque Clarissa no llegó a terminar la frase. La puerta se abrió de nuevo y apareció el visitante, haciendo una profunda reverencia.

—¡Oh, mis queridas damas, vuestra belleza, como siempre, me deja sin aliento! Estoy deslumbrado —declaró con teatral entusiasmo.

Las tres hermanas se pusieron de pie al unísono, ruborizadas, y le dedicaron una reverencia. Beth, algo más lenta, las imitó, aún poco habituada a ese saludo hacia cualquier persona de rango.

Una vez cumplidas las cortesías, volvieron a sentarse. Sir Anthony posó brevemente la mirada en Beth; parecía dispuesto a preguntarle quién era, pero sus intenciones se vieron ahogadas por la avalancha de comentarios y preguntas con que lo recibieron las emocionadas primas.

—Oh, ¡es tan maravilloso verle de nuevo...! —exclamó Isabella.

—Y ha pasado tanto tiempo... —añadió Charlotte.

—No se imagina cuánto le hemos echado de menos... —dijo Clarissa.

—¿Dónde se había escondido todo este tiempo? —preguntó Isabella con un deje de coquetería.

Sir Anthony eligió responder a la primera de las preguntas y, apartando la mirada de Beth, dirigió toda su atención a Isabella.

—He estado viajando un poco. Asuntos de negocios, ya sabe usted, un asunto de lo más tedioso, pero necesario. Una vez concluido, me sentí incapaz de volver de inmediato a Londres, y he estado descansando en el campo, alejado del bullicio de la Corte para disfrutar de la vida tranquila, la caza, los paseos... —Agitó su mano enguantada con gesto lánguido, como si con ello resumiera un sinfín de rudas ocupaciones rurales, y comenzó a relatar una anécdota sobre una desafortunada dama que había sido lanzada por su caballo a un zarzal durante una cacería.

Mientras Sir Anthony hablaba y las hermanas le dedicaban sonrisas embelesadas, Beth le observaba con atención. Había oído hablar de los petimetres que frecuentaban los salones de la aristocracia inglesa, pero era la primera vez que veía uno en carne y hueso. Y era, desde luego, digno de estudio. Vestido de pies a cabeza con satén lila bordado, con una camisa adornada de gruesas puntillas que también asomaban por los puños y que casi cubrían sus manos enfundadas en guantes blancos, ofrecía el aspecto de una criatura mimada y artificiosa. Llevaba la peluca cuidadosamente empolvada y rizada, y sus zapatos lilas lucían hebillas de pedrería. Un empalagoso aroma a violetas flotaba a su alrededor cada vez que movía los brazos para ilustrar lo que contaba.

Pero lo más fascinante de todo era su rostro. Beth no había visto jamás a nadie con tanto maquillaje. Su cara estaba cubierta por una gruesa capa de pintura blanca, lo que hacía que su boca resaltara de forma antinatural. Dos círculos perfectos de carmín decoraban sus pómulos, y una media luna adornaba la comisura de su boca. Aunque era algo más alto que la media y tenía un físico proporcionado, Beth no podía imaginar a alguien menos adaptado a la vida en el campo.

Se vio arrastrada de nuevo a la conversación al oír que mencionaban su nombre.

—¿No le ha parecido la historia más divertida que ha escuchado jamás, Elizabeth?

Beth no había oído ni una palabra, pero sonrió con cortesía y abandonó su escrutinio del visitante justo cuando él posaba de nuevo los ojos en ella.

—Así que se llama usted Elizabeth —dijo sir Anthony, y de inmediato se produjo una pequeña conmoción entre sus anfitrionas.

—Oh, no me lo puedo creer... Qué descuido por mi parte... —balbuceó Isabella—. Debo disculparme por no haberle presentado antes, pero su aparición me ha dejado tan sorprendida...

Beth escuchó con una mezcla de diversión y resignación el súbito tono aniñado de su prima y, como sospechaba que el discurso se alargaría, decidió presentarse a sí misma.

—Elizabeth —dijo con tono firme—. Elizabeth Cunningham. —Beth se levantó y le tendió la mano para estrechársela. Él la tomó y, en lugar de hacer lo que ella esperaba, la llevó hasta sus labios. Sus ojos azules brillaron detrás de la máscara de pintura.

—Encantado —murmuró sir Anthony, antes de soltar la mano de Beth. Esta se resistió a la tentación de limpiársela contra la falda y volvió a sentarse.

—Elizabeth es nuestra prima —apuntó Charlotte, mientras las otras dos observaban a Beth con estupefacción por haberse atrevido a presentarse ella misma y ofrecerle la mano de un desconocido con tanta familiaridad—. Ha quedado recientemente huérfana y ha venido a pasar una temporada con nosotras, junto a su hermano. Nos acompañarán a Londres en enero y esperan ser presentados al rey.

«¿Se podía llamar huérfana a una mujer de veintidós años?», se preguntó Beth. Era la primera noticia que tenía sobre ser presentada al rey y se preguntó cuánto más se estaría tramando a sus espaldas.

Llegaron las bandejas con el té, e Isabella se ocupó de repartir las tazas y los pasteles.

—Nuestra querida prima ha vivido siempre en el campo y no está acostumbrada a las costumbres de la buena sociedad. Esperamos poder instruirla un poco en el protocolo de la Corte antes de que sea presentada —explicó Isabella con aire maternal, sin advertir lo

ofensivo de sus palabras. Beth frunció el ceño y abrió la boca para responder, pero Sir Anthony intervino.

—Estoy seguro de que será la comidilla de la Corte —dijo, y Beth no supo si se refería a que toda la corte quedaría fascinada por su belleza o atónita por los modales de la salvaje pagana del norte—. Pero me temo que la Corte del viejo rey le resultará muy tediosa, querida —añadió sir Anthony—. La Corte del príncipe de Gales es un lugar mucho más divertido para los jóvenes.

—¡Sir Anthony! —protestó Clarissa—. ¿Cómo puede decir eso?

—Oh, no he dicho que el rey me parezca tedioso —respondió él con calma—. Encuentro sus conversaciones muy instructivas. Pero no es el lugar más adecuado para los espíritus jóvenes y vivaces.

Se expresaba como si tuviera la misma edad que el monarca. Beth observó su rostro con disimulo. Podría tener entre veinticinco y cincuenta años; con tanta pintura era imposible saberlo.

—¿No es cierto que el rey Jorge ha declarado que quien frecuente la casa del príncipe Federico dejará de ser bienvenido en St. James? —preguntó Beth.

—Sí, es cierto. Pero somos muy pocos los afortunados que hemos logrado conservar el favor en ambos círculos —respondió sir Anthony con una sonrisa cómplice.

—¿Cómo sabes eso, Elizabeth? —inquirió Isabella, perpleja—. Creía que nunca habías ido a la Corte.

Beth la miró con impaciencia.

—No, nunca he ido, pero tengo periódicos a mi alcance, y estos siempre hablan de los últimos cotilleos sobre el rey y su enemistad con su hijo.

Sir Anthony se acomodó un poco más en su asiento y estiró sus largas piernas.

—¿Le interesa la vida cortesana, señorita Cunningham? —le preguntó a Beth.

—No especialmente, pero me interesan la política y la situación en Europa —respondió ella.

Isabella, Clarissa y Charlotte parecieron incómodas.

—¿Y qué opina usted del reciente tratado entre Prusia e Inglaterra? —le preguntó de nuevo sir Anthony.

—No tengo noticias al respecto, lo lamento, señor —dijo Beth—. En casa solía leer *The Manchester Magazine* y un periódico londinense, pero mis primas no reciben ninguna publicación, y no he tenido acceso a ninguna información desde que llegué.

—Oh, pero Edward sí recibe periódicos —intervino Isabella, escandalizada por la mera sugerencia de que su familia no se mantuviera al tanto de la actualidad. Beth la miró sorprendida. No había visto rastro alguno de un periódico ni oído hablar de un tratado anglo-prusiano desde su llegada—. Edward recibe *The London Gazette* y tiene la amabilidad de contarnos cualquier noticia que considera que puede interesarnos —concluyó Isabella.

Una sombra de ira cruzó fugazmente el rostro de Beth.

—Perdóneme, entonces —dijo ella en tono tenso, dirigiéndose a sir Anthony—. Parece ser que los tratados entre potencias extranjeras no se consideran un asunto de interés para las damas.

Charlotte se levantó con tanta brusquedad que estuvo a punto de volcar la mesa del té con sus faldas. Miró por la ventana.

—No puedo creer que no hayamos oído llegar su coche, Sir Anthony —dijo, buscando desesperadamente un cambio de tema.

Sir Anthony le dirigió a Beth una mirada comprensiva antes de responderle a Charlotte.

—Le pedí a John que me dejara en la verja. Pensé estirar un poco las piernas por el sendero, pero a medio camino empezó a chispear. Creí que mi levita se arruinaría —dijo, mirando con fingida preocupación su chaqueta color lila—. Pero parece que se ha secado sin dejar marca alguna.

—Justo cuando llegó, sir Anthony —comentó Isabella—, le estaba diciendo a mi prima que usted es la persona ideal para asesorarnos sobre las últimas tendencias de la moda. Elizabeth está renovando por completo su vestuario para Londres. Quizá pueda aconsejarnos si es necesario hacer alguna modificación. Usted tiene tanto conocimiento en estas cuestiones...

—¡Oh, qué delicia! —exclamó el baronet—. ¿Tal vez quisiera probarse uno de sus nuevos vestidos para nosotros, querida? —le preguntó a Beth.

Esta alzó la vista al techo. Había esperado que el campo de especialidad de aquel hombre fuera la política o la literatura, cualquier cosa que propiciara una conversación animada. No la moda. De eso ya había tenido más que suficiente para toda una vida. Ella quería preguntarle sobre el tratado, pero Charlotte e Isabella ya habían desviado el tema.

—Me temo que mis vestidos aún no están listos —respondió Beth. Aunque lo estuvieran, no tenía la menor intención de desfilar con ellos delante de aquel ridículo hombre y su empalagoso perfume de violetas.

—Pero tenemos los bocetos de todos sus conjuntos —dijo Isabella—. Si fuera tan amable de darnos su experta opinión…

Durante la siguiente media hora, el grupo se dedicó a repasar los dibujos desplegados sobre la mesa del té, ya despejada. Sir Anthony sugería colocar un lazo «justo aquí», indicaba que esa temporada se llevaban los puños con doble volante de encaje, en lugar de uno solo, y aseguraba que las plumas eran lo más *à la mode* en Francia en ese momento. Beth se limitó a asentir con vaguedad a cada sugerencia, mientras pensaba en dónde guardaría Edward los periódicos y cómo podría hacerse con ellos.

Por una vez se sintió aliviada al ver entrar a su hermano, seguido de lord Edward, ambos con las mejillas encendidas y las pelucas algo torcidas tras haber galopado desde Manchester en un intento de adelantarse a la lluvia, que ya caía con fuerza.

—¡Oh, Edward, mira quién ha tenido a bien honrarnos con su presencia! ¡Sir Anthony! —anunció Isabella, como si su hermano no fuera capaz de reconocer al visitante por sí mismo—. Por favor, diga que se queda a cenar, sir Anthony.

—¿Cómo resistirme a los ruegos de una dama tan encantadora? —respondió él—. A menos, claro está, que sea demasiada molestia...

—¡Oh, no es ninguna molestia! —se apresuró a decir Clarissa—. Apenas recibimos visitas últimamente, con todo el mundo ya en Londres. Será estupendo disfrutar de su conversación, ¿verdad, Edward?

—Magnífico —dijo lord Edward con visible desagrado, lanzando una mirada de desdén al advenedizo envuelto en satén.

Beth jamás había oído a Clarissa pronunciar más de unas pocas palabras seguidas, y comprendió, divertida, que sus primas competían por la atención del visitante, al que encontraban encantador.

Sir Anthony se puso en pie y fue presentado a Richard, quien, siguiendo el ejemplo de Edward, mantenía una expresión igual de hostil. Con su tez cetrina, ojos marrones y estatura algo inferior a la media, sir Anthony pensó que Richard era muy diferente a su atractiva hermana, y dedujo que él debía parecerse a los poco agraciados Cunningham, aunque la expresión severa de su boca y la ausencia de arrugas en sus ojos revelaban que era un hombre poco dado a sonreír. Como ambos compartían apellido, sir Anthony supuso que eran hermanos solo por parte de padre y que Beth, sin duda, debía de haber heredado el físico de su madre.

—Encantado de conocerle, caballero —entonó sir Anthony con entusiasmo, estrechando brevemente la mano de Richard, sucia y curtida, con la suya, tersa e impoluta—. Tengo entendido que su hermana será presentada en la Corte. Le aseguro que tendrá un éxito rotundo.

—Sir Anthony mantiene excelentes relaciones con el rey, Richard —explicó Isabella —, y conoce a todas las personas influyentes. Estoy convencida de que será de gran ayuda para introducir a Elizabeth en sociedad.

Sir Anthony comprobó que la diferencia de carácter de los hermanos era tan notoria como su aspecto. Mientras ella se había esforzado por no reír ante la imagen mental de sí misma deslizándose majestuosa entre la Corte como un navío en plena botadura, la actitud hostil de Richard se desvaneció de inmediato y lo observó con renovado interés.

Su interés se mantuvo durante toda la velada. Richard interrogó a sir Anthony sobre sus amistades en la Corte y le preguntó si tenía conexiones entre los altos mandos del ejército.

—¡Por supuesto que sí! —interrumpió Edward con fastidio, molesto por ver frustradas sus esperanzas de pasar la velada compartiendo una botella de brandy con Richard mientras

comentaban la pelea de gallos del día, en la que había ganado cien guineas—. Este hombre conoce a todo el mundo. Puede presentarte a cualquiera, desde la ramera más baja hasta el mismísimo Dios Todopoderoso —pronunció la última frase con tal repulsión que la mesa quedó en silencio por unos instantes.

Sir Anthony, sin embargo, no se dio por aludido y pareció tomar el comentario al pie de la letra.

—Lord Edward es muy generoso —le dijo a Richard con amabilidad—. Yo solo frecuento a damas de cierta clase... y, en cuanto a Nuestro Señor, no estoy seguro de poder afirmar que lo haya conocido en esta vida o que vaya a hacerlo en la otra. —Volvió su sonrisa hacia Isabella—. Una cena deliciosa, señorita Cunningham.

Edward, avergonzado por haber hecho tan patente su animadversión hacia sir Anthony, decidió empeorar aún más las cosas, y removió con su tenedor una *crêpe* especiada sobre el plato, como si temiera encontrar algún bicho oculto bajo ella.

—¿Deliciosa? —dijo—. Desde que Isabella se empeñó en contratar a ese ridículo chef francés, estamos condenados a comer porquerías disfrazadas de obras de arte, platos llenos de aire. ¿Cuándo aprenderá a preparar una buena cena inglesa, con su carne asada y su pudin de manteca? Ojalá lo haga antes de que me muera de hambre o de que su sueldo me arruine.

—Edward —le reprochó su hermana—, sabes que Susan suele preparar un plato de carne para ti, pero pensé que, al tener invitados, podríamos cambiar el menú. *Monsieur* Blanchet está muy solicitado. Debes saber que nuestra mesa es la envidia de todo el mundo.

—Lo único que sé, hermana —replicó él con ira—, es que estoy obligado a pagar a dos cocineros para que al menos uno entienda que un hombre necesita comer carne después de un largo día. ¡Por Dios! ¿Por qué demonios tenemos que adoptar las costumbres ridículas y afeminadas de un país con el que estamos en guerra, cuando tenemos una cultura culinaria bastante buena?

—¿Estamos en guerra con Francia? —preguntó Isabella con voz temblorosa.

Beth, que hasta entonces se había mantenido en silencio, intervino al fin:

—Bueno, es cierto que las fuerzas británicas se encuentran en Europa apoyando a María Teresa de Austria frente a una invasión. Pero, que yo sepa, aún no se ha declarado formalmente la guerra a Francia. Claro que, como lord Edward considera que las mujeres no somos capaces de entender lo que dicen los periódicos, no estoy al tanto de las últimas novedades. ¿Estamos en guerra con Francia, sir Anthony?

—Todavía no, querida —respondió él, divertido.

—Ya lo ves, Isabella —dijo Beth con dulzura, dirigiéndose a su prima—. No creo que tu excelente cocinero pueda ser considerado un enemigo todavía.

Edward miró a Beth como si a esta acabara de brotarle una segunda cabeza.

—Si una nación desea debilitar a su enemiga —vociferó él—, ¿qué mejor forma que empezar por minar su salud?

—¿Así que debo entender —preguntó Beth con aire pensativo— que considera usted a *monsieur* Blanchet un agente hostil al servicio de Francia, cuya misión es llevar a Inglaterra a la ruina a base de *crêpes* dulces y salsas especiadas? ¿No debería entonces hacer que lo arrestaran? —Su tono era tan comedido que resultaba imposible saber si hablaba en serio o se burlaba. Solo Richard, al entrecerrar los ojos al mirarla, dejó ver que probablemente se trataba de lo segundo.

—Bueno, no, claro que no —dijo lord Edward, consciente de que lo estaban dejando en ridículo, aunque sin comprender del todo cómo había ocurrido—. Pero me gustaría que todos comiéramos lo mismo: un buen asado tradicional. No es de extrañar que vosotras dos parezcáis a punto de desmayaros —añadió, mirando con severidad a Clarissa y Charlotte, que al instante adoptaron una expresión tan angustiada como la de su hermana mayor—. No habéis probado una comida nutritiva en meses.

Beth le lanzó a lord Edward una mirada cargada de odio. ¿Cómo se atrevía a humillar a sus hermanas delante de los invitados? Sintió una punzada de empatía hacia aquellas primas tontorronas. Ellas

también estaban sometidas al dominio de su hermano y, aunque Edward no fuera violento como Richard, su pomposidad y su absoluta falta de tacto eran igual de crueles. La velada pendía peligrosamente del hilo del desastre. Beth percibió cómo Isabella buscaba a tientas un tema de conversación trivial con el que aligerar la tensión, pero parecía demasiado alterada como para dar con uno, y Beth decidió intervenir.

—Decía usted hace un momento, sir Anthony —dijo ella con suavidad, como si no notara el ambiente enrarecido—, que ha estado de viaje hace poco. Me encantaría poder viajar algún día —añadió con genuina ilusión—. ¿Dónde ha estado?

—¡Oh, mi querida señorita, he estado absolutamente en todas partes de Europa en algún momento de mi vida! ¡Qué maravillas! —aplaudió sir Anthony con entusiasmo—. ¡No sabría por dónde empezar! Pero estoy seguro de que, con su belleza, usted no tardará en encontrar a un marido adinerado que se deleite en mostrarle las maravillas de Italia y Fr... —Sir Anthony lanzó una mirada furtiva al rostro congestionado de Edward—. Y otros países.

Beth pareció considerar que un marido adinerado era lo último que deseaba encontrar en la vida.

—Últimamente, sin embargo —continuó sir Anthony, mis negocios me han obligado a quedarme dentro de esta hermosa isla nuestra, así que no tengo muchas historias exóticas que contarle, me temo. He estado explorando el norte en los últimos meses, viajando por Northumberland hasta llegar a Escocia, pues tenía asuntos que atender en Edimburgo.

Las tres hermanas Cunningham soltaron un suspiro de horror casi al unísono. Beth las miró, perpleja.

—Oh, pero eso debió de ser peligrosísimo, sir Anthony… —gimió Clarissa—. Después de todo, Escocia está plagada de jacobitas, ¿no es cierto?

—Hay *tories*[12] y jacobitas por todas partes —intervino Edward, con su firmeza de *whig* convencido—. El país está lleno de demonios de arriba abajo. Usted debió de comprobarlo, si ha pasado por Northumberland, sir Anthony.

—Oh, no asuste usted a las damas —protestó el baronet, echando una mirada a Beth, que no parecía nada asustada; quizá interesada, tal vez un poco molesta, pero en absoluto temerosa—. Es cierto que algunos hablan de rebelión, pero están demasiado cómodos bajo el reinado del rey Jorge como para hacer algo más que hablar. Le aseguro que los hannoverianos no corren ningún peligro en Northumberland.

—No puede decirse lo mismo de Escocia —respondió Edward—. Al fin y al cabo, los Estuardo eran escoceses. Muchos escoceses están en contra del Acta de Unión y siguen creyendo que ese maldito pretendiente devolverá su Parlamento a Escocia.

—No creo que Jacobo vuelva a poner un pie en suelo británico después del desastre de la rebelión del 15 —dijo sir Anthony—. La Casa de Hannover está demasiado bien asentada como para ser derrocada por un anciano y un puñado de *highlanders* descontentos. Edimburgo, desde luego, parece estar prosperando con la unificación. Me alojé en una posada de lo más confortable y visité varios clubes excelentes. ¡Y las damas! Un auténtico deleite para la vista. Todas presbiterianas, por supuesto, y leales al rey Jorge.

—Oh, sir Anthony —dijo Charlotte, aferrándose a lo único que había entendido en los últimos minutos—, ¿las damas escocesas son más hermosas que las inglesas? Mi querido Frederick decía siempre que ninguna dama podía compararse a las inglesas, pero nunca viajó al norte de Gran Bretaña.

Edward observó con fastidio al extasiado sir Anthony, y escuchó con creciente impaciencia cómo este se lanzaba a soltar una avalancha de cumplidos exagerados sobre las mujeres de ambos países. Realmente, aquel hombre se dejaba distraer con facilidad, pasando de temas interesantes a trivialidades femeninas. Y, sin embargo, en su ingenuidad política, solía dejar escapar información asombrosamente valiosa. Tenía un don para tratar con la gente que a Edward le resultaba incomprensible. A sus ojos, no era más que un dandi instruido y remilgado. Probablemente, un sodomita. Seguro que era uno de esos pervertidos que disfrutaban con ambos sexos. Repugnante. Y aun así conseguía ganarse la confianza de todo el mundo. La gente le confiaba secretos, y él, tan despreocupado como

inconsciente, los compartía alegremente con cualquiera. Como estaba haciendo ahora. Edward intentó reconducir la conversación hacia el interesante tema de la potencial rebeldía del norte.

—Y esa impresión que tiene usted de que los habitantes de Northumberland están desmoralizados, ¿se basa en hechos, sir Anthony, o es solo conjetura?

—Oh, no, milord, hablé con un buen número de individuos en mi viaje hacia Escocia. Muchos de los habitantes de Northumberland están profundamente decepcionados con el resultado del Levantamiento de l5, y el hecho de que el conde de Derwentwater fuera ejecutado... bueno, muchos me dijeron que no volverían a arriesgar la vida por una causa perdida. Incluso el hermano del conde me dijo personalmente que él mismo no lo haría otra vez por un jovenzuelo como Carlos Estuardo.

—¿¡Qué!? —exclamó Edward—. ¿Está usted seguro? Después de todo, ese hombre fue condenado a muerte junto con su hermano y, si no hubiera tenido la suerte del diablo al escapar a Francia, habría sido decapitado. ¿Está de vuelta en Northumberland, entonces?

—No, no, me malinterpreta —dijo sir Anthony—. Sigue exiliado en Francia. Hablé con él en mi último viaje. Y le aseguro que no tiene la menor estima por el joven Carlos Eduardo. Me dijo que ese mocoso no podría dirigir un batallón ni para encontrar una ramera en un burdel, y mucho menos una rebelión... Con el debido respeto, señoras, solo cito sus palabras, se lo aseguro... Pero me estoy desviando. Las damas de Edimburgo tienen una belleza propia, aunque no comparable, por supuesto, a la de las rosas inglesas, que es verdaderamente insuperable.

Sa siguió con sus alabanzas mientras Edward se mantenía en silencio, digiriendo la información que acababa de recibir. Aquello era, sin duda, una noticia alentadora, y de gran interés para el rey. Si incluso el fanático jacobita conde de Derwentwater consideraba ineficaz al joven Pretendiente, era probable que otros posibles líderes rebeldes compartieran esa opinión.

Edward observó al dandi con altanería. Quizá fuera precisamente el hecho de que no pareciera tener ni dos ideas políticas coherentes lo que hacía que ambos bandos se sintieran cómodos compartiendo

con él sus ideas. Escuchaba todo con interés y simpatía, sin entender la trascendencia de nada.

Beth, horrorizada, permanecía en silencio. Sabía perfectamente quién era el conde de Derwentwater: uno de los nobles jacobitas más importantes de Inglaterra, leal hasta la médula. No podía creer que aquella figura romántica de las historias de su infancia hubiera traicionado sus ideales. Y, si lo había hecho, no podía creer que ese petimetre empolvado de sir Anthony dejara escapar semejante noticia en una casa hannoveriana sin tener la menor conciencia del daño que podía causar. Claro, si él tenía acceso al rey, sin duda sería un partidario convencido de la Casa de Hannover. Beth habría sentido más respeto por sir Anthony si al menos hubiera sido consciente del peso de sus palabras. Tal como era, solo le inspiraba desprecio. Y desesperanza. ¿Estaba toda la sociedad inglesa compuesta por mujeres frívolas y hombres imbéciles o fanfarrones?

Cuando la velada llegó a su fin y sir Anthony anunció su retirada, asegurándole a Beth que haría todo lo posible por allanarle el camino en los círculos de la Corte, ella le dedicó una sonrisa helada y, esta vez, cuando él le besó la mano, se la limpió en la falda sin ningún disimulo. Aunque, como parecía ser innato en él, no pareció notarlo.

Richard sí lo hizo, y Beth acababa de meterse en la cama cuando se abrió la puerta. Supo de inmediato quién era; solo él sería tan grosero como para entrar en su alcoba sin llamar, y Beth maldijo para sus adentros por no haber echado el cerrojo.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —le espetó Richard, sin preámbulos.

Beth no fingió ignorancia.

—Ese hombre me repugna —respondió—. Es un necio pomposo y sin cerebro.

—Ese necio, como tú lo llamas, es un conocido cercano no solo del rey y del príncipe de Gales, sino también del duque de Cumberland y de sir John Cope. Todos ellos podrían ayudarme a ascender a lo más alto con una sola palabra si quisieran. ¿Y tú te atreves a insultarlo? ¿Es que has olvidado tu promesa?

—La recuerdo perfectamente, Richard. Pero nunca no te prometí que me arrastraría o adularía a cada pelele emperifollado que conociese. Y, por cierto, él ni siquiera advirtió lo que hice. En cuanto a ti, tú prometiste dejarme en paz y no volver a entrar nunca más en mi alcoba. Cierra la puerta al salir.

Beth se tumbó de lado y se arropó con gesto firme, dando por zanjada la conversación. Sintió cada respiración de Richard mientras este permanecía allí de pie, indeciso. Si él se atrevía a tocarla, pensó Beth, gritaría hasta despertar a toda la casa. Esta vez no tenía un cuchillo bajo la almohada, pero las habitaciones de Charlotte e Isabella estaban lo bastante cerca para oírla.

Después de lo que le pareció una eternidad, oyó sus pasos cruzar la habitación y la puerta cerrarse con suavidad. Beth no se permitió dormir hasta haberla atrancado.

«20 de diciembre de 1742.

Mis queridísimos amigos:

Hoy he recibido vuestra carta. Me ha alegrado tanto tener noticias de casa que estoy decidida a ir a veros antes de que partamos hacia Londres a principios de enero. Esperaba poder hacerlo antes de Navidad, aunque cada vez lo veo más difícil.

Siento que no haya noticias ni de John ni de Martha. Empiezo a pensar que se han marchado lejos, aunque no dejo de preocuparme por ellos, sobre todo por Martha, dadas sus circunstancias.

Gracias por enviarme el artículo sobre el tratado angloprusiano. Me alegra que Richard se olvidara de cancelar la suscripción al periódico al marcharse; por supuesto, no tengo intención de recordárselo. No creo que vaya a salir nada bueno de firmar un tratado con Federico de Prusia. A fin de cuentas, se supone que Gran Bretaña apoya a Austria, y Prusia es su principal enemiga. Pero el tratado servirá para proteger Hannover, que, como bien sabéis, es la gran prioridad del rey Jorge. Será maravilloso hablar de esto con vosotros cuando os visite.

He hecho todo lo posible por portarme bien y, salvo un pequeño desliz durante una cena —como os conté en mi última carta—, he sido un modelo de recato. Me estoy volviendo loca. Parece que las damas nobles están en peligro de expirar ante la más leve brisa,

gota de lluvia o copo de nieve. Solo puedo suponer que es gracias a la sangre escocesa de mi madre que no morí el día que decidí averiguar si podía respirar bajo el agua como un pez y me caí al estanque. Creo que tenía cinco años. Seguro que Graeme lo recuerda, fue él quien me sacó. Mis primas no lo habrían superado, aunque tampoco se les habría ocurrido comprobar tal cosa; pero si Edward les dijera que podían respirar bajo el agua, entonces, por supuesto, lo habrían hecho.

He pensado mucho en el pasado últimamente, y en lo feliz que era. No es que ahora sea desgraciada, pero sí estoy muy aburrida y cohibida. En cierto modo, estoy deseando ir a Londres; al menos allí conoceré a gente nueva.

Intento escuchar con más atención a mis primas desde que pasé un rato espantoso *aprendiendo* a jugar al *quadrille*. No tuve valor para admitir que estaba distraída cuando Clarissa me preguntó si sabía jugar, así que ahora estoy perfeccionando el arte del engaño, que sin duda me será útil en Londres. No creo que aquellas buenas damas sospecharan ni por un momento que, en realidad, sé jugar a las cartas bastante bien. Sir Anthony Peters, que ha honrado varias veces esta casa con su florida presencia, insistió en sentarse detrás de mí para aconsejarme sobre las jugadas correctas. No creo que él fuera tan fácil de engañar como mis primas, porque comentó con sorna que estaba aprendiendo a una velocidad asombrosa, aunque en realidad su presencia me tenía tan mareada que apenas podía concentrarme; su perfume es tan intenso que resulta casi nauseabundo y, durante aquella primera partida, con él tan cerca, lo único que deseaba era no vomitar o salir huyendo en busca de aire fresco.

Ojalá pudierais verlo. Ha traído un atuendo diferente en cada visita, cada uno más extravagante que el anterior. Hoy vino envuelto en terciopelo de color fucsia con bordados en oro. Debe de ser inmensamente rico. Su conversación es entretenida a ratos, aunque es un hanoveriano convencido. Le fascina el cotilleo y carece por completo de discreción. Desde luego, está muy bien relacionado, y resulta divertido ver cómo Richard intenta disimular su repulsión hacia él mientras se esfuerza por ganarse su amistad. No obstante,

no lo veremos de nuevo al menos en una semana, ya que, según nos ha dicho, lo reclama un asunto tedioso, pero urgente. Creo que ese será el tiempo que tardará la casa en librarse de su perfume, aunque debo admitir que las horas pasan más deprisa cuando él viene a visitarnos.

Os echo muchísimo de menos, pero podéis estar tranquilos: aquí Richard no puede hacerme daño y, aunque Edward sea engreído y dominante, es inofensivo.

Con todo mi cariño,

Beth».

Capítulo 6

Beth yacía en la cama, tapada hasta el cuello con las mantas. Un paño húmedo y fresco le cubría la frente. Aunque las contraventanas estaban abiertas, las pesadas cortinas de terciopelo color crema seguían echadas, dejando pasar un tenue resplandor en la habitación. Sobre la mesita junto a la cama, además de una tetera con infusión de corteza de sauce, había un plato con pan, queso y fruta, por si más tarde sentía hambre.

Grace estaba sentada a su lado, preocupada. El hecho de ver a su señora indispuesta la había inquietado profundamente. No la recordaba sufriendo un dolor de cabeza tan fuerte, y temía que fuese el preludio de una fiebre.

—¿Puedo traerte algo más? —preguntó la muchacha con suavidad.

—No, gracias —dijo Beth con voz débil—. Estoy segura de que me recuperaré si descanso un poco.

—De acuerdo. Volveré dentro de un rato para ver cómo estás.

—No es necesario, Grace. Probablemente dormiré hasta después del mediodía.

—No pienso dejarte sola todo el día —insistió Grace—. ¿Y si empeoras?

Beth se deshizo del paño con un gesto de impaciencia y se incorporó.

—Grace —dijo, más firme—. Te aseguro que no necesitaré nada hasta, digamos, las tres en punto. No quiero que venga nadie hasta entonces.

La expresión de Grace se transformó al instante. De la preocupación pasó al temor, comprendiendo de inmediato.

—Beth, ¿qué piensas hacer? —susurró.

—Nada en absoluto —respondió ella, recostándose de nuevo y recolocándose el paño húmedo sobre la frente, el cual había dejado una mancha oscura en la colcha de satén rosa—. Si más tarde alguien pregunta por mí, solo tienes que decir que tenía un dolor de cabeza terrible y pedí no ser molestada.

Beth no quería obligar a Grace a mentirle a Edward, por si llegaban a descubrir su plan. Sabía que la muchacha le sería siempre leal, pero que también detestaba faltar a la verdad.

—Estoy segura de que a las tres me encontraré mucho mejor —añadió Beth en tono tranquilizador—. Entonces podrás ayudarme a vestirme para la cena.

Grace salió de la habitación con gesto sombrío. En las escaleras se cruzó con Isabella, que al verla tan nerviosa decidió comprobar por sí misma el estado de su prima. Beth, ya levantada, oyó el suave golpecito en la puerta y se lanzó de nuevo bajo las mantas.

—No quería importunarte, Elizabeth —dijo Isabella, asomando la cabeza—, pero tu doncella parecía tan preocupada...

—Estaré bien —respondió Beth—. Me ha ocurrido antes. Si me dejan descansar sin interrupciones, seguro que me recupero pronto. Solo necesito tranquilidad.

Isabella asintió y cerró la puerta. Beth fue a echar la llave y se puso a toda prisa un sencillo vestido de lana marrón que solía usar para trabajar en el jardín. Se calzó unos resistentes zapatos de cuero, se echó una capa sobre los hombros y contó con cuidado el dinero que su hermano le había entregado a regañadientes para pequeños gastos. Casi dos libras. Sonrió al guardarlo en el bolsillo junto con la llave de la habitación y su cuchillo enfundado. Si por algún motivo Grace olvidaba dejar entreabierta la puerta trasera que daba a las escaleras del servicio, o alguien la cerraba, confiaba en poder forzar la cerradura con la punta del puñal. Aquella puerta nunca se cerraba antes del anochecer, y Beth pensaba estar de vuelta mucho antes.

El esperado paseo familiar a Manchester nunca se concretó por culpa del mal tiempo, y Beth ya no podía más. Necesitaba desesperadamente un poco de libertad. Había soñado con

escabullirse un rato si al menos hacían el viaje juntos, pero esta solución era incluso mejor: un día entero para ella sola. Pura dicha.

Apartó la cortina, abrió el ventanal y agradeció en silencio que le hubiesen asignado esa habitación. Su ventana tenía una pequeña barandilla de hierro forjado. No era más que un adorno; no tenía plataforma alguna, y apenas había un palmo entre la ventana y la reja. Pero la barandilla se unía justo al bajante, por donde Beth pensaba deslizarse. No les tenía miedo a las alturas ni a caerse. Solo temía ser descubierta.

El camino estaba despejado. Sin pensarlo más, aprovechó la ocasión y, al cabo de unos minutos, caminaba con sigilo por el sendero de tierra que conducía a la carretera principal hacia Manchester, a poco más de una milla. A lo lejos ya distinguía la torre cuadrada de la colegiata. En unos veinte minutos estaría allí.

Mientras avanzaba, pensó en sus padres con agradecimiento. De niña nunca la reprendieron por dejarse llevar por sus impulsos traviesos. No se molestaban si volvía con el vestido hecho un desastre tras pasarse el día trepando a los árboles o revolcándose en la ladera tras la iglesia con los otros niños del pueblo. Sus padres se alegraban de que ella estuviera sana y fuerte. Beth podía haber tenido tres hermanos menores, pero dos nacieron muertos y el tercero no sobrevivió más que unos días. Sus padres la consintieron, sí, pero nunca la malcriaron. Le enseñaron a coser, a leer, a escribir, además de cosas poco convencionales para una jovencita de su condición: montar sin silla, lanzar cuchillos, pescar truchas con las manos... A los siete años ya remendaba su propia ropa.

Su padre no dudaba en castigarla si lo merecía. Beth recordaba haber robado manzanas del huerto del vecino, o haber arrojado castañas desde los árboles a los transeúntes. Pero los azotes nunca la marcaron tanto como la decepción de sus padres. Bastaba con eso para corregir su conducta.

Al crecer, comprendió que su crianza no era la habitual en su clase. Su padre trató de explicarle cómo debía comportarse una joven noble, por si algún día volvían a admitirla en la familia. Pero todo aquello a Beth le había sonado como un cuento.

Ahora, sin embargo, mientras llegaba al centro de Manchester, pensó que era una realidad que debía afrontar. Subió la empinada Market Street hacia la plaza del mercado, donde sabía que habría puestos y tiendas donde comprar regalos para sus primas y sus amigos.

Apenas pisó el mercado, se le disipó toda la melancolía. Disfrutó recorriendo los puestos, bromeando con los vendedores y regateando como cualquier mujer sencilla. No se encontró con ningún conocido y saboreó la dicha del anonimato, sin que nadie juzgara sus gestos o palabras. Compró una empanada caliente y se la comió de pie en plena calle, limpiándose las manos grasientas en la falda. Con sus ropas humildes y el cabello escondido bajo un pañuelo, la tomaron por una criada haciendo encargos, y eso le pareció maravilloso. Rio relajada, y sintió que volvía a ser ella misma por unas horas.

Le sorprendió lo rápido que pasó el tiempo. Cuando terminó sus compras, ya era entrada la tarde. Ya no podía ir hasta Didsbury y volver antes de las tres y, si quería que su escapada quedara en secreto, debía marcharse cuanto antes. Al fin y al cabo, al día siguiente era Navidad. Los regalos que acababa de adquirir llegarían con retraso, pero estaba segura de que encontraría la manera de visitar a los suyos en los días venideros.

En lugar de regresar enseguida, como habría sido lo prudente, Beth, reacia a renunciar tan pronto a su libertad, decidió pasear por Deansgate y, tal vez, visitar al señor Cox, si el abogado estaba en su oficina. Pagó un penique por un cucurucho de castañas asadas y aprovechó para calentarse las manos en el brasero del vendedor mientras este las envolvía. Luego echó a andar por la calle cubierta con tablones de madera, resbaladizos por la llovizna.

No había caminado ni dos minutos cuando la lluvia se intensificó. Al principio la ignoró, pero acabó refugiándose en un portal, con la esperanza de que escampara pronto. No fue así. La calle se vació con rapidez, salvo por unas cuantas personas que, corriendo a su lado, desaparecieron por un pasaje estrecho al otro lado de la calzada, en dirección al río Irwell.

Beth comprendió de inmediato a dónde se dirigían. Vaciló un instante, alzó la vista hacia el cielo plomizo para calcular la hora y, tomada ya la decisión, se internó en el pasaje. Bajó los resbaladizos escalones de piedra que llevaban a una tintorería junto al río, siguiendo los pasos de los demás.

Ya había estado allí en otras ocasiones, aunque no tantas como habría querido. No era un lugar seguro para una joven, y menos aún para ella, ahora acogida en el seno de la devota familia anglicana de los Cunningham. Pero no pudo resistirse. ¿Qué mejor forma de cerrar una jornada de rebeldía que asistiendo a misa? No sabía cuánto tiempo pasaría antes de poder compartir de nuevo los ritos de su fe con otros creyentes.

Un altar provisional, dispuesto sobre una mesa de caballetes, se alzaba en un rincón del local. Lo cubría un paño de encaje, y sobre él había un crucifijo de madera, dos velas de cera de abejas y la píxide con las hostias consagradas. Detrás del altar, el padre Henry Kendal, con su rostro redondo y sonriente brillando sobre las vestiduras litúrgicas, esperaba a los últimos fieles antes de comenzar. La congregación era reducida. Había pocos católicos en Manchester, y no todos podían acudir a misa cada día. Beth saludó a algunos vecinos con una inclinación de cabeza, y notó con decepción que Mary no estaba allí. Habría sido el broche perfecto a aquel día el poder verla y conocer al famoso Joseph.

Pronto se sumergió en el ritmo reconfortante de las plegarias, las respuestas familiares y el resplandor cálido de las velas reflejándose sobre la superficie bruñida del sagrario. Los asistentes vestían ropa de diario; nadie osaba lucir sus mejores galas, por miedo a levantar sospechas. Muchos venían directamente del trabajo y estaban impregnados de un olor a sudor, cuero y caballo. El hombre junto a Beth olía intensamente a hierro: debía de ser herrero. Las palabras en latín la envolvían como una manta caliente, y ella las pronunciaba con devoción:

Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae…

La ceremonia era sencilla. No había coro ni órgano, pero era sincera y sentida, y lo era más aún por el riesgo que muchos de los

presentes corrían solo por estar allí. Si eran descubiertos, podían perder su empleo.

«¿Y yo? ¿Qué arriesgo yo?», pensó Beth al salir del improvisado templo, conteniéndose para no quedarse a conversar con los demás. «El rechazo absoluto de mi familia. Y la ira asesina de Richard», concluyó para sí.

Se encogió de hombros. No, no tenía miedo de que su fe saliera a la luz. Lo que sí la alarmó, cuando miró al cielo, fue que quizá la misa se había alargado más de lo que pensaba. O tal vez había calculado mal la hora. Seguía lloviznando, pero el cielo se oscurecía ya por el ocaso, más que por las nubes. Maldiciendo en silencio, echó a andar deprisa por Deansgate. Debían de ser ya cerca de las cuatro, y tardaría entre media hora y tres cuartos en regresar a Raven Hall. Trató de apresurar aún más, pero el sedentarismo de las últimas semanas había hecho mella en ella. No tardó en quedarse sin el aliento y tuvo que aflojar la marcha.

Fue al internarse en el laberinto de edificios y callejones conocido como Smithy Door, cuando se dio cuenta de que alguien la seguía. Caminó con paso firme, esperando alcanzar la relativa seguridad de Market Place antes de que la alcanzaran, pero al oír que los pasos de su perseguidor se aceleraban también detrás de ella, comprendió que fuese quien fuese no tenía intención de dejarla escapar.

Simulando que seguiría de frente, Beth se desvió con brusquedad hacia la derecha y echó a correr. Giró al azar por varios pasadizos, confiando en despistar al desconocido en el enredo de callejuelas. Al fin, al no oír pasos tras de sí, se detuvo jadeante en la entrada de un callejón. Asomó la cabeza e intentó discernir si ese camino la llevaría de nuevo a alguna calle conocida. Se había desorientado, pero aquel rumbo parecía prometedor.

Se adentró en el estrecho sendero adoquinado, flanqueado por edificaciones altas y lúgubres, muchas de ellas en ruinas. La mayoría parecían abandonadas. No se veían luces ni se oía un solo sonido humano. El ambiente era desolador. Beth se estremeció y se arrebujó bajo su capa. A pesar de que la lluvia le había empapado el vestido, no tenía frío; sudaba ligeramente, con una mezcla de agotamiento y temor.

Las casas, inclinadas unas sobre otras, ensombrecían aún más el callejón. Beth no se dio cuenta de que este no tenía salida hasta que llegó casi al final. Tenía dos opciones: quedarse allí y rezar para que su perseguidor no apareciera, o regresar por donde había venido y probar suerte por otro camino.

Pero ella no era de quedarse quieta. Dio media vuelta y empezó a andar de nuevo, con sumo cuidado. No había recorrido ni cien metros cuando vio una silueta en la entrada del callejón: un hombre corpulento, recortado contra la escasa luz del atardecer. Beth se pegó a la pared, conteniendo el aliento. Él dudó un instante, y luego avanzó en su dirección.

Ella estaba convencida de que aún no la había visto. Beth se deslizó de lado, palpando el muro, hasta dar con un hueco. Se metió dentro y se quedó muy quieta. Si no se movía, él quizá pasaría de largo. Aún tenía tiempo. Con mano firme, Beth buscó en el bolsillo oculto bajo sus faldas y extrajo el cuchillo que llevaba en su funda de cuero. Desenvainó la hoja de quince centímetros y comprobó su filo con el pulgar. Si la atrapaba, al menos, no lo tendría fácil.

Beth retrocedió un poco más en el hueco de la puerta, y notó que la madera cedía. Sin perder de vista la silueta que se acercaba, empujó con suavidad. La puerta se abrió y, en un instante, Beth se coló dentro y cerró tras de sí con todo el sigilo que pudo. Una oleada de alivio le hizo temblar las piernas. Respiró hondo un par de veces para calmarse. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, distinguió unas cajas apiladas en la esquina derecha. Era algún tipo de almacén, pero pequeño. A su izquierda, había otra puerta. Por debajo de ella se filtraba una fina línea de luz amarillenta.

Esa luz indicaba que había alguien al otro lado de la puerta, aunque eso no garantizaba que fuera una buena noticia. Beth se acercó con cautela, pero se detuvo en seco al oír unas carcajadas masculinas. Al menos había dos hombres. Un bulto peludo pasó sobre su pie y luego a corrió hacia las cajas apiladas. Reprimió un grito, con el corazón golpeándole el pecho. Esperó un momento, tratando de recuperar el aliento, antes de avanzar un poco más. Si

lograba oír lo que esos hombres decían, tal vez pudiera juzgar si podía arriesgarse a pedirles ayuda.

La puerta, delgada y con la madera algo podrida, le permitió a Beth escuchar su conversación. Le bastaron unos segundos para entender que aquellos no eran del tipo de hombres que estarían dispuestos a ayudarla. Debería haberse alejado, pero se quedó allí, hipnotizada por la cadencia suave y extranjera de aquellas voces.

Cuando uno de aquellos hombres abrió la puerta de pronto y se encontró de frente con ella, ambos se quedaron inmóviles, petrificados. Entonces, Beth reaccionó. Alzó el brazo y lo extendió con rapidez hacia debajo del esternón. Él saltó a un lado en el último instante. El cuchillo le atravesó la camisa y le hirió en el costado.

Era rápido. Antes de que ella pudiera recuperar el equilibrio, le sujetó la muñeca y la empujó contra el marco. Le retorció el brazo hasta hacerle crujir el hombro. Beth soltó un grito. Con una habilidad aterradora, él le quitó el cuchillo, la giró y la empujó dentro de la sala. Cerró la puerta a sus espaldas. Ella tropezó con el borde de una mesa de madera y casi cayó sobre ella, apoyando las manos justo a tiempo. Su hombro lastimado protestó con un dolor agudo.

A ambos lados de la mesa había varios hombres que la miraban con una mezcla de asombro y suspicacia. Hacía calor; debían de llevar rato allí, sin chaquetas, con las camisas remangadas que dejaban al descubierto unos brazos fuertes y curtidos. En un rincón brillaba un brasero encendido, y dos velas iluminaban la mesa tosca, entre jarras de peltre y un jarro de vino caliente. Beth retrocedió de forma instintiva, buscando amparo en las sombras, aunque sabía que era inútil.

El que parecía ser el líder del grupo, envuelto en una capa oscura con capucha, estaba sentado a la cabecera de la mesa. Un gesto suyo bastó para que dos de los presentes se pusieran de pie y salieran sin decir palabra.

—¿Estás bien? —le preguntó el encapuchado al hombre herido mientras este se quitaba la camisa.

—Sí, no es más que un rasguño. Pero si no me llego a mover, me clava el cuchillo en el corazón —respondió aquel, con una nota de

incredulidad en su voz. Esa mujer menuda había estado a punto de matarlo.

Beth no podía distinguir los rasgos del encapuchado. Los demás eran de cabellos oscuros, salvo uno, pelirrojo, con una melena ondulada que le caía hasta los hombros. Eran distintos entre sí, pero compartían un mismo aire: el de quienes no conocen la piedad.

El líder giró la cabeza hacia ella. Beth sintió su escrutinio, aunque no alcanzaba a verle los ojos. Se pasó la lengua por los labios, inquieta.

—Bienvenida a nuestra pequeña reunión, *lassie* —dijo él con sorna—. ¿Te apetece algo de beber?

Beth negó con un gesto rápido, sin abrir la boca. Respiraba de forma entrecorta y le temblaban las manos, que apretó contra los costados para que no lo notaran. Se irguió con esfuerzo, decidida a no mostrar miedo.

—Supongo que tendrás una buena explicación para presentarte así, tan de improviso —continuó el encapuchado en tono casi cordial. Mientras hablaba, sacó un objeto del interior de su capa y lo dejó sobre la mesa. Beth se quedó paralizada al ver el cuchillo: una hoja larga y afilada, de unos treinta centímetros, con un mango de madera tallado con unos nudos entrelazados—. ¿Estás sola? Y quiero la verdad.

La voz era grave, con un suave acento escocés. En otras circunstancias, quizá le habría parecido atractiva.

Beth no tuvo que pensar su respuesta. Huir era imposible.

—Sí. Estoy sola.

—Bien —dijo él. ¿Bien porque la creía y pensaba dejarla marchar? ¿O porque ahora podía deshacerse de ella sin testigos? Beth observó de nuevo a aquellos hombres. Todos la miraban fijamente. Nadie más había dicho nada, y ese silencio la ponía aún más nerviosa.

—No deja de ser curioso —añadió el de la capucha—. Una muchacha sola por estos lares, de noche, y armada con un cuchillo. ¿Eres una ramera?

—¡Por supuesto que no! —le espetó Beth con indignación. Luego se contuvo y repitió con voz más firme—. No lo soy. Soy una dama

respetable. Estaba de compras, me desorienté y acabé aquí, nada más.

Ella lo miró, tratando de adivinar si la creía. Él bajó aún más la capucha sobre su rostro. Eso, pensó Beth, podía ser una buena señal. Si planeaba matarla, ¿qué le importaba que ella pudiera verlo? Sin embargo, los otros llevaban la cabeza descubierta y no parecían inquietos, lo cual no era precisamente alentador.

—¿No pensaste que sería más sensato quedarte en la calle principal y pedir indicaciones, en lugar de perderte por callejones oscuros? —le preguntó él.

—Me seguían. Un ladrón, creo. No había nadie que pareciera dispuesto a ayudar, así que intenté despistarlo. No sabía que el callejón no tenía salida. Cuando quise volver a la calle, ya lo había visto entrar. Así que me escondí aquí.

Mientras hablaba, Beth no dejó de examinarlo. No conocía a ningún escocés. Solo podía ver su brazo, musculoso, cubierto de vello oscuro, y la mano, grande, de dedos largos. Una cicatriz le serpenteaba desde la muñeca hasta los nudillos, cruzando los dedos índice y corazón. Mal cosida, dejaba un relieve grueso y nacarado. ¿Una herida de guerra?

—¿Siempre llevas un cuchillo encima?

Beth dio un respingo. La voz venía de más allá, de otro de los hombres. Tenía acento de Manchester. Ella volvió la vista hacia él. Estaba examinando el cuchillo de ella, pasándole el pulgar por el filo. Asintió con aprobación antes de hacerlo deslizar por la mesa hasta dejarlo junto al arma del encapuchado. Comparada con aquella, el cuchillo de Beth parecía un juguete.

Ella se giró hacia el hombre que acababa de hablar.

—Sí, cuando salgo —le respondió—. Lo uso para todo tipo de cosas: abrir cartas, afilar plumas, cortar flores o cuerdas… Incluso para sacar piedras de la pezuña de mi yegua… —Se dio cuenta de que estaba empezando a divagar y a perder el control, así que se obligó a callarse.

—¿Y dónde aprendiste a usar un cuchillo de esa manera? —preguntó el hombre de la capa, señalando con la cabeza al herido,

que ahora estaba sentado, presionando su camisa contra el costado —. No es una habilidad habitual en una dama respetable.

—Me enseñó mi madre —respondió Beth con franqueza—. Solía decirme que, si estaba empeñada en meterme en líos a cada paso, al menos debía saber cómo salir de ellos.

Una carcajada general recorrió la estancia y, para cuando cesó, la tensión se había disipado en buena parte.

El hombre de la capucha cogió su daga de la mesa y la guardó en la vaina que colgaba de su cintura. Luego señaló una de las sillas que habían quedado vacías tras la marcha de los otros dos hombres, que aún no habían regresado.

—Siéntate, *lassie*[13] —le dijo.

Beth vaciló.

—He dicho que te sientes —insistió él—. Los otros volverán en seguida. Si has dicho la verdad, no tienes nada que temer.

Ella obedeció y aceptó con gratitud el jarro de vino caliente que uno de los hombres le ofreció. Tenía la boca tan seca que dio un buen trago del líquido especiado. Justo cuando terminaba, la puerta se abrió y aparecieron aquellos dos hombres.

—¿Y bien? —preguntó el encapuchado.

—Solo era un mocoso, rondando por el callejón con un cuchillo, eso es todo —respondió también con acento escocés el más alto de los dos. Era delgado, pero fibroso, y llevaba el cabello largo y rubio recogido con una tira de cuero.

—¿Vivirá? —preguntó el encapuchado, con un tono tan impasible que dejaba claro lo poco que le importaba.

—*Aye*[14], supongo que sí. Pero no podrá hacer gran cosa durante una buena temporada.

—¿Crees que era ese tu asaltante? —le preguntó a continuación a Beth.

—Sí, eso creo —dijo ella—. Era bastante grueso, y llevaba una chaqueta azul. Eso fue todo lo que pude ver.

—Estaba demasiado oscuro para distinguir el color de su chaqueta —añadió el hombre rubio con una media sonrisa—, pero no cabe duda de que el tipo es de buen comer.

—Bien, *lassie*, por muy agradable que sea contar con la compañía de una dama hermosa, estoy seguro de que tu familia estará preocupada por ti. ¿Dónde crees que te estarán esperando?

—Eh… si pudieran simplemente indicarme el camino de regreso a la plaza del mercado, desde allí sabré volver a casa.

—Eso no es lo que te he preguntado —replicó el hombre—. ¿Debo entender entonces que tu familia no sabe que estás en Manchester?

Beth tragó saliva. La sinceridad la había sacado adelante hasta ese momento, así que decidió decir la verdad. Después de todo, si hubieran querido matarla, ya lo habrían hecho.

—No —admitió ella al fin, y bebió otro trago de vino, más para darse valor que por sed—. Mis primos llevan una vida… —Buscó una palabra que no sonara ofensiva—. Una vida tranquila. No quisieron salir con este tiempo. Yo quería comprar algunos regalos de Navidad, así que…

—Así que huiste sin decir nada —dijo el encapuchado.

—Sí —reconoció Beth.

—¿Dónde vive tu familia? —insistió él.

—En Ardwick Green. Pero, como le he dicho, si me indican cómo llegar a la carretera…

—No voy a hacer tal cosa —la interrumpió el escocés. Acto seguido, levantó la mano marcada por la cicatriz en dirección al hombre rubio, que se había vuelto a sentar—. Mi amigo te acompañará a casa.

—Pero… —Beth empezó a inquietarse. Estaba casi segura de que su ausencia ya habría sido descubierta. ¿Qué pensarían sus primos si regresaba escoltada por un escocés de aspecto más que cuestionable?

—Puede que no lo parezcamos —dijo el rubio—, pero aquí todos somos unos caballeros. Y ninguno que se precie de serlo permitiría que una dama volviera sola a casa por la noche. Vamos.

Beth se levantó, aún sin creerse que fuesen a dejarla marchar sin hacerle daño, y todos los hombres se pusieron en pie con cortesía. El escocés rubio le ofreció el brazo como si fueran a bailar, y ella lo aceptó. La absurda tentación de reír que asaltó a Beth desapareció

en cuanto él encajó su brazo con el suyo, atrapándole el codo con firmeza. No podría soltarse hasta que él decidiera dejarla marchar. Con la otra mano, el hombre tomó la pistola que uno de sus compañeros le tendía y se la metió bajo el cinturón.

Al llegar a la puerta, Beth se detuvo de golpe. Su cuchillo seguía sobre la mesa, delante del escocés, con su mango de nácar que le daba un aspecto más decorativo que práctico.

—¿Podría devolverme mi cuchillo, por favor? —preguntó con amabilidad.

El hombre encapuchado la miró desde las sombras. Cogió el cuchillo y pareció sopesarlo. En sus manos grandes parecía ridículamente pequeño, y Beth no pudo evitar preguntarse cómo había podido pensar que podría defenderse con eso. Aunque, bien mirado, le había servido contra Richard.

—Tiene valor sentimental —añadió ella con sequedad.

—Bueno —respondió él al fin—, no veo por qué no. A menos que lo quieras como recuerdo —le preguntó al hombre que Beth había herido.

—Prefiero olvidarme de que una mocosa estuvo a punto de matarme, gracias —respondió el aludido con ironía.

El encapuchado lanzó el cuchillo al aire y el escocés rubio lo atrapó al vuelo con toda naturalidad.

—Devuélveselo cuando lleguéis —ordenó el jefe.

El rubio asintió, abrió la puerta y salió con Beth.

Nadie en la sala habló hasta asegurarse de que estaban fuera del alcance de sus oídos.

—Por Dios, Alex, ¿estás seguro de que ha sido buena idea? —dijo por fin el pelirrojo.

El encapuchado se quitó la capucha con gesto brusco y clavó una mirada furiosa en su compañero.

—¿Y qué querías que hiciera? —preguntó—. ¿Cortarle el cuello?

—¡No! Bueno… No lo sé. Pero ¿fue sensato dejarla marchar? Ha visto nuestras caras, y no tenemos ni idea de cuánto tiempo llevaba escuchando detrás de esa puerta, antes de que a Duncan le entraran las prisas por salir a aliviarse.

Las risas estallaron cuando Duncan, se levantó con rapidez, recordando de golpe que aún no había conseguido cumplir su propósito.

—No pudo entender nada —dijo Alex—. ¿Cuántos *sasannachs*[15] conoces que hablen gaélico? —Todos miraron al hombre de Manchester—. Aparte de ti, Jack. Y aunque ella se lo contara a alguien, nosotros ya no estaremos aquí cuando llegue la milicia. Pero apuesto a que no dirá ni una palabra.

—¿Y cómo demonios puedes estar tan seguro? —saltó Jack—. ¿Y si tiene un marido en la milicia? Ya sabes cómo son las mujeres. Si vuelve hecha un mar de lágrimas y dice que ha sido atacada por una banda de forajidos, nos buscarán hasta debajo de las piedras. Vosotros os largáis mañana hacia el norte, pero yo vivo aquí. Y tú también, al menos por ahora.

—Sí, todos sabemos cómo son las mujeres —dijo Alex, desatando el cordón de cuero que sujetaba su cabello. Se le había soltado parcialmente con la capucha, y un mechón brillante le caía sobre la frente, iluminado por el resplandor de las velas—. He tratado con muchas. Pero pocas, enfrentadas a un grupo de hombres desesperados y sin escapatoria posible, reaccionarían como ella. Temblaba como una hoja, pero se esforzaba en disimularlo.

Hubo murmullos de aprobación entre los presentes.

—Es preciosa —comentó uno.

—Mucho —admitió Alex—. Y no, no tiene marido en la milicia.

Todos se volvieron hacia él con asombro.

—Santa Madre de Dios, Alex… ¿la conoces?

Duncan acababa de regresar, justo a tiempo para oír la pregunta. Su herida ya no sangraba, y se estaba poniendo de nuevo la camisa, ahora manchada con un amplio cerco oscuro.

—Sí, la conozco —dijo Alex—. Tiene mucho carácter. No sabía que supiera manejar así un cuchillo. Es raro en una mujer. Y una cosa es conocer la técnica para matar, y otra muy distinta tener agallas para usarla cuando llega el momento.

Eso era cierto. Todos los hombres allí presentes habían matado, y sabían lo difícil que era mirar a alguien a los ojos y arrebatarle la

vida.

—No está casada, y sus padres han muerto —prosiguió Alex—. Ahora vive con sus primos. Tiene un hermano imbécil en los dragones, que quiere casarla con algún ricachón que lo ayude a ascender. Desde luego, por méritos propios no va a llegar a oficial. Y os aseguro que ella no le contará nada de esto. No se soportan.

—Pero si sabes tanto de ella, ¿no significa eso que ella también te conoce? —apuntó Jack con lógica.

Alex sonrió con un destello en los ojos.

—Sí, nos hemos visto. Pero ella no me conoce en absoluto.

—¿Y crees que podría reconocerte si te volviera a ver?

—Ni mi madre me reconocería cuando estoy «trabajando». ¿Y por qué crees que llevo esta estúpida capa? —respondió Alex, encogiéndose de hombros—. No, estoy tranquilo. Y con un poco de suerte, esa muchacha se lo pensará dos veces antes de volver a pasearse sola por la ciudad.

Mientras se alejaban de Manchester y cabalgaban en completo silencio por el oscuro camino hacia Ardwick, flanqueado por campos y bosques, Beth se lo había pensado más de dos veces.

¿Y si aquella proclamada caballerosidad no era más que una excusa para deshacerse de forma más conveniente del indeseado testigo? Si la hubieran matado en la ciudad, tendrían que haberse ocupado del cadáver, una complicación. Pero allí, en mitad del campo, el hombre que iba sentado en la silla a sus espaldas, con su brazo rodeándole la cintura con firmeza, podía perfectamente estrangularla y arrojarla después a la cuneta. Cuando la encontraran, todos pensarían que había sido obra de un salteador.

Él no pronunció una sola palabra, y su silencio la inquietaba aún más. Montaba con soltura, pero en su cuerpo había una tensión palpable, que le transmitía a ella. Beth no podía más. Quizá si intentaba conversar, conseguiría ganarse su simpatía y evitar una muerte violenta.

—No me he presentado antes —dijo ella con voz ligera, esforzándose por sonar como en un salón—. Me llamo Elizabeth.

—Encantado de conocerte, Elizabeth —respondió él en voz baja, con un deje divertido.

Beth esperó a que él correspondiera a su cortesía y se presentara también, pero no dijo nada más.

—¿Puedo preguntarte tu nombre? —dijo ella al fin, en un tono algo rígido.

—*Aye*, puedes —replicó él, y volvió a quedarse callado.

—¿Tú…?

—Si no te importa, *lassie*, preferiría que guardaras silencio —la interrumpió el escocés.

Beth se tensó al instante, y él lo notó.

—Me encantaría charlar contigo —añadió el rubio, suavizando el tono—, pero necesito estar atento. Un jinete solitario es un blanco fácil para los salteadores, y este no es precisamente el camino más seguro de Inglaterra.

Beth decidió no hacer más intentos por entablar conversación.

Se sintió aliviada al llegar por fin a Ardwick Green. Al menos, fuese cual fuese el castigo que le esperaba en Raven Hall, el asesinato no figuraba entre las posibilidades, siempre y cuando consiguiera evitar a Richard.

Pero al llegar al camino de entrada, a Beth se le vino el alma al suelo. A través del jardín pudo ver que todas las estancias de la casa estaban iluminadas, y que la puerta principal permanecía abierta, revelando varias siluetas masculinas congregadas en los escalones. Era peor de lo que había imaginado. Estaban a punto de organizar una partida de búsqueda.

El escocés guio su caballo unos metros más y se detuvo bajo la sombra del muro. Antes de que él pudiera desmontar para ayudarla, Beth pasó una pierna por encima del cuello del caballo —sin la menor compostura— y se dejó caer al suelo con agilidad y sin hacer ruido.

—Creo que será mejor que no me acompañe hasta la puerta —dijo ella, de forma innecesaria.

El escocés asintió.

—Entonces te deseo buenas noches, *lassie*.

—Dudo que vaya a serlo, pero gracias igualmente —replicó ella.

Él soltó una breve carcajada, y la observó mientras avanzaba por el sendero. De pronto, Beth se detuvo, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. El camino, erosionado por las ruedas de los carruajes, estaba surcado de baches y en uno de ellos se había formado un charco de agua embarrada de varios centímetros de profundidad. Ante la perplejidad del escocés, Beth se metió en él hasta los tobillos y chapoteó sin reparo, asegurándose de que el bajo de su capa y su vestido quedaran bien empapados.

—¿Pero qué demonios haces? —preguntó él.

Beth salió del charco y regresó hacia la verja.

—Si hubiese regresado sola desde Manchester y sin farol, no traería los pies secos —le explicó—. Mis primos son bastante despistados, pero mi hermano no. Preferiría que no supiera nada de ti ni de tus amigos. Estoy segura de que tú también.

Beth alzó la vista hacia la penumbra y fue recompensada con una sonrisa deslumbrante.

—Aye —dijo él, admirado—. Estarás bien.

Y sin más, giró el caballo y desapareció al galope por el paseo.

Beth lo siguió con la mirada, vio cómo espoleaba al animal apenas alcanzó el camino, y deseó, sin razón aparente, cabalgar con él de nuevo a sus espaldas, de vuelta a aquel cuarto cálido del que había huido con tantas ansias tan solo unas horas antes. Luego, ella se volvió hacia la casa y se preparó para enfrentarse a la tormenta.

Veinte hombres se agolpaban junto a la puerta principal, armados con espadas y portando faroles. Richard había asumido el mando de la partida de búsqueda, y daba instrucciones que llegaron con claridad hasta Beth, cuyo paso sobre la grava pasaba desapercibido entre el bullicio de los presentes.

—Es probable que se haya dirigido a Manchester —dijo Richard —, aunque es más probable que esté en mi casa de Didsbury. Así que os dividiréis en dos grupos, cada uno tomará un camino. Registrad cada zanja, y si dais con mi hermana en compañía de sus atacantes, no cometáis ninguna imprudencia que pueda poner en peligro su vida.

Su voz sonaba clara, autoritaria, exigente. Y hasta habría sido reconfortante, de no ser porque Beth sabía que su preocupación no se debía a su bienestar, sino a su dote.

Ella emergió de las sombras como un fantasma.

—Estoy bien —dijo, alto y claro.

Varios hombres dieron un respingo y todos se giraron al unísono. En el rostro de su hermano se sucedieron primero una expresión de alivio absoluto, y después otra de furia desbordada. Beth se estremeció, y no solo por el frío que se le colaba hasta los huesos a través de la ropa húmeda.

—¿Dónde demonios te habías metido? —le espetó Richard sin un atisbo de afecto, sino con ira helada, contenida a duras penas.

—He pasado el día en Manchester —respondió Beth—. Mi intención era regresar mucho antes, pero me perdí —añadió Beth con una calma que estaba lejos de sentir.

—i¿Tienes idea del lío que has causado?! —rugió su hermano.

Beth notó cómo se agitaba su propio temperamento, pero sabía que en parte se debía a la culpa, así que se lo tragó.

—¿La han herido, señorita? —preguntó uno de los hombres—. ¿Se encuentra bien?

Beth le dedicó una sonrisa de gratitud al reconocerlo como uno de los criados que servía en la mesa.

—No, Samuel. Gracias. Estoy perfectamente. Solo un poco cansada y con frío.

Richard fulminó al sirviente con la mirada, irritado por aquel atrevimiento. Le asombraba que su hermana conociera el nombre del criado llevando tan poco tiempo en la casa.

—Podéis retiraros —anunció Richard con sequedad—. Entregad las armas al mayordomo antes de volver a vuestras tareas.

Los hombres se dispersaron obedientes, y Beth intentó aprovechar la ocasión para escabullirse hacia el interior, pero Richard se adelantó y la sujetó con fuerza por el brazo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —masculló él, lleno de rabia.

Beth reprimió un quejido al sentir cómo los dedos de su hermano se le clavaban en la carne, pero no podía reprocharle que la tocara

cuando ella había incumplido su parte del trato de forma tan descarada. Aun así, no fue capaz de disculparse.

—Mi intención era volver antes de que nadie notase mi ausencia...

—Milord está fuera de sí y sus hermanas al borde del desmayo. ¡No me extrañaría que nos echasen de la casa esta misma noche!

—¿Dónde está Edward?

—En el despacho, interrogando a tu doncella. Pero si yo fuera tú...

Beth se soltó de un tirón y subió las escaleras antes de que pudiera detenerla.

Grace estaba de pie frente a Edward, de espaldas a la puerta, temblando tanto que parecía a punto de desplomarse.

—¡Te lo voy a preguntar una vez más! —bramó Edward—. Y esta vez espero una respuesta sincera...

De repente, ambos se giraron hacia Beth. El rostro de Edward se quedó lívido por un instante, antes de teñirse de un rojo desagradable. La cara de Grace, manchada y abotargada, delataba las lágrimas recientes.

—Oh, Beth —susurró la muchacha, y luego se desplomó.

Beth cayó de rodillas junto a ella.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó, sujetándola por los hombros, pero Grace estaba demasiado ocupada en tratar de no desmayarse para responder.

Beth alzó la vista hacia su primo, que la observaba firmemente plantado sobre la alfombra color mostaza.

—¿La ha lastimado? —le espetó, furiosa—. Porque, como la haya tocado...

—¡¿Qué clase de hombre crees que soy?! —rugió Edward—. ¡Jamás he puesto una mano encima a una mujer! Aunque está claro que algunas se beneficiarían de una buena azotaina —añadió, fulminándola con la mirada—. Me limitaba a interrogarla para averiguar su paradero.

—En mi vida había visto a Grace desfallecer —replicó Beth—. Debe de haberla...

—¡Santo Dios, mujer! ¿Es que ignoras el susto que nos has dado? Pensábamos que te habían raptado, como mínimo. Y ahora apareces como si nada, a las... —consultó el reloj—. ¡A las siete en punto! Y encima me acusas de agredir a tu doncella. ¡Qué desfachatez!

Beth ayudó a Grace a sentarse en un sofá cercano. La chica se dejó caer en el asiento, pálida como un fantasma. Una vez segura que no iba a desplomarse, Beth se volvió hacia Edward.

—Le ruego que acepte mis disculpas en nombre de mi hermana —intervino Richard con su tono más untuoso—. No es propio de ella comportarse así, se lo aseguro. Aún está afectada por el duelo... — Su voz se apagó al comprobar que nadie le escuchaba. Richard se quedó en el umbral, sin saber si entrar o salir.

Beth estaba demasiado centrada en Edward como para prestar atención a su hermano. El rostro de su primo, congestionado por la ira, aún dejaba traslucir la huella del miedo, y en ese instante comprendió que lo había juzgado mal. Era autoritario, sí, y pomposo, pero también estaba realmente preocupado por ella.

—Lo siento, milord —dijo ella con sinceridad—. No tenía derecho a acusarle de maltratar a mi doncella.

Sintió la mirada gélida de Richard taladrándole la espalda.

—No, no lo tenías —replicó Edward, mirándola con dureza. Su tono se suavizó ligeramente—. ¿Estás bien? ¿Alguien te ha hecho daño?

Para su propio horror, Beth sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. La tensión del día amenazaba con aplastarla. Miró al suelo y vio el charco de barro que goteaba de su falda, y se obligó a contenerse. Oyó que Edward le pedía a Richard que informara a las damas de que Elizabeth estaba a salvo, y después la puerta se cerró con suavidad. El ambiente se volvió menos opresivo en cuanto se extinguieron las oleadas de odio que emanaban de su hermano.

—No —respondió ella en voz baja. Luego habló con más firmeza —. No me han hecho daño. Estoy bien. Me perdí, eso es todo. Pensaba estar de vuelta antes de que nadie me echase en falta.

Para su sorpresa, Edward se acercó y la tomó del brazo. Beth se encogió ligeramente, pero él no la soltó. La condujo con cuidado

hasta una silla y la obligó a sentarse. No quería otra mujer desmayada a sus pies.

Edward pensó que el padre de la joven debía de haberla tenido a raya a base de azotes. Eso explicaría por qué ella había creído que él había pegado a la criada.

—¿Qué se te pasó por la cabeza para escabullirte sola? ¿Por qué no pediste el coche? Estoy seguro de que alguna de mis hermanas habría accedido a acompañarte si querías ir de compras.

A Beth no le pareció el momento de señalar que sus hermanas eran tan pusilánimes que apenas se atrevían a salir al jardín por miedo a que les cayera una gota de lluvia. Era mejor mostrarse sumisa. Al fin y al cabo, él tenía razón.

—No lo pensé —dijo Beth—. De veras que lo siento. No volverá a ocurrir, lo prometo.

Una promesa fácil de cumplir. En dos semanas se marchaban a Londres.

—Bueno, no sé qué decir —murmuró Edward, como si le hubiese leído el pensamiento—. Tal vez deba reconsiderar mi decisión de que nos acompañes a la capital. No puedo tolerar semejante falta de decoro.

Beth comprendió que debía actuar de inmediato. Se dejó caer en el respaldo de la silla y, por una vez, no intentó contener el temblor que le recorría el cuerpo. Las lágrimas que llevaba un buen rato reprimiendo se desbordaron al fin.

—Lo siento —sollozó—. Sé que he sido una insensata. No volveré a hacerlo, lo prometo. ¡Oh!

Aquel último lamento, fue en realidad una punzada de náusea que le revolvió el estómago. Beth tragó saliva con urgencia. Imaginó que, si bien lord Edward podría conmoverse ante un mar de lágrimas, lo único que ella conseguiría si vomitaba a sus pies sería provocarle repulsión.

—Tenía tantas ganas de estrenar mis vestidos nuevos y conocer a todos vuestros amigos… —gimió Beth.

Isabella, que había oído los sollozos desde el pasillo, entró corriendo en la habitación. Se arrodilló junto a Beth y la abrazó con fuerza.

—Pero ¡¿qué estás diciendo?! —exclamó, con la voz entrecortada —. Por supuesto que vas a venir con nosotros. ¡No sabes el alivio que sentimos al verte sana y salva!

Beth se aferró al consuelo de su abrazo.

—Lo siento mucho, Isabella. No quería asustaros. Solo deseaba daros una sorpresa mañana... No volveré a marcharme sola, te lo prometo. Por favor, llévame con vosotras a Londres.

—Claro que sí, ¿verdad, Edward?

Este se removió, visiblemente incómodo ante el espectáculo de tanto llanto femenino.

—Eh... bueno... No lo sé, Isabella —dijo, intentando mantener una autoridad que ya hacía aguas—. He sido indulgente con su educación y su origen, pero lo de hoy ha sido imperdonable.

—¡Pero si todos sus vestidos están ya listos! —protestó Charlotte desde la puerta—. ¡Y sir Anthony Peters ha prometido presentarla al rey!

«¿De veras?». Beth alzó la cabeza de golpe, aunque bajó la mirada de inmediato, antes de que Edward advirtiera que apenas le quedaban lágrimas.

Ante semejante despliegue de emociones, Edward se rindió.

—Está bien —concedió—. Pero no pienso tolerar otro episodio como este. Si vuelves a comportarte de este modo, te devuelvo a Didsbury sin contemplaciones. ¿Lo has entendido?

Y se marchó antes de que Beth pudiera contestar.

Sus primas la acompañaron a su dormitorio, donde un fuego crepitaba en la chimenea. Grace, ya más tranquila, la ayudó a cambiarse, e Isabella insistió en que se tomara una buena copa de vino caliente especiado. Durante una hora entera, las tres hermanas la colmaron de mimos, entre suspiros y lamentos. Al fin, la dejaron a solas.

A pesar del calor, Beth seguía temblando. Sabía que parte de aquel estremecimiento era reacción al miedo. Pero no era solo eso. El regusto amargo que le subía por la garganta no era de bilis, sino algo más desagradable: el sabor de la mentira. Nunca había tenido que fingir, y aquella noche lo había hecho con una destreza que la asustaba.

«Tendré que acostumbrarme», pensó, segura de que no sería la última vez. Pero se prometió que solo lo haría cuando no quedara otro remedio. No sentía ningún orgullo por lo que acababa de hacer.

Poco a poco, el temblor fue cediendo. Se quedó quieta, mirando cómo el fuego se iba apagando hasta quedar solo unas brasas. Repasó el día mentalmente. Sabía que había sido imprudente, no por haberse ido sola a Manchester —como pensaban los demás—, sino por haberse dejado tentar y asistir a misa cuando ya debía de haber estado de vuelta. Todo lo que había salido mal, había empezado al caer la noche. Y no tenía excusa: incluso su apacible Didsbury, tan bello y seguro a la luz del sol, se volvía un lugar incierto en cuanto caía la oscuridad.

Debería haberlo sabido. Y aunque hubiera exagerado su angustia delante de sus primos, su promesa era sincera: no volvería a salir sola después del anochecer.

Capítulo 7

—Gracias —dijo Beth—. De veras, lo agradezco mucho.

El hombre sentado frente a ella en el carruaje desestimó su gratitud con un lánguido ademán de la mano.

—No tiene importancia, querida. Es deber de todo caballero acudir en auxilio de una joven encantadora. ¡Me siento como un caballero del rey Arturo! —Su rostro empolvado se iluminó con una sonrisa, y sus ojos azules brillaron. Beth esperaba ver caer escamas de maquillaje, pero la pintura, aplicada con esmero, se mantenía intacta.

El coche avanzaba alegremente por el camino hacia Didsbury. Junto a Beth, sobre el asiento de cuero negro, viajaba Grace, con las manos recogidas en el regazo y la mirada chispeante ante la perspectiva de ver de nuevo a Jane y al resto del servicio. Beth, por su parte, llevaba las piernas cubiertas con una manta, y a pesar del gélido día de enero, sentía un calor bastante agradable. El interior era cómodo: los asientos, mullidos; los cojines de terciopelo de vivos colores estaban dispuestos para amortiguar los vaivenes del trayecto; en las ventanas, unos de piel evitaban las corrientes; y sobre la puerta colgaba un pequeño farol que ofrecía un resplandor acogedor. Beth había imaginado que el carruaje de sir Anthony sería rojo chillón o algún otro tono llamativo, así que se sorprendió al descubrir que era de un sobrio azul marino. Tampoco lucía ningún blasón familiar. Otra sorpresa.

Beth había estado a punto de perder la esperanza de ver a sus amigos antes del viaje a Londres. El día de Navidad se había despertado con un dolor de cabeza atroz y, aunque se sentía

bastante febril, consiguió bajar a duras penas para repartir los regalos que tanto le había costado conseguir, antes de que sus primas la enviaran de vuelta a la cama. Pasó una semana estornudando, tosiendo y bebiendo tisanas de miel y limón, comiendo puré y recibiendo un exceso de atenciones. Sospechaba que habría superado el resfriado más deprisa si le hubieran dejado seguir con su vida normal. Pero al menos le sirvió de excusa para librarse de las miradas hostiles de Richard y los sermones que Edward parecía ansioso por impartir sobre cómo debía comportarse una dama de buena familia.

Cuando por fin emergió de su refugio, algo congestionada aún, pero recuperada, sus ruegos para que le permitiesen visitar a los criados fueron recibidos con auténtico horror. Isabella insistió en que su salud era todavía muy delicada y que, si deseaba viajar a Londres la semana siguiente, debía guardar reposo. Cuando Beth replicó que solo había tenido un resfriado, no una pulmonía, y que el aire fresco solía sentarle de maravilla, Edward lanzó una, perorata grandilocuente sobre la frágil constitución femenina y los peligros de exponerse al frío y tener contacto con las clases bajas mientras se encontraba convaleciente. Beth, consciente de lo precaria que era su situación en la casa, no le señaló que le estaba soltando semejante discurso en un salón frío y con corrientes de aire, delante de tres lacayos y una criada que avivaba el fuego.

Entonces llegó sir Anthony, que acababa de regresar de un breve viaje a York, y en cuanto Isabella mencionó el temerario deseo de su prima, él pasó a la acción. Ignoró las protestas de las hermanas con una mezcla de galantería y zalamería tan encantadora que, cuando Beth quiso darse cuenta, Isabella los estaba despidiendo desde la puerta con una sonrisa encantada.

—¿Está lo bastante abrigada, señorita Cunningham? —preguntó ahora sir Anthony, al ver el rostro sonrojado de Beth.

—Sí, gracias. De hecho, quizá lo esté demasiado. Si pudiera quitarme esta manta...

—¡Oh, no, querida, eso jamás! —exclamó él—. ¿Qué pensarían sus primas de mí, si dejara que se enfriase? Yo mismo no me perdonaría si recayera en su enfermedad.

—Le aseguro que no soy la flor delicada que todos parecen creer —dijo Beth—. El año pasado, sin ir más lejos... —Ella se calló en el acto. Había estado a punto de contarle a sir Anthony que había acompañado a John a vender huevos y mantequilla al mercado del pueblo en un día otoñal y gris, ambos resfriados hasta las cejas, y que se habían retado a ver quién aguantaba más sin estornudar. Ella perdió y seis peniques, pero salió ilesa del reto y sin mayores consecuencias.

—¿Decía usted? —inquirió sir Anthony tras unos segundos de silencio.

—Nada —respondió Beth, conteniéndose. Dudaba que a sus primos le hiciera gracia saber que organizaba concursos de estornudos con los criados—. No estoy acostumbrada a tantos cuidados, eso es todo.

—No, está claro que no —comentó él—. Charlotte me ha hablado de su pequeña aventura en Manchester la víspera de Navidad. Todo un prodigio.

Beth se sobresaltó. Creía que su familia había querido mantener aquel asunto en secreto.

—¿Y qué le ha contado exactamente? —preguntó ella, con suspicacia.

—Simplemente que caminó hasta la ciudad por el noble motivo de comprar regalos navideños para sus amigos y que, tras perderse de algún modo, regresó en plena noche agotada y muy alterada, mientras medio condado se disponía a peinar los campos en busca sus restos descuartizados.

Beth apretó los labios. No esperaba menos de Charlotte. Y pensar lo que ella habría dicho, si hubiera sabido la verdad...

—¿Y qué opinaba el pobre Frederick al respecto, si puede saberse? —preguntó ella con inocencia.

Sir Anthony soltó una carcajada.

—¡Mil y una cosas! Sobre el peligro del aire nocturno, de andar a pie, de los salteadores y los libertinos... Pero, sinceramente, me parece admirable que usted se arriesgara de ese modo solo para comprar obsequios. Está claro que, más que una flor frágil, es toda una amazona.

—Oh, por el amor de Dios —protestó Beth, exasperada—. Le aseguro que no hice nada que no hagan cientos de doncellas a diario. Tenía intención de regresar antes de que anocheciera, pero me perdí. Sí, me retrasé, pero no creo que las siete de la tarde se consideren altas horas de la noche. Lo siento —añadió, al darse cuenta de que casi había gritado.

—No tiene por qué disculparse, querida —replicó sir Anthony, imperturbable—. Pero ¿no sintió temor al encontrarse sola en plena ciudad y luego tener que caminar en la oscuridad del ocaso? Yo, siendo hombre, estaría postrado de puro pavor en su lugar.

—Sí, tuve miedo —admitió Beth, recordando la impresión que le causó el escocés con la cicatriz cuando sacó el puñal de debajo de su capa—. Pero también me sentí más viva que en mucho tiempo.

No había tenido intención de decir aquello en voz alta, pero era cierto.

—Hay algo que me intriga —prosiguió él, como si no hubiera escuchado la última frase—. ¿Cómo pudo perderse? El camino de Ardwick Green al mercado es recto. Y en esta época del año anochece sobre las cuatro y media. Me parece difícil extraviarse durante más de dos horas por una ruta tan sencilla, y más una joven que ha vivido toda su vida en la zona.

Beth lo miró como si acabara de transformarse en una cobra.

—¿Se lo ha dicho a mis primos?

Él alzó las manos en gesto conciliador.

—¡Por supuesto que no! —protestó—. Conozco bien a lord Edward. Estoy seguro de que usted ya ha tenido que soportar sus sermones sin que yo venga a añadir más leña al fuego. Soy la discreción personificada, se lo aseguro.

—¿Y cuáles son sus especulaciones, sir Anthony?

—Bueno... es usted una joven muy atractiva. Pensé que tal vez se había reunido con algún caballero... con fines románticos, digamos, y que se le pasó la hora.

Beth lo miró fijamente. Los ojos de sir Anthony seguían siendo inocentes, llenos de comprensión, pero, tras la máscara de cortesía, Beth percibió en ellos una inteligencia despierta. Estaba muy atento.

—Pare el coche —dijo ella de pronto—, quitándose la manta de encima.

—¡Mi querida señora, por favor, no se altere! —exclamó él.

—No estoy alterada, sir Anthony, estoy enfadada —replicó Beth —. Fui a pasear por Manchester y me perdí entre callejones. Ya le he dicho que fue una experiencia perturbadora. ¿Cómo se atreve a insinuar que tengo citas secretas con hombres? ¿Qué cree que soy? Haga que paren el coche de inmediato.

El carruaje siguió su marcha.

—Le ruego que acepte mis más sinceras disculpas —dijo él—. Veo que me equivoqué por completo. Pero no pretendía insinuar una conducta impropia. En Londres, las damas coquetean a menudo. Es una costumbre de lo más inofensiva.

—Pues si ese es el modo en que se comportan las damas en Londres, empiezo a pensar que haría bien en quedarme en casa. Me han acusado de muchas cosas, pero nunca de conducta lasciva. Si otras desean comportarse así, allá ellas. Yo no.

Beth sabía que sonaba absurdamente puritana, pero tenía que frenar en seco cualquier intento de sir Anthony en repetir aquellas sospechas ante los Cunningham. Beth no pensaba contarle a nadie —y menos a él— lo que ella había estado haciendo esas tres horas.

Beth agradeció que no le preguntara más, y quedaron en un silencio incómodo. Beth no pensaba romperlo. Pero sir Anthony pareció no notarlo, y se recostó con naturalidad como si fuera a dormirse. Al cabo de unos minutos, se irguió y miró por la ventanilla.

Ya estaban llegando a las afueras de Didsbury. Él curvó sus labios pintados en una sonrisa conciliadora.

—Querida señorita Cunningham, estamos a punto de llegar, y no quisiera estropear su esperada visita a sus amigos por un malentendido. Le ruego de nuevo que acepte mis disculpas. Le juro por mi vida —se llevó una mano al pecho con un gesto teatral— que no diré a nadie ni una palabra sobre este asunto.

A pesar del tono afectado, sonó completamente sincero, y Beth cedió.

—Muy bien. Acepto sus disculpas.

Él soltó un suspiro justo cuando el carruaje se detenía en el camino de entrada.

—Gracias —dijo sir Anthony—. Me honra con su generosidad. No lo olvidaré.

Beth no veía el momento de bajarse y librarse de sus exageraciones. Él descendió con ligereza y le ofreció la mano, primero a ella, luego a Grace. Por el rabillo del ojo, Beth vio a Graeme a lo lejos, removiendo la tierra del huerto. En cuanto los vio bajar del coche, clavó la pala en el suelo y se quedó observando, con una expresión de absoluto desconcierto, al personaje envuelto en terciopelo púrpura.

Sir Anthony saludó alegremente en dirección al jardinero.

—Ahí tiene a uno de sus amigos —canturreó, sin darse cuenta de que Graeme no le respondió ni con un gesto.

—Le acompañaré hasta el salón, sir Anthony —dijo Beth con cortesía, aunque su voz aún conservaba cierta frialdad—. Estoy segura de que Jane podrá prepararle algo de beber.

—No, no —replicó él, a la vez que se ajustaba con esmero los delicados encajes blancos de las muñecas y colocaba ambas manos una junto a la otra para asegurarse de que sobresalían de las mangas exactamente cuatro pulgadas de encaje—. No soñaría con importunar a sus amigos. Daré un pequeño paseo y volveré en dos horas. ¿Será suficiente?

El detalle la conmovió, y el hecho de que se empeñara en referirse a ellos como «sus amigos», y no como «la servidumbre» o «los inferiores», como haría Edward, suavizó un poco su ánimo.

—Dos horas estarán bien, gracias —respondió Beth, consciente de lo rápido que pasarían.

—Entonces, que sean tres —corrigió él, mientras trepaba de nuevo al carruaje—. Disfrute, querida.

—¿Es ese pavo real vestido de púrpura el tipo con el que tu hermano espera que te cases? —le preguntó Graeme a Beth con el ceño fruncido cuando ella y Grace pasaron a su lado.

Esta ya sabía que no podía esperar un recibimiento cálido por parte del jardinero.

—Si lo es, se va a llevar una buena decepción —contestó Beth, escueta, y se dirigió con Grace a la cocina.

Allí sí recibió un recibimiento afectuoso, y no tardó en acomodarse frente a la mesa. Jane preparó café y algo de comer, y Ben salió corriendo a buscar a Thomas. Una vez reunidos todos, Beth repartió los regalos, disculpándose por no haberlos entregado antes.

—Cuando esté en Londres —dijo—, os escribiré con frecuencia. Intentaré echar yo misma las cartas al correo. Pero si no puedo, escribiré «Querida servidumbre», en lugar de «Queridos amigos», para que sepáis cuándo no lo he conseguido. No me fío de que Richard no lea mis cartas.

—Puedo ocuparme de enviarlas yo, si eso te preocupa —dijo Grace.

—Lo he pensado —respondió Beth—. Pero creo que no deberías acompañarme a Londres, Grace.

El leve destello de alivio que cruzó el rostro de la joven le confirmó a Beth que tomaba la decisión correcta.

—Ya sabes que estoy encantada contigo —dijo Beth—. Te echaré muchísimo de menos. Pero es aquí donde perteneces. No tengo derecho a llevarte lejos de tu familia ni de tus amigos.

—¡¿Y qué vas a hacer tú?! —exclamó Grace—. ¡No puedes prescindir de una doncella!

—No lo sé. Tendré que buscar a alguien.

—¡Pero no puedo dejarte sola!

—No estaré sola. Mis primas no son tan malas —aseguró Beth, intentando sonar más convencida de lo que estaba—. Me sentiré mucho más tranquila sabiendo que tú estás feliz aquí, en lugar ve verte infeliz en Londres conmigo. —Se obligó a sonreír. No podía permitir que Grace sospechara cuán sola se sentía ante la perspectiva de su nueva vida sin una verdadera amiga a su lado.

—No nos vendría mal una mano extra —dijo Jane—. Desde que se fue Sarah, no ha sido fácil.

—No, pero Thomas ya se ha vuelto un experto con el plumero —soltó Graeme.

Thomas le lanzó una mirada fulminante.

—Hemos tenido que repartir las tareas de Sarah entre todos —explicó Jane—. Graeme ya se encarga del trabajo de John, y Mary y yo hacemos lo que hacía Martha...

—Así que me ha tocado a mí limpiar y sacar brillo —dijo Thomas, visiblemente incómodo.

—¿Llevas uno de los delantales de encaje de Grace para no mancharte la ropa? —preguntó Beth simulando ingenuidad.

—¡Claro que no! —bufó Thomas.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —dijo Beth—. Te habría comprado como regalo de Navidad *El manual de la perfecta ama de casa*, en vez de un libro sobre pesca —bromeó.

—¿Voy a hacer tu cama, Grace? —preguntó Thomas.

—¡Oh, no! —se apresuró a responder la muchacha—. Me quedaré con Beth hasta que se marche a Londres.

—No va a salir viva de esta cocina si sigue haciendo comentarios como ese —dijo Thomas, cogiendo el cuchillo del pan y observándolo con fingido interés. Beth sintió un escalofrío. Por un instante, no vio su mano joven y sin cicatrices, sino una marcada por una antigua herida.

—¿Sabéis dónde fue Sarah? —preguntó ella entonces, forzando una sonrisa y deseando que nadie hubiera notado su reacción.

—Sí —contestó Jane—. Se instaló en una casa junto a la de la señora Pelman, en Manchester.

—¿La señora Pelman? —repitió Beth, confundida.

—La proxeneta a la que dejó para venir a trabajar aquí —aclaró Graeme. Jane cerró los ojos, resignada.

—Pero… Me aseguré de que Richard le diera dinero para empezar una nueva vida —protestó Beth.

—Y así lo ha hecho —dijo Thomas—. Por eso Sarah vive en una casa contigua a la de la señora Pelman. Sarah ha decidido abrir su propio negocio como peluquera de señoras. Y bien por ella. Muchas de las... «clientas» de al lado ya están solicitando sus servicios.

—Debe de ser muy hábil si consigue que esas rameras apestadas luzcan bien —comentó Graeme con acidez.

—La última vez que hablasteis de ella, todos la detestabais —observó Beth—. ¿Qué os ha hecho cambiar de opinión?

Graeme bajó la vista, avergonzado.

—Bueno, quizás fuimos algo precipitados al juzgarla. Tenías razón, solo necesitaba una oportunidad.

—Después de que le dieras ese dinero, Beth, Sarah cambió por completo —añadió Jane—. Vino a disculparse con todos, nos contó exactamente lo que le había dicho a Richard, y también algunas cosas que había oído y no le había contado. Ella no tuvo más remedio que decirle algo para que él no la golpeara, pero solo le reveló lo menos dañino. Trabajó como una bestia durante las dos semanas antes de marcharse. Y piensa que eres un ángel bajado del cielo.

—No lo tendrá fácil para ganarse la vida —dijo Thomas—. No hay suficientes damas bien posicionadas en los alrededores, y demasiada gente sabe a qué se dedicaba antes. Pero lo está intentando, eso hay que reconocérselo.

La noticia animó a Beth. Saber que había logrado sacar a Sarah de las garras de hombres como su hermano le dio cierto consuelo. Ojalá pudiera hacer lo mismo consigo misma.

—¿Alguna novedad más? —preguntó, consciente de que el tiempo se le acababa y sir Anthony podía volver en cualquier momento.

—Iba a escribirte esta noche —dijo Jane—. Tenemos noticias de John.

Grace, que iba hacia el fregadero con un montón de platos, se quedó paralizada. Beth alzó la vista justo a tiempo para ver cómo Jane y Thomas cruzaban una mirada extraña.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Se ha alistado en la milicia —soltó Graeme, sin rodeos.

Los platos se estrellaron contra el suelo. Por un milagro, solo se rompieron dos. Grace se agachó para recogerlos, sonrojada.

—Lo siento —murmuró.

Beth habló de inmediato para darle tiempo a recomponerse.

—¿Lo reclutaron por la fuerza? —preguntó. Suponía que lo habrían detenido al tomarlo por un vagabundo.

—No —contestó Thomas—. Se alistó de forma voluntaria.

Beth se quedó boquiabierta.

—No me lo creo —dijo al fin—. John jamás se habría alistado, ni aunque se estuviera muriendo de hambre. ¿Te lo dijo él?

—Me lo contó Jimmy Taylor. Se alistaron juntos. Estaba trabajando de forma temporal en la posada de Vintner's Arms.

—¿Y qué hará John si los jacobitas se rebelan? —dijo Beth. La posibilidad era real. Aunque aislados, los disturbios jacobitas estallaban por toda Inglaterra, y Manchester siempre había simpatizado con los Estuardo.

—Seguir las órdenes y meterlos en la cárcel, supongo —respondió Thomas con desdén—. Nunca compartí las ideas de John, pero lo respetaba. Incluso le tenía aprecio.

—Pero uno no puede respetar a quien traiciona su causa, sea la que sea —añadió Graeme. Thomas asintió. Grace, que había terminado de recoger los platos rotos, se sentó con el rostro descompuesto. Beth seguía sin poder creerlo.

Permanecieron sentados un rato en un silencio tan cálido como sombrío, hasta que el sonido distante de un carruaje anunció el regreso de sir Anthony.

—Antes de que te vayas —dijo Jane—, queremos darte esto como regalo de Navidad. —Acto seguido, se sacó del bolsillo de sus faldas un sobre y extendió el brazo para ofrecérselo a Beth.

Beth, la miró, confundida.

—No es necesario... —dijo con una sonrisa.

—Sí que lo es —replicó Jane—, y vas a aceptarlo. Es de parte de todos.

Beth tomó el sobre de la mano de Jane y lo abrió. Dentro había seis soberanos de oro.

—No puedo aceptar esto —dijo—. He convencido a Richard para que me dé una pequeña asignación en Londres, y vosotros necesitáis este dinero más que yo.

—No es dinero —dijo Thomas—. Es el coste de un pasaje de vuelta a Manchester, más cinco días de comida y alojamiento. No estaremos tranquilos si no sabemos que podrás regresar cuando quieras.

—Es un regalo para ti, y también para nosotros —añadió Graeme —. Guárdalo por si lo necesitas. Y no dudes en usarlo.

Solo sus amigos podían pensar en algo tan reconfortante, pensó Beth mientras regresaban hacia Ardwick. La seguridad de saber que siempre podría volver la ayudaría a mantenerse firme frente a lo que la esperase en Londres.

Grace no había dicho una palabra desde que supo lo de John, y Beth le tomó la mano. Temblaba. Beth sabía que la joven apenas podía contener la emoción. Ella misma tampoco podía. A pesar del consuelo que le daban las monedas que Beth guardaba en su bolsillo, no sabía cuándo volvería a ver a sus amigos ni qué le depararían los días venideros.

—Sir Anthony —dijo Beth de pronto. El hombre dio un respingo, absorto como estaba contemplando el paisaje. Beth no lo creía capaz de estar callado tanto tiempo, excepto para escuchar alguna jugosa confidencia que difundiría después—. ¿Puedo pedirle otro favor? ¿O tiene algún compromiso esta tarde?

—Ninguno en absoluto —respondió él, sonriendo—. Estoy a su entera disposición.

—Me preguntaba si podríamos hacer una breve parada en Manchester. —Quiso saber Beth.

—¡Qué idea tan estupenda! —exclamó sir Anthony con entusiasmo—. Quizá podríamos tomar algo, si ustedes, mis encantadoras damas, me honrasen con su compañía.

—Será un placer —mintió Beth—. Pero antes necesito hacer una breve visita a una amiga.

—Por supuesto. —Sir Anthony se asomó a la ventanilla para dar órdenes al cochero—. ¿Qué dirección debemos tomar?

—Vamos a la posada de Vintner's Arms —respondió Beth con firmeza.

—No está aquí —dijo la tabernera, mirando a Beth con desconfianza —. ¿Y quién pregunta por él?

—Soy una amiga suya —explicó Beth—. Solo quería hablar con él, nada más. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?

—Ni idea —replicó la mujer, dándose la vuelta.

Beth suspiró. Durante todo el trayecto a Manchester había tenido que insistir para convencer a sir Anthony de que no la acompañara,

alegando que se trataba de un asunto confidencial. Él había aceptado a regañadientes, con la condición de esperar fuera, por si Beth lo necesitaba. Aunque, en realidad, ella no tenía muy claro cómo podría él ayudarla si surgía algún problema con la clase de clientela de ese establecimiento. Los parroquianos se reirían tanto de su apariencia que no podrían atacarlo. Aunque no había muchos clientes a esa hora del día, Beth sentía sus ojos clavados en ella desde las sombras. El ambiente apestaba a cerveza rancia, sebo de cordero y humo de tabaco. Era justo el tipo de lugar que frecuentaría el asaltante de la otra noche. O, de hecho, los hombres que la habían salvado de él.

—Mire —le dijo Beth a la tabernera, alzando la voz—. No soy una amante despechada, y él no me debe dinero. Trabajó para mí. Solo quiero saber si puedo enviarle aquí su carta de recomendación, y apreciaría de veras poder hablar con él. Si no quiere verme, me marcharé.

La mujer se volvió, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó con brusquedad.

—Beth. Beth Cunningham. ¿Por qué?

El rostro de la mujer se iluminó.

—¡Ah, bueno! ¿Y por qué no lo ha dicho antes? Él habla de usted todo el tiempo —dijo sonriendo, mientras le tendía la mano. Beth se la estrechó sin mucho entusiasmo, pero no tenía otra opción—. Él no está aquí —continuó la tabernera—. Pero volverá, así que puede enviarle la carta si quiere. Se alistó en la milicia, el muy idiota. Está en Lincoln, haciendo la instrucción.

—Es cierto, Grace. Me temo que sí —le contó Beth a su criada, al salir de la taberna, mientras se limpiaba la mano en la falda.

—¿Está allí? —preguntó Grace.

—No, está en Lincoln, en periodo de adiestramiento. Pero volverá dentro de unas semanas.

Si sir Anthony sentía curiosidad, no lo demostró.

—Bueno, ya que estamos aquí, mis queridas damas, ¿por qué no nos dirigimos a un establecimiento más salubre y tomamos un poco de ponche?

La Casa del Ponche de John Shaw, aunque muy cercana, no podía ser más distinta a Vintner's Arms. Todo estaba muy limpio, y en el aire flotaba el aroma afrutado del ponche. Se acomodaron en una mesa en un rincón, y sir Anthony pidió un *P* a una mujer enorme con los brazos como troncos.

—¿Qué es un *P*? —preguntó Beth.

—Es el cuenco grande de ponche, querida. El pequeño se llama *Q*, pero, si se me permite la osadía, yo diría que ambas necesitan algo que las reanime, y el ponche de John es justo lo indicado.

Y tenía razón. Estaba delicioso, de color naranja y muy afrutado, pero con una buena dosis de alcohol. Beth se bebió la primera copa más deprisa de lo que pretendía, y luego se obligó a ir con más calma.

—Por cierto —le dijo a sir Anthony—. ¿Qué ha hecho usted durante las tres últimas horas?

—Ah, aproveché para explorar su encantadora aldea, querida. Exquisita. Y la comida del Ring o' Bells… ¿qué puedo decir? No he probado nada mejor fuera de Londres. Aunque tampoco dentro, debo confesar con toda sinceridad. Viajaré a la capital la semana que viene. ¿Es cierto que su familia parte hacia Londres el día diecinueve?

—Sí —respondió Beth con pesadumbre.

—¿No tiene usted ganas de ir, señorita Cunningham?

—No lo sé —respondió Beth—. Está tan lejos de todos mis amigos...

—Oh, pero usted estará en el seno de su familia. Y, por mi parte, estaría encantado de facilitarle su entrada en sociedad. Si puedo tener ese honor, me gustaría pensar que estamos empezando a ser amigos.

«Ah, ¿sí?», pensó Beth.

Sir Anthony continuó hablando.

—Sería un verdadero placer presentarle a algunas de mis amistades, con quienes quizá tenga usted..., cómo decirlo..., más afinidad que con sus primas. Porque usted necesita un poco más de estímulo, ¿no es así, querida?

«¿Tanto se notaba?». Beth no respondió. Se refugió en su copa, que estaba ya casi vacía. Sir Anthony, al darse cuenta, se la rellenó.

—Londres es un lugar muy animado —declaró él—. No hay un solo momento para aburrirse. Ya verá qué cambio respecto a sus primas, se lo aseguro. Y, por supuesto, tendrá a su lado a su querida amiga, la señorita Miller, aquí presente, para hacerle compañía.

«¿Cómo demonios sabe el apellido de Grace?», se preguntó Beth, justo cuando la muchacha aclaró que no la acompañaría a la capital.

Beth culparía más tarde a las tres copas de aquel ponche tan potente, aunque en realidad el alcohol solo le había dado el valor para decir en voz alta una idea que llevaba rondándole toda la tarde.

—¿Conoce usted el establecimiento de la señora Pelman, sir Anthony? —preguntó Beth.

Él abrió los ojos como platos.

—¡Desde luego que no! Es un lugar de la peor reputación. Me escandaliza profundamente que usted haya oído hablar de él, señorita Cunningham.

Sir Anthony se abanicó con la mano, y Beth pensó que lo mismo podría haberse sonrojado o palidecido bajo su espesa capa de maquillaje. Era imposible saberlo.

—Sin embargo, lo conoce —dijo ella con firmeza—. ¿Está cerca?

—Bueno..., sí —admitió sir Anthony.

—Hay una joven que vive en la casa contigua —dijo Beth—, se llama Sarah Browne. Me gustaría hablar con ella. ¿Podría indicarme cómo llegar?

Sir Anthony llamó a su cochero, que se encontraba en una mesa al fondo con otro cochero comiendo anguilas en gelatina. Cuando el hombre se acercó, sir Anthony le habló al oído.

—John irá a ver si la joven está en casa —explicó después que el cochero se marchase—. Me consuela ligeramente saber que esa joven vive al lado de ese establecimiento, no en él. Aun así, no es un lugar respetable.

Tanto sus palabras como su expresión denotaban la más estricta reprobación, pero sus ojos centelleaban con picardía.

Beth se sorprendió al descubrir que eran realmente bonitos, de un azul grisáceo profundo, como el cielo al anochecer. También notó por primera vez lo largas que eran sus pestañas. Cualquier mujer las envidiaría. Se reprochó a sí misma en silencio. ¿De veras estaba encontrando atractivo a ese petimetre? ¿Tan fuerte era el ponche?

Justo entonces la puerta se abrió y entró Sarah. Beth regresó de golpe de vuelta a la realidad, y sintió un alivio tan súbito que casi se le escapó un suspiro. Los ojos de Sarah se iluminaron al verla, y una sonrisa fugaz le cruzó el rostro antes de hacer una reverencia y dirigirse a sir Anthony con una expresión desconcertada.

—¿Me ha mandado llamar, milord?

—¡Oh, querida! —exclamó sir Anthony—. Me honra en exceso. Aún no he sido elevado al rango de noble, por más que mi aspecto sugiera lo contrario.

El rostro de Sarah era la viva imagen de la confusión.

—Lo que este caballero intenta decir —explicó Beth con una sonrisa— es que no es un lord, solo un baronet. Permíteme presentarte a sir Anthony Peters.

—Encantado, querida—dijo él, antes de tomar la mano de Sarah con la suya, enguantada en ante lila, para besarla con afectación.

Beth vio que Sarah luchó para no limpiarse la mano en la falda en cuanto él se la soltó, y supo que estaba a punto de hacer lo correcto. Pero necesitaba hablar a solas con ella. Cuando Beth se disponía a pensar en una excusa para librarse de sir Anthony y Grace unos minutos, él se dirigió a esta con una sonrisa.

—Señorita Miller, ¿tendría usted la bondad de ayudarme a escoger un regalo para mi ahijada? Está a punto de cumplir cuatro años, y no tengo idea de qué podría ser adecuado.

Grace dudó.

—¿No es cierto que tiene usted varias hermanas pequeñas? —le preguntó sir Anthony.

—Sí, pero...

—Yo no tengo hermanas —dijo él—. Estoy completamente solo en el mundo. Le estaría muy agradecido. Hay una tienda muy cerca con todo tipo de chucherías, pero no tengo la menor idea de qué podría elegir. No tardaremos más de cinco minutos.

—Puedes ir, Grace. Estaré bien —le aseguró Beth con una sonrisa. Luego hizo un gesto a Sarah para que se sentara, y no dijo nada más hasta que sir Anthony y Grace salieron del local. Él le había ofrecido el brazo a la muchacha como si fuera una dama de alta cuna y no una criada. Tenía, en efecto, algunas cualidades encantadoras.

—No tenemos mucho tiempo, así que iré al grano —dijo Beth en cuanto ella y Sarah se quedaron a solas—. Has utilizado el dinero que te dio Richard para montar un negocio de peluquería, ¿me equivoco?

—No, todo, señorita. Solo he gastado una parte pequeña —respondió Sarah, aún un poco confundida.

—¿Qué tal se te da arreglar el cabello?

—Muy bien, señorita. También sé aplicar maquillaje y...

—Pero te costará conseguir clientas respetables, ¿verdad? Aquí te conocen por tu antiguo oficio. Graeme y Thomas me han dicho que tus clientas habituales son las prostitutas de la señora Pelman.

Sarah se sonrojó al instante.

—No pretendo ofenderte —añadió Beth enseguida, con un tono menos duro—. Pero no tengo tiempo para rodeos. El día diecinueve me marcho a Londres con mis primos. Necesito una doncella personal. ¿Te interesa el puesto?

Sarah la miró con incredulidad.

—¿Habla usted en serio? —preguntó al cabo de unos segundos —. Ni siquiera le caigo bien.

—Graeme ha reconocido que se equivocó contigo, y con eso me basta. Si aceptas, espero de ti una conducta impecable, una lealtad absoluta hacia mí —y solo hacia mí—, y la mayor discreción. Si no cumples, te despediré. No habrá segundas oportunidades. Pero te pagaré el viaje de vuelta a Manchester. —Beth se inclinó un poco hacia adelante—. Ahora bien, si eres buena en lo tuyo, como dices, esto puede cambiarte la vida. En Londres nadie sabrá nada de tu pasado, y yo misma te recomendaré a todas las damas importantes con las que me cruce. Por lo visto, van a ser muchas. Cuando me case, o si regreso a Manchester, podrás quedarte en la capital y montar tu propio negocio. Allí conocerán tu talento, pero no tu

historia. —Beth se inclinó hacia delante y la miró con atención—. ¿Necesitas tiempo para pensarlo?

Sarah, que estaba acostumbrada a pensar rápido, no vaciló demasiado.

—¿Por qué yo y no Grace?

—Grace pertenece a este lugar —explicó Beth—. Aquí tiene a su familia y a sus amistades, y no es una persona de ciudad. Tú sí. Tu vida anterior implica que has tenido que adaptarte a todo tipo de situaciones, y que sabes guardar secretos cuando es necesario. No quiero que mi primo o mi hermano elijan por mí a alguien que les reporte cada uno de mis movimientos. Creo que ahora ya conoces a Richard tal como es. Y, si Graeme tiene razón, tu lealtad está conmigo, no con él. ¿Me equivoco?

—No —respondió Sarah con énfasis—. Pero si su hermano también va a Londres, ¿no le contará a su familia mi pasado?

—No, no lo hará. Porque, en cuanto yo llegue, anunciaré que he contratado a una joven que él mismo empleó como ayudante de cocina, pero que está mucho más capacitada para un puesto de mayor responsabilidad. Y diré que solo he seguido el excelente juicio de Richard a la hora de valorar el carácter de alguien a quien él consideraba tan valiosa. Y si te preocupa que él recurra a la violencia, no temas. Está desesperado por causar buena impresión a mi noble familia y está haciendo todo lo posible por comportarse como un caballero. Solo procura no quedarte a solas con él, donde nadie pudiera oírte si gritaras.

Sarah soltó una carcajada.

—Válgame Dios, vaya si se equivocó con usted —dijo, divertida —. Me aseguró que era patética y débil, y que haría todo cuanto él ordenara.

—Y justo eso es lo que él debe creer —respondió Beth con una sonrisa—. Por eso precisamente quiero contratarte: porque mi querido hermano tenía una opinión inmejorable sobre ti. ¿Cuándo podré saber tu respuesta?

—Ahora mismo —replicó Sarah en cuanto vio que sir Anthony y Grace entraban por la puerta. Escupió en la palma de su mano con rapidez y se la ofreció a Beth—. Trato hecho.

Beth se la estrechó. Y, esta vez, no se limpió en la falda.

Capítulo 8

1742, febrero

«Queridos amigos:

Gracias por vuestra carta, que llegó la semana pasada. Me he atrincherado en mi habitación y me niego a salir hasta que os haya respondido. Es la única manera de conseguir un momento a solas. Sir Anthony, ¡ese petimetre engreído!, me advirtió que la vida en Londres era muy diferente a la del campo. Ojalá le hubiera creído, aunque nada podría haberme preparado para esto.

Clarissa sigue siendo callada y reservada, lo cual atribuyo más a la timidez que a la altanería, pero Isabella y Charlotte se han transformado en auténticas criaturas sociales. La etiqueta dicta que hagamos visitas entre el mediodía y las tres, lo que podría ser agradable si se pudiera disponer de una o dos horas para cultivar una amistad. Pero, por supuesto, eso sería demasiado placentero. En su lugar, cada visita debe durar exactamente quince minutos, y solo da tiempo a pronunciar las más superficiales trivialidades sobre la salud y el clima, y quizás un comentario sobre Lord X, que está teniendo un romance secreto con la esposa del vizconde Y, antes de tener que salir corriendo a la siguiente casa para repetir de nuevo todo ese tedioso procedimiento. En el transcurso de tres horas, se visitan ocho o nueve residencias, lo cual es increíblemente aburrido y agotador. Y, por supuesto, al final de esas tres horas, todo Londres sabe del asunto entre Lord X y la condesa Y.

»Os echo de menos más de lo que podríais creer. No puedo evitar comparar nuestras sinceras charlas alrededor de la mesa con

la insana artificialidad de la llamada élite. Sir Anthony me ha asegurado que, una vez que se realizan las rondas iniciales de visitas, las cosas se calman un poco, pero por el momento no parece haber fin. Sir Anthony es un visitante habitual de la casa, y realmente no he decidido si me agrada o no. Siempre es considerado conmigo y tiene una manera de conversar que fomenta las confidencias, aunque no confío en él y, por lo tanto, no le confío nada. A veces puede ser muy indiscreto. Dicho esto, él no ha mencionado nada sobre Sarah, aunque estoy segura de que sospecha que su pasado no es del todo virtuoso.

»Después de la cena, se pueden hacer aún más visitas o, más a menudo, ir al teatro, a la ópera o a un concierto, donde el propósito principal de la audiencia parece ser ahogar la actuación hablando lo más alto posible durante todo el espectáculo. El objetivo es no pasar desapercibido. No importa que tengas la cabeza hueca; solo que tu boca esté llena de tonterías y que vayas vestida a la moda. Sir Anthony nunca pasa desapercibido, dondequiera que vaya.

»Acabo de releer lo que he escrito hasta ahora. Puede que esté exagerando un poco, pero en Raven Hall me aburría debido a la inactividad; aquí no paro de correr de un lado a otro, y estoy igual de aburrida.

Mañana asistiré a mi primer baile. Charlotte me ha dicho que este es el tipo de evento donde es más probable que conozca a mi futuro esposo, y que sin duda estaré rodeada de admiradores cautivados por mi belleza. Y por mi dote, aunque, por supuesto, nadie sería tan vulgar como para mencionarlo. Lord Edward y Richard han estado haciendo visitas separadas a los conocidos masculinos de mi primo, así que no tengo duda de que cada soltero y viudo de Londres ahora sabe que dispongo de una fortuna. Espero tener que rechazar mañana a muchos hombres enamorados.

»¿Cómo estáis todos? Por favor, contadme todas las novedades, por insulsas que sean. Son como una bocanada de aire primaveral para mí. Otra cosa: ¡Londres huele muy mal! No estaba preparada para eso, aunque supongo que es normal en una ciudad con medio millón de habitantes. Me alegro de que Grace se haya quedado en casa. Ella habría odiado estar aquí. Incluso los sirvientes tienen

grandes aires y pretensiones. Sarah está en su elemento y es una gran fuente de información sobre lo que sucede bajo la superficie. Los sirvientes lo saben todo. Me llevo bien con ella y me mantiene cuerda con sus observaciones humorísticas. Graeme tenía razón, la habíamos juzgado mal.

Os escribiré de nuevo, tan pronto como tenga un momento libre.

Con todo mi cariño para todos vosotros,

Beth».

La noche del primer baile de Beth, sir Anthony, envuelto en satén azul zafiro, con su chaqueta y chaleco bordados en plata, la esperaba al pie de las escaleras. Ella ya estaba de mal humor; el corsé le apretaba demasiado, su falda era tan voluminosa que podría derribar por accidente a todo aquel que se le acercara a menos de un metro y veinte de distancia, y los zapatos le dolían. Beth aún no se había puesto la máscara de amabilidad, y al llegar al vestíbulo le dedicó a sir Anthony una mirada de muy pocos amigos.

—Mi querida señorita Cunningham, ¡está absolutamente exquisita! —gorjeó él, a la vez que le ofrecía el brazo con una dulce sonrisa—. Pensé que le gustaría entrar en la sala del brazo de alguien con quien ya está familiarizada, pero si cree que estoy siendo demasiado atrevido, por favor, dígamelo.

Ella puso su mano en el codo de él y se inclinó para quitarse el zapato, que tenía algún objeto punzante en su interior.

—¡Oh, esto es ridículo! —dijo Beth, después de unos segundos de inútil batalla con las restricciones de su ropa—. ¡Cómo puede ser sensato usar prendas que hacen imposible quitarse el propio zapato!

—Permítame —dijo sir Anthony, arrodillándose frente a ella. En seguida le quitó el zapato, lo sacudió y cayó una pequeña piedra—. ¡Ahí está! —dijo, calzándola de nuevo. Después se incorporó y le ofreció otra vez su brazo—. Ahora le sugeriría, querida, que también elimine la dureza de su rostro y la reemplace por una sonrisa, por doloroso que sea. Aunque, sin duda, será asediada por jóvenes ansiosos de conocerla, sea cual sea su expresión. El dinero siempre conlleva una sonrisa.

Beth lo miró.

—Entonces, ¿todo el mundo sabe de mi dote? —preguntó.

—Por supuesto, querida. ¿Qué cree que han estado haciendo su primo y su hermano en los últimos días? Ahora, entremos. ¡Estoy tan encantado de que haya elegido el azul, y en un tono que se complementa tan bien mi propio atuendo! Seremos la comidilla de todos.

—¿Por qué? —preguntó Beth.

—Bueno, como ya nos conocemos, la gente asumirá que hemos vestido del mismo color deliberadamente, como una forma de indicar que somos... ¿afines el uno al otro, por así decirlo? —Él le dedicó una amplia sonrisa que dejó ver unos dientes blancos y perfectos.

Beth lo miró con horror, y la sonrisa de sir Anthony se desvaneció ligeramente.

—Si lo desea —dijo él—, puede anunciar que es mera coincidencia, pero quizá prefiera utilizar esa suposición en su beneficio.

—¿Qué posible ventaja podría tener para mí que la gente piense que somos afines, como usted dice? —preguntó Beth.

—Bueno, cuando encuentre la constante atención y los cumplidos un poco abrumadores, simplemente hágame una señal, y la rescataré de inmediato. Prometo no decirle nada halagador en absoluto y prestarle muy poca atención —sugirió Sir Anthony, imperturbable ante la evidente aversión de ella hacia él.

Beth sonrió, a su pesar.

—Ah, eso está mejor —declaró sir Anthony—. Se ve tan hermosa cuando sonríe... Pero lo he prometido. No más cumplidos. Pronto tendrá suficientes.

—Está exagerando, Sir Anthony —dijo Beth, decidida a no acercarse a él durante el resto de la velada una vez estuvieran en el baile.

—Ya veremos —respondió él.

La resolución de Beth duró poco más de dos horas. Ella le dirigió a sir Anthony una mirada suplicante mientras intentaba rechazar a otro joven que le rogaba el próximo baile, afirmando que no podría vivir con tal vergüenza si ella lo rechazaba. Sir Anthony dejó a sus

acompañantes, cruzó la sala en dirección a Beth, hizo una profunda reverencia y luego asintió con la cabeza al sorprendido pretendiente.

—¡Ah, mi querida señorita Cunningham, por favor, perdóneme! —exclamó sir Anthony—. Confieso que estaba absorto en la conversación y casi olvidé que había sido tan amable de concederme el próximo baile. ¿Me hace el honor? —Beth se apresuró a tomar el brazo que él le ofrecía y casi lo arrastró lejos del insistente joven.

—Gracias —dijo ella, aliviada por su rescate, pero molesta por haber tenido que pedir su ayuda.

—De nada. Ahora, ¿acierto al suponer que no tiene el más mínimo deseo de bailar?

—Así es —respondió Beth. Había sido zarandeada, pisoteada y le habían apretado la mano con demasiada fuerza desde el momento en que entró en el salón.

—En ese caso, permítame presentarle a unos amigos míos —dijo sir Anthony, mientras se acercaban a una pareja que los observaba con rostros divertidos—. Edwin es un *whig* comprometido y miembro del Parlamento, querida —dijo sir Anthony cuando llegaron al alcance del oído de la pareja—, pero algún día sucumbirá a mis súplicas de que se cure.

Edwin rio y se inclinó ante Beth. Era delgado y de apariencia agradable, sin ser apuesto. Sus ojos verde musgo brillaban cuando levantó la cabeza.

—Encantado de conocerla, señorita Cunningham. Pero me han dicho que de ninguna manera debo decirle nada halagador sobre su apariencia, o abandonará el baile entre gritos.

—Gracias —dijo Beth—. Se lo agradecería.

—¡Ah, y su cabello! —exclamó sir Anthony, con la mano en la cadera—. Suave como la seda, dorado como un campo de trigo en un día de verano, luz de luna líquida...

—Está rompiendo su promesa —gruñó Beth.

—Solo imito a sus pretendientes, querida —dijo él—. Ahora, permítame presentarle a Edwin Harlow y a su esposa, Caroline.

—Supongo que aún no se ha acostumbrado a la vida en Londres, señorita Cunningham —dijo Caroline, mirando a Beth. Era alta, casi tanto como su esposo, y esbelta como un sauce. Beth pensó que

nunca había visto a una mujer de una belleza tan clásica; su cabello recogido resaltaba su largo cuello y su perfecto perfil griego.

—Dudo que alguna vez me acostumbre a esto —dijo Beth con tristeza—. Pensaba que la loca ronda de visitas diarias ya era bastante mala, pero esto... —Beth calló, consciente de que había cometido una terrible metedura de pata.

—Tenía razón, sir Anthony —dijo Caroline. Se volvió hacia Beth—. Él nos dijo que usted era un cambio refrescante respecto a las típicas chicas frívolas y sin cerebro que se introducen en sociedad tan pronto como alcanzan la mayoría de edad. Tiene mis simpatías, señorita Cunningham. Yo sufrí el mismo calvario antes de tener la suerte de ser rescatada por Edwin. Al menos yo estaba preparada para ello por mi educación. Pero me han dicho que usted ha llevado hasta hace poco una tranquila vida en el campo.

—Sí —respondió Beth. Por primera vez desde su llegada a Londres, se sintió relajada y percibió que posiblemente podría llegar a apreciar a estas dos personas.

—Mis condolencias por la muerte de su padre, señorita Cunningham —dijo Edwin, inclinando la cabeza—. Su hermano es sargento de dragones, creo. ¿Está aquí esta noche?

Beth miró a su alrededor.

—No —dijo con evidente alivio—. No lo veo en este momento, pero estoy segura de que vendrá. Se lo presentaré, si lo desea.

—No especialmente —dijo Caroline con franqueza. Beth la miró, sorprendida, y luego a sir Anthony, que mostraba una expresión de absoluta inocencia.

—¿Qué les ha contado a los señores Harlow sobre mí, sir Anthony? —preguntó Beth.

Él levantó las manos en un gesto defensivo.

—Solo les he dicho lo que su primo Edward ya ha contado a todo Londres.

—¿Y qué es eso, si puede saberse? —inquirió Beth.

—Que, tras la muerte de su padre, usted y su hermano se han reunido felizmente con el resto de su familia y que está en Londres por primera vez. Y.… eh... —vaciló. Beth lo fulminó con la mirada.

—Lo que sir Anthony teme decirle —intervino Caroline—, pero que, por supuesto, necesita saber, si es que aún lo ignora, es que también es de conocimiento general que usted tiene una dote de veinte mil libras, y que su hermano y su primo están dispuestos a considerar a cualquier pretendiente que pueda comprarle a su hermano una comisión y a su primo un poco más de influencia política en la Cámara de los Lores.

—¿Deduzco por la expresión de su rostro, señorita Cunningham, que algo de esto le era desconocido? —preguntó Edwin, perturbado por el rubor de ira que cubrió el rostro de Beth.

Por el rabillo del ojo, sir Anthony vio al joven del que había rescatado a Beth, dirigiéndose directamente hacia ellos. Colocó su brazo alrededor de los hombros de ella de manera amistosa.

—Entonces, mis queridos amigos —dijo sir Anthony—, ¿qué les parece si nos retiramos a la biblioteca por un rato y continuamos esta conversación con una copa de buen clarete? —Sin esperar respuesta, comenzó a guiar a Beth fuera de la sala, seguido por Edwin y Caroline.

—¿No se opondrán su hermano y su primo a que deje la fiesta? —preguntó Caroline cuando alcanzaron el refugio de la biblioteca.

Olvidando todo decoro, Beth se dejó caer en una silla y se quitó los zapatos de una patada.

—Al diablo con Richard y Edward también —dijo enojada—. ¿Eso es lo que han estado diciendo a todos?

Sir Anthony se acercó a un aparador y sirvió vino para todos. Edwin y Caroline se sentaron en un sofá de seda a rayas rojas y blancas.

—Sí. Bueno —dijo Edwin—, no de forma tan directa como lo ha expresado Caroline, pero sí en esencia. ¿No lo sabía?

—Sabía lo de Richard, por supuesto —respondió Beth—, pero no tenía idea de que Edward también buscaba beneficiarse de mi matrimonio. Me pareció extraño que me hubiera aceptado de nuevo en el seno de su familia con tanta rapidez, pero fui lo bastante tonta como para creer que él quería realmente retomar el contacto. Debería haber sabido que había un motivo subyacente. Soy demasiado ingenua. —Beth aceptó la copa de vino que sir Anthony

le ofreció y dio un sorbo, con gesto pensativo—. Parece que nadie hace nada en sociedad sin un motivo egoísta.

—Oh, yo no diría eso —intervino Caroline—. Aunque Isabella, Clarissa y Charlotte no son muy de mi agrado, son amables y generosas. No creo que tengan intenciones egoístas. Y hay otras personas genuinas por ahí. Solo tiene que buscar las señales.

Quizá fuese cierto, pero eso no le dio mucho consuelo a Beth, que no sabía qué señales buscar. Se sentía muy abatida y se preguntaba si alguna vez sabría si alguien la apreciaba por sí misma o solo por las ventajas que podría ofrecerles.

—¿Cuáles son esas señales? —preguntó Beth, deprimida.

—Este clarete es una señal —comentó de repente sir Anthony, sentándose frente a Beth y sosteniendo la copa a la luz de las velas —. Al beber esto, estamos mostrando la mayor consideración por nuestro anfitrión, lord Redburn. Él sufre terriblemente de gota y, al bebernos su reserva secreta del mejor clarete, le estamos salvando de un severo ataque de inflamación más tarde.

—Por no mencionar que lo salvaremos del espectáculo embarazoso que dará a las dos de la mañana —dijo Caroline riendo.

Beth miró a sir Anthony con gesto interrogativo.

—Lord Redburn es un viejo borracho y glotón —explicó aquel—. Cada dos meses organiza un baile al que invita a todas las jóvenes más bellas. Mientras ellas bailan y se embriagan con el champán que fluye libremente, él se encierra en su habitación con algunos amigos y una botella de brandy. No tengo duda, querida, de que ahí es donde están ahora lord Edward y su hermano.

Edwin tomó el relevo de su explicación.

—Alrededor de la una de la mañana, lord Redburn baja a esta sala y toma en secreto varias copas de clarete para darse valor —dijo—. Luego entra en el salón de baile y propone matrimonio a la primera chica desprevenida que ve, con la esperanza de que esté lo bastante borracha como para aceptarlo. Si no tiene éxito, pasa a la siguiente, y a la siguiente, volviéndose más beligerante cada vez. Siempre ocurre lo mismo. Habrá una estampida de jóvenes poco después de la medianoche, ya lo verá. —Edwin le guiñó un ojo a Beth.

—Excepto que no habrá espectáculo esta noche, por supuesto —dijo sir Anthony—, ya que hemos sido tan caritativos de privarle del valor necesario. —Todos bebieron en silencio durante unos minutos. Beth ya no se sentía deprimida. Estaba disfrutando mucho de la compañía, y sentía que podía ser ella misma por primera vez en semanas—. Ah, creo que yo también debería hacer una proposición —dijo sir Anthony. Apuró su copa y luego trató de alcanzar la botella.

Caroline la apartó de su alcance.

—Deje en paz a la señorita Cunningham —advirtió—. Ya ha soportado bastante esta noche.

—Es cierto —dijo sir Anthony—. Y le prometí no decirle nada agradable en toda la velada. Aunque creo que una propuesta de matrimonio por mi parte no cuenta como algo agradable, ¿me equivoco, querida? —le preguntó a Beth.

—Su suposición es correcta, señor —respondió Beth. No estaba alarmada. Él solo le estaba tomando el pelo. Beth se dirigió a Caroline—. Entonces, ¿todo lo que hace la gente llega a ser de dominio público? —preguntó.

—Todo —dijo Caroline—. Créame, es imposible mantener algo oculto. Si no es porque se le escapa un secreto charlando con un amigo, serán sus sirvientes quienes lo revelen y, antes de que se dé cuenta, todos sus vicios privados, enamoramientos, aventuras y negocios clandestinos serán del conocimiento general.

—Es posible evitar que un secreto trascienda, aunque pocas personas son capaces de seguir la simple regla para garantizar la absoluta confidencialidad —dijo sir Anthony. Aunque el comentario iba dirigido a todos, sus ojos estaban puestos en Beth.

—¿Y cuál es esa simple regla? —preguntó Caroline.

—Guarde sus secretos para usted —dijo sir Anthony—. No se los cuente a nadie. Ni a su cónyuge ni a su mejor amigo. A nadie. Una norma muy sencilla, pero imposible de cumplir —suspiró.

Por ligeras que fueran sus palabras, esto era una advertencia, y Beth la tomó como tal.

—¿Desea volver a la fiesta, querida, o le gustaría un poco más de vino? —le preguntó sir Anthony.

Beth extendió su copa de inmediato y todos rieron. Sir Anthony la rellenó.

—¿Debo entender entonces que es usted un *tory*, sir Anthony? —preguntó Beth.

Edwin soltó una carcajada y sir Anthony la miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Yo, un *tory*, querida mía? ¡Dios santo, no! ¿Qué le hizo pensar eso?

Beth vaciló.

—Bueno, cuando me presentó al señor Harlow, usted expresó una opinión poco favorable sobre los *whigs*, así que supuse...

—Nunca suponga, querida —dijo sir Anthony—. Los *tories* no son más que un nido de jacobitas, una causa perdida, si alguna vez hubo una.

Beth se sonrojó intensamente y apenas logró contenerse de declarar que ella apoyaba esa «causa perdida».

—Por supuesto, le pido disculpas, señor —dijo ella con voz fría, a pesar de sus esfuerzos—. Usted ha dejado bastante claro en el pasado que es un comprometido hanoveriano.

—¿Lo he hecho? —dijo sir Anthony, sonando tan sorprendido como cuando ella pensó que era un *tory*.

Beth lo miró, exasperada. ¿Estaba tratando de confundirla?

—Sí —dijo irritada—. Cualquiera que se declare un conocido cercano del rey Jorge y sus hijos, y que ponga en duda la lealtad del conde de Derwentwater, podría ser considerado un partidario de la Casa de Hannover.

Sir Anthony le dirigió una mirada perspicaz.

—Una suposición razonable, quizás, pero incorrecta —respondió él.

—Ha encontrado el talón de Aquiles de nuestro amigo, señorita Cunningham —dijo Caroline, acudiendo al rescate de Beth—. Sir Anthony se enorgullece de su absoluta imparcialidad. No es ni *tory* ni *whig* ni jacobita, y tampoco hanoveriano. Es todo y nada a la vez, interesado en todo y comprometido con nada. Odia que se piense que tiene alguna tendencia política.

Para Beth, que había sido criada en un ambiente de opiniones acaloradamente debatidas, eso resultaba incomprensible.

—Pero ¿cómo es posible no tener opiniones sobre nada? —preguntó.

Sir Anthony le respondió con ligereza.

—Oh, le aseguro, querida, que en la alta sociedad encontrará a diario personas que demuestran que eso es perfectamente posible.

Beth no iba a permitir que él cambiara de tema con una broma.

—Pero no personas inteligentes —insistió ella.

—Tomaré eso como un cumplido. Aunque, según recuerdo, Caroline no ha dicho que yo careciera de opinión, solo que no apoyo ninguna causa. Por lo general, prefiero hacer de abogado del diablo. Así fluye mejor una conversación.

Sin embargo, Beth pensó que él acababa de expresar una opinión al definir la causa jacobita como una «causa perdida». ¿O solo estaba jugando al abogado del diablo con ella, tratando de averiguar dónde residían sus simpatías? Si era así, Beth casi había caído en su trampa, adormecida por la sinceridad sin fingimientos del señor y la señora Harlow. Pero ella nunca debía bajar la guardia con sir Anthony, quien, a pesar de ser un buen amigo del matrimonio, era un caso diferente por completo. Era exasperante. En un momento, Beth se encontraba sintiendo simpatía por él, y al siguiente lo odiaba. No podía descifrar su carácter en absoluto.

La puerta se abrió de repente y entró lord Edward, seguido de Richard.

—Elizabeth, te hemos estado buscando por todas partes —dijo Edward, molesto—. ¿Por qué no estás en el baile?

«¿Por qué no estás tú buscando un hombre adecuado?», pensó ella con amargura.

Sir Anthony se puso en pie.

—Ah, me temo que soy totalmente culpable, lord Edward —dijo, inclinándose con gracia—. Su prima se sentía algo fatigada, y le sugerí que nos retirásemos a la biblioteca para que descansara un momento. El señor y la señora Harlow nos acompañaron. No podríamos ser acusados de comportamiento inapropiado, ya ve.

—Ah, no, por supuesto que no —dijo Edward, y luego se dirigió a Beth —. Pero creo que deberías regresar al baile ahora, Elizabeth. Varias personas han comentado tu ausencia.

—Ah, ¡sargento Cunningham, ahí está! —exclamó sir Anthony, como si viera a Richard por primera vez—. Permítame presentarle a mis queridos amigos, el señor y la señora Harlow.

Edwin y Caroline se levantaron mientras Richard avanzaba para saludarlos. Los rostros de ambos eran inexpresivos.

Beth dejó su copa y se preparó para volver a la fiesta.

—Oh, por cierto, milord —dijo sir Anthony mientras salían juntos de la biblioteca—. Me tomé la libertad de recomendar que, dado que este es el primer baile de la señorita Cunningham, quizá sería mejor que ella se marche un poco temprano, mientras aún luce en su mejor momento. No sería adecuado que sus posibles pretendientes la vieran marchita, ¿verdad? —Ignoró el ceño fruncido de lord Edward y continuó alegremente—. El señor y la señora Harlow han tenido la amabilidad de ofrecerse a llevarla a casa en su carruaje a medianoche.

Beth escuchó las palabras de sir Anthony con sorpresa. ¿Lo habían decidido a sus espaldas?

—Oh, no podríamos causarles esa molestia —murmuró Edward, contrariado. Él quería que lord Redburn conociera a Elizabeth. Era perfecto: rico, un necio, influyente y lo bastante viejo como para morir mientras ella aún fuera lo bastante joven para volver a casarse. Elizabeth tenía que quedarse hasta el final de la fiesta, marchita o no.

—Oh, le aseguro que no es ninguna molestia —respondió Caroline, posando su mano con coquetería en el brazo de Edward—. De hecho, ya está todo arreglado. ¿Acaso cree que su prima podría correr peligro con nosotros, lord Edward? —continuó Caroline con fingida consternación, alzando la vista hacia el rostro sonrojado del noble.

—No, no, por supuesto que no —se apresuró a responder Edward—. Pero...

—Excelente —dijo Caroline con viveza—, entonces queda decidido. Nos encontraremos con usted junto a la puerta principal a

medianoche, señorita Cunningham.

El interminable carrusel de visitas sin sentido continuó en los días siguientes, aunque, con el tiempo, Beth logró distinguir a lady *A* de lady *B*, ya que la repetición fijaba los rostros en su memoria. Lo que le costaba retener era el contenido de los cotilleos, pues no le interesaban lo más mínimo, y tendía a evadirse mentalmente en cuanto escuchaba un «Oh, queridas mías, no os podéis imaginar lo que me han contado...». Aquello sacaba de quicio a Charlotte, cuya principal motivación en la vida desde el regreso de los Cunningham era repetir los rumores del día y especular sobre su veracidad.

Beth sabía que debía prestar atención. Le daría algo de qué hablar cuando la visitaran y le enseñaría más sobre el funcionamiento de la sociedad. Todos chismorreaban. Era la base de la conversación. Pero Beth no podía evitarlo. Odiaba los cotilleos: eran casi siempre malintencionados, a menudo infundados, y podían causar un sufrimiento incalculable.

La vida se había vuelto más llevadera gracias a la rápida amistad que estaba desarrollando con Caroline y, en menor medida, con Edwin, principalmente porque él pasaba todo el día en el Parlamento y ella apenas lo veía. Como Caroline rara vez se entregaba al chismorreo y su marido no ostentaba título alguno, las primas de Beth mostraban poco interés en visitarla, lo que le permitía a Beth ir a verla sola y pasar a menudo toda la tarde en su compañía. Caroline la había acogido desde el primer momento con gran amabilidad. Al cabo de unas cuantas visitas, Beth reunió el valor para preguntarle por qué.

—Sir Anthony nos habló de usted de forma entusiasta y, desde que la conozco, solo puedo estar de acuerdo con él —respondió Caroline con sencillez.

Beth recordó la fría recepción que había recibido su hermano en el baile, y se preguntó qué le habría contado sir Anthony sobre él a Caroline y a su esposo. El baronet siempre había sido cordial con Richard.

—¿Confía en su criterio? —preguntó Beth.

—Sí. Es el mejor juez de carácter que he conocido. Si le ofrece una opinión seria sobre alguien, créame que vale la pena escucharle.

— Creo que aún no le he oído pronunciar una sola frase seria —declaró Beth con sinceridad.

—No le cae demasiado bien, ¿verdad? —comentó Caroline.

Beth se sonrojó. Le parecía poco generoso sentir antipatía por alguien que obviamente tenía buena opinión de ella, pero no podía controlar lo que sentía. Reflexionó un instante antes de responder.

—No sé qué pensar de él —admitió al fin—. Es divertido, y se ha portado muy bien conmigo, pero... —Beth calló, incapaz de confesar a una amiga de sir Anthony suya que no confiaba en él—. Usted le conoce desde hace años, por supuesto, así que está mejor capacitada para formarse una opinión sobre él.

—En absoluto —replicó Caroline—. Le conozco desde que llegó a Londres el año pasado, nada más. Antes vivía en Francia. Su familia emigró allí desde Inglaterra cuando él era un niño, tras una tragedia familiar de algún tipo. Pero tiene dos caras, seguro que se ha dado cuenta, si ha pasado algún tiempo a solas con él. Es muy distinto cuando estás con él en privado —si le caes bien—, a cuando está en sociedad.

Beth lo consideró. Sir Anthony había sido algo diferente durante su visita a Didsbury, aunque en aquella ocasión no había estado realmente a solas con él, ya que Grace la había acompañado. Podía estar de acuerdo en que era una persona con doble faz, aunque no exactamente en el sentido que Caroline sugería.

—No lo sé —respondió Beth—. Quizá cuando lo conozca mejor...

—Ayer escuché un rumor sobre usted —dijo Caroline, cambiando de tema para aliviar la incomodidad de Beth. Sirvió el té—. He de decir que me preocupa bastante, porque ahora que empezamos a ser amigas, pensaba presentarle a algunas de mis amistades más interesantes.

—¿Y qué dice ese rumor? —preguntó Beth.

—Hay quien teme que usted sea un poco... limitada.

—¿Qué? —Beth casi se atragantó.

—Parece ser que, cuando acude a las visitas con sus primas, tiende a comportarse de manera algo ausente, mirando al vacío,

sonriendo para sí... Ese tipo de cosas.

Beth se echó a reír.

—Ay, cielos —dijo tras un instante—. Creo que he dejado demasiado en evidencia lo aburrida que estoy.

Caroline le ofreció un plato con pastas de almendra, que Beth rechazó con un gesto.

—Bueno —dijo Caroline—. Se está adaptando bastante bien a la vida social, he de decir. He notado que hace grandes esfuerzos por controlar sus palabras, su impaciencia e incluso su temperamento. —Beth la miró con asombro—. La he estado observando —continuó Caroline—. Anoche, en el teatro, no dio muestra alguna de su impaciencia cuando Isabella no dejaba de hablarle mientras usted intentaba ver *Otelo*. Y en la cena de la semana pasada, consiguió permanecer callada durante toda la ridícula diatriba de Edward sobre la inferioridad del intelecto femenino. Pero no basta con sustituir las emociones inapropiadas por una expresión vacía, querida Elizabeth. Tiene que hacerlo mejor. Algunos de sus posibles pretendientes están empezando a pensárselo dos veces antes de pedir su mano.

—En ese caso —replicó Beth con sequedad—, quizá debería empezar a babear y a murmurar para mis adentros, además de parecer «limitada».

—Vaya, ¿tan mal está la cosa? —preguntó Caroline.

Beth asintió.

—Tres propuestas esta semana. Todos unos idiotas. Dos de ellos ni siquiera me han visto en persona. ¿Cómo se puede declarar amor eterno por alguien a quien no se ha visto jamás? Por suerte, ninguno tenía título, si no, Edward o Richard ya habrían aceptado sus ofertas.

— Los atractivos de veinte mil no necesitan ser vistos para ser irresistibles, Elizabeth. Pero si cree que ahora es complicado, espere a que la presenten al rey. Eso debería disuadir a algunos de los pretendientes sin título. Usted se pondrá por encima de ellos si le causa una buena impresión a Jorge.

—Dudo mucho que llegue a ver al rey —dijo Beth con evidente alivio por no tener que encontrarse con el soberano—. Ningún miembro de mi familia ha sido invitado jamás a la Corte. Edward no

deja de lamentarse por ello, tratando de averiguar cómo lograr una oportunidad para entrar en St. James's. Seguro que cree que el rey Jorge lo verá y dirá: «¡Hagan a este hombre duque de inmediato!»

Caroline soltó una carcajada.

—He oído que desde la muerte de la reina está más retraído —prosiguió Beth.

—Nunca ha sido muy sociable, pero, desde que murió la reina Caroline, St. James's se ha vuelto insoportablemente aburrido. Todo aquel que es alguien suele apresurarse a rendirle homenaje en cuanto llega a la Temporada. Es cuestión de buena educación: visitar primero al rey. Después de escucharle disertar un rato sobre tácticas militares, escapan como pueden, respiran aliviados y se dedican a divertirse. Por supuesto, ser aceptado en la Corte sigue otorgando prestigio, aunque sea un fastidio.

Beth se quedó pasmada.

—Pensaba que usted estaba a favor de la sucesión hanoveriana. ¡Su marido es diputado en el gobierno que puso a Jorge en el trono!

—Y lo estoy —respondió Caroline—. Lucharía hasta mi último aliento para evitar que el Pretendiente recupere la corona y arrastre al país a otra guerra civil. Pero eso no significa que el hombre que ocupa el trono me caiga bien. Es un ignorante, un aburrido y, lo que es peor, está orgulloso de serlo.

—¿De veras cree que habría otra guerra civil si Jacobo recuperara el trono? —preguntó Beth.

—Por supuesto que sí. No tiene nada que ver con el carácter. El rey Jorge es un hombre tedioso, el príncipe de Gales es más animado, pero un incompetente, y el príncipe Guillermo Augusto tiene todas las cualidades de un tirano. En cuanto a Jacobo, por lo que he oído, carece por completo de carisma, igual que su hijo menor. El verdadero peligro es el hijo mayor, Carlos. Es el único de toda esa caterva que podría estar a la altura de ser rey, si los rumores son ciertos.

Beth dejó escapar un jadeo.

—¿Sabe Edwin que usted cree que Carlos Estuardo sería mejor rey que Jorge?

—Claro que lo sabe. No hay secretos entre nosotros. Pero no he dicho que Carlos sería mejor que Jorge. Lo que he dicho es que tiene la personalidad adecuada para un monarca. Se rumorea que es carismático, apuesto y valiente, aunque también he oído que últimamente se está volviendo algo disoluto.

—Eso se lo ha dicho sir Anthony, ¿verdad? —dijo Beth.

—Sí. Él tiene contactos por todas partes y se entera de muchas cosas. Pero, como le dije antes, no se trata del carácter. Es una cuestión de religión y de libertad. No hay mucha gente que simpatice con el rey Jorge o con su familia. Pero la idea de una Gran Bretaña católica y bajo influencia francesa gusta todavía menos. Así que Jorge se quedará. Tan sencillo como eso.

Beth no creía que fuera tan sencillo, ni mucho menos, pero, por más que Caroline le resultaba cada vez más simpática, no pensaba confiarle sus sentimientos más profundos sobre la sucesión de los Estuardo.

—¿Y qué le hace pensar que yo podría ser presentada al rey? —preguntó.

—Sir Anthony me dijo que tiene intención de invitarla a acompañarlo cuando visite St. James. Irá en cuanto regrese de su último viaje.

Esos viajes duraban desde unos pocos días hasta más de una semana. Esta vez llevaba fuera más de dos. Había mucha especulación en torno al propósito de esos desplazamientos, y la mayoría asumía que estarían relacionados con el comercio textil. Casi todos daban por sentado que sir Anthony visitaba Francia con regularidad, sobre todo, porque siempre lograba dejar caer alguna pista al respecto en sus conversaciones: «Queridas mías, lo último en Francia es...».

—¿Será bien recibido? —preguntó Beth—. Después de todo, lleva semanas en Londres. Si no ha ido aún a St. James, ¿no estaría rompiendo el protocolo?

—Oh, no será su primera visita. Pensé que sabía que sir Anthony es un visitante habitual de St. James.

Beth lo había oído, sí, pero como él afirmaba conocer prácticamente a todo el mundo, lo había tomado como una

fanfarronada más.

—Bueno, si sir Anthony me invita —dijo Beth—, supongo que tendré que aceptar. Mis primos no me lo perdonarían. Pero tiene usted razón, debería aceptar de todos modos, por muy aburrido que sea el rey. Iría hasta a ver al mismísimo demonio si eso redujera el número de necios que juran no poder vivir sin mí.

—Oh, no sé si eso los reducirá, pero al menos atraerá a una clase de necios un poco mejor —replicó Caroline con sequedad.

A pesar de la convicción de Caroline de que Jorge de Hannover no tenía derecho a ocupar el trono de Gran Bretaña, la sola idea de conocerlo le producía a Beth una inquietud desmedida. Se preguntaba cuándo regresaría sir Anthony y si, en efecto, le pediría que lo acompañara a St. James.

Mientras tanto, Beth procuró concentrarse en parecer menos ausente y mostrarse más interesada durante las visitas diarias. Sin embargo, hacia el final de la semana, tenía otras cosas en las que pensar, además del rey y de sir Anthony.

Y el motivo fue que, en una pequeña velada organizada por lady Ann Morley, conoció por primera vez a lord Daniel Barrington, primogénito del conde de Highbury. Era noble, apuesto, inteligente, ingenioso y un tanto irreverente. Y Beth cayó rendida a sus encantos.

Capítulo 9

Joshua White recorría de un lado a otro la mitad del suelo apisonado de su oscura y mal iluminada bodega, movido por una mezcla de aprensión y expectación. La otra mitad del espacio estaba ocupada por cajas de té, varios fardos de seda de gran calidad, doscientas espadas y un centenar de mosquetes. Había ayudado a descargar aquella mercancía de un balandro que había atracado en Hastings unos días antes. Todo era contrabando. Si alguien lo descubría almacenando esos productos, le impondrían una multa considerable. Y si además se descubría que acababa de ser admitido como miembro de la notoria banda de contrabandistas de Stanbridge, acabaría deportado, como poco.

Aquellos pensamientos bastaban para que cualquier hombre caminara en círculos, pero la posibilidad de que lo atraparan no era lo que inquietaba a Josh. Sabía que allí se encontraba a salvo. La entrada a la bodega estaba oculta tras una pared falsa en la cocina, y se accedía a ella por una escalera de madera, tan estrecha que solo podía bajar un solo hombre. Era incómoda para transportar cajas cargadas de mercancía, pero fácil de defender desde abajo. Detrás de otra pared oculta, un túnel conducía hasta el bosque cercano, facilitando la huida en caso necesario. Sin embargo, no eran esas precauciones lo que le hacía sentirse tan seguro. El pueblo de Stockwell, aunque se encontraba a apenas tres millas de Londres, estaba al margen de la ley. Casi todos sus habitantes participaban en el negocio del contrabando, ya fuera por voluntad propia o por obligación, y Josh contaba además con la protección que le otorgaba su pertenencia a la banda. Nadie se atrevería a tocarlo ahora.

La expresión ceñuda que arrugaba el rostro delgado y afilado de Joshua —con su nariz puntiaguda y aire de zorro— no se debía a lo que ya había hecho, y mucho menos a un remordimiento tardío por los hombres a los que había traicionado o matado en el pasado, sino a lo que estaba a punto de hacer. Había repasado el plan varias veces, cómo iba a plantear el asunto y cómo pensaba reaccionar ante las posibles respuestas del joven con quien se reuniría en breve.

«No. No me causará problemas», se dijo. Josh tenía buen ojo para las personas. Su vida había dependido de ello en más de una ocasión. Conocía al joven escocés conocido como Jim desde hacía algún tiempo. Sabía que no era su verdadero nombre. En ese negocio nadie usaba su nombre real. Jim era valiente, temerario, de carácter jovial y algo ingenuo. Aun así, era mejor abordar el asunto en un lugar público, rodeado de gente dispuesta a echarle una mano si el chico intentaba algo imprudente, en lugar de hacerlo en su propia casa.

Josh subió los escalones de la bodega y, tras ponerse su chaqueta de lana azul —una prenda de buena calidad, aunque ya bastante gastada—, salió de su casa. Hacía buen tiempo, aunque fresco, y la única calle de la pequeña aldea estaba seca. El sol se estaba poniendo. En una hora, los aldeanos volverían de los campos, pero, por el momento, las pocas casitas dispersas permanecían desiertas. Mientras caminaba por la calle, su ánimo mejoró y comenzó a silbar en voz baja una melodía subida de tono. Su plan iba a funcionar. De hecho, ya estaba funcionando con otros dos de sus clientes. Pronto tendría ingresos regulares sin tener que mojarse hasta los huesos descargando fardos ni correr el riesgo de que los agentes de aduanas lo detuviesen cada pocas semanas.

Cuando llegó a la taberna, el caballo de su cliente ya estaba atado fuera. Josh entró y respondió con un leve asentimiento a la desganada bienvenida de la tabernera, una joven de rostro bonito. No era un hombre apreciado, aunque eso no le importaba en absoluto. Prefería infundir temor a resultar simpático y, en cualquier caso, la opinión de los aldeanos le traía sin cuidado. En pocos días,

si todo salía como esperaba, se instalaría en la capital con todo el boato.

Echó un vistazo al local. El joven que buscaba estaba sentado en un rincón sombrío de la taberna, con una jarra de cerveza de peltre. Para sorpresa de Josh, había otra jarra en la mesa, frente al asiento vacío. El joven alzó la vista y sonrió cuando Josh se acercó y se sentó.

—Muy amable por invitarme a una cerveza —dijo Josh, dando un buen trago de la jarra—. ¿Me esperaba usted tan pronto, o es que tenía mucha sed?

Jim pareció a punto de responder, pero se contuvo, con una sonrisa divertida asomando a las comisuras de los labios. Se recostó cómodamente en su asiento.

—Pasé a tomar una cerveza, como siempre, y el tabernero me dijo que había recibido un recado suyo para que nos viéramos aquí, en lugar de en su casa. ¿Por qué? ¿Nos han descubierto?

—No, nada de eso. Todo sigue en la bodega, como siempre. Solo pensé que sería más agradable vernos aquí, tomando un trago. Nada más —dijo Josh, observando con atención al joven. No detectó señales de sospecha. Al contrario, parecía divertido por algo. Tal vez había cortejado a la tabernera y ella había accedido. Su figura atlética, el cabello rubio y brillante y sus ojos azules risueños eran justo el tipo de Jane. Y, como si confirmara sus pensamientos, Jim lanzó una mirada por encima del hombro de Josh hacia la barra y le guiñó a la mujer con descaro. Un instante después, la carcajada cristalina de Jane resonó en todo el local.

—Bueno, por muy agradable que sea compartir una cerveza con usted —dijo Jim—, preferiría zanjar el negocio de inmediato y marcharme, si le parece bien.

—¿Trae el dinero?

—Claro que sí, hombre. Siempre pago por adelantado. Ya lo sabe. ¿Qué pasa? Me dijo que no había ningún problema.

—No lo hay, pero el precio de esta mercancía en concreto ha... cambiado un poco. Por su carácter delicado, comprenderá.

Jim entrecerró los ojos.

—Acordamos el precio de antemano —dijo—, y la mercancía no se ha vuelto más peligrosa en el transporte. ¿Qué ha cambiado entonces?

Josh respiró hondo y deslizó una mano bajo la mesa para sacar de su funda de cuero el puñal que llevaba oculto en la chaqueta.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un tal sir Anthony Peters? —le preguntó a Jim, inclinándose hacia este.

El escocés frunció el ceño y aferró con fuerza la jarra, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Pero no se movió. «Buena señal», pensó Josh, aliviado. El plan iba a salir bien.

Josh apenas se había reclinado contra el respaldo de su silla cuando sintió una mano posarse con suavidad en su hombro. Saltó de golpe, cuchillo en mano, y se giró para enfrentarse al atacante. Este retrocedió de inmediato, con expresión asustada y una mano alzada en señal de paz.

—Lo siento, amigo. No era mi intención asustarlo —dijo.

Josh mantuvo su postura defensiva, sin dejar de vigilar a Jim y al recién llegado. Estaba a punto de gritar pidiendo ayuda.

—Está bien, señor Smith —le dijo Jim a Josh—. Es un conocido mío. Se llama... Abernathy. —Jim miró la jarra medio vacía de Josh —. Casi se ha bebido usted su cerveza, pero dudo que a él le importe.

—Le pido disculpas de veras, señor Smith —dijo Abernathy—. Jim me pidió que le echara una mano con la mercancía. Me ausenté un momento para aliviarme y no quería interrumpir su charla, pero Jim me dijo que regresara sin entretenerme por ahí...

El hombre balbuceaba, con ansiedad por congraciarse, y Josh se relajó un poco. Fuera quien fuera, no representaba una amenaza. Más bien parecía algo corto de entendederas. Sin duda Jim lo había elegido por su fuerza, no por su inteligencia.

Abernathy se volvió entonces, arrastró una silla de la mesa contigua y la colocó junto a Jim antes de dejarse caer pesadamente sobre ella.

—Su amigo y yo estábamos manteniendo una conversación privada, señor Abernathy —dijo Josh, intentando sonar autoritario. Observó a los dos hombres sentados frente a él. Estaba claro que

eran parientes cercanos, quizá hermanos. Tenían los mismos ojos azul oscuro, las narices rectas y las bocas firmes, con las comisuras ligeramente alzadas como si estuvieran siempre a punto de sonreír. También eran altos los dos, aunque Jim conservaba aún la delgadez juvenil, mientras que Abernathy ya había desarrollado la musculatura que su hermano tendría algún día. No parecía peligroso, pero era difícil saberlo con certeza. Josh buscó mentalmente una vía de escape. Jamás habría mencionado a sir Anthony, de haber sabido que Jim no estaba solo.

—No hay problema, señor Smith —dijo Jim con amabilidad, como si le leyera el pensamiento—. Puede decir cualquier cosa delante de Abernathy. Es un poco corto, pero es de fiar. El señor Smith acaba de preguntarme si conocía a un tal sir Anthony Peters, Abernathy.

El rostro de Abernathy se convirtió al instante en una máscara de miedo.

—¿S... sir Anthony Peters? —tartamudeó—. ¿Qué tendríamos que ver nosotros con él?

El corazón de Josh dio un salto. Ahora lo sabía con certeza. Aunque Abernathy era mayor que Jim, estaba claro que era mentalmente débil. Lo ignoró por completo y volvió a centrar su atención en el joven.

—Él es quien le patrocina, ¿verdad? —dijo Josh.

—Nunca he oído hablar de... —dijo Jim.

—¿Cómo lo ha sabido? —le interrumpió Abernathy.

Josh vio que Jim hacía una mueca, pero no reprendió a su amigo por haber confirmado que Josh que tenía razón. Este sonrió para sí. El amanerado sir Anthony Peters, supuestamente hanoveriano y estrecho amigo del rey, ¡era en realidad un jacobita encubierto que financiaba el contrabando de armas! Si jugaba bien sus cartas, Josh podría retirarse con esto, y decidió apostar.

—Digamos que usted ha sido visto entrando en cierto establecimiento de Londres con un paquete —dijo Josh—, y que sir Anthony salió poco después con otro del mismo tamaño. Y no ha sido solo una vez. —Su voz era ahora firme y segura. En realidad, solo había visto al escocés rubio y a su amigo de cabello oscuro entrar en una taberna de Covent Garden dos veces, pero, en ambas,

sir Anthony había salido poco después. Debía de haber estado dentro, esperándolos. En la segunda ocasión, Josh había entrado en el local y había preguntado por sir Anthony, fingiendo tener un mensaje urgente para él, y le habían dicho que el baronet acababa de marcharse. Josh sabía que alguien debía estar patrocinando al escocés, y había sospechado de sir Anthony. Solo necesitaba la reacción de Jim al oír su nombre para confirmar su teoría, cosa que la lengua suelta de Abernathy acababa de hacer.

Este último miraba ahora nervioso en todas direcciones, y Jim apuró su jarra y luego la colocó boca abajo sobre la mesa.

—Comprenderá, señor Smith, que se trata de un asunto muy delicado y no me gustaría que nadie nos oyera. ¿Podemos ir a un lugar un poco más privado? Estoy seguro de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo. —Su voz denotaba preocupación.

Josh los llevó a su casa, dejando a Abernathy —que había manifestado su temor a bajar a la oscura bodega— sentado en el salón con una copa de vino.

—Tiene que disculparlo —comentó Jim mientras descendía detrás de Josh por la escalera—. Les tiene miedo a los sótanos, ya que su padre solía encerrarlo de niño cuando se portaba mal. —Echó un vistazo a las cajas apiladas por la estancia, apenas visibles a la luz del farol que Josh portaba. El aire estaba impregnado del olor del té —. ¿Está todo aquí? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió Josh—. Soy un hombre de palabra.

—Ajá —murmuró Jim—. Un hombre de palabra que sigue a otros para husmear en sus asuntos privados.

Josh lo observó con cautela, pero el joven examinaba distraídamente un rollo de seda *chiné*.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un arreglo —dijo Josh—. Todo tiene un precio. Estoy convencido de que sir Anthony no querría que sus amigos supieran que es un jacobita encubierto y un traidor.

—Seguro que no —replicó Jim—. ¿Qué tipo de arreglo propone? Imagino que se trata de que sir Anthony le pague una suma considerable para que mantenga la boca cerrada.

—Oh, teniendo en cuenta lo que tiene que perder, no me parece tan elevada —respondió Josh, sentándose sobre un rollo de seda y posando las manos sobre las rodillas—. Digamos... eh... ¿diez mil libras?

Esperaba que Jim protestara, pero este solo resopló por la nariz. Josh maldijo para sí. Tendría que haber pedido más.

—Diez mil libras —repitió el escocés—. ¿Y cuánto costará sobornar a todas las personas a las que ya les ha hablado d esto?

—No se lo he dicho a nadie —aseguró Josh—. Soy la discreción personificada.

—Por diez mil libras, sir Anthony esperará muchísima discreción.

—Y la tendrá, se lo aseguro.

—Es una buena suma, señor Smith —dijo Jim, sin comprometerse. ¿Dónde demonios se había metido su hermano?

—Un hombre tiene que vivir, Jim —dijo Josh, abriendo las manos sobre el regazo.

—En efecto, aunque da la impresión de que usted mismo no desea hacerlo —dijo una voz desde la escalera.

—¿Está todo resuelto? —preguntó Jim con una nota de alivio.

—Sí —respondió Abernathy, apareciendo al fin al pie de la escalera, milagrosamente curado de su miedo a la oscuridad y de su aparente simpleza—. Solo había un par de criados —dijo—. No van a molestarnos durante un buen rato.

Josh se incorporó de un salto, buscando a tientas su cuchillo, pero en dos zancadas el escocés de cabello oscuro se lanzó sobre él y le asestó un puñetazo en el estómago. Josh se quedó sin aliento y cayó de espaldas sobre la seda, jadeando. El rubio le dio una patada al cuchillo, que salió despedido hacia un rincón.

—¿Abernathy? —le preguntó Alex a su hermano Angus, sacando un puñal de debajo de su chaqueta—. ¿Por qué diablos tuviste que ponerme ese nombre?

La carcajada alegre de Angus —o Jim— resonó de forma incongruente en la bodega.

—¡Por Dios, no lo sé! No se me ocurrió otro.

Ambos miraron al hombre que seguía jadeando en el suelo. La peluca se había deslizado de su cabeza, dejando al descubierto un

cabello negro y grasiento. Miró con gesto suplicante a los dos hombres que se alzaban sobre él e intentó hablar, pero solo le salió un gemido ahogado.

Tras su encuentro anterior, Angus le había expresado a su hermano su desconfianza hacia el tal señor Smith, pero había admitido que solo se basaba en su instinto. Sin embargo, Alex, a quien ese instinto le había salvado la vida más de una vez, decidió tomarlo en serio y le ofreció acompañarlo a su cita en la taberna. A la vista de cómo se habían desarrollado los acontecimientos, Angus se alegraba enormemente de que lo hubiera hecho.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Angus en voz baja.

—No creo que tengamos elección —dijo Alex. Acto seguido, agarró a Josh por el pelo y lo alzó de un tirón. Luego lo giró y le pasó el brazo por el cuello, atrayéndolo contra su pecho. Alex le sacaba a Josh más de una cabeza, de modo que la nuca de este descansaba contra el hombro del escocés. El hombre levantó las manos para defenderse, pero se quedó paralizado en cuanto notó el frío acero del puñal en su cuello.

—Ahora —dijo Alex con calma—, vas a contarme algunas cosas. ¿Quién más sabe lo de sir Anthony?

—Me dijo antes que no se lo contó a nadie —intervino Angus, antes de que Josh pudiera responder.

—¿Le crees? —preguntó Alex.

Angus meditó un instante.

—*Aye*. Es un avaro. No querría compartir diez mil libras con nadie más.

Josh notó cómo Alex inclinaba la cabeza levemente a sus espaldas. Cuando Josh intentó girarse, el brazo que lo sujetaba con fuerza de hierro se tensó en señal de advertencia. En ese momento, Josh comprendió, con total claridad, que había subestimado a esos dos hombres. El que lo inmovilizaba desde atrás no era ningún simplón: era un soldado endurecido por el combate, implacable. Y el joven rubio, con su actitud despreocupada, tampoco parecía tener reparos en recurrir a la violencia. Josh deseó con desesperación haber contado su descubrimiento a más personas, o al menos haberlo fingido. Así no tendría sentido que lo matasen. Trató de

reunir sus pensamientos, aunque no era fácil hacerlo con una hoja afilada sobre su garganta y sin nadie que pudiera ayudarle.

—Por favor —susurró Josh con voz suplicante—. Hablemos. ¿Qué les parece si olvidamos lo que vi? Pueden quedarse con las armas y la seda, gratis. Como muestra de disculpa.

—El problema no es el dinero —replicó Alex—. Es la confianza. Sabía que no tenía derecho a husmear.

—¡No estaba husmeando! —protestó Josh, desesperado—. Fue pura casualidad que los viera, eso es todo.

—Entonces ya van dos casualidades, al menos —dijo Angus con ironía.

—¿Ve? No se puede confiar en usted —dijo Alex, cuya voz se volvió aún más fría—. ¿A cuántas personas más está chantajeando?

—¡A nadie! ¡A nadie, lo juro! —dijo Josh con voz temblorosa—. Es la primera vez que lo intento, y no volveré a hacerlo. He aprendido la lección. —Todo su cuerpo temblaba sin control, sacudido por la tensión, mientras el brazo del escocés lo mantenía firme, inmóvil.

—Tú puedes ver sus ojos, Angus. ¿Está mintiendo?

Angus alzó el farol y se acercó para examinar el rostro de Josh. En cuanto la luz lo iluminó de lleno, el miedo hizo que perdiese el control de su vejiga. En ese instante supo, con absoluta certeza, que iba a morir. No por la frialdad del joven que lo observaba o por el cuchillo apoyado en su cuello, sino porque el hombre que lo sujetaba había llamado a su compañero por su verdadero nombre. Ya no les importaba que Josh los reconociera. Y eso solo podía significar una cosa.

Angus dio un paso atrás.

—No puedo decir con certeza si miente... ¿Importa?

—*Aye*, podría importar. Le haré una última pregunta, hombre. ¿Tiene esposa e hijos?

La pregunta fue tan inesperada que Josh se olvidó por un momento de la orina que le chorreaba por la pierna y se acumulaba en el suelo. Luego se aferró, desesperado, a la cuerda que creía que le estaban lanzando.

—¡Sí! —exclamó con voz quebrada—. ¡Sí! Tengo cinco hijos. El mayor apenas tiene ocho años. Si me matan, morirán de hambre. Por favor, tengan piedad...

—Lo siento, amigo —dijo Alex, con voz suave y sincera—. Pero le prometo esto: no dejaré que sus hijos pasen hambre. Ni su esposa. Me aseguraré de que tengan lo necesario. —Alex retiró el cuchillo del cuello de Josh y luego flexionó el brazo, cerrando el cerco con tanta fuerza que casi lo levantó del suelo. Se inclinó hacia su oído—. Y para que lo sepa, estaba equivocado —murmuró con calma—. Sir Anthony Peters no es mi patrón.

Josh alzó las manos de forma instintiva, intentando aflojar la presión del brazo que le ahogaba. Toda su mente se concentró en intentar respirar. Por eso no sintió que la hoja le atravesaba el pecho. Abrió los ojos de par en par. Tosió, apenas un suspiro. Su cuerpo se sacudió una sola vez y luego se desplomó. Alex lo sostuvo con cuidado mientras lo depositaba en el suelo.

—¿Tienes un pañuelo, Angus? —preguntó Alex.

Angus, con el rostro lívido, rebuscó en su chaqueta hasta que encontró un pañuelo de lino. Se lo entregó a su hermano, quien se había arrodillado junto al cadáver. Con movimientos lentos, Alex envolvió el puño del cuchillo con el pañuelo y lo extrajo con delicadeza. Después presionó la tela contra la herida.

Angus no apartó la mirada.

—No queremos dejar la casa cubierta de sangre —explicó Alex, sin levantar la vista—. Esto absorberá la hemorragia y dejará menos rastro. —Se puso en pie. Guardó el cuchillo en su funda y se pasó una mano por el cabello, visiblemente afectado. Luego miró el cuerpo a sus pies—. Cristo... ¿por qué demonios tuvo que hacerlo? —dijo—. ¿No podía conformarse con el dinero del contrabando?

Al no recibir respuesta, miró por fin a Angus y, al ver su palidez, se alarmó.

—Siéntate, hombre, por el amor de Dios —le dijo, sujetándolo por los hombros y obligándolo a sentarse sobre un fardo—. Baja la cabeza. Respira despacio. Se te pasará en un minuto.

—Estoy bien —murmuró Angus unos segundos después. Su voz era débil, pero firme. Alex lo soltó y su hermano se incorporó,

todavía pálido, aunque ya no parecía a punto de desmayarse.

—Lo siento —dijo Alex con un suspiro—. Pero creí que sabías que tendría que matarlo. Me has visto matar antes. Tú mismo has matado, más de una vez.

—*Aye*, lo sé. Y lo he hecho —respondió Angus con la voz aún temblorosa, avergonzado por su reacción, aunque se apoyó ligeramente en el cuerpo de su hermano, agradeciendo su cercanía —. Pero una cosa es matar cuando están intentando matarte y tienes la sangre hirviendo, y otra muy distinta es ver cómo tu propio hermano mata a un hombre desarmado.

Alex contempló la palma de su mano derecha, extendida sobre su regazo. La cicatriz blanquecina, ancha y rugosa, destacaba sobre la piel tostada.

—Tienes razón —dijo Alex—. No es lo mismo. Pero si lo hubiera dejado vivir, sería mi fin. Y el tuyo. Y el de Duncan. Y, probablemente, habría acabado delatando a todos los demás antes de que nos ejecutaran. Y si llegan a relacionarme con sir Anthony... —Alex se estremeció—. No podía dejarlo con vida. Seguro que lo entiendes.

—*Aye*, claro que lo entiendo —asintió Angus, echando un brazo sobre los hombros de su hermano, sorprendido al darse cuenta de que Alex, a quien siempre creyó invulnerable, también necesitaba consuelo—. Pero ya no hay peligro, ¿verdad?

—No. Creo que tenías razón —musitó Alex—. No creo que se lo haya contado a nadie. Pero aun así quiero que vayas en cuanto amanezca a las Tres Coronas. Cuéntale a Rose lo que ha pasado. Y advierte también a Duncan. Será mejor que busquemos otro lugar para reunirnos. Quizá ni siquiera deberíamos vernos durante unas semanas. —Alex se levantó—. Voy a llevar el cuerpo a un rincón. Es demasiado arriesgado deshacernos de él ahora. ¿Podrás encargarte tú de trasladar el cargamento con Duncan?

—*Aye*. El carro está listo, y nos esperan en el almacén en un par de horas —respondió Angus.

—¿Estás lo bastante bien como para salir de inmediato?

—Sí, sin problema —le aseguró Angus—. Solo me he mareado un momento. Ya se me ha pasado.

Alex observó a su hermano menor. El color había regresado a sus mejillas, y el joven ya se movía con determinación hacia las cajas con las armas. Alex sintió una súbita e inesperada punzada de envidia. Él no dormiría bien en varias noches. Por más que no hubiera tenido elección, acababa de quitarle la vida a un hombre… y de dejar viuda a una mujer inocente.

—Bien —dijo Alex—. Me marcho entonces. —Se dirigió hacia las escaleras, súbitamente agotado.

—¿Adónde vas? —preguntó Angus, desconcertado.

—A cumplir mi promesa.

Alex tiró de las riendas y observó con cierto recelo la posada de paredes encaladas. Una luz amarillenta se escapaba por las ventanas y, al acercarse a la puerta, le llegó el olor penetrante de la cerveza. Desde el interior, alguien tocaba una flauta con torpeza, y una carcajada estalló justo cuando abría la puerta y entraba en el ambiente cálido y acogedor del Swan Inn. En ese momento, habría preferido estar en cualquier otro lugar del mundo. Cuando le contó a su hermano lo que pensaba hacer, Angus intentó disuadirlo por todos los medios posibles. Pero una vez que Alex se convencía de que una decisión era la correcta, no había quien lo hiciera cambiar de opinión. Al final, Angus cedió y le deseó suerte mientras lo veía alejarse esa tarde, preguntándose si volvería a verlo algún día.

Alex se abrió paso hasta la barra y preguntó si podía hablar con el señor Foley sobre un amigo suyo llamado señor Smith. La tabernera lo miró con desconfianza, pero desapareció sin decir palabra y, diez minutos más tarde, Alex se encontraba en una habitación del piso superior, bien iluminada y amueblada con comodidad. Desde allí se oía el bullicio alegre y desinhibido del local, tan en contraste con la tensión palpable entre los dos hombres, que se observaban con cautela. Gabriel Foley se había puesto de pie al verlo entrar, y Alex supo de inmediato que ese hombre no tenía nada que ver con el escurridizo señor Smith, de rostro afilado y expresión de comadreja. Foley no era muy alto, era varios centímetros más bajo que Alex, pero tenía unos hombros imponentes y un torso macizo. Le recordó a un toro rascando el suelo con la pezuña, sopesando si debía embestir. Su rostro, enrojecido por el calor o la

bebida, podía haber parecido jovial de no ser por la mirada acerada de unos ojos grises llenos de inteligencia. La expresión, más que amistosa, era de recelo. De forma instintiva, Alex comprendió que aquel hombre merecía respeto y deseó con fervor no verse obligado a matarlo.

—Ha elegido una hora muy tardía para presentar sus respetos, señor Abernathy —dijo Foley. Su voz era profunda y rica, con un tono neutro.

—No fui yo quien eligió la hora, señor Foley, las circunstancias me la impusieron.

—¿Va armado?

—Entregué mi espada al hombre de la puerta.

—Lo sé. Pero, aun así, rara vez viajo de noche acompañado solo por una espada. Y aún no he conocido a un *highlander* que no vaya armado hasta los dientes, incluso cuando lo más arriesgado que va a hacer es visitar a su tía soltera. ¿Es usted un *highlander*, ¿no es cierto?

Alex esbozó una sonrisa, se abrió la chaqueta y sacó del cinturón una pistola y un puñal. Luego los dejó con calma sobre la mesa.

—*Aye*, lo soy —respondió.

Foley le indicó una silla con un gesto de la mano.

—Tome asiento, señor Abernathy. ¿Le apetece una copa? Tiene pinta de haber cabalgado mucho.

Alex aceptó agradecido una copa de clarete y, mientras se sentaba frente a su interlocutor, vio cómo la mirada de Foley se deslizaba hacia su axila, casi como si pudiera ver a través de la tela hasta el pequeño *sgian dhu*[16] que llevaba atado bajo el brazo. El contrabandista era perspicaz. Sin duda, eso explicaba cómo había logrado sobrevivir más de diez años como jefe de una banda de contrabandistas, un oficio poco dado a la longevidad.

Alex no tenía intención de entregar su única arma restante sin dar pelea, y, para su alivio, Foley no se la pidió.

—Bien, señor Abernathy, ¿qué puedo hacer por usted?

—No he venido a pedirle ayuda, señor, sino a darle cierta información. —Alex pudo ver cómo el respeto en los ojos de Foley se

tornaba en desprecio. El hombre pensaba que él había ido a venderle información, tal vez a traicionar a un supuesto amigo. Así que Alex decidió ir directo al grano—. Esta noche he matado a un hombre, señor Foley, alguien que decía ser miembro de su organización. Creí que debía saberlo.

Gabriel se echó hacia atrás, pero Alex no se dejó engañar. Cada músculo del contrabandista estaba en tensión, listo para actuar en cualquier momento. El cuerpo de Alex también se preparó por puro instintivo para la posible lucha.

—Tiene que ser usted muy valiente o muy estúpido para venir solo y decirme que ha matado a uno de mis compañeros. ¿Cuál de las dos cosas es usted?

Ambos se miraron fijamente, y los dos reconocieron la fuerza del otro.

—Ninguna —respondió Alex sin rodeos—. Le hice una promesa a ese hombre justo antes de matarlo. Y he venido a cumplirla.

—Ah, el honor —dijo Gabriel—. He oído que los *highlanders* le dan mucho valor al honor. —Alex se tensó al oírlo, pero no detectó burla alguna en su tono—. Bueno, aunque yo soy inglés —continuó Foley—, también aprecio el honor, señor Abernathy. Tranquilícese. Le escucharé. Cuénteme a quién ha matado y por qué.

—Llevo tiempo tratando con el tal señor Smith —dijo Alex—. Me encargaba de introducir distintos productos. Sé que él tenía vínculos con su gente, y también sé que usted no es del todo contrario a mi causa.

—Imagino que se refiere a la causa jacobita. Está bien informado, señor Abernathy. Continúe.

—Esta noche intentó chantajearme y me pidió diez mil libras. Llevaba un tiempo siguiéndome y había averiguado cosas que podrían poner en peligro mi vida y las de personas que me importan. Por eso me vi obligado a matarlo. Lo hice de la forma más rápida e indolora posible.

—Supongo que ese hombre fue lo bastante idiota como para decirle todo eso a solas.

—Parecía convencido de que yo no representaba una amenaza, señor Foley —respondió Alex.

Gabriel alzó las cejas al contemplar el cuerpo en tensión del escocés, que bebía su clarete con calma. Alex desprendía violencia por cada poro, pero era una violencia fría, contenida y peligrosa.

—Bien. Diría que un necio así probablemente merecía morir. ¿Smith, ha dicho? Descríbamelo.

Alex lo hizo, mientras Foley se inclinaba para rellenar su copa y luego ofrecía la botella a su invitado.

—Sí, es él —dijo Foley—. O mejor dicho, lo era. Era un miembro nuevo de mi grupo. Debo confesar que no terminaba de fiarme de ese hombre, pero era un marinero excelente, y conocía la costa de Hastings como la palma de su mano. Sin embargo, yo valoro mucho el anonimato. Imagino que usted también. Mis hombres son leales. No hacen preguntas innecesarias; solo las justas para asegurarse de que se les paga por sus servicios. Si lo que me ha dicho es cierto, me ha hecho un favor.

—No puedo demostrárselo, señor, aunque imagino que ya sabe que es la verdad —dijo Alex.

—Sí, así es. Y parece usted un hombre inteligente. Seguro que no ignoraba el riesgo que corría si yo no le creía. ¿Cuál era esa promesa de la que hablaba?

—Antes de morir, le pregunté al señor Smith si tenía esposa e hijos. Me dijo que sí. Le prometí que no permitiría que pasaran hambre. He traído el dinero para pagar la mercancía que me había conseguido el tal Smith. Se lo entregaré ahora mismo. Y si me da las señas de su familia, me encargaré de que reciban una cantidad periódica. También le ruego, señor, que les transmita mis más sinceras disculpas. No deseaba matarlo, pero no me dejó otra opción.

Gabriel se quedó boquiabierto.

—Dios mío, lo dice en serio, ¿verdad? Se ha jugado la vida viniendo aquí para confesar que ha matado a uno de los míos, ofrece pagar por unas mercancías que podría haberse llevado sin más, y pretende mantener a toda una familia durante años. ¿Qué clase de hombre es usted?

—Uno honorable, espero, señor —respondió Alex—. Solo hago lo que haría cualquier miembro de mi clan. Y, de hecho, también lo

harían muchos de otros clanes. Seguro que lo sabe, si trata con *highlanders* a menudo.

—No trato con ellos a menudo, aunque ojalá lo hiciera, si todos son como usted. Solo sé reconocer su acento... y dónde esconden sus armas.

Gabriel le devolvió el puñal y Alex lo envainó. Por primera vez desde que había entrado en la posada, se permitió relajarse. Era una buena sensación.

—No todos son como yo —admitió Alex—. En todas partes hay canallas y santos. Yo estoy más cerca del primer grupo que del segundo. Pero no dejaría que unos niños pasaran hambre solo porque tenían un necio por padre.

—No verá a ningún niño pasar hambre —dijo el señor Foley—. Ese hombre era soltero. Si llegó a tener hijos, habrán sido fuera del matrimonio, y yo no tengo constancia de ello... aunque lo dudo mucho. Era tan feo como un pecado. Seguramente esperaba que usted le perdonara la vida si creía que tenía una familia que mantener.

Gabriel observó con divertida satisfacción cómo Alex se dejaba caer hacia atrás en la silla, visiblemente aliviado.

—Cristo, cuánto me alegra oír eso, señor. No fue nada fácil pensar que había dejado viuda a una mujer y huérfanos a cinco niños.

—No sé si también le alegrará saber que le ofrezco una cama para pasar la noche, señor Abernathy, pero le aconsejo que la acepte. El tiempo no invita precisamente a emprender una larga cabalgata nocturna, diría yo.

Una ráfaga de granizo repiqueteó con fuerza contra la ventana, como si quisiera confirmar las palabras de Gabriel. Y Alex, que apenas una hora antes habría cabalgado por el infierno antes que poner un pie en aquel lugar, se sorprendió a sí mismo aceptando encantado la oferta de pasar allí la noche, movido no por la necesidad, sino por el inesperado alivio de haber cumplido con su deber.

Capítulo 10

Principios de abril, 1743

—No entiendo esa manía tuya por salir a tomar el aire, Beth —protestó lord Daniel con un deje de fastidio, encogiéndose de frío a pesar de las muchas capas de ropa—. Hace un frío que pela. No me sorprendería que nevara más tarde.

Ambos caminaban del brazo por la larga avenida de Birdcage Walk que, aunque en verano se llenaba de elegantes transeúntes, ahora estaba casi desierta. Beth se detuvo un momento y aspiró con gratitud el aire fresco que llegaba desde las extensas praderas de St James's Park, a su izquierda. Aunque llevaba más de dos meses viviendo en Londres, aún no se había acostumbrado del todo a los olores de la ciudad, y aprovechaba cualquier ocasión para acercarse a un rincón verde.

—Estás exagerando, Daniel —replicó ella—. Hace demasiado frío para que nieve.

Beth alzó la vista justo a tiempo de ver la expresión de horror que se dibujó en el rostro de él, y no pudo evitar una sonrisa.

—Estás bromeando —se quejó lord Daniel—. Eres cruel, y lo sabes, sobre todo, sabiendo lo sensible que soy al frío. —Él se arrebujó aún más en su pesada chaqueta forrada de piel.

—Pasas demasiado tiempo acurrucado junto a los enormes fuegos de tu mansión o bebiendo en cafés cargados de humo —le reprochó Beth—. Necesitas aire fresco. Les da color a tus mejillas, y

el ejercicio te vendría bien... si caminaras más deprisa que un caracol, claro.

—Eso no es justo —dijo el joven mientras la ayudaba a subir al carruaje que los esperaba, para luego subir él mismo con evidente alivio por haberse librado del viento cortante que Beth apenas parecía notar—. En verano no hago otra cosa que hacer ejercicio. Pero el invierno es para reflexionar... y dejarse mimar un poco. Aunque he de admitir que la última hora de sufrimiento tiene su recompensa —añadió con ternura, observando cómo ella se quitaba los guantes y se frotaba las manos con energía para calentarlas.

—¿Y cuál es esa recompensa? —preguntó Beth, girándose hacia él.

—Nunca has estado más guapa que ahora —afirmó Daniel con calidez.

Y era cierto. Las mejillas de Beth estaban encendidas, y sus ojos azules brillaban de alegría. Ella le sonrió, y Daniel se inclinó para darle un beso suave en la punta de la nariz. Beth sintió cómo una oleada de calidez le recorría el cuerpo, disipando el frío de golpe.

Había sentido aquella química desde la primera vez que lo vio, casi seis semanas atrás. Coincidieron en una velada de cartas absolutamente tediosa. Beth había deambulado sin interés de una mesa a otra, inquieta y deseando que la noche terminase. Entonces sus miradas se cruzaron al otro lado del salón, y su vida cambió para siempre. Él también lo sintió, porque ambos se fueron acercando, como polos opuestos de un imán que no podían evitar atraerse. Daniel abandonó su partida y pasaron la noche charlando. Al terminar, Beth ya estaba segura de haber ganado un nuevo amigo, al menos. A la mañana siguiente él fue a visitarla y le pidió permiso para cortejarla. Desde entonces, habían pasado juntos todo el tiempo que les era posible.

Los Cunningham aprobaron sin reservas la relación. El conde de Highbury era obscenamente rico e influyente, justo el tipo de persona que tanto Edward como Richard deseaban tener de su lado. Con el beneplácito familiar, todo resultó fácil. Iban juntos a la ópera y al teatro, siempre sentados en el palco del conde. Para alegría de Beth, Daniel no era de los que parloteaban durante las

representaciones, sino que prestaba atención. En los intermedios comentaba con ella la obra, opinaba sobre la actuación de los actores o el talento de los músicos. Él había visto muchas obras y asistido a incontables conciertos y, en cuanto comprendió cuánto disfrutaba ella del teatro, se esmeró por llevarla siempre que podía.

Solo por eso ya podría haberlo amado. Pero además, él era divertido, inteligente y parecía compartir casi todos sus intereses, salvo uno: los paseos largos al aire libre durante el invierno. Daniel prefería los cafés durante el día o su club, al que las mujeres no podían acceder.

Físicamente eran muy distintos. Daniel tenía el cabello oscuro y los ojos de un castaño claro. Le sacaba unos quince centímetros de estatura y era ancho de hombros, con una esbelta silueta. Era perfecto. En las últimas semanas, Beth se había descubierto inclinándose hacia él cuando conversaban, deseando besar su boca sonriente, aunque temía hacerlo por si él pensaba que era demasiado atrevida. Daniel era un modelo de decoro y, aunque ella sabía que él se contenía por respeto, no por falta de deseo, esa contención se le hacía a Beth más difícil de soportar, a medida que crecían sus sentimientos. Él era atento y considerado, y la colmaba de halagos y obsequios: flores, libros, y últimamente joyas: unos pendientes de perlas y una pulsera de oro. Pero hasta la noche anterior no había intentado acercarse más, y solo porque estaban en la relativa intimidad de un rincón durante un baile.

El rubor de Beth de esa mañana se debía al recuerdo de ese beso: tierno y cálido, pero con la promesa de algo mucho más intenso. Y, sin poder evitarlo, ella recordó al completo aquel momento.

Al primer contacto de los labios de Daniel, una corriente de deseo le había recorrido la sangre. Cuando él se apartó, a regañadientes, Beth se había quedado temblando y sin aliento, indefensa ante aquellas sensaciones nuevas que la invadían.

«Juraría que este ha sido tu primer beso», le había dicho él, sonriendo, mientras Beth pudo sentir cómo el contacto de sus manos, apoyadas en los hombros de ella, le habían quemado a

través de la fina seda del vestido. Y Beth solo había podido admitir que era cierto.

Ella había leído sobre ello. Había visto a su madre besar a su padre. Pero nada la había preparado para aquello. Justo en ese momento había pasado un lacayo y ambos se habían encogido, buscando mayor resguardo detrás de la gran planta de hojas verdes que los ocultaba.

«Ah —había murmurado él después, con una nota de satisfacción —. Entonces déjame demostrarte que la segunda vez es mucho menos dolorosa».

Él había soltado una risita, pero antes de que Beth pudiera preguntarle qué tenía de gracioso, Daniel la había tomado entre sus brazos y la había besado de nuevo, esta vez de forma mucho más profunda, con una boca exigente sobre la suya y unos brazos que la habían apretado con tanta fuerza que casi dolían. Cuando él se hubo apartado por fin, también se había quedado sin aliento, mientras que Beth había tenido que apoyarse en él, incapaz de sostenerse por sí sola.

Ella había notado el peso de su cuerpo y la erección que tensaba sus pantalones. Daniel había estado a punto de empujarla contra la pared, alzarle las faldas y poseerla allí mismo. El riesgo de ser descubiertos solo habría añadido más emoción. Pero si alguien los hubiese descubierto, el severo padre de él lo habría matado. Beth no era una criada a la que se pudiera seducir en un rincón y olvidar después. Era virgen, y era la mujer con la que él deseaba casarse. Con esfuerzo, Daniel se había apartado para asomar la cabeza y comprobar si había testigos.

«Será mejor que salgamos por separado —le había sugerido él con voz ronca—. No quiero que nadie piense que he comprometido tu virtud».

Daniel había salido de su escondite sin hacer ruido, y Beth lo hizo unos minutos después, cuando ya se había desvanecido su rubor.

Cuando Beth terminó de evocar aquel recuerdo, estaba sonrojada de nuevo. Daniel, al notarlo, le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Es cierto que fue tu primer beso, ¿verdad? —preguntó él en voz baja, como si le hubiese leído la mente.

Ella asintió.

—Sí. ¿Te importa?

—¿Importarme? Por Dios, no. Me siento privilegiado. Me cuesta creer que nadie lo haya intentado antes.

—Oh, lo han intentado muchos —replicó Beth, mientras se volvía a poner los guantes—. Pero tú has sido el primero que lo ha conseguido, eso es todo.

—Entonces me siento doblemente afortunado —dijo Daniel, inclinándose hacia ella para tomarle la mano—. Hoy mismo escribiré a mi padre para pedirle que me permita llevarte a conocerlo.

Beth abrió mucho los ojos.

—¿Estás seguro? —preguntó con cierta incredulidad.

—Sí, pero no quiero hacer nada sin tu consentimiento.

—¿Crees que tu padre me aprobará? —preguntó ella con franqueza.

—¿Cómo no habría de hacerlo? —Daniel sonrió con ternura—. Quedará prendado de ti en cuanto te vea.

—¿Y mencionarás lo que te he confiado hoy? —insistió Beth, mirándole fijamente.

Aquella misma mañana, consciente de que lo suyo con él empezaba a tomar un cariz más serio, Beth le había revelado los orígenes humildes de su madre. Ella no le había hablado aún de su fe ni de sus simpatías políticas, pero había temido que, al saberlo, Daniel se alejara. Para su alivio, él no se había inmutado: le había asegurado que lo único que le importaba era ella, no sus antecedentes familiares.

—Creo que debería decírselo en persona —respondió Daniel con dulzura—. Pero una vez que te conozca, no tendrá la menor duda de que eres la esposa perfecta para mí, de eso estoy seguro. No tienes por qué avergonzarte de tu madre, mi amor.

Beth apartó sus manos de las suyas con un movimiento brusco.

—¡No me avergüenzo de mi madre! —protestó con vehemencia —. Y no permitiré que engañes a tu padre.

Daniel suavizó el tono, al ver que había herido su sensibilidad.

—Ni deberías avergonzarte —dijo—. A mí me trae sin cuidado cuál sea tu cuna. Pero mi padre es de otra generación. Cuando te

vea, sabrá al instante que eres una dama. No tengo intención de engañarle, solo quiero esperar el momento oportuno para hablarle con franqueza. —Daniel le tomó de nuevo la mano y la estrechó con suavidad. Ella no la retiró, aunque tampoco correspondió al gesto—. Vamos, amor mío, no discutamos —añadió él—. Sabes que te amo. Algún día seré conde de Highbury. Quiero que seas mi esposa, pero debo actuar con cautela ante mi padre. Apenas nos conocemos y, aunque yo sé que eres la única mujer que quiero, si se lo dijera ahora, él pensaría que actúo con una ligereza impropia. Debemos ir paso a paso, demostrarle que nos hemos tomado el tiempo de conocernos antes de hablar de matrimonio. Solo le diré que he conocido a una joven encantadora y que me gustaría presentársela para que me dé su bendición antes de seguir adelante. Eso le agradará.

Beth notó entonces que Daniel parecía cansado. Quizá aquel beso lo había trastornado tanto como a ella. Ella misma no había logrado conciliar el sueño la noche anterior.

—¿Y si no lo hace? —preguntó ella.

—Lo hará, créeme —respondió Daniel, convencido.

Más tarde, ya en casa, Beth se dio cuenta de que él no había respondido a su pregunta. ¿Qué haría él si su padre no daba su aprobación? ¿Y qué haría ella, en ese caso?

En términos prácticos, Daniel era un partido perfecto. De una familia noble, influyente y riquísima, podía permitirse comprar la comisión de Richard en los dragones y proporcionarle dinero suficiente para ir ascendiendo en el escalafón a medida que quedaran puestos vacantes. Además, su padre era uno de los lores con más peso en la Cámara de los Lores. La posición de Edward se vería notablemente reforzada. Si el único objetivo de Beth fuese huir de Richard, ella no podría haber elegido mejor. Pero lo que no había previsto era enamorarse de su salvador. Y ese amor nublaba su juicio, lo sabía. Aun así, por más que lo intentaba, no lograba encontrarle defectos. Estaba decidida: su padre tenía que aceptarla, y ella haría lo necesario para que así fuera.

Comprendía que Daniel no quisiera hablarle todavía a su padre del origen humilde de su madre. Ella tampoco le había contado todo, no porque quisiera ocultárselo, sino porque no quería abrumarlo. Le revelaría su fe católica y sus inclinaciones jacobitas antes de comprometerse. Estaba segura de que a él no le importaría demasiado. Una vez casada, podría mostrarse tal como era. Daniel la amaba por sí misma, no por su dote, de eso no le cabía duda. Para el hijo del conde de Highbury, sus veinte mil libras no eran más que calderilla.

Mientras tanto, lord Daniel caminaba de un lado a otro en su habitación como un león enjaulado. Estaba cansado, irritable, enfadado consigo mismo... y con Beth, aunque sabía que no era justo. No era culpa de ella que el beso en el reservado lo hubiese encendido hasta la desesperación. Tanto, que al salir del baile se había dirigido sin pensarlo a Covent Garden y se había desfogado con una prostituta, cerrando los ojos al llegar al clímax en un vano intento por imaginar el rostro delicado de Beth, en lugar del maquillaje burdo y los dientes podridos de la muchacha.

Tampoco era culpa de Beth que, al salir del burdel, se hubiera topado con un viejo conocido —uno con el que había prometido a su padre no volver a hablar jamás—, ni que este lo hubiera invitado a una partida de cartas en su club. Y tampoco era culpa de Beth que en esa partida él hubiese perdido toda su asignación anual. Pero, aun así, la culpaba. La belleza fresca e inocente de Beth lo había tentado demasiado. Si no la culpaba a ella, tendría que asumir la responsabilidad de sus actos, y eso era algo que no estaba dispuesto a hacer.

Se detuvo, se sentó ante el escritorio y sacó papel y tinta. Si escribía en ese momento, aún podría enviar su nota en el correo de la mañana. Mojó la pluma en el tintero y se inclinó, agotado, sobre la hoja.

Sir Anthony se hallaba lánguidamente recostado sobre el diván de terciopelo verde, con sus largas piernas, enfundadas en brillante satén color carmesí, cruzadas sobre los tobillos. A su lado, una

mesilla dorada sostenía una copa de vino y un plato de uvas moradas y jugosas. Tomó una y se la llevó a la boca mientras observaba a Caroline con una expresión divertida.

—Cierre la boca, querida, que no es nada favorecedor —le dijo con una sonrisa maliciosa—. ¿Acaso no había visto seda *chiné* antes?

—Sí —respondió Caroline, acariciando con reverencia la seda color crema bordada con flores rojas y hojas verdes, cuyos contornos borrosos daban al tejido un aspecto de acuarela—. Pero nunca una tan exquisita. Y además, ¡una pieza tan larga! Da para un vestido entero.

—Pues claro —replicó él—. No puedo imaginarla paseando por ahí con solo medio vestido. ¿Qué diría la gente?

Caroline le lanzó un cojín desde el otro lado del salón, el cual sir Anthony atrapó con elegancia antes de colocárselo detrás de la espalda.

—Ah, mucho mejor —dijo él con un suspiro—. Viajar en coche es tan incómodo hoy día, con los caminos en el estado en que están... Juraría que cada hueso de mi cuerpo ha sido sacudido fuera de su sitio por los malditos baches.

—Sabe perfectamente a qué me refiero —dijo Caroline, sin mostrar la menor compasión por la supuesta luxación de sir Anthony —. Jamás he visto un vestido hecho de una sola pieza de esta seda. Siempre hay una costura en alguna parte. Pero esta pieza... —Ella se calló de pronto. Entrecerró los ojos y lo miró con suspicacia—. ¿Qué ha hecho esta vez?

Edwin entró justo a tiempo para oír la pregunta de su esposa y ver el falso gesto ofendido de sir Anthony.

—Eso —repitió Edwin con una sonrisa—. ¿Qué ha hecho esta vez?

Sir Anthony se llevó una mano al pecho y puso cara de tragedia.

—¡Oh, me han herido de muerte! Qué triste es que aquellos que dicen ser mis amigos, sospechen de los actos más altruistas. Estoy destrozado, absolutamente abatido —gimió, dejándose caer de forma dramática sobre los cojines.

Edwin alzó una ceja, divertido.

—Ahora sé que trama algo —dijo Edwin, inclinándose para tomar una uva del plato junto a su invitado—. ¿Qué es lo que sospechas, Caroline?

—No es una simple sospecha —respondió ella mientras doblaba con cuidado el trozo de seda—. La razón por la que nunca he visto un vestido hecho con seda *chiné* sin una costura es porque solo se importa a Inglaterra en piezas cortas. Demasiado cortas para confeccionar un traje entero. Ha estado involucrado en el contrabando, ¿verdad, sir Anthony? O, al menos, ha tratado con quienes lo están.

—Ay, querida mía, no negaré que tengo... ah... conocidos en todos los estratos de la sociedad. Por mera casualidad me topé con un caballero que deseaba deshacerse de una gran cantidad de seda a un precio más que razonable. Pensé en regalársela, pero si no la quiere... —Sir Anthony alargó una mano hacia la tela resplandeciente, y Caroline se la apartó con una palmada.

—No he dicho eso —replicó ella, y los tres rieron—. ¿Ese conocido suyo sería, por casualidad, un contrabandista inglés? ¿O aún estaba en Francia cuando ocurrió?

Sir Anthony se llevó una uva a la boca.

—No suelo preguntar la nacionalidad ni la ocupación de cada caballero que conozco, Caroline. Eso sería de muy mal gusto. Pero no, su acento dejaba claro que no era de estas tierras. En cuanto al país en el que se produjo la transacción... bueno, un pedazo de tierra es igual que otro, ¿no cree?

Dado que la mitad de Europa estaba en guerra precisamente porque no consideraba iguales sus respectivos territorios —o ansiaba con avidez los ajenos—, ni Caroline ni Edwin compartían esa opinión. Él, de hecho, acababa de pasar una jornada agotadora en la cámara de los Comunes defendiendo una moción con la que no comulgaba: que las tropas extranjeras que protegían la querida Hannover del rey Jorge fuesen costeadas por el parlamento británico. Se aflojó el cuello de la camisa y se dejó caer en un sillón.

—No quiero saber más sobre cómo llegó esta tela a nuestro salón, querida, ni si nuestro amigo es contrabandista o solo compra

a quienes lo son —le dijo a su esposa—. Acéptala o devuélvesela, y dejémoslo ahí.

—Gracias, Anthony —dijo Caroline, y se situó tras Edwin. Colocó ambas manos sobre sus hombros y comenzó a masajearle los músculos tensos. Él suspiró, encantado.

—Tenía otro retal, de un diseño distinto, que pensaba regalar a Elizabeth —dijo sir Anthony—. Pero, en vista de lo que me dijo, querida, ya no estoy tan seguro de que sea buena idea —añadió con un deje de tristeza.

—¿Por qué? —preguntó Edwin—. ¿Acaso ella tiene más integridad que mi esposa? ¡Ay! —Caroline le clavó el pulgar en el costado del cuello.

—No, insensato —replicó ella—. La verdad es que, aunque estoy segura de que a Elizabeth le encantaría ese regalo, dudo que valore su verdadero significado. Nunca he conocido a una mujer menos interesada en la moda. Ella no tendría ni idea de que esa seda no puede conseguirse en tales cantidades por vías legales. Pero su pretendiente, en cambio, lo sabría muy bien... y probablemente sacaría conclusiones equivocadas.

—¿Qué? ¿Crees que lord Daniel vería a Anthony como una amenaza? ¡Ja! —exclamó Edwin, y Caroline detuvo su masaje y alzó los ojos al cielo. Su esposo comprendió de inmediato que había metido la pata—. Perdone, amigo mío —se apresuró a decir—. No era esa mi intención. Ha sido un día largo y...

—Está bien, no me ofendo, y estoy de acuerdo —dijo sir Anthony —. Lord Daniel es muy atractivo, y además tiene título. Y hasta donde sé, no tiene mala reputación en lo que respecta a su trato con las damas. Yo sería un muy mal partido si me comparan con él.

Su tono era casi melancólico. Edwin miró a Caroline y vio que pensaban lo mismo.

—Ella le gusta, ¿verdad? —se atrevió a preguntarle Edwin.

El baronet, que parecía abstraído, dio un respingo.

—Sí —admitió con franqueza—. No románticamente, claro está —añadió con rapidez—. No tengo el menor interés en casarme. Con nadie. Dios me libre. Qué idea tan horrenda. —Alzó la vista hacia sus amigos, que lo observaban con idénticas expresiones de

escepticismo. Jamás lo habían escuchado hablar de forma tan atropellada—. Lo admito, me estoy encariñando con la chica. ¿Y quién no? Es encantadora, inocente, espontánea.

—Todo lo que usted no es —añadió Caroline con brutal sinceridad.

—Exacto. Pero me gustaría que el suyo fuera un buen matrimonio, y no que se ate al primer hombre decente que se cruce en su camino, solo para huir de esa familia absurda que tiene.

—Está enamorada, Anthony —dijo Caroline, depositando un beso en la coronilla de su marido y sentándose junto a él—. Irradia felicidad. Si ya era hermosa antes, ahora es sencillamente irresistible.

—Esa luminosidad es algo que usted misma comparte últimamente, Caroline —comentó sir Anthony—. ¿Ha tomado también un amante apuesto, o su resplandor tiene un origen más maternal?

El hecho de que Edwin siguiera presente cuando sir Anthony hizo esa observación, dejaba claro que en realidad sospechaba lo segundo. Y el sonrojo de Caroline se lo confirmó.

—¿Cómo demonios lo ha sabido? —preguntó Edwin, perplejo—. Caroline me lo dijo anoche —dijo mirándola con recelo.

—¡No lo hice! —exclamó ella, adivinando su pensamiento—. Deberías conocerme lo bastante como para saber que nunca se lo diría a otra persona antes que a mi propio marido.

—Por favor, por favor, no discutan por culpa de mi comentario indiscreto —intervino sir Anthony—. Le aseguro, Edwin, que Caroline no me dijo nada. Pero es mi oficio observar, y he visto suficientes mujeres encinta como para reconocer las señales. Siento haberme adelantado si preferían mantenerlo en secreto, pero es solo cuestión de tiempo que alguien más lo note, ¿no es así?

Eso era indiscutible, aunque tanto Edwin como Caroline se sintieron un poco contrariados. Les habría gustado guardar la noticia unos días más antes de hacerla pública.

—¿Es tan evidente? —preguntó Caroline.

—No, en absoluto —la tranquilizó sir Anthony—. Nadie se dará cuenta hasta que ustedes lo anuncien. La mayoría de nuestros

conocidos están tan absortos en sí mismos que dudo que lo adviertan hasta que esté a punto de dar a luz. Las señales son sutiles. Les prometo, con toda sinceridad, que no diré una palabra, y cuando lo hagan público, fingiré estar sorprendidísimo. Permítanme, eso sí, ofrecerles mis más sinceras felicitaciones. No volveré a mencionar el asunto. —Les dedicó una sonrisa radiante, aunque no del todo tranquilizadora. Y bien —continuó sir Anthony con renovado entusiasmo—, nuestra Elizabeth está enamorada. ¿Habla de lord Daniel sin parar, como hacen todas las mujeres cuando se enamoran por primera vez?

—No, aunque estoy segura de que le encantaría hacerlo —respondió Caroline—. Es muy reservada. No es de las que hablan por hablar, ya lo sabe. Pero en cuanto él entra en la habitación, ella se ilumina como una antorcha. Charlotte está compensando su discreción. Habla sin cesar con quien quiera escucharla, contando lo romántico que es todo, y diciendo que fue exactamente igual con su querido Frederick.

—Pobre mujer —dijo sir Anthony, sin especificar si se refería a Charlotte o a su prima embelesada—. Todo esto ha sucedido con mucha rapidez. ¿Elizabeth sabe lo de lord Daniel?

—¿Lo de lord Daniel? —repitió Edwin.

—Sí, que su padre lo desterró al campo para que se calmara un poco, después de acumular deudas de juego suficientes como para alimentar a todo Londres durante una semana. Solo le permitieron regresar hace tres meses, tras prometer solemnemente que reformaría su conducta. Y, para ser justos, hasta ahora ha cumplido su palabra.

—¿Cómo sabe todas esas cosas? —preguntó Edwin, incrédulo, olvidando por un momento su irritación con sir Anthony, sustituida ahora por una creciente curiosidad—. Todos estábamos convencidos de que había estado en Italia, perfeccionando sus conocimientos sobre arte.

—Como ya he dicho, queridos amigos, tengo conocidos en...

—...Todos los estratos de la sociedad —dijeron Caroline y Edwin al unísono, y echaron a reír. El ambiente se distendió.

—Bueno, si ese es el caso —continuó Caroline—, solo nos queda esperar que haya aprendido la lección y enmendado sus errores. Porque no nos atrevemos a decírselo a Beth. Estoy segura de que está demasiado enamorada como para aceptar que nadie diga una sola palabra contra su adorado Daniel.

—Elizabeth es más sensata de lo que usted cree —replicó sir Anthony.

—Nadie es sensato cuando está enamorado, Anthony, como bien descubrirá algún día.

Sir Anthony fingió un escalofrío.

—¡¡Yo, querida mía?! ¡Jamás! Si alguna vez corro el riesgo de casarme por amor, le ruego que me dispare en la sien y me ahorre una miseria indescriptible.

—Caroline y yo nos casamos por amor —intervino Edwin.

—Las excepciones confirman la regla, amigo mío, y son escasas. No espero casarme en absoluto, pero si llegara a hacerlo, sin duda sería por motivos prácticos, no por amor. El amor… qué cosa tan horrible y limitante. Te arrebata toda capacidad de raciocinio. Completamente incomprensible.

La pieza de seda permaneció en posesión de sir Anthony, y Beth continuó enamorada de lord Daniel. Ambos aguardaban la respuesta del conde y, mientras tanto, su historia de amor era el tema de conversación en los círculos más selectos de Londres.

Tras su regreso, sir Anthony reanudó sus visitas a la casa de los Cunningham y, según el parecer de la familia, todo seguía igual. Él seguía siendo tan afable y locuaz como siempre, su perfume de violetas seguía dejando una estela intensa a su paso, y el maquillaje blanco a base de plomo que le cubría el rostro era tan espeso como antes. Se daba por hecho que ocultaba las horribles cicatrices de la viruela, aunque nadie era tan indiscreto como para preguntárselo directamente. Era de sobra conocido que su retorno desde el continente, poco más de un año atrás, se había precipitado por la muerte de toda su familia a causa de dicha enfermedad. Era comprensible que él no hablase nunca del asunto, y nadie tenía la mala educación de mencionarlo. Beth lo observaba con atención

desde el otro extremo del salón, mientras él charlaba con Isabella sobre los horrores de los viajes por mar y sobre cómo su devoción por los caprichos de la moda, que le obligaban a viajar a Francia con frecuencia, terminaría por costarle la vida. Era posible, pensó Beth. Mucha gente sobrevivía a la viruela, aunque las cicatrices podían ser espantosamente desfigurantes. Desde luego, la pintura era lo bastante densa como para disimular los estragos de la enfermedad. Aunque, por mal que estuviera su rostro, no podía ser peor que aquella grotesca máscara.

Sir Anthony notó que Beth lo observaba y, tras dedicarle una breve sonrisa, retomó su relato. Había cambiado en su trato con ella desde que volvió de Francia. Era algo sutil, pero evidente para Beth. Casi nunca le dirigía la palabra directamente, no le ofrecía el brazo para entrar en el comedor, y había dejado de acudir en su ayuda para librarla de pretendientes indeseados. Quizá él entendía que esa tarea era ahora de lord Daniel, y Beth se sentía agradecida por ello. Nunca había considerado a sir Anthony particularmente discreto, y le preocupaba que pudiera incomodar a lord Daniel con sus informalidades o halagos vacíos. Pero se había mantenido al margen. De hecho, sir Anthony se mostraba más distante de lo necesario.

Beth dejó de prestar atención a la conversación, sumida en sus pensamientos. ¿Cuánto tardaba en llegar una carta a Berkshire? ¿Cuánto tiempo necesitaría el conde para contestar? Imaginaba que él tendría que pensar bien su respuesta. ¿Una semana? ¿Dos? La espera resultaba insoportable. Seguro que no se negaría a recibir a la futura esposa de su hijo, ¿verdad? Lord Daniel aún no le había pedido en matrimonio, pero eso era solo una formalidad. ¿Había elegido el conde a otra prometida para su heredero? ¿Una mujer con título, con tierras? Beth frunció el ceño.

—¿Estará libre el viernes que viene, querida Elizabeth? —preguntó sir Anthony.

La mención de su nombre sacó a Beth de sus cavilaciones.

—Por supuesto que lo estará —afirmó lord Edward.

—¿Libre para qué? —preguntó Beth, aún con la mente en la desagradable posibilidad del rechazo del conde de Highbury. Alzó la

vista y se encontró con toda la familia Cunningham mirándola con desaprobación, mientras sir Anthony la contemplaba divertido.

—De veras, Elizabeth, me rindo. ¿Es que nunca escuchas lo que se te dice? —dijo Richard con irritación.

—No sea duro con su hermana, Richard —intervino sir Anthony —. Seguro que tiene cosas mucho más agradables en las que pensar que en mis tediosas charlas.

Edward no se apresuró a contradecirlo.

—Sir Anthony va a llevarte a presentarte ante el rey el próximo viernes, Elizabeth —anunció con tono solemne—. Es un gran honor.

«Ah, ¿sí?», pensó Beth, molesta ante la condescendencia de Edward. Miró a sir Anthony con un brillo desafiante en la mirada, y él alzó las manos en señal de rendición.

—No he ordenado su presencia, querida, como parece insinuar su primo. Es solo que voy a visitar al rey, y estaría encantado de que me acompañara. Pero si tiene otro compromiso, estoy seguro de que Su Majestad lo comprenderá.

Aunque Su Majestad tal vez lo comprendiera, a Beth le había quedado claro que su propia familia no lo haría. Beth soltó un suspiro resignado. Mejor acabar cuanto antes. Quizá el padre de Daniel la mirase con mejores ojos si ella lograba causar buena impresión ante el monarca. Esa idea le devolvió algo de ánimo.

—Estaré encantada, sir Anthony —respondió. Y casi lo dijo en serio.

Capítulo 11

—Anda, hombre, relájate por una vez. No hay ningún daño en ello.

Alex se pasó la mano con brusquedad por el cabello, como hacía siempre que se irritaba, y resopló con fastidio al notar que la cinta que lo sujetaba se había roto, dejando que sus mechones castaños le cayeran por la cara.

—Permíteme discrepar, Angus, aunque esa no es la cuestión —dijo Alex mientras atrapaba al vuelo la cinta que Duncan le había lanzado y se recogía el cabello con rapidez—. No me he jugado el cuello viniendo aquí, solo para descargar mis pelotas en una ramera con viruela.

—*Aye*, pero ya que estamos...

—¿Y entonces para qué te has arriesgado a venir? —interrumpió Duncan, consciente de que su hermano mayor estaba de mal humor y que el tono burlón de Angus no iba a mejorarlo.

Alex había enviado un mensaje a sus hermanos pidiéndoles una reunión urgente al anochecer. El laberinto de callejones que se extendía entre el Strand y Drury Lane era perfecto. Mal iluminados y plagados de criaturas del hampa, los tres hombres sentados discretamente en un rincón de una taberna de mala muerte no llamaban la atención. La única prostituta que se había acercado con paso animado había dado media vuelta de inmediato ante la mirada fiera de Alex. Bastó un gesto seco de su cabeza para que ella saliera huyendo.

—Tenemos problemas en casa —dijo Alex en voz baja—. Han descubierto las armas cerca de Stronmelochan.

—¡¿Qué?! —exclamó Angus, y al ver las miradas de desaprobación de sus hermanos, bajó el tono—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Donald me escribió. Me entregaron su carta en el café cuando fui esta mañana. Llevaba allí tres días. Parece que un grupo de casacas rojas encontró la cueva hace diez días. El pequeño Davy Drummond estaba allí y los oyó venir desde bien lejos. Ya sabes el estruendo que hacen. Se escondió entre las zarzas y los vio subir hasta lo alto del cerro. Luego se pusieron a rebuscar hasta dar con la cueva. Entonces Davy se deslizó colina abajo y corrió a visar a los demás, aunque ya poco podían hacer.

—Podrían haber luchado, ¿no? ¿Cuántos soldados eran? —preguntó Angus.

—Eso da igual —replicó Alex entre dientes—. Piensa, hombre. Si todos hubieran acudido, tal vez habrían matado a los soldados y salvado las armas, sí. Pero en menos de una semana, todos los soldados británicos de Escocia habrían descendido sobre la cañada y nos habrían aniquilado. La cueva está en tierras de los Campbell, así que es poco probable que sospechen de los MacGregor, al menos por ahora. Los británicos no van a acusar a un clan poderoso como los Campbell, que además es tan amigo del rey Jorge. Mientras investigan, nosotros podemos desaparecer sin dejar rastro. Nuestra gente hizo bien en no atacar. Las espadas y las pistolas se pueden reemplazar, los hombres, no.

—¿Crees entonces que no fue un hallazgo casual, que los casacas rojas ya sabían dónde buscar? —preguntó Duncan, con el ceño fruncido.

—*Aye*, aunque Donald no lo sabe con certeza. Pero resulta muy sospechoso que un grupo de soldados ingleses anduviera paseando por un cerro desierto y pedregoso bajo la lluvia. Y Davy aseguró que iban directos al sitio, como si supieran adónde se dirigían.

Duncan silbó entre dientes.

—Cristo... Cuesta creerlo. ¿En qué mundo vivimos, cuando ni los contrabandistas respetan su palabra y hasta los de tu propio clan pueden traicionarte?

—Todavía no estamos seguros de cómo ha pasado —dijo Alex—. Alguien tiene que ir y averiguarlo. Debería ir yo, como jefe del clan,

pero no puedo marcharme otra vez de Londres tan pronto sin levantar sospechas.

—Iré yo —se ofreció Angus.

Sus hermanos lo miraron como si no creyeran lo que oían. Duncan abrió la boca, pero Alex, anticipando lo que iba a decir, lo interrumpió.

—No, hombre. Te necesito aquí, haciendo lo que mejor sabes: beber en las tabernas, hablar con la gente y descubrir quiénes son nuestros aliados y si estarán listos para rebelarse cuando llegue el momento. No, Duncan, tendrás que ir tú. Lo siento, sé que acabas de volver.

Duncan asintió.

—No importa —dijo—. Saldré mañana. Si descubro quién fue, ¿tengo tu permiso para ocuparme de él?

—*Aye*, lo tienes —dijo Alex con voz helada. Sus ojos azules brillaban como fragmentos de hielo bajo la luz mortecina de la vela que goteaba sobre la mesa de madera tosca—. Y puedes hacerlo como mejor te parezca.

Hubo un silencio. Los tres hermanos contemplaron con pesar la posibilidad, casi inconcebible, de que uno de los suyos los hubiera traicionado. Entonces Angus apuró su jarra de cerveza y se puso en pie.

—Bueno, ya que hemos despachado los asuntos serios, sería una pena desperdiciar la noche, sobre todo, teniendo tan cerca la casa de Madre Meredith. Voy a echar una meada mientras terminái s la bebida.

Angus cruzó la taberna, se detuvo para decirle algo a la moza, que le devolvió una sonrisa sonrojada, y salió por la puerta. Alex lo siguió con la mirada y luego negó con la cabeza.

—¡Diablos! ¿Yo era tan imprudente cuando tenía su edad?

— Me atrevería a decir que lo habrías sido —dijo Duncan—, pero tuviste que crecer a toda prisa después de que padre muriera tan pronto. Angus es joven e impulsivo, nada más. Pero no tiene maldad.

—No estoy tan seguro de eso —replicó Alex.

Duncan lo miró asombrado.

—¡Cristo, Alex! ¿No querrás decir que crees que Angus traicionaría la causa?

Alex alzó su jarra de cerveza y contempló su interior.

—No, él no lo haría. Al menos no de forma consciente. Le confiaría mi vida. Confío en él, y en ti también. Angus moriría antes de traicionarnos. Es valiente, un buen guerrero. No hay nadie, excepto tú, a quien prefiera a mi lado en el campo de batalla. Pero es temerario, impulsivo, como tú has dicho. No siempre piensa antes de actuar, y eso me preocupa.

—No te angusties, Alex. Es joven, eso es todo. Ya madurará cuando llegue el momento.

Alex se guardó para sí que ese momento ya había llegado, y que Angus no daba señales de haber madurado lo más mínimo. En su lugar, Alex bebió un gran trago de cerveza. Duncan lo observó con una mezcla de ternura y complicidad.

—Os parecéis mucho, ¿lo sabías? —dijo en voz baja, y Alex alzó la vista—. Ambos tenéis don de gentes. Sois capaces de hacer hablar a cualquiera. Os alimentáis del peligro. Y atraéis a las mujeres como abejas al panal.

Alex soltó una carcajada.

—Cristo, no me lo recuerdes. Me asedian las muchachas. Creo que huelen que no tengo intención de casarme y me ven como un reto. Es agotador. Pero tienes razón sobre Angus. Por eso lo quiero aquí. Y tiene algo que a mí me falta. No conozco a nadie que aguante tan bien el alcohol.

Era cierto. Angus parecía inmune a sus efectos, lo que suponía una ventaja considerable en su profesión actual. Podía empinar el codo al mismo ritmo que sus compañeros sin perder la claridad mental, mientras que ellos acababan balbuceando, ebrios, sus secretos más preciados. Que Alex supiera, nadie lo había visto jamás borracho.

En ese momento, el objeto de su conversación regresó a la mesa.

—¡Vamos! —apremió Angus—. Si nos damos prisa, llegaremos antes de que hayan escogido las mejores.

No lo consiguieron y, en lugar de conformarse con lo que quedaba, Angus y Duncan optaron por esperar a que las chicas más deseadas terminaran con sus actuales clientes. Los tres hermanos habían estado antes en casa de Madre Meredith. Era un burdel de una clase algo más alta que la mayoría en los alrededores de Drury Lane, y los tres se acomodaron en unos sillones tapizados con terciopelo burdeos en el salón, bebiendo brandy mientras aguardaban.

—¿Y tú, Alex? —preguntó Angus—. ¿A cuál le has echado el ojo esta noche? Yo opto por Rosalind, si no hay que esperar demasiado.

Rosalind era una de las chicas nuevas, menuda y esbelta, con una larga melena rubia y unos ojos azules de largas pestañas. Aún conservaba cierto aire de inocencia campesina, aunque Alex sabía que no duraría mucho. Ninguna mujer podía sobrevivir en ese oficio más que unos meses sin endurecerse, y esa dureza no tardaba en reflejarse en el rostro.

—No —respondió Alex—. Esta noche no estoy de humor.

—Oh, vamos —insistió Angus—. No vas a resolver lo de Escocia dándole vueltas a la cabeza aquí. Nada mejor para despejarse que un buen polvo.

—Ahí tiene razón —concedió Duncan.

—Mira —añadió Angus, magnánimo—, te cedo a Rosalind. Yo me apaño con Clara.

—Qué generoso eres —dijo Duncan con sorna—. Siempre eliges a Rosalind.

—*Aye*, es que me recuerda a aquella preciosa *lassie* que se nos cruzó aquella noche en Manchester. Dios, era hermosa —suspiró Angus, con la mirada perdida en la pared entablada del salón, reviviendo aquella escena de hacía cuatro meses—. Aún puedo sentir el cuerpo delicado de ella contra el mío en el caballo, mi brazo rodeándole la cintura para que no se escapara. Era tan delgada, que podría haber...

Su voz se desvaneció al ver la expresión de furia en el rostro de su hermano. La cara de Alex se había puesto pálida, y tenía los puños cerrados a los costados. Angus se encogió en el sillón.

—No vuelvas a comparar a esa dama con una puta delante de mí. Nunca —dijo Alex en voz baja.

Angus se pasó nervioso la lengua por los labios.

—Lo siento —dijo en voz apenas audible—. No quería ofender. No sabía que te importara la chica.

—No es que me importe, como dices tú —replicó Alex, aunque sus palabras contradecían su reacción—. Pero es una dama, una señorita respetable, y no permitiré que la insultes.

—¿La sigues viendo entonces? —preguntó Duncan.

—*Aye*, de vez en cuando.

—¿Y piensas casarte con ella, entonces? —dijo Angus con una nota alegre, sin creer ni por un momento que a su hermano le fuera indiferente la muchacha.

—No. Es sobrina de un lord, y está destinada a un matrimonio importante. No miraría jamás a un tipo como yo. Eso si es que ella me interesara —añadió con rapidez—, que no me interesa.

El tono de su voz no dejaba lugar a réplica. El tema estaba zanjado. Aun así, Angus habría querido hacer más preguntas, pero sabía que no tenía sentido hacerlas. Solo conseguiría enfadar más a su hermano, y ya había aprendido, por experiencia, que eso nunca era una buena idea.

El sonido de pasos el piso superior anunció la inminente llegada de las prostitutas más solicitadas. Angus se terminó su copa de un trago y se puso en pie. Duncan tiró de su manga con brusquedad.

—Por Dios, siéntate. Si se dan cuenta de lo desesperado que estás, te van a cobrar el doble.

—Rosalind no lo hará —replicó Angus con seguridad—. Disfruta tanto de mi compañía como yo de la suya. Me lo ha dicho más de una vez.

Duncan y Alex intercambiaron una mirada cargada de escepticismo. Seguro que les decía lo mismo a todos. O al menos a los clientes más limpios. Duncan se encogió de hombros. Que Angus mantuviera sus ilusiones románticas mientras no causaran daño a nadie.

—¿Seguro que no cambiarás de opinión? —preguntó Alex a su hermano mayor.

—Sí, seguro. No tengo ganas. Os esperaré aquí.

Alex se recostó en el sillón. Cuando Angus y Duncan regresaron al cabo de una hora, Alex ya no estaba. Esperaron un rato, algo intrigados, pero no preocupados. Sabían que su hermano sabía cuidarse solo. Lo más probable era que se hubiera cansado de esperar y hubiera vuelto a casa.

Beth había aceptado a regañadientes hacer una breve visita a lady Winter junto a Isabella.

—Ya has puesto excusas las últimas tres veces para no ir —le había recordado su prima—. Si no vienes hoy, pensará que no te cae bien.

—Es que no me cae bien —replicó replicado Beth.

—¡Oh, Elizabeth! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Lady Winter siempre habla maravillas de ti! —protestó Isabella.

«Sí, siempre que no estoy delante», pensó Beth. La mujer era una venenosa cotilla, encantada de arruinar la reputación de cualquiera que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino. Pero Beth terminó cediendo, lo bastante práctica como para admitir que quince minutos escuchando veneno eran un precio razonable por mantener la buena voluntad de lady Winter.

Sin embargo, al llegar, descubrió que la reunión era una animada fiesta exclusivamente femenina.

—Todos los hombres se han ido a ver las peleas de osos —explicó lady Winter con aire jovial—, así que las damas hemos decidido hacer una pequeña tertulia improvisada. Estaba a punto de enviar a alguien a buscarlas, pero me han ahorrado el trabajo. ¿No es maravilloso?

—Sí... —respondió Beth sin entusiasmo, apretando los dientes.

Sabía que todas querrían preguntarle por lord Daniel, y no habían pasado ni cinco minutos cuando sus temores se vieron confirmados. «¿Estaba él a punto de proponerle matrimonio?», «¿cuándo conocería ella a sus padres?», «¿vendría el conde pronto a Londres?», «Qué pulsera tan preciosa. ¿Se la había regalado él?».

Beth esquivó las preguntas como pudo, sonriendo con aire ausente y ocultando su impaciencia tras un disfraz de tímida

felicidad. Miró a su alrededor en busca de Caroline, deseando refugiarse a su lado, pero no tuvo suerte. Se retiró discretamente a un rincón, esperando que las demás captaran la indirecta, aunque fue en vano. Varias damas, entre ellas Isabella, se le unieron enseguida.

—Emma estaba comentando que los jardines de Ranelagh y Vauxhall abrirán dentro de poco, ahora que se acerca la primavera —dijo Isabella—. Estoy segura de que lord Daniel querrá llevarte a conocerlos.

—¿Oh? ¿Nunca ha visitado los jardines de recreo, Elizabeth? —preguntó Anne Maynard, una jovencita desgarbada y con dientes saltones, que llevaba una peluca empolvada y descomunal.

«Claro que no, idiota. Solo llevo tres meses en Londres, y lo sabes perfectamente», pensó Beth.

—No —respondió esta en su lugar, con una sonrisa cortés que no alcanzó a sus ojos—. Aún no he tenido ese placer.

—Tiene que ir a Ranelagh, por supuesto, no a Vauxhall —intervino otra dama—. En Vauxhall entra cualquier gentuza hoy en día. Hasta las criadas van, disfrazadas con los vestidos desechados de sus señoras. Cada vez cuesta más distinguir entre el populacho y las personas de calidad. Cuando yo era joven, una dama ni soñaba con entregar su ropa a las sirvientas. La tiraba antes. No se debe dar alas a la gente inferior.

Beth, que ya había le había regalado a Sarah el vestido de satén amarillo que tan horrendo le quedaba, guardó silencio. Estaba segura de que su doncella acudiría a Vauxhall en cuanto abrieran las puertas. Estaba disfrutando como nunca de su estancia en Londres. Beth contuvo el impulso de responder con sarcasmo al comentario de aquella mujer nariguda y buscó con la mirada una vía de escape.

—Por cierto —dijo lady Winter—. Me han dicho que lord Daniel ha escrito a su padre para pedirle permiso y llevarla a usted a Skelthorpe Hall a conocer a su familia.

—Sí —admitió Beth, preguntándose cómo demonios se habría enterado aquella entrometida. ¿Acaso Daniel se lo había contado?

—¡He oído maravillas de Skelthorpe Hall! —exclamó Isabella, dando por hecho que el conde aprobaría sin reservas a su prima—.

¡Dicen que una de las habitaciones está recubierta de pan de oro desde el suelo hasta el techo!

—Debe de ser... único —dijo Beth—. Si me disculpan un momento, necesito ir al tocador.

Una vez fuera del salón, Beth apoyó la frente contra una de las columnas del amplio vestíbulo. El mármol frío resultaba reconfortante sobre su piel. Llevaba tres días sin ver a Daniel, y no había recibido ni una sola nota que explicara su ausencia. No lograba entenderlo. Durante el último mes, se habían visto casi a diario. En las raras ocasiones en que él no había podido acudir, le había enviado flores o una misiva asegurándole cuánto la echaba de menos. Y ahora, de repente, nada. La cabeza de Beth era un torbellino. ¿Habría respondido ya el conde, desaprobando la elección de su hijo, y Daniel no sabía cómo decírselo? ¿O acaso Daniel había cambiado de opinión, había conocido a otra, o había dejado de amarla? El pensamiento la atravesó como una cuchillada y Beth cerró los ojos, intentando contener el dolor. No, no era posible. Él la amaba, estaba segura. Y ella a él. Eso era indiscutible. Pero la duda persistía. ¿Sería el amor de Daniel lo bastante fuerte como para resistir la desaprobación de su padre? Si fuera así, al menos preferiría saberlo. Cualquier cosa sería mejor que no saber nada.

—¿Se encuentra mal, querida?

Beth abrió los ojos de golpe. A unos pasos de ella, envuelto en terciopelo color naranja, se encontraba Sir Anthony. «Uno de sus padres debía de ser un gato», pensó Beth; no lo había oído acercarse en aquel silencioso vestíbulo.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó ella con brusquedad—. Pensaba que todos los hombres estaban en la pelea de osos.

Beth notó su empalagoso aroma a violetas, y arrugó la nariz con disgusto.

—No me interesa ver cómo despedazan a un animal sin motivo —respondió sir Anthony, imperturbable ante su tono descortés—. He venido a dejar mi tarjeta, y lady Winter ha tenido la amabilidad de invitarme a unirme a la reunión. Hablando de tarjetas, he dejado la mía en su casa durante los últimos tres días. Necesito hablar con usted de un asunto urgente, pero Isabella me dijo que estaba

indispuesta. Y, la verdad, está usted notablemente pálida, mi querida Elizabeth. ¿Se encuentra bien?

—No. Es decir, sí... Yo... —Estaba al borde del llanto. Llevaba noches sin dormir. Cuando sir Anthony había ido a verla, Beth le había pedido a Isabella que dijera que estaba enferma. Estaba demasiado preocupada por Daniel y demasiado afectada por lo que sentía, como para soportar las trivialidades de sir Anthony, y seguía sin estar de humor para ello.

—Quizá podría usted concederme unos minutos ahora —dijo él—. Realmente es muy...

—No. Ahora no. Márchese —dijo ella con sequedad—. Por favor —añadió al instante, tragando con dificultad. Miró a su alrededor, tratando de recordar cuál de las muchas puertas, que eran idénticas, conducía al tocador.

—Muy bien —respondió sir Anthony, y se volvió hacia el salón—. Ah... tercera puerta a la izquierda, si no me equivoco —dijo él por encima del hombro, justo antes de que al abrir la puerta del salón lo recibiera una lluvia de exclamaciones femeninas.

Siguiendo sus indicaciones, Beth alcanzó al fin el pequeño santuario y cerró tras de sí con un suspiro de alivio. «¿Cómo lo hace?», pensó. No era la primera vez que sir Anthony parecía leerle el pensamiento, y le resultaba muy desconcertante. Además, ¿qué hombre en su sano juicio encontraba placer en ser invitado a una reunión exclusivamente femenina? La mayoría de los caballeros que conocía se sentían de lo más incómodos en presencia de más de tres damas, a menos que tuvieran a otro hombre cerca para respaldarlos.

Beth se echó agua en la cara, alisó su cabello y adoptó una expresión amable antes de regresar al salón. Había estado fuera más tiempo del que pensaba; varias de las damas ya se habían marchado, y apenas quedaban una decena. Cualquier esperanza de que Isabella estuviera preparándose para regresar a casa se desvaneció cuando la señorita Maynard se acercó a informarle de que lady Winter había llevado arriba a Isabella para enseñarle el dormitorio principal, que, «aunque no estaba recubierto de oro como la habitación de Skelthorpe Hall, tenía un techo simplemente divino, cubierto de querubines dorados en estuco», según afirmó la joven.

Beth se resignó a soportar al menos media hora más antes de que su prima reapareciera y Beth pudiera persuadirla de que se fuesen. Tal vez si alegaba dolor de cabeza... Las damas comenzaron a acercarse de nuevo, y Beth se preparó.

—¡Oh, queridas, tengo que contarles la cosa más extraordinaria que he oí la otra noche! —entonó la voz cantarina de sir Anthony a espaldas de Beth.

Ella no se giró como la mayoría de las damas, deseosas de escuchar el último cotilleo.

—Claro que es algo un poco subido de tono —dijo sir Anthony—, y no estoy del todo seguro de si debería contarlo. No quisiera ofender su delicada sensibilidad.

Aquella frase aseguró la atención inmediata de todas las mujeres presentes, y Beth se encontró, de pronto, completamente sola.

—¡Oh, vamos, sir Anthony! —dijo Lydia Fortesque, una dama de notable belleza, cuya mayor debilidad era su constante conciencia de ella. Le dio a sir Anthony un golpecito juguetón en el brazo con su abanico—. Estoy convencida de que todas tenemos cierta experiencia. Estamos casadas o, al menos, tenemos ya una edad.

Lanzó una mirada a Beth, que se negó a entrar en el juego y fingió examinar con interés un horrible retrato de un antepasado de lord Winter.

—Si insisten... —dijo sir Anthony, aunque su tono aún sonaba algo indeciso.

Un coro de animadas voces femeninas lo convenció.

—Bien —dijo él—. Me avergüenza un poco admitir que anoche me entretuve demasiado en mi club. Bueno, no es exactamente mi club, pero desde que el encantador marqués de Tweedale tuvo a bien presentarme, soy un asiduo. Aun sin ser miembro, claro está. Aunque tengo esperanzas... Pero me desvío, queridas, discúlpenme. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Pues bien, al salir, descubrí que no había un solo carruaje disponible. Como la noche era agradable, decidí caminar un poco, con la esperanza de encontrar un coche de alquiler.

—¿Y por qué no iba usted en su propio carruaje, sir Anthony? —preguntó Anne.

—Porque le había dado la noche libre a mi cochero. Estaba seguro de que podría encontrar transporte para regresar, ya que no pensaba quedarme más allá de las diez.

—¡Es usted demasiado bueno con sus afortunados criados! —gorjeó Anne.

Él le dedicó una sonrisa radiante, mientras las demás damas resoplaban con fastidio, no solo porque la señorita Maynard se les había adelantado para coquetear con el codiciado soltero, sino también porque estaba retrasando la parte jugosa del relato.

—¡Es usted un encanto, mi querida Anne! —ronroneó sir Anthony.

Beth pasó al siguiente cuadro: una imagen cursi de un niño con ojos demasiado grandes posando junto a un cenador, con extensos campos al fondo que, presumiblemente, formaban parte de su futura herencia.

Sa comenzó su relato.

—Iba yo paseando por el Strand cuando, ¿a quién creen que veo? ¡A uno de mis lacayos, completamente fuera de sí! Me sorprendió tanto verle correr con semejante apremio, que le pregunté adónde iba con tanta prisa. Entonces él, muy agitado, me explicó que estaba siguiendo a cierto joven noble que conocemos, quien hasta hace poco mostraba cierta... afición por las cartas, aunque ahora jura haber renunciado a ellas. Pues bien, mi criado me aseguró que le había visto salir poco antes de una casa de dudosa reputación, acompañado por un caballero de pésima catadura. Sospechando que ese individuo pudiera llevar al pobre joven a un callejón oscuro para desvalijarle, mi criado decidió seguirle.

Un leve murmullo de escándalo recorrió el grupo. Beth se quedó inmóvil frente al retrato, incapaz de moverse, atrapada entre el impulso de alejarse y la necesidad de saber más.

—Seguro que no se referirá al hijo del conde de Highbury… —dijo Lydia, llevándose una mano al pecho.

—Querida, me parece impropio dar nombres —replicó sir Anthony—, teniendo en cuenta lo que voy a contar. Por supuesto, al saber que mi criado estaba realizando tan noble cometido, le animé a continuar su seguimiento de inmediato, le di algo de dinero e

incluso le presté mi espada, por si necesitaba defenderse. Mi hombre desapareció en la noche y, más tarde, me relató lo sucedido.

Sir Anthony hizo una pausa para aumentar la expectación. Beth, que fingía seguir absorta en el cuadro, cerró los ojos. ¿Iba él a anunciar que Daniel había sido apuñalado en un callejón? Sintió que el corazón se le encogía en el pecho y contuvo la respiración.

—Al parecer —continuó sir Anthony—, lord X y su acompañante se dirigieron directamente al club Beecham, donde se estaba celebrando una partida de cartas que duró toda la noche. Mi lacayo, muy diligente él, se entretuvo allí bebiendo un oporto excelente, a mi costa, debo añadir, y conversando con el señor Ashworth. Un caballero encantador, por cierto, que acaba de regresar de Italia. ¿Sabían ustedes que en Florencia...?

Beth soltó un suspiro, aliviada. Daniel estaba vivo. Fuera cual fuese la infamia que sir Anthony se disponía a contar, no podía hacerle daño a Daniel, si seguía con vida.

—¿Y qué pasó con lord Dan... lord *X*? —preguntó una de las damas, impaciente.

—¿Quién? Ah, claro —dijo sir Anthony—. Bueno, ese joven se sentó a jugar al *loo*[17] y no se levantó hasta el amanecer, y en todo ese tiempo no ganó más de tres o cuatro bazas. Abandonó el club hacia las cuatro de la madrugada, visiblemente afligido.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Lydia—. Si sigue perdiendo así, su padre acabará enterándose.

—En efecto —convino sir Anthony—, dudo que el conde tarde en descubrir esta recaída. Después de que su hijo se marchara, mi criado hizo algunas averiguaciones discretas, y supe que el joven había perdido más de cuatro mil libras.

Varias damas soltaron gritos ahogados. Beth también había jadeado de horror, aunque se sintió agradecida por el coro de exclamaciones, que disimularon su reacción.

—Cuatro mil libras… —gimió Anne—. ¡Oh, no puede ser cierto, sir Anthony!

«Sí, podía serlo», pensó Beth. El *loo*, con su dinámica frenética y las apuestas, que se duplicaban en cada baza, era uno de los juegos

más ruinosos que existían.

—Me temo que sí —continuó sir Anthony en tono grave—. Fue el propio propietario del local quien se lo confirmó a mi criado. Pero, aunque hubieran sido cien libras, el problema sería igual de serio. El muchacho ya está en la ruina. Sé con certeza que lleva tiempo sin pagar a su sastre, y que este se ha negado a seguir dándole crédito.

—¿Y cómo lo sabe usted, sir Anthony? —preguntó Emma.

—Porque, después de que su sastre lo rechazase, tuvo el descaro de acudir al mío. Pero ya saben cómo son los gremios: todos hablan. Y mi querido señor Johnson es demasiado perspicaz para dejarse embaucar por los encantos del joven. No es la primera vez, ni la segunda, que el padre del joven tiene que rescatarle. Ese supuesto viaje a Italia, tan lleno de arte renacentista... no fue más que una treta para alejarle de cierto individuo en cuya compañía, casualmente, estaba hace dos noches. En realidad, nunca llegó a pisar Italia. Le enviaron a una de las fincas más remotas de su padre, en el campo. Pero, por lo visto, no ha aprendido nada. Está decidido a arruinarse. Y esta vez, estoy convencido de que su padre no le ayudará. De hecho, le he oído decir en más de una ocasión que no lo haría. Si ese muchacho quiere saldar sus deudas, tendrá que buscar el dinero en otro sitio.

Sir Anthony clavó los ojos en Beth, que seguía contemplando con expresión pétrea el retrato del niño. Ella no reaccionó, pero por dentro se tambaleaba. Daniel le había hablado con entusiasmo de Botticelli, de Miguel Ángel. Habían confiado el uno en el otro. Todavía lo hacían, ¿no? Sir Anthony mentía. Tenía que estar mintiendo. Pero ¿por qué? ¿Qué ganaba él con herirla de esa forma, y además en público? En ese instante, Beth le odió más incluso que a Richard. Cerró los puños y apoyó una mano contra la pared para no desmayarse.

—¡Pero, queridas! —exclamó sir Anthony con voz chillona—. Necesito su opinión sobre un asunto de suma importancia. Les ruego me perdonen una pequeña falta de etiqueta.

Las damas, que hasta entonces no habían dejado de vigilar a Beth para observar su reacción, volvieron a centrar toda su atención

en el único caballero presente. Sir Anthony se quitó la casaca con un gesto teatral y giró sobre sus talones.

—¿Qué opinan de mi chaleco, queridas? Me lo ha entregado el sastre esta misma mañana. ¿No les parece encantador?

Todas las miradas se dirigieron al chaleco. Para tratarse de él, el color era inusualmente sobrio: terciopelo beige con un diseño en marrón oscuro de flores y arabescos. El corte, eso sí, era impecable.

—Es precioso, sir Anthony —se atrevió a decir una dama.

—El color es muy favorecedor —apuntó otra.

—Ah, me alegra que así lo piensen —respondió él, con visible satisfacción—. La verdad, era el único detalle que me generaba alguna duda.

—¡Estoy segura de que cualquier color le sentaría bien, sir Anthony! —exclamó Anne, deshaciéndose en halagos.

—Pero no es eso lo que deseo mostrarles —anunció sir Anthony —. Vengan, acérquense. Fíjense bien.

Todas, excepto Beth, se congregaron a su alrededor. Él bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial.

—Está confeccionado *à disposition* —les reveló—. El terciopelo ha sido tejido expresamente para ajustarse al corte de las piezas. ¿No es perfecto? —Las damas se inclinaron para apreciar mejor cómo el dibujo coincidía a la perfección entre los paneles del chaleco—. Por supuesto, es francés —declaró sir Anthony con orgullo, asegurándose de que todas lo miraban antes de inclinarse para coger su casaca del respaldo de una silla—. Pero debo disculparme por este lamentable estado de *deshabillé*[18] —dijo mientras se ponía la casaca. —Varias damas se apresuraron a asegurarle que no se habían sentido en absoluto ofendidas—. No quiero entretenerlas más. Me temo que empiezo a ser tedioso, y los caballeros se enojarán cuando descubran que me he pasado toda la tarde en compañía de sus damas. —Sir Anthony hizo una reverencia elaborada y se retiró con elegancia.

—Qué hombre tan encantador… —suspiró Anne tras su partida.

Un murmullo de aprobación recorrió el salón mientras todas las presentes, sin excepción, comparaban al simpático y atento sir

Anthony con sus maridos, obsesionados con la caza, la política o las apuestas, y todos salían perdiendo. Más de una deseó volver a ser soltera. Ninguno de sus esposos sabría jamás qué significaba *à disposition.* Y Beth tampoco.

Beth salió de la sala sin hacer ruido y cruzó el vestíbulo casi corriendo, ante la estupefacción de Isabella y lady Winter, que bajaban la escalera tras haber terminado su inspección del techo del dormitorio.

Beth se detuvo en seco, pálida como el mármol y temblando, a causa de la rabia que le provocaba sir Anthony y el asco que sentía por sí misma por haber estado a punto de creer en sus maliciosos chismes.

—¿Te encuentras mal, Elizabeth? —preguntó Isabella, acercándose a toda prisa a su prima.

—Sí —respondió Beth, con voz angustiada—. Me duele la cabeza de forma horrible. Creo que debo regresar a casa de inmediato.

No mentía. De pronto, le latían las sienes con fuerza y tenía un nudo en el estómago.

Media hora después ya estaba en su cama, sola con sus pensamientos. Pensamientos que, como la noche anterior, no la dejaron dormir.

—Tiene visita, señorita —anunció Sarah, asomando la cabeza por la puerta a la mañana siguiente.

Beth se había obligado a levantarse, decidida a no dar ningún crédito al relato de sir Anthony. Durante la noche en vela había repasado una y otra vez cada una de sus palabras. Todo parecía bastante verosímil y, si él lo hubiese presenciado en persona, tal vez ella habría llegado a creerlo. Pero no: él había hablado de oídas y, además, se lo había contado un sirviente. Seguramente, ese criado estaría metido en algún asunto turbio y habría inventado semejante disparate para desviar la atención de su amo. Que sir Anthony fuese lo bastante ingenuo como para creerle, no significaba que ella también lo fuera.

—Si es sir Anthony, dile que se marche —murmuró Beth, frunciendo el ceño al tomar su espejo de mano y ver las profundas

ojeras bajo sus ojos.

—No, es lord Daniel —aclaró Sarah, acercándose por detrás—. Un poco de polvos de arroz bastará para disimular eso.

Beth se incorporó de un salto, con tal ímpetu que casi tira el espejo.

—Dile que lo recibiré en diez minutos y... ¿qué ocurre? —le preguntó a Sarah, al ver su expresión preocupada.

—No es nada, de verdad —dijo esta—. Solo que él parece muy... distraído. Como si no fuera él mismo.

A Beth no le importaba lo más mínimo cómo pareciera. Estaba allí. Eso bastaba. Con su presencia, Daniel desmontaría de un plumazo las mentiras de sir Anthony.

—Seguro que ha recibido la respuesta de su padre —dijo Beth—. Acompáñalo al salón, Sarah. Bajo enseguida.

—¿Cree que va a proponerle matrimonio? Está nerviosísimo.

—No. Decidimos ir despacio. Es esencial que cuente con la aprobación de su padre. Si Daniel se declarara formalmente antes de que me haya presentado, no lograría convencerlo. No, debe de ser otra cosa.

Una punzada de duda la atravesó, helándole el pecho, pero la rechazó enseguida. El conde habría respondido de forma negativa, nada más. No era una barrera insalvable. Desde que sir Anthony la invitó a conocer al rey, Beth no había vuelto a ver a Daniel, pero ella le hablaría hoy de la invitación. Eso seguro que impresionaría al conde.

Cuando Beth abrió la puerta del salón, encontró a Daniel paseando de un extremo al otro, como una fiera enjaulada. Al verla, se detuvo en seco. Beth entendió enseguida por qué Sarah se había mostrado tan inquieta. La ropa de Daniel estaba arrugada, como si hubiese dormido con ella puesta, y el ceño fruncido le daba un aire sombrío. Se acercó para saludarla, y Beth percibió el inconfundible olor a tabaco rancio. Daniel no fumaba. Así que, en las últimas horas, había pasado bastante tiempo en un ambiente cargado de humo.

Ella se dejó besar, aunque el aliento de él también olía agrio. Daniel solía cuidar su imagen hasta el más mínimo detalle, por eso

su aspecto la alarmó. Cuando él se apartó, Beth fruncía los labios con la misma preocupación que él dibujaba en su entrecejo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Beth—. ¿Has recibido una respuesta desfavorable de tu padre?

—¿Qué? —balbuceó Daniel, como si no entendiera a qué se refería—. Ah, sí... No, aún no me ha contestado. He venido a preguntarte... otra cosa.

La alarma de Beth creció al instante.

—Me estás asustando, Daniel. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —exclamó él con una sonrisa forzada—. Es solo que... no he dormido bien esta noche, y estoy un poco cansado. ¿Podríamos tomar un té?

Beth llamó para pedirlo, y mientras lo servían, Daniel pareció recobrar al menos una apariencia de tranquilidad. Pero mientras tanto, ella estaba cada vez más nerviosa. Cuando lo vio alargar la mano hacia la tetera para servirse otra taza, no aguantó más.

—Por el amor de Dios, Daniel, ¿a qué has venido?

Él dejó la taza sobre la mesa, se levantó y fue hacia Beth para tomarle las manos.

—Perdóname, Beth —dijo Daniel con una sonrisa—. Estoy muy alterado. He venido a preguntarte si me harías el honor de casarte conmigo. —Estaba tan seguro de que Beth aceptaría, que su reacción lo dejó descolocado. Ella retiró las manos de inmediato y su rostro perdió todo el color—. Lo siento —añadió él—. Debería haber hecho un discurso, arrodillarme... Pero sabes que te quiero, y estoy tan nervioso que si me arrodillo no me voy a poder levantar —bromeó, sin éxito. Beth apartó la mirada y tragó saliva con dificultad.

—Creí que querías ir despacio, Daniel —dijo ella con frialdad—. ¿Qué ha cambiado? —Beth lo miró, rogando para sí que él le diera una buena razón. Algo que explicara su repentina propuesta.

—Nada —insistió Daniel—. Solo que llevo tres días sin verte, y han sido una tortura. Me di cuenta de que no puedo vivir sin ti, y decidí que debía casarme contigo antes de que otro intente apartarte de mí.

Beth cerró los ojos. Quería pensar que se lo estaba imaginando, que no era real esa falta de sinceridad en su tono. Tenía un nudo en

la garganta y tragó de nuevo.

—¿Dónde has estado estos tres días, Daniel? Si tanto me echabas de menos, ¿por qué no viniste a verme? Yo he estado aquí, esperándote.

Era su última oportunidad, aunque él no lo sabía. Si él le hubiera dicho la verdad en ese momento, ella lo habría perdonado, habría aceptado casarse con él contra todo juicio, porque lo amaba.

—He estado ocupado poniendo en orden mis asuntos. Quería asegurarme de que podía permitirme hacerte esta propuesta. Y también... quería comprobar cuánto tiempo podía soportar sin verte.

Beth deseó que la mirara a los ojos, pero él desvió la vista hacia un punto perdido por encima de su hombro izquierdo.

—Ya veo —murmuró ella. Quería creerle, con todas sus fuerzas. Pero aquel aspecto descuidado, la inquietud palpable, la negativa a sostenerle la mirada... todo indicaba que mentía. Las palabras venenosas de sir Anthony regresaron a su mente: «Si el chico quiere pagar sus deudas, tendrá que buscar el dinero en otro sitio». Beth sintió un vacío helado en el estómago. Sin embargo, hizo un esfuerzo titánico por mantener la compostura y adoptó un tono amable, casi frío.

—¿Y has logrado poner tus asuntos en orden? —preguntó.

Él abrió la boca para responder, pero Beth se adelantó.

—Cuatro mil libras no son fáciles de conseguir, sobre todo cuando tu padre se niega a dártelas. ¿Dónde has encontrado esa suma? —La voz de Beth era serena, práctica, sin rastro de emoción. Pero por dentro le hervía la sangre. Deseaba lanzarse sobre él, zarandearlo, herirlo, como él, sin saberlo, la estaba hiriendo a ella.

Por fin, Daniel la miró de frente, boquiabierto, en un gesto de puro asombro.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó de forma automática. Y en cuanto pronunció las palabras, se sonrojó, sabiendo ya que había cometido un terrible error.

—Me lo ha contado sir Anthony —dijo Beth, deseando en el fondo que Daniel lo retara a duelo y lo matara—. Pero ya lo sabe todo el mundo. Y también saben todos que no estuviste en Italia a

principios de año, sino que tu padre te desterró al campo para intentar curarte de tu afición por el juego.

Daniel se dejó caer en una silla, con el rostro tan pálido como el de Beth. Alzó la mirada hacia ella, tratando de encontrar una excusa que sonara razonable.

—Te aconsejo que no inventes nada más —le advirtió ella con frialdad—. Lo mejor que puedes hacer es decirme la verdad. — Notaba cómo el corazón le golpeaba en el pecho con fuerza.

—Te amo, Beth. Esa es la verdad. Y quiero casarme contigo, te lo juro —protestó él con vehemencia—. Siento haber mentido. Tenía miedo de que me despreciaras si sabías de mi afición a las cartas. Pero ya lo he dejado. No volveré a acercarme a una mesa de juego, te lo aseguro.

Parecía sincero. Pero también lo había parecido cuando le había hablado de las maravillas de Florencia y Venecia y de las personas interesantes a las que nunca había conocido.

—No quiero casarme contigo por tu dote —dijo Daniel—. Te amo. ¿Es que no lo sabes?

—Me alegra oírlo, Daniel —respondió Beth—. En ese caso, creo que será mejor que sigamos con tu plan original y esperemos a que tu familia me conozca. Te doy mi palabra de que no me enamoraré de nadie más.

En ese instante, pensaba que jamás volvería a amar ni a confiar en nadie. Pero, si él aceptaba esa propuesta, ella podría aferrarse al menos a la idea de que sus sentimientos no habían sido una completa mentira.

—¡Pero tienes que casarte conmigo! —exclamó Daniel, presa del pánico—. ¡No hay otra salida! —Se incorporó de golpe y trató de abrazarla, pero Beth retrocedió con tanta brusquedad que tropezó con una mesa auxiliar, derribando un jarrón que estalló en mil pedazos al chocar con el suelo. El agua le empapó las faldas, pero no le prestó atención. Lo sabía. Ya no tenía ninguna duda. Daniel solo la quería por su dinero. Que además la amara o no, ya no importaba; ella había dejado de creer en él. Beth sintió cómo se perdía el control que tanto le había costado mantener, mientras el

dolor le subía desde el pecho como una ola—. ¡No puedo vivir sin ti! —añadió él con fervor.

—Pues tendrás que aprender a hacerlo —declaró ella—. La respuesta es no, Daniel. No me casaré contigo. Ni ahora ni nunca. Lo siento.

Beth se dio la vuelta a ciegas, desesperada por huir, por quedarse sola, por encontrar un lugar donde poder gritar, llorar o arrancarse el alma si hacía falta. Sus delicados zapatos de satén crujieron sobre el cristal roto cuando salió corriendo hacia la puerta.

Daniel la interceptó, bloqueándole el paso.

—No puedes hacerme esto, Beth. ¡Pensé que me amabas! —suplicó.

—Sí —dijo ella con voz temblorosa—. Yo también lo pensaba. Pero me equivoqué. Me has traicionado, Daniel. Me has mentido sin necesidad. Ya no te amo. Y eso es todo.

Pasó a su lado sin mirarlo y subió las escaleras con la cabeza bien alta, dejando un rastro de huellas ensangrentadas y a Daniel, devastado en medio del salón.

Cuando Beth llegó por fin a su cuarto, ya no tenía fuerzas para llorar ni para gritar. Se dejó caer en la cama como si el cuerpo le pesara una tonelada, deseando dormirse y escapar de aquel dolor que amenazaba con tragársela.

Sarah apareció al poco rato, alertada por las manchas de sangre en el suelo. Para alivio de Beth, no hizo ninguna pregunta. Se limitó a inspeccionar sus pies, salió en silencio y regresó al poco tiempo con una palangana de agua caliente, unas pinzas y vendas limpias. Extrajo con cuidado los cristales, le lavó las heridas, las vendó y luego cogió la palangana con el agua teñida de rojo y los zapatos rotos.

—¿Quiere que me quede, o prefiere estar sola un rato? —preguntó con suavidad.

Beth la miró por primera vez. El rostro de la criada era todo preocupación.

—Quiero estar sola, Sarah. No voy a hacer ninguna tontería, pero necesito quedarme a solas un momento. —La voz se le quebró y Beth y giró la cara contra la almohada. Un instante después oyó

cómo se cerraba la puerta despacio. Y entonces ya no pudo contener más el dolor. Se encogió sobre la cama, dejando fluir las lágrimas, los sollozos desgarradores, toda la pena que llevaba dentro. Lloró hasta creer que iba a morir. No se había sentido tan perdida desde la muerte de su padre. Y allí mismo, hecha pedazos, se juró que no volvería a permitir jamás que nadie se le acercara tanto como para herirla así de nuevo.

Capítulo 12

Beth permaneció encerrada en su cuarto durante dos días, alegando como excusa sus heridas en los pies. No podía enfrentarse al aluvión de preguntas que le haría su familia. En realidad, aunque las laceraciones le dolían al apoyar el peso del cuerpo, otras veces había soportado molestias similares sin más, acalladas por su entusiasmo vital. Pero ahora ese entusiasmo había desaparecido, y con él toda voluntad de sobreponerse al dolor. Se arrastraba de un lado a otro de la habitación, apenas comía y bebía más vino del que era prudente. Sarah la cuidaba, primero con comprensión, y después con un gesto cada vez más severo, al intuir —con razón— que su señora estaba entregándose a una autocompasión malsana y muy alejada de su carácter habitual.

Isabella subió a su alcoba una sola vez. Beth le explicó que Daniel le había pedido matrimonio y le expuso, con voz apagada, los motivos por los que ella había rechazado la propuesta. Luego Beth guardó silencio, un mutismo huraño que no rompió ni una sola vez, hasta que Isabella captó la indirecta y se marchó.

—Esto no puede seguir así, Beth —dijo Sarah al fin, después de avivar el fuego, encender las velas y cerrar las cortinas, mientras Beth permanecía sentada en una butaca, mordiéndose las uñas y perdida en sus pensamientos. Ella levantó la vista con desgana.

—¿El qué no puede seguir así?

—Esto —repitió Sarah, tajante—. Encerrarte aquí, alejada del mundo. Cuanto más tardes en salir, más difícil te resultará volver a enfrentarte a él.

—Todavía no estoy preparada. Dame un par de días más y veré cómo me siento —respondió Beth con un hilo de voz.

Sarah resopló con impaciencia.

—En un par de días estarás peor. Sé cómo te sientes, pero...

—¿De verdad lo sabes? —la interrumpió Beth de pronto, con un destello de rabia—. ¿Alguna vez has estado enamorada, has confiado por completo en alguien y te han traicionado de la forma más vil?

—¡Claro que sí! —estalló Sarah—. ¿Por qué crees que acabé en la calle antes de que Richard me encontrara? Me enamoré de un hombre que me lo prometió todo y, en cuanto me quedé embarazada, desapareció. Más tarde supe que ya estaba casado y tenía tres hijos. Así que sí, sé perfectamente lo que es.

Beth la miró, sorprendida.

—Lo siento... No lo sabía.

—No podías saberlo. Nunca me lo preguntaste —dijo Sarah con voz más suave.

—¿Y qué pasó con el bebé? —A Beth le ardían las mejillas de vergüenza. Sarah llevaba meses a su lado. Se habían hecho amigas, pero nunca habían hablado del pasado, y Beth jamás se había molestado en preguntarle.

—Murió —respondió Sarah, con un tono que no admitía más preguntas—. Si sigues así, no te recuperarás nunca. Sé que no quieres bajar y enfrentarte a los cotilleos, pero seguirán ahí, digas lo que digas. Al menos podrías aprovechar para contar tu versión.

—¿Hay muchos cotilleos?

—No lo sé. No he salido de casa en dos días. Lo único que sé con certeza es que lord Daniel se ha marchado de Londres. Así que no tendrás que preocuparte por cruzarte con él.

—Tienes razón —admitió Beth—. Me he estado compadeciendo de mí misma. Qué patética... Mañana me levantaré. —Al ver la cara escéptica de Sarah, añadió—: Lo prometo.

A la mañana siguiente no le apetecía en absoluto levantarse, pero había dado su palabra. Y además, siempre se había enorgullecido de ser una luchadora, y en muchos aspectos lo era. Pero era la primera vez que confiaba de verdad en alguien y se sentía traicionada. Lo

que había vivido con Richard la había enfurecido, la había asustado, pero ella jamás le había entregado su corazón.

Se lavó con una toalla empapada en el agua de la palangana, y se vistió sin mucha ceremonia. Iba a pasar el día tranquila en casa, con sus primas, y al día siguiente volvería a sumergirse en la vorágine social.

Estaba cepillándose el cabello cuando oyó un suave golpecito en la puerta. Esta se abrió un poco y la cabeza de Sarah asomó por el hueco.

—Ah, Sarah, justo a tiempo —dijo Beth con un tono animado que no sentía en absoluto—. ¿Me ayudas a arreglarme el pelo?

—Eh... sí, claro. Pero tienes visita —respondió Sarah, entrando en la habitación—. Sir Anthony Peters ha venido a acompañarte para la visita al rey.

Beth se puso roja como una amapola.

—Dile que puede irse al infierno —dijo con frialdad—. No quiero verle. Ni ahora ni nunca.

Sarah bajó al salón, donde sir Anthony esperaba en compañía de Isabella y Richard, y transmitió el mensaje de su señora... con una versión algo más diplomática.

—Oh —dijo el baronet, poniéndose en pie—. Bueno, si la señorita Cunningham sigue indispuesta, estoy seguro de que Su Majestad lo comprenderá. Quizá en otra ocasión. —Se preparó para marcharse. Isabella salió tras él al vestíbulo, aleteando como una mariposa. Richard permaneció en su sitio, con los puños cerrados y una expresión rígida. Al fin se levantó, dejando claras sus intenciones.

Sarah analizó la escena en un instante y elevó una plegaria silenciosa. Confiaba en estar haciendo lo correcto. Se apresuró hacia el vestíbulo.

—La señorita Cunningham se encuentra mucho mejor —dijo—. De hecho, ya está vestida, aunque no para ir a la Corte. Creo que simplemente le da un poco de apuro conocer al rey. —Bajó la cabeza, ruborizada bajo la atenta mirada de sir Anthony.

—¡Oh, sir Anthony! —exclamó Isabella—. Si ya está arreglada, debe subir a convencerla. ¡Ella no puede perderse esta oportunidad! —suplicó.

—Eh... No estoy seguro de que sea lo más prudente, querida...

—Con su elocuencia, podría usted encantar hasta a los ruiseñores. Se lo ruego, sir Anthony.

Richard, con la mandíbula apretada, apareció en el vestíbulo y miró hacia la escalera.

—Bueno, si está tan segura... —cedió Sir Anthony.

Este subió a regañadientes, seguido por Sarah, que le condujo hasta la puerta correcta. Ella llamó con suavidad y luego se hizo a un lado para dejar pasar a sir Anthony.

—¡Adelante! —dijo Beth, de espaldas a la puerta, reconociendo el toque de su doncella—. ¿Puedes ayudarme a domar esta melena?

Sir Anthony contempló con admiración la cascada de cabellos rubio platino.

—Sí, si así lo desea..., pero no estoy seguro de que sea lo más adecuado, querida.

Beth se giró como un resorte sobre el taburete, con el rostro encendido.

—¿Qué demonios hace aquí? ¡Lárguese!

—Ah... Isabella pensó que tal vez yo podría convencerla de...

—¡Que se vaya! —chilló Beth de nuevo, cortándole en seco, mientras cogía el primer objeto que tenía a mano.

Sir Anthony logró cerrar la puerta justo a tiempo: el pesado cepillo de plata impactó contra la madera, justo donde un segundo antes había estado su cabeza.

—Me temo que hoy mis dotes de persuasión no están en su mejor momento —comentó él con jovialidad a Sarah, que seguía en el pasillo—. Tal vez sería mejor intentarlo otro día, cuando su señora esté de mejor humor.

Richard, que había subido parte de la escalera, presenció la retirada del baronet y se acercó a ellos con expresión torva.

—Si tuviera la amabilidad de esperar unos minutos más en el salón, sir Anthony, estoy seguro de que podré convencer a mi hermana de que cambie de opinión —dijo Richard con una sonrisa helada. Luego pasó con paso firme junto al baronet y la doncella, abrió la puerta de la habitación de Beth sin llamar y entró, cerrándola con firmeza tras de sí.

Sarah dio un paso instintivo para seguirlo, pero se detuvo, visiblemente alarmada. Sir Anthony la observó durante un instante y luego se colocó junto a la puerta, apoyándose con aire despreocupado en la pared. Le hizo una señal para que se acercara. Ella obedeció y, en silencio, prestó oído. Desde el interior se oía el murmullo de unas voces, aunque no se distinguían las palabras.

—Esté tranquila, querida —le susurró él en voz baja—. Si su señora necesita ayuda, lo sabremos por el tono en que habla y podremos acudir en su auxilio de inmediato.

Ambos permanecieron allí, atentos, escuchando. El murmullo continuó durante un rato; subía y bajaba, pero no se percibía en él ningún signo de alarma ni violencia. De pronto, al oír un silencio que les heló la sangre, sir Anthony se irguió de golpe, agarró a la asustada Sarah por el brazo y la arrastró por el pasillo. Unos segundos después, cuando Richard abrió la puerta, los encontró de pie junto a un gran jarrón de flores, enfrascados en una animada conversación sobre la disposición ideal de los ramos.

—Por supuesto, la señorita Charlotte sabe mucho más que yo, sir Anthony —afirmó Sarah con convicción improvisada—. Estoy segura de que se ofrecerá encantada a enseñarle cómo colocar las flores correctamente, si desea aprender.

—Sí, me gustaría mucho —respondió sir Anthony—. Y procuraré recordar que hay que cortar los tallos en diagonal, como ha dicho.

Sarah asintió con gesto satisfecho, aunque en realidad no había dicho nada parecido; apenas había tenido tiempo de soltar una frase antes de que Richard saliera.

Ambos alzaron la vista al ver que Richard se acercaba. Aún tenía el rostro enrojecido tras la conversación con su hermana.

—Tu señora necesita ayuda para vestirse para la Corte, Sarah —dijo él con formalidad—. Sir Anthony, si tuviera la amabilidad de esperar un poco más, Elizabeth estará encantada de acompañarle a ver a Su Majestad el Rey.

Beth apareció en el salón veinte minutos más tarde. Iba vestida con el vestido de seda verde pálido que sus primas habían encargado por si lograba ser recibida por el rey. El peinado, elaborado y empolvado, le dejaba el cuello al descubierto, donde

brillaban unos diamantes. Las amplias faldas de cuatro pies de ancho rozaban los marcos de la puerta mientras caminaba con una ligera cojera. Sus ojos relucían con una furia helada al mirar a Richard primero y luego a sir Anthony, y los labios se le habían convertido en una delgada línea. No parecía en absoluto encantada de ir con él a ver al rey. Aun así, sir Anthony se levantó y le hizo una reverencia teatral, como homenaje a su belleza.

—¡Oh, Elizabeth! —exclamaron al unísono Charlotte e Isabella—. ¡El rey va a quedar hechizado!

—Por supuesto que sí —dijo él—. ¿Quién no lo estaría ante una belleza tan deslumbrante?

Le ofreció el brazo, pero Beth lo ignoró por completo.

—¿Nos vamos? —preguntó con frialdad—. No conviene llegar tarde.

Salió de la sala con la cabeza alta, apartando con un movimiento de cadera las faldas para atravesar la puerta. Sir Anthony la siguió en silencio.

A pesar de las dificultades que tuvo para subir al carruaje con semejante atuendo, Beth no permitió que él la ayudara. Finalmente consiguió acomodarse, arreglando sus faldas como pudo. Sir Anthony tomó asiento enfrente, y viajaron en silencio durante unos minutos. Beth miraba por la ventanilla con expresión distante, decidida a no dirigirle la palabra.

—Está enfadada conmigo porque le hablé de las deudas de juego de lord Daniel —dijo él al fin—. ¿Habría preferido no saberlo?

Beth se volvió y le dirigió una mirada glacial.

—No, señor —respondió con calma—. No estoy enfadada por lo que me dijo sobre Daniel. Estoy enfadada porque se hace llamar mi amigo y luego se recrea en humillarme en público.

Sir Anthony se inclinó hacia delante con un movimiento tan brusco, apoyando las manos en las rodillas como si fuera a lanzarse sobre ella, que Beth se echó atrás por puro reflejo. Nunca lo había visto ni siquiera molesto, y para su sorpresa sintió un escalofrío de miedo. De pronto, él le pareció inmenso, amenazador.

—Le aseguro, señora —dijo con un tono tan gélido como el de ella—, que no obtuve placer alguno al hacerlo. Pero no me dejó otra

opción. Yo intenté...

—Ahórrese sus excusas, sir Anthony —lo interrumpió Beth—. Si teme que me comporte de forma inapropiada en St. James por el odio que le tengo, puede estar tranquilo. Haré la actuación de mi vida. Pero sepa algo: no tengo ningún interés en conocer a ese rey suyo; lo hago porque mis primas y la sociedad entera parecen considerarlo crucial, y porque mi hermano despedirá a todos mis criados en Manchester si me niego.

Beth se detuvo. En su furia —y con un temor que no acababa de comprender—, había dicho más de lo que pretendía. Inspiró hondo y prosiguió con voz más pausada, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Después de esta visita, le agradecería que pusiéramos fin a nuestra relación. Entiendo que será inevitable coincidir de vez en cuando, y seré educada cuando ocurra. Pero no necesito amigos como usted, que me apuñalan por la espalda solo por el gusto de ser los primeros en divulgar un escándalo.

Sir Anthony se recostó de nuevo en el asiento y la miró un momento en silencio, antes de apartar la vista.

—Como desee —respondió él, con un desdén que dolía más por su frialdad que por sus palabras.

El trayecto de regreso se hizo largo, en parte por el silencio que ambos mantuvieron. Beth, tras dar una actuación impecable ante el rey, había apagado toda su energía en cuanto volvió a subir al carruaje. Sir Anthony no se comportaba de otro modo: tamborileaba suavemente con los dedos sobre la rodilla mientras miraba por la ventanilla. Durante la audiencia con el monarca, se había mostrado muy distinto a su habitual actitud florida y afectada. Beth lo observó con disimulo. Nunca lo había visto vestir de forma tan sobria: calzones y medias color crema, un chaleco azul marino, levita a juego, sin rastro de los bordados ostentosos de siempre. Ni una pizca de su colonia de violeta. A pesar del maquillaje, había parecido incluso viril cuando habló con el rey sobre temas militares en un alemán impecable. Beth se preguntó, una vez más, qué clase de hombre sería en realidad sir Anthony. Tal vez llevaba tanto tiempo interpretando papeles que ya no recordaba quién era en verdad.

El carruaje se detuvo con un traqueteo, y Beth miró por la ventanilla, desconcertada.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó.

—Le prometí a Caroline que pasaríamos a tomar el té después de St. James —respondió él—. Ya sé que le resulta desagradable estar en mi presencia, pero pensé que quizá disfrutaría de una charla tranquila con Caroline antes de volver a casa. No voy a entrar —añadió—. Tengo otros asuntos. Enviaré el carruaje a recogerla dentro de una hora.

Bajó del coche y le ofreció la mano. En cuanto ella pisó la acera, la soltó de inmediato. Su actitud era formal y distante.

—Gracias —dijo Beth. Seguía odiándolo, pero le perturbaba que él hubiera sido lo bastante atento como para entender que no querría volver directamente a casa, y que Caroline era la única persona cuya compañía no le resultaría agotadora tras una mañana tan tensa.

—Permítame expresarle mi sincero pesar por el hecho de que deba acompañarme una vez más a palacio. Le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para que le resulte lo menos penoso posible.

Beth se había sentido desconcertada cuando el rey, tras dejarla a merced del duque de Cumberland —cuyas miradas lascivas le provocaron un rechazo inmediato—, volvió de pronto hacia ella después de hablar animadamente en alemán con sir Anthony.

—Señorita Cunningham, le estaba diciendo a sir Anthony que la semana que viene celebraré una velada musical, y me encantaría que nos honrara con su belleza.

Los ojos del duque brillaron de entusiasmo y el ánimo de Beth se vino abajo, pero no le quedó más remedio que aceptar la invitación de Su Majestad.

Sir Anthony la acompañó hasta la escalinata de la casa de Caroline y luego regresó a su carruaje antes de que abrieran la puerta.

Caroline se encontraba en su acogedor salón, decorado en tonos crema y azul, cuando Beth fue anunciada. Al verla sola, pareció sorprendida, pero no comentó la ausencia de sir Anthony.

—Siéntese, Beth, antes de que se caiga —le dijo—. Tiene usted un aspecto agotado. ¿Tan terrible ha sido?

Podía referirse a muchas cosas: la propuesta de Daniel, la discusión con sir Anthony o la visita a St. James. Beth eligió lo último.

—Sí —respondió, dejándose caer en un sillón y aceptando una taza de té con gratitud—. Odio tener que fingir. Aunque, al parecer, no se me da tan mal: el rey me ha invitado a una velada musical la semana que viene.

Caroline silbó entre dientes.

—Debió de impresionarlo —comentó—. Ya no invita a mucha gente, salvo a sus amigos más cercanos.

—No creí haberlo hecho —dijo Beth, acomodándose lo mejor que pudo dentro del sillón, limitada por sus enormes aros—. Me dijo que estaba encantado de conocerme y luego me ignoró por completo durante más de media hora, mientras charlaba con sir Anthony en alemán. No sabía que fueran tan cercanos.

Recordaba cómo el rey le había pasado un brazo por los hombros a sir Anthony con aire de camaradería, guiándolo hacia una mesa cubierta de mapas.

—No diría que sean amigos íntimos, exactamente —replicó Caroline—. Pero Anthony tiene la ventaja de hablar alemán con fluidez, algo poco común entre los súbditos británicos de Jorge. Y puede escuchar durante horas, fingiendo entusiasmo, las eternas historias de gloria militar que el rey repite una y otra vez, soñando con revivirlas en su vejez.

—¿De veras? —preguntó Beth, con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí, claro. Es de dominio público que el rey tiene intención de liderar él mismo a sus tropas. Planea partir hacia Holanda en un par de semanas. Creo que el príncipe Guillermo Augusto lo acompañará. Aunque, claro, usted ha estado ocupada con otros asuntos en las últimas semanas; de otro modo, ya lo sabría.

Beth decidió esquivar con elegancia el tema que Caroline había mencionado de forma apenas velada.

—El príncipe Guillermo Augusto también estaba presente —comentó—. Desde luego, dejé huella en él. Creí que los ojos se le

iban a caer dentro del escote, de tanto como lo miraba.

Caroline soltó una carcajada.

—Ese vestido realza sus encantos como ninguno —dijo observando el generoso escote de Beth.

—No es mérito del vestido, sino del corsé —respondió Beth—. Sarah me lo apretó tanto que me sorprende que los pechos no hayan salido disparados. Tal vez eso era lo que el duque esperaba. No he llevado nada tan incómodo y aparatoso en mi vida. Estoy deseando quitármelo.

—Me temo que tendrá que acostumbrarse, si ha captado la atención del príncipe. Sin duda la invitarán a toda clase de actos oficiales a partir de ahora.

—Dios mío... —gimió Beth, llevándose una mano a la frente—. Espero que no.

—¿No le ha gustado el príncipe? —preguntó Caroline, con una ceja enarcada—. A muchas damas les parece de lo más atractivo.

Beth la miró como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Me cuesta creerlo —dijo Beth—. Aunque, pensándolo mejor, quizá no. Nunca deja de sorprenderme lo que algunas mujeres consideran atractivo.

—Los títulos y el dinero son afrodisíacos muy potentes, querida —comentó Caroline, imitando con inquietante precisión la voz de sir Anthony.

Una sombra cruzó fugazmente el rostro de Beth.

—Entonces, menos mal que Guillermo Augusto tiene ambos, porque lo que es en belleza y carácter va bien escaso.

Le resultaba repulsivo: aquella gordura incipiente, los labios rojos y húmedos, los ojos azules, saltones… Sus comentarios habían sido, en apariencia, inofensivos: una observación sobre el clima, una pregunta amable sobre cómo estaba viviendo su primera temporada en Londres…, pero cada palabra iba dirigida a su escote, y Beth estaba convencida de que, aparte de desear acostarse con ella sin más demora, consideraba que las mujeres no merecían el menor respeto.

—No importa. Estoy segura de que Anthony la protegerá de cualquier intención deshonrosa que pueda tener el príncipe. Tiene el

talento especial de aparecer fingiendo inocencia justo en el momento en que más falta hace un caballero que rescate a la dama.

Caroline se detuvo un instante para servirse más té y luego lanzó a Beth una mirada sagaz.

—Cada vez que menciono a Anthony, pone usted cara de estar chupando un limón. Más le vale contarme qué ha pasado. Supongo que sigue enfadada con él por haberle contado lo de las deudas de juego de lord Daniel.

—Eso es lo que él creía —respondió Beth, con tono airado—. Pero no, no me habría enfadado si me lo hubiera dicho directamente. Me habría dolido, claro que sí, pero necesitaba saberlo. Sobre todo después de lo que pasó después. Pero no fue así, Caroline. No me lo dijo a mí: lo anunció en voz alta, delante de una sala llena de cotillas estúpidas, y disfrutó cada instante. Fue espantoso.

Para su consternación, los ojos se le llenaron de lágrimas. En ese momento comprendió lo frágil que seguía estando. Aspiró hondo y bajó la vista a su taza.

—Está siendo injusta con él, Beth —dijo Caroline con suavidad—. Le aseguro que no disfrutó nada haciéndolo.

—¿Eso le ha dicho? —preguntó Beth, con los ojos encendidos—. Pues yo estuve allí. Créame, se recreó en cada palabra. No veía la hora de humillarme delante del mayor número posible de mujeres.

—No puedo discutir eso con usted, Beth. Tiene razón, no estaba allí. Pero sé algo con certeza. En cuanto se enteró de lo de Daniel, vino a buscarla dos veces al día durante tres días. Isabella le dijo que usted estaba enferma y que no podía recibir a nadie. Estaba aterrorizado ante la idea de que Daniel le pidiera matrimonio y usted aceptara sin conocer la verdad. Todos temíamos que eso ocurriera. Sabíamos lo colada que estaba por él. La verdad, yo creí que acabaría convenciéndola de casarse, incluso siendo evidente que solo la quería por la dote. Fue Anthony quien dijo que usted tenía más cabeza de la que pensábamos. Y tenía razón. No podía forzar la entrada para hablar con usted. Aprovechó la única ocasión que tuvo para decírselo.

Beth entrecerró los ojos y examinó el rostro de Caroline, que se había encendido por la emoción.

—¿Por eso me ha traído hasta aquí y luego ha desaparecido? ¿Para que usted defendiera su causa e intentara convencerme de que lo perdonara?

—Claro que no —replicó Caroline, con brusquedad—. Pensé que entraría con usted. Por el amor de Dios, Beth, sé lo afectada que está por la traición de Daniel, pero no crea que todos son como él. Anthony se escandalizaría si supiera que estoy defendiéndolo. Sin duda preferiría que usted llegara a sus propias conclusiones sobre sus motivos. Pero no voy a quedarme sentada mientras lo acusa sin razón. Él es mi amigo. Y usted también. Estamos aquí si nos necesita. Pero no descargue sobre Anthony —ni sobre mí— la rabia y el dolor que le ha causado Daniel. No es justo.

Beth bajó la mirada a la alfombra. Las palabras de Caroline le habían dolido, y su primer impulso fue contraatacar. Pero su amiga tenía razón. Había estado ciega por Daniel, incapaz de ver defecto alguno en él. Y ahora, por miedo a sufrir más dolor y vergüenza, se estaba esforzando por ver lo peor en todos.

—Lamento que haya salido herida, Beth. Lo digo de corazón —continuó Caroline, con voz más cálida—. Pero no puedo decir que me apene que por fin haya visto a lord Daniel tal como es. Ni Edwin ni yo pensábamos que fuera el adecuado para usted, a pesar del título. Quería decirle eso. Tal vez le sorprenda, pero Anthony opinaba que usted debía decidir sola, y que no debíamos intentar influirla. Solo cuando descubrió hasta qué punto estaba endeudado Daniel, decidió advertirla. No tuvo alternativa. Y usted no quiso recibirlo a solas. Sé que no le cae bien, pero se preocupa por usted, Beth.

Beth seguía sin moverse, con la cabeza gacha. De pronto, una lágrima cayó sobre la seda pálida de su vestido. Luego otra. Los hombros comenzaron a temblarle mientras intentaba contener el llanto. Entonces Caroline se arrodilló a su lado, la abrazó, y Beth se dejó acunar en el calor reconfortante de su amiga y se abandonó por fin al dolor.

Cuando Edwin regresó a casa, encontró a Beth más tranquila, aunque los ojos aún delataban el llanto reciente. Al entrar en el

salón y encontrarse con aquella escena tan femenina y cargada de emociones, se detuvo a unos pasos de la puerta, visiblemente incómodo.

—Ah… —murmuró—. ¿Sir Anthony está en la biblioteca?

—No —respondió Caroline—. No ha entrado con Beth.

—Vaya —dijo Edwin—. Como su carruaje sigue fuera, pensé que…

Beth se incorporó de golpe.

—¡Oh! Me dijo que enviaría el coche a recogerme en una hora. Lo había olvidado por completo. Debo marcharme.

—No hará tal cosa hasta que esté usted lista —intervino Caroline con firmeza—. Además, tengo algo que contarle, en cuanto hayamos resuelto qué hacer con sir Anthony.

—¿Queréis que os deje a solas? —preguntó Edwin, con gesto precavido, deseando marcharse de aquella escena con lágrimas incluidas.

—No, siéntate. Quizá puedas darnos tu opinión —le respondió Caroline, tajante.

Edwin se dejó caer en el borde de una silla, poco convencido.

—Beth le ha dicho a sir Anthony, con toda claridad, que desea poner fin a su amistad —explicó Caroline.

Beth se sonrojó.

—Bueno… Lo que dije fue que no necesitaba amigos capaces de clavarme una puñalada por la espalda por el placer de ser los primeros en propagar un cotilleo.

—Ah… Ya veo —dijo Edwin, rascándose la nuca—. Con eso, desde luego, quedó claro.

—Se mostró muy frío conmigo después de eso —añadió Beth, en voz baja—. Excepto durante la actuación para el rey, claro.

—Era de esperar —dijo Caroline—. Usted lo ha herido. Si hubiera sido un hombre, seguramente la habría retado a duelo. Es lo que suelen hacer en estos casos, ¿no? —añadió, mirando a Edwin.

—Bueno… sí, aunque ya no está bien visto. ¿Queréis que os sirva más té?

—No. Quédate donde estás —dijo Caroline con firmeza—. La cuestión es: ¿quiere usted realmente romper su amistad con sir

Anthony, Beth?

—No lo sé —respondió Beth con franqueza—. Sé que no tengo la opinión que ustedes tienen de él, pero parece que he sido injusta con alguien que solo trataba de ayudarme. No puedo dejar las cosas como están.

—Tendrá que verle de nuevo la semana que viene. El rey los ha invitado a una velada musical en Palacio.

—¡Ah, caray! —exclamó Edwin—. Parece que vuestra actuación ha dejado huella, Beth.

—Sí, sí… —intervino Caroline—. La pregunta es si debería esperar hasta entonces para disculparse o escribirle antes.

Ambas lo miraron con expectación.

—Bueno… para entonces ya se le habrá pasado el enfado, supongo. Quizá lo mejor sea esperar. Aunque… tampoco haría daño escribirle una carta adecuada mientras tanto —respondió Edwin, con una sonrisa conciliadora.

—Ahora ve usted por qué Edwin es político, Beth —dijo Caroline —. Es un maestro en evitar una respuesta directa. Permíteme ser más clara, querido: si tú hubieras insultado a sir Anthony como lo ha hecho Beth, ¿qué harías?

—Probablemente acabar sangrando a chorros en Hyde Park —dijo Edwin, encogiéndose de hombros—. Puede que os sorprenda, pero sir Anthony es muy hábil con la espada. Lo he visto practicar. No querría tenerlo delante en un duelo.

—Me rindo —resopló Caroline—. Anda, ve por más té.

Edwin salió disparado de la habitación, agradecido por la excusa.

—¿Cuál era ese asunto del que deseaba hablarme antes? —preguntó Beth.

Caroline vaciló.

—Puede esperar. No creí que lo de Daniel la afectaría tanto. Pero quizá sea mejor que lo oiga de mí antes que de otra persona.

—Empieza usted a parecerse a Edwin —dijo Beth, con una sonrisa cansada. Después del llanto, se sentía más ligera. Resultaba reconfortante poder hablar con libertad—. Dígamelo. Si es algo desagradable, prefiero saberlo por usted, y no por una víbora como lady Winter.

—Lord Daniel ha dejado Londres. Ha regresado a la finca de su padre —dijo Caroline. Beth asintió—. Pero antes de marcharse, dejó caer que la había visitado… y que hubo una escena especialmente emotiva.

—Es cierto —admitió Beth—. Me propuso matrimonio y lo rechacé. Estábamos los dos bastante alterados.

—Esa es una versión —repuso Caroline. Tomó aire antes de continuar—. Según él, descubrió que su madre era en realidad una prostituta de las Highlands, a la que su padre fue engañado para tomar por esposa. Dice que, al saberlo, vino a decirle que no podía casarse con usted… y que usted le suplicó, entre lágrimas, que cambiara de opinión.

Beth se quedó inmóvil, completamente helada.

—Lo siento —añadió Caroline, en voz baja—. Tal vez debí esperar un poco más.

—No —dijo Beth, con la voz temblando de rabia—. Ha hecho bien. Era mejor oírlo de usted.

Apretó los brazos del sillón con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Por Cristo… —susurró—. Ojalá fuera un hombre. Lo mataría por eso. Y si se presenta la ocasión, puede que lo haga igualmente.

Alzó la vista hacia Caroline, y luego miró a Edwin, que acababa de regresar con la bandeja del té.

—Para que ambos lo sepan —dijo Beth—. Es cierto que mi madre era de las Highlands. Se llamaba Ann MacDonald. Era pobre. Fui tan ingenua como para confiárselo a Daniel. Pero no era una prostituta. Y mi padre no fue engañado. Se amaban de verdad. No podría haber tenido una madre mejor. Y no podría tener un hermano peor. Cuando ese rumor llegue a sus oídos, me matará.

Edwin y Caroline se miraron con inquietud. Estaba claro que Beth no exageraba. Anthony ya les había advertido sobre la crueldad de Richard. ¿Pero de verdad era tan peligroso?

—No lo hará —afirmó Caroline con seguridad.

—No lo conoce, Caroline —replicó Beth—. No le he contado ni la mitad de lo que ha hecho.

—Puede que no. Pero mientras piense que tiene usted una buena oportunidad de casarse con alguien influyente en el ejército, no le conviene hacerle daño. ¿No es así?

—Tal vez… Pero en cuanto ese rumor corra, nadie querrá saber nada de mí —dijo Beth.

—¡Qué disparate! Usted sigue teniendo veinte mil libras. Y dígame, ¿quién va a creer al hijo desheredado de un simple conde, cuando la mujer que lo rechazó ha llamado la atención del mismísimo duque de Cumberland? Un hombre que, dicho sea de paso, tiene más influencia militar que nadie, salvo el rey.

Beth y Edwin la miraron con asombro.

—No me miréis así —dijo Caroline, encogiéndose de hombros—. No estoy mintiendo. Creo que su hermano, en lugar de querer matarla, se desvivirá por complacerla cuando se entere. Además, el rey y el duque partirán en breve del país. Estarán demasiado ocupados con la guerra como para perder tiempo en desmentir rumores. Creo que mañana daré una cena pequeña. Solo unos pocos amigos selectos. Qué pena que usted no podrá venir, Beth.

—Gracias, Caroline —dijo Beth.

—No tiene que darme las gracias —respondió Caroline—. Será un placer. Nunca me cayó bien ese niño mimado de Daniel. Y, si le soy sincera, tampoco me gusta su hermano, aunque él nunca me ha hecho nada.

—No le agradezco eso, aunque debería hacerlo —replicó Beth—. Le doy las gracias por contarme lo que Daniel dijo sobre mi madre. Me ha curado por completo de la fascinación que sentía por él.

Y era cierto, pensó Beth unos minutos después, mientras el cochero la ayudaba a subir al carruaje de sir Anthony. El antiguo amor y la herida que llevaba arrastrando se habían convertido en una rabia lenta y persistente. Beth se recostó en el asiento con un suspiro. Qué día tan interminable. Le costaba creer que aún no fueran ni las cuatro. Sentía como si hubiese envejecido diez años en unas pocas horas. Sin duda, había madurado. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a entregar el corazón con la misma ingenuidad. En los últimos días había aprendido muchas cosas sobre la traición, pero también sobre la maldad gratuita. Y, con cierta

incomodidad, Beth reconoció que ella misma no había estado libre de culpa.

Mientras el carruaje avanzaba dando tumbos por el camino empedrado, Beth se reprochó no haber dado a sir Anthony la oportunidad de hablar. No solo lo había juzgado sin escucharlo, sino que también lo había insultado. Y, aun así, él la había tratado con cortesía delante del rey, la había llevado hasta casa de Caroline sabiendo que necesitaba apoyo, y después había enviado su coche a recogerla. Beth no quería esperar hasta la semana siguiente para arreglar las cosas entre ellos. Por muy cansada que estuviera, escribiría esa misma noche.

Beth permaneció unos minutos en silencio, dándole vueltas a la forma en que podría redactar la carta. Luego golpeó el techo del carruaje y le pidió al cochero que diera la vuelta. No quería dejar nada pendiente.

El criado que abrió la puerta iba vestido con un uniforme verde impecable. Beth notó que la miraba desde cierta altura, con esa leve superioridad que todos los buenos lacayos parecían llevar incorporada.

—Buenas tardes —dijo Beth con decisión—. He venido a ver a sir Anthony, si está en casa.

En realidad, Beth esperaba que no estuviera. Le había pedido al cochero que la llevara a la casa de los Peters por impulso, y ahora empezaba a arrepentirse.

—¿Él la está esperando, señorita…?

—Cunningham —respondió Beth, mientras lo observaba más de cerca. Aunque el criado solo había dicho unas pocas palabras, su acento era inconfundiblemente escocés. Beth bajó la vista hacia sus manos, pero él llevaba guantes de piel beige. No podía pedirle que se los quitara, ni preguntarle si tenía una cicatriz en la mano derecha.

—No —añadió Beth, volviendo en sí—. Pero estoy segura de que me recibirá. Se trata de un asunto urgente.

El lacayo la observó con descaro, deteniéndose en el elaborado vestido que Beth aún llevaba puesto. Después de una pausa, pareció

tomar una decisión.

—Si quiere esperar en el vestíbulo, señorita Cunningham, veré si sir Anthony está recibiendo visitas.

Él subió por la escalera, y Beth se sentó en una silla tapizada en terciopelo, mientras miraba alrededor con curiosidad. Nunca había estado en la casa de sir Anthony. Él le había contado que alquilaba una vivienda durante la temporada, como hacían muchos caballeros, pero Beth esperaba encontrar algún toque personal. En casi todas las casas que conocía, los retratos familiares decoraban las paredes del vestíbulo o subían por la escalera, mostrando con orgullo los orígenes de los dueños.

Sin embargo, en la casa de sir Anthony no colgaba más que un paisaje anodino: unas vacas peludas pastaban en un páramo desolado. En la escalera no había ni un solo cuadro. Sin nada que ocupara su mente, Beth empezó a repasar lo que iba a decir. Pensó en varias formas de comenzar, pero las descartó todas. A medida que pasaban los minutos, empezó a sentirse inexplicablemente nerviosa. Aquello era absurdo. Ni siquiera le agradaba tanto ese hombre. Si rechazaba su disculpa, al menos Beth se marcharía con la conciencia tranquila. Caroline y Edwin seguirían siendo sus amigos. Su vida no cambiaría por perder el trato con un caballero afectado.

Un leve carraspeo la hizo incorporarse de golpe. Sir Anthony estaba al pie de las escaleras, observándola con el rostro completamente neutro. Beth no tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí. En su desconcierto, todas las frases que había preparado se esfumaron.

—Oh… Eh… Siento molestarle, sir Anthony —dijo Beth, titubeante —. Espero no haber venido en un mal momento.

Beth esperaba que él la invitara al salón, o que hiciera algún comentario exagerado sobre lo inapropiado que era recibir a una dama sin acompañante. Pero sir Anthony no hizo ninguna de esas cosas. Simplemente la miró.

—Ha dicho que era un asunto urgente. ¿Qué desea? —preguntó él, con brusquedad.

El tono de sir Anthony era tan distinto al habitual que Beth se quedó sin palabras durante unos segundos.

—He venido a disculparme, sir Anthony —dijo finalmente.

Él alzó una ceja, sin decir nada, y esperó a que ella continuara.

—Le acusé injustamente de disfrutar haciéndome daño. Ahora sé que me equivoqué. Caroline me explicó que usted actuó así porque yo me negué a verle en privado y…

—No tenía derecho a contarle eso —interrumpió él—. ¿También le dijo que viniera aquí a disculparse?

—¡No! —exclamó Beth—. Jamás me disculparía con nadie por indicación de otra persona. Caroline solo me ayudó a entender su punto de vista. Yo no le dejé explicarse, y también me arrepiento de eso. Cuando le comenté que quería disculparme, ella me sugirió que le escribiera una carta o que esperara a la semana próxima.

—Ya veo. ¿Y por qué no siguió su consejo? No es común que una dama soltera visite sola a un caballero. Una carta habría sido más apropiada.

Beth lo miró. Él estaba serio, frío, distante. No iba a aceptar su disculpa. Y, sin saber por qué, esa idea le dolió. «Estoy demasiado sensible», se dijo. «Ahora mismo, cualquier detalle puede afectarme».

—Tiene razón —dijo Beth, imitando su tono distante—. No quería esperar más para arreglar las cosas entre nosotros. Pero veo que no se pueden remediar. Adiós.

Su voz vaciló al decir la última palabra, y Beth se maldijo por dentro. Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Ya tenía la mano sobre el picaporte cuando él la detuvo, apoyando la suya sobre la de ella.

—¿Por qué? —preguntó él, en voz baja—. ¿Por qué no quiso esperar?

Beth se volvió. Él estaba tan cerca que tuvo que alzar el rostro para mirarlo a los ojos. Los suyos eran de un azul pizarra, con motas doradas que brillaban a la luz. Él la miraba con una intensidad tan serena que a Beth se le secó la boca. Sin su perfume habitual, olía a lino limpio y a una fragancia suave y masculina. Beth apartó la

mirada con esfuerzo, centrando los ojos en el botón plateado de su chaleco.

—Porque no me gusta dejar los asuntos difíciles sin resolver más tiempo del necesario —respondió ella.

—¿Esa es la única razón?

—Por supuesto. ¿Qué otra podría haber?

Él dio un paso atrás, como si se replegara sobre sí mismo.

—En ese caso —dijo él, y de pronto recuperó la expresión y el tono del sir Anthony que Beth conocía—, permítame tranquilizarla, querida. No hay motivo para que persista ningún malentendido entre nosotros. Acepto su disculpa. Dejemos atrás ese incidente tan lamentable y no volvamos a hablar de ello. Y aunque me encantaría invitarla a cenar, no sería prudente arriesgarnos a provocar habladurías.

—Desde luego —dijo Beth, deseando más que nunca alejarse de aquel hombre tan desconcertante.

—Mi carruaje está, por supuesto, a su disposición. Mi criado la llevará de inmediato a casa. Su familia, sin duda, ya debe de estar preguntándose dónde se encuentra.

Él sonrió.

Mientras regresaba a casa, Beth no podía dejar de pensar: «¿Cómo lo hace? ¿Cómo cambia de máscara con tanta facilidad?». Aquel día había conocido tres, tal vez cuatro caras distintas de sir Anthony… y aún no estaba más cerca de conocer al verdadero hombre que se ocultaba detrás de todas ellas.

Capítulo 13

1743, junio

«Queridos amigos:

Gracias por vuestra carta, que por supuesto habrá leído Richard, y quizá Edward también, y por la valiosa información sobre las cuentas y la venta del excedente de mantequilla. Para mí ha sido maravilloso poder escribiros desde el corazón, gracias a Sarah, pero es muy frustrante no poder recibir respuestas del mismo tipo. Saber que estáis bien y que las gallinas ponen en abundancia no deja de ser reconfortante, pero estoy segura de que tenéis mucho más que contarme, aparte de eso. Os escribo para deciros que, por fin, tengo una dirección segura donde puedo recibir cartas sin que mi familia se entere.

Ya os he hablado de Edwin y Caroline. Ahora les he confiado mis dificultades. Han sugerido que me escribáis a su dirección y que ellos me harán llegar vuestras cartas sin abrir. Confío plenamente en ambos, así que podéis escribir con total libertad y sin temor alguno.

Por supuesto, Thomas deberá seguir escribiendo sus cartas formales a esta misma dirección, y yo le responderé como he venido haciendo hasta ahora.

Por lo demás, la vida aquí ha seguido su curso con normalidad. No he vuelto a ver a lord Daniel desde que rechacé su propuesta, y espero no tener la desgracia de toparme con él nunca más. En cuanto a sir Anthony, hemos recuperado la cordialidad, aunque sigo sin confiar en él ni sentir verdadera simpatía, por mucho que Caroline y Edwin insistan en defenderlo.

La vil mentira que Daniel divulgó sobre mi madre parece haber perdido fuerza, gracias a que ahora es de dominio público que gozo del favor tanto del Elector como de su horrendo hijo, el duque de Cumberland. No os imagináis el alivio que sentí cuando la velada musical se pospuso por indisposición del señor Handel. Y como tanto Jorge como William están ahora en el extranjero —y, al parecer, lo estarán por un buen tiempo, ojalá fuera de forma permanente—, puedo disfrutar con tranquilidad de ese favor real sin temor a cruzarme con ellos.

Ni Richard ni Edward han mencionado el rumor sobre mi madre. Supongo que lo habrán oído, aunque Caroline lo sofocó casi de inmediato.

Voy a darle esta carta a Sarah y quedo deseando con todo mi corazón volver a saber de vosotras muy pronto. Os echo mucho de menos.

Vuestra amiga,

Beth».

—¿Está seguro de que esto es la última moda en Francia? —preguntó Beth, abrazando el diminuto ridículo bordado contra el pecho. Isabella y Clarissa llevaban el mismo accesorio —un regalo del caballero al que Beth se dirigía en ese momento—, aunque sus primas lo sostenían con mucha más despreocupación que ella.

—Se lo aseguro, mi querida Elizabeth —respondió sir Anthony con un tono meloso—. El ridículo es el colmo de la elegancia.

—También es el colmo de la estupidez —replicó Beth con una mueca, mientras lanzaba una mirada de desconfianza a los demás compradores del Strand. Estaba convencida de que en cualquier momento un raterillo saldría de un callejón y le arrebataría aquel artilugio inútil—. O en Francia no hay ladrones, o las damas son increíblemente descuidadas con sus pertenencias. Me siento mucho más segura llevando mis cosas en un bolsillo oculto.

—Se preocupa demasiado, querida mía —dijo sir Anthony con ligereza—. Nadie se atrevería a molestarla a usted ni a sus encantadoras primas. No estando yo presente, y menos aún con el formidable sargento Cunningham como centinela.

El formidable sargento Cunningham, apoyado en el marco de la tienda, deseaba con todas sus fuerzas que apareciera una banda de ladrones y se llevara no solo los ridículos, sino también a las damas, librándolo así de aquel suplicio. No comprendía en qué momento había aceptado la absurda sugerencia de Edward de acompañar a las señoras y a sir Anthony de compras. Acababa de pasar cuatro de las horas más aburridas de su vida entrando y saliendo de tiendas, mientras sus acompañantes suspiraban de entusiasmo ante una interminable colección de chucherías inútiles y carísimas. Para colmo, no había tenido oportunidad alguna de tomar a sir Anthony aparte y tratar de recomponer su relación, que últimamente se había enfriado sin razón aparente. No soportaba al hombre, pero, como bien le había recordado Edward, contaba con excelentes contactos. Incluso se rumoreaba que el mismísimo rey le había escrito desde Hannover. Con un suspiro resignado, el sargento siguió a regañadientes a Isabella, que acababa de desaparecer en otra tienda, esta especializada en adornos para sombreros y peinetas.

Beth ya estaba dentro, pagando unos lazos y horquillas decoradas que pensaba regalar a Sarah por su cumpleaños. Forcejeó con fastidio con el cierre del ridículo.

—Esto es lo más absurdo que he visto en mi vida… —empezó a decir. Justo entonces, el broche saltó y el contenido del bolsito amenazó con esparcirse por el suelo. Beth consiguió recoger casi todo, salvo unas pocas monedas que salieron rodando bajo las estanterías.

—¡Esto es el colmo! —exclamó—. Lo siento, sir Anthony. No quiero parecer desagradecida, pero este es el regalo más inútil que me han hecho jamás.

—Por supuesto que lo es —respondió él, imperturbable—. No está pensado para ser útil. Es un complemento de moda. Le sugeriría que, en adelante, no lleve más que el dinero justo para el día en el ridículo, y que guarde el resto en esos bolsillos ocultos que tanto le gustan. Permítame.

Sir Anthony se inclinó con cortesía y pagó al comerciante con una moneda que extrajo del práctico bolsillo de su chaleco.

—Y ahora —añadió con aire conspirativo, inclinándose hacia Richard, que observaba a su hermana con gesto severo—, ¿podría sugerir que nos retiremos a tomar un refrigerio antes de seguir con las compras? He recibido noticias muy interesantes desde Hannover, y me encantaría comentarlas con usted mientras tomamos un café, sargento Cunningham.

Después de cenar —una cena a la que sir Anthony había sido invitado—, los caballeros se retiraron al despacho de lord Edward y las damas a sus habitaciones, exhaustas por la intensidad del día. Beth no estaba cansada en absoluto, pero agradeció la oportunidad de pasar un rato a solas. Antes de subir a su cuarto, se dirigió a la biblioteca para elegir un libro. Todavía llevaba consigo el ridículo, aunque no por gusto. Las señoras habían llegado tarde a casa; la cena ya se había retrasado, y como Edward no estaba dispuesto a esperar más, habían comido sin cambiarse. Beth había dejado el ridículo tras el respaldo de su silla, sin intención alguna de que el broche se abriera de nuevo y sus pertenencias terminaran esparcidas por el mantel. Sir Anthony había tenido razón: no debía haber guardado en él su posesión más valiosa. No volvería a hacerlo. Necesitaba encontrar un escondite seguro en su cuarto, fuera del alcance de una criada curiosa. O quizá sería mejor seguir como hasta ahora, llevándoselo consigo siempre, oculto en un bolsillo atado a la cintura bajo la falda.

Frente a las estanterías, Beth buscó con la mirada un título interesante. Al fin dio con uno que llamó su atención y se puso de puntillas para alcanzarlo, pero sus dedos se quedaron a varios centímetros del lomo. Hizo un intento torpe de salto, pero los libros estaban tan apretados que resultaba imposible sacar uno al vuelo. Como sabía que estaba sola, dejó escapar una palabrota en voz baja —más propia de un soldado que de una dama— y se dispuso a buscar un mueble que le sirviera de escalón.

Descartó la mesita de patas finas, que apenas parecía capaz de sostener la licorera y los dos vasos de cristal que había encima. Entonces reparó en una butaca tapizada situada junto al fuego.

Estaba a medio camino de la silla cuando la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y Richard entró, cerrando con firmeza tras de sí.

—Ah, Richard —dijo Beth, deteniéndose—. Estoy intentando coger un libro, pero está un poco alto para mí. ¿Podrías alcanzarlo?

—¿Dónde está tu ridículo? —preguntó él con brusquedad, ignorando por completo su petición. Se mantuvo de espaldas a la puerta, como si quisiera impedir que alguien más entrara.

—¿Qué? —Beth frunció el ceño, desconcertada por la pregunta—. ¿A qué viene eso?

—No me engañes. ¿Dónde está?

La postura de Richard era agresiva, y su tono, imperativo. Beth no entendía qué podía tener él que ver con su ridículo, pero su actitud le encendió la sangre.

—¡Eso no es asunto tuyo! —espetó Beth.

Sin embargo, de forma instintiva, su mirada voló hacia la repisa de la chimenea, donde había dejado el pequeño bolso bordado al entrar.

Richard captó el gesto al instante. Cruzó la habitación, cogió el ridículo, abrió el broche y lo volcó sin ceremonias, haciendo caer el contenido sobre la alfombra Aubusson que cubría el suelo frente al hogar.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó Beth, cruzando la estancia de un salto. Se arrodilló para recoger sus objetos personales y los devolvió con rabia al ridículo, que él también había dejado caer sin cuidado.

El repentino silencio de Richard la alertó. Beth alzó la vista y lo vio de pie junto a ella, imponente, con una expresión dura en el rostro. En una mano sostenía un pequeño estuche de cuero verde. Por entre los dedos de Richard se deslizaban las cuentas de un rosario: ámbar cálido, engarzado en delicados eslabones de plata. El crucifijo pendía con suavidad, oscilando a la luz del fuego.

Beth se incorporó lentamente. El ridículo quedó olvidado en el suelo.

—A mo niggan loo-a… —leyó Richard, torpemente, las palabras bordadas en la cubierta de seda—. ¿Qué demonios es esto?

—*A mo nighean luaidh* —respondió Beth con naturalidad—. Es gaélico.

—¿Y qué significa?

—«A mi hija querida» —dijo Beth con calma, observando con cierta satisfacción cómo los ojos de Richard se abrían por la sorpresa.

Él abrió la boca, pero no dijo nada. Beth aprovechó el momento y le quitó las cuentas de las manos. Al hacerlo, el estuche se soltó también. Ella lo atrapó al vuelo, guardó el rosario de nuevo y cerró el botón con decisión.

—¿Estás intentando decirme que eres una maldita papista? —farfulló Richard, escandalizado.

—No estoy intentando decirte nada —replicó Beth, helada.

—Entonces, ¿por qué demonios llevas un rosario encima?

Él no parecía haberse dado cuenta de que Beth había evitado su pregunta. Ella valoró sus opciones: podía intentar escapar, pero él seguía bloqueando la puerta. Con resignación, decidió darle una explicación parcial.

—Era de mi abuela —dijo Beth—. Se lo regaló a mi madre el día de su confirmación. Y cuando supo que iba a morir, me lo entregó a mí.

Era lo único que conservaba de su madre. Su posesión más preciada. Pero no pensaba confesárselo a Richard.

—¿Y no se te ha ocurrido que llevar encima un rosario, en un estuche con inscripciones en gaélico, puede resultar un tanto peligroso? —espetó él, con voz temblorosa. Hablaba como si se dirigiera a una niña pequeña.

—Nadie sabe que lo llevo —respondió Beth con firmeza.

—¿Y cómo crees que lo he sabido yo? —su voz subió de volumen —. ¡Vi cómo asomaban unas cuentas por tu ridículo cuando estabas en la tienda de adornos!

Beth lo recordó de inmediato. Unas pocas cuentas se habían deslizado fuera del estuche cuando el broche saltó, pero ella las había empujado dentro con rapidez. Estaba convencida de que nadie más las había visto. Ninguno de sus acompañantes habría reconocido un rosario solo con ver un par de cuentas. Y, a juzgar por

la cara que había puesto Richard hace unos minutos, él tampoco lo había identificado.

—Sí, lo recuerdo —dijo Beth—. Nadie más se dio cuenta. Y ni siquiera tú, con tus ojos de halcón, supiste que era un rosario hasta hace un momento, ¿verdad? Pensaste que un admirador secreto me había regalado una joya. Alguien que podía estropear tus ridículos planes de casarme con algún general carcamal que te ayudara en tu carrera.

—Mi carrera, y tus esperanzas de casarte alguna vez, estarán arruinadas si alguien llega a ver eso —exclamó Richard dramáticamente, gesticulando con el brazo que aún sostenía el objeto en cuestión—. ¡Podrías coserte una escarapela blanca al sombrero y declararte por el Pretendiente ahora mismo, estúpida zorra!

Tenía la cara encendida de ira y los puños cerrados. Beth contuvo la réplica que le subía por la garganta: que no pensaba casarse con nadie elegido por él, y que su carrera le importaba bien poco. Durante los últimos meses había llegado a conocerlo demasiado bien; sabía que estaba al borde de la violencia, y provocarlo más sería una imprudencia.

—Sé que evitas quedarte a solas conmigo —continuó Richard—. Pero ya que lo estamos, te diré esto: no estoy en absoluto satisfecho con tu conducta actual.

—¿A qué te refieres? —preguntó Beth.

—No pienses que no me ha llegado el cuento que Lord Daniel anda difundiendo sobre tu madre. Tú se lo contaste, ¿verdad? ¿Cómo pudiste ser tan estúpida? ¿O acaso lo hiciste a propósito?

—¿De qué estás hablando? —replicó ella, encendida—. Por supuesto que no lo hice a propósito. Fui estúpida, eso lo admito. No debería haber confiado en él. Pero te aseguro que no volveré a confiar ni a contarle nada a nadie.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Richard, escéptico—. Yo no lo tengo tan claro. Puede que todo esto no sea más que una excusa para evitar casarte con nadie. Y no creas que me trago esa absurda historia que tu amiguita Caroline ha hecho circular sobre el supuesto interés del duque de Cumberland. Por muy hermosa que seas, el

príncipe difícilmente te pedirá en matrimonio. Y si sigues publicitando tus conexiones católicas, ¡nadie lo hará! Te lo advierto: si piensas esconderte detrás de Edward durante siete años para evitar casarte, estás muy equivocada.

—No me escondo detrás de nadie —soltó Beth, furiosa—, y menos aún de ese pomposo imbécil de Edward. Y si estás hablando de Daniel, ya sabes perfectamente por qué no me casé con él. Si lo hubiera hecho, mi dote se habría evaporado con sus deudas. ¡Y tú no habrías visto ni de lejos tu preciada comisión de alférez!

—No estoy hablando de Lord Daniel. Pero has recibido dieciséis propuestas de matrimonio en los últimos cuatro meses, Elizabeth, y las has rechazado todas.

—¿Has estado contando? —preguntó Beth, incrédula.

—Por supuesto que sí. Es mi interés verte bien casada. Pero tendrás que admitir que no he intervenido ni he intentado obligarte a aceptar a nadie.

—¡Ajá! —dijo Beth con sarcasmo—. Eso será porque ninguno de ellos te servía para tus fines. Ni a ti, ni a Edward. Te prometí que me casaría si encontraba a alguien adecuado, y lo haré.

—Sí, pero estás haciendo todo lo posible para que ningún candidato adecuado se atreva siquiera a proponértelo, ¡presumiendo de que tu madre era una salvaje de las Highlands!

—Cuidado con lo que dices, Richard —advirtió Beth en voz baja, con un tono que helaba—. Puedo soportar muchas cosas por el bien de nuestro trato, pero no me pongas a prueba.

—Ese es el problema, me temo —replicó Richard con arrogancia —. Que no te he puesto a prueba desde que llegamos a Londres. Pero ha llegado la hora de que encuentres marido, Beth, y si no lo haces pronto, Edward y yo elegiremos uno por ti.

Beth se había inclinado para recoger el ridículo del suelo, pero al oír aquello, se irguió de golpe.

—Ya tienes a alguien en mente, ¿verdad? ¿Quién es?

—Lord Redburn tiene excelentes contactos, y está buscando esposa.

—¡¿Lord Redburn?! —gritó Beth—. ¡Ese viejo borracho y decrépito! ¡Prefiero pegarme un tiro antes que casarme con él!

—Entonces será mejor que encuentres un marido adecuado antes de que Lord Redburn celebre su próxima fiesta, dentro de dos meses. De lo contrario, tendrás que resignarte. Porque ni yo ni Edward vamos a mantenerte indefinidamente. Y tus queridos criados tampoco se quedarán.

—Es la segunda vez en pocas semanas que utilizas a la servidumbre para amenazarme, Richard —rugió Beth—. Si vuelves a hacerlo, ¡te juro por Dios que la próxima vez que vea al rey me declararé por el Papa y por el rey James, y le clavaré un cuchillo en el corazón al viejo idiota! ¡A ver qué tal le sienta eso a tu gloriosa carrera militar!

Richard se quedó pasmado. Beth lo decía en serio. ¿O no? Tal vez solo estuviera desafiándolo, como otras veces. Era impetuosa, sí, y a veces insensata, pero no era una jacobita. ¿O sí? Para su consternación, Richard se dio cuenta de que ya no estaba tan seguro de lo que su hermana era capaz de hacer. No tenía ninguna duda de que aquella noche en Manchester lo habría castrado si él hubiese intentado desarmarla.

Se tragó el impulso de estrangularla allí mismo y se aclaró la garganta.

—Entonces te sugiero —dijo, conteniéndose a duras penas— que empieces a mostrarte más accesible con los pretendientes y encuentres un esposo en los próximos dos meses.

—Muy bien, tiene usted razón —respondió Beth entre dientes, aunque su tono les restaba fuerza a sus palabras—. No volveré a llevar las cuentas del rosario encima. Las esconderé en mi cuarto, donde no puedan ser descubiertas. ¿Le satisface eso?

Richard no respondió. Beth interpretó su silencio como una aprobación tácita y se inclinó para recuperar el ridículo del suelo.

Pero él se adelantó. En un instante, le enredó los dedos en el cabello y la obligó a incorporarse de un tirón. Con la otra mano le arrebató el estuche antes de que pudiera reaccionar. Beth lanzó un puñetazo hacia su rostro, pero Richard echó la cabeza hacia atrás y el golpe solo le rozó la mejilla. Sin soltar su cabello, la obligó a alzar la vista hacia él.

—No —gruñó—. Eso no me satisface.

Y con un gesto brusco lanzó el estuche de cuero al fondo de la chimenea, donde las llamas chispeaban alegres.

—¡No! —gritó Beth, desgarrada. Forcejeó con desesperación, sin importarle el dolor en el cuero cabelludo al intentar liberarse. Quería salvar el estuche de las llamas. Pero él le rodeó el cuerpo con un brazo, inmovilizándole los brazos a los costados.

—¡Ejem! —se oyó una tos teatral desde la puerta, apenas un segundo antes de que el dulzón perfume de violetas inundara la estancia. Richard se volvió de golpe, aún sujetando a Beth, que no había notado la presencia del intruso por estar completamente concentrada en zafarse.

Sir Anthony entró dando pasos menudos, resplandeciente con su levita azul pavo real y su chaleco de seda color cereza.

—Espero no estar interrumpiendo nada —dijo—. Salí a dar un pequeño paseo para hacer la digestión tras tan excelente cena, pero hace un frío tan exasperante que he tenido que volver. Juro que estaba a punto de desmayarme.

—Estoy manteniendo una conversación privada con mi hermana, señor —dijo Richard con frialdad, soltando finalmente el cabello de Beth, aunque todavía le sujetaba el brazo con fuerza.

Ella había dejado de forcejear. Sabía, incluso en medio de su angustia, que se supiera que poseía un rosario —y que lo supiera un hombre como sir Anthony, tan amigo del rey como indiscreto ante la sociedad— podía resultar peligrosísimo. A pesar de su amenaza teatral de antes, en realidad no tenía ningún deseo de que sus inclinaciones religiosas salieran a la luz.

—Sigan, queridos —dijo sir Anthony, agitando una mano enguantada mientras se acercaba al fuego—. No me hagan caso.

Se colocó de espaldas a la chimenea, absorbiendo todo su calor con el deleite de quien no piensa marcharse.

Richard suspiró, y arrastró a Beth fuera de la biblioteca.

—Cierre la puerta al salir, querido muchacho, si no le importa —dijo sir Anthony alegremente desde el hogar.

En cuanto estuvieron fuera, Beth miró a su alrededor para asegurarse de que no había testigos. Luego se volvió hacia su hermano, con los ojos brillantes de rabia y dolor.

—Nunca te perdonaré esto —le susurró con furia.

—¿Tú no me perdonarás a mí? —replicó Richard—. Será mejor que reces para que ese maldito recuerdo haya quedado irreconocible en el fuego y ese imbécil no lo encuentre. Si lo hace, te arrepentirás de no haberme suplicado perdón tú a mí.

Y se alejó a zancadas, dejándola sola junto a la puerta de la biblioteca. Beth no se atrevía a regresar aún para buscar sus cuentas. Solo podía esperar a que sir Anthony se hubiera marchado y volver más tarde. Tal vez quedara algo del ámbar.

Subió a su cuarto y se pasó una hora entera paseando de un lado a otro, impaciente. Para entonces, supuso que sir Anthony ya habría abandonado la biblioteca. Aquel hombre era como una mariposa: seguro que había salido a buscar compañía y algo de cotilleo.

Cuando volvió, la puerta de la biblioteca estaba cerrada. La abrió con cuidado… y para su consternación, sir Anthony seguía allí, sentado junto al fuego casi apagado, con un libro sobre las rodillas. Miraba las brasas con aire ausente, pero al verla intentar retirarse, alzó la vista.

—¡Ah, la encantadora Elizabeth! Adelante, entre. Ha olvidado usted su ridículo. Clarissa tuvo la amabilidad de ofrecerse a devolvérselo, aunque tal vez preferiría que lo hubiera tirado.

Señaló la silla frente a él, pero Beth no la ocupó. Aun así, avanzó unos pasos, consciente de que habría resultado muy sospechoso salir corriendo.

—No sería tan desagradecida. Al fin y al cabo, fue un regalo —respondió.

—Demasiado amable, querida mía. Pero le aseguro que no me ofenderé si decide pasarlo a alguien que le saque más provecho que usted. —Hizo una pausa breve—. Presumo que ya ha terminado su conversación con su hermano, ¿no es así?

Sus ojos, tan oscuros como el azul noche, la miraban con inocencia, resaltados por el maquillaje de su rostro afeitado y empolvado.

—Eh… sí, gracias. Tuvimos un pequeño desacuerdo, pero ya se ha resuelto —dijo Beth, acercándose un poco más al fuego, tratando

de escudriñar las brasas con disimulo.

No vio rastro alguno del rosario. Solo un montón de cenizas sobre la piedra del hogar. Quizá estaba allí.

—¿Tiene frío? Venga, acérquese, entre en calor —dijo él, dejando el libro sobre la mesa y levantándose, con la clara intención de ofrecerle asiento.

Beth se echó hacia atrás con rapidez.

—No, no tengo frío —se apresuró a decir, buscando una excusa para justificar su regreso. En un arrebato de inspiración, recurrió a la razón original por la que había entrado en la biblioteca antes del altercado—. He venido a buscar un libro. Me han dicho que *Pamela*, de Samuel Richardson, es una historia muy interesante.

—Bueno… desde luego, es pesada —repuso sir Anthony.

—¿La ha leído?

—¡Dios me libre! Es larguísima. ¡Si a veces me duermo leyendo los periódicos!

Beth podía creerlo. A pesar de ser tan culto —dominaba el alemán, el francés y, según ella tenía entendido, también el latín—, todo indicaba que no había abierto un libro desde sus años de universidad.

Beth se paseó por la estancia un poco más, luego se volvió hacia él.

—La he encontrado —dijo ella—. Pero está demasiado alta para mí. ¿Tendría la amabilidad…?

—Por supuesto, todo sea por ayudar a una querida amiga —dijo sir Anthony con su característico tono afectado. Se levantó con energía, se acercó y alcanzó el volumen con agilidad.

—No me parece tan pesado —comentó Beth, observando el libro.

—Ah, pero viene en cuatro partes —explicó él, echando un vistazo a la estantería antes de tomar otro volumen—. Aunque las partes tres y cuatro fueron añadidas más tarde. Si, después de leer las dos primeras, desea usted continuar —su tono no daba a entender que creyera que fuera el caso—, estoy seguro de que podría conseguirle las demás. —Sir Anthony le sonrió mientras le entregaba el libro con gesto irónico—. Yo lo llevaría encima en todo momento, si estuviera en su lugar, querida mía. Así, si vuelve a tener

otra… eh… discusión con su hermano, siempre puede utilizarlo para reforzar su argumento.

Sus ojos chispearon divertidos, y Beth le devolvió una sonrisa educada.

—Gracias —dijo Beth, eludiendo responder a su comentario. Estuvo a punto de despedirse y marcharse, pero, al cabo de un instante, sir Anthony bostezó de forma teatral.

—Debo admitir que me siento algo fatigado. Siempre me sucede lo mismo después de hacer ejercicio y hojear un libro.

«Y no digamos después de unas cuantas copas de brandy», pensó Beth con sorna, al notar el contenido disminuido del decantador.

—Si desea leer su libro con tranquilidad, puede quedarse aquí. No seré tan grosero como para imponerle mi compañía —añadió sir Anthony. Hizo una pausa, como si esperara que Beth lo contradijera y le rogara poder disfrutar de su deslumbrante conversación. Como ella no dijo nada, él continuó—. Póngase cómoda, querida. Yo me retiraré a mi casa, creo. —Sir Anthony se inclinó en una pequeña reverencia—. Le deseo buenas noches.

Cuando la puerta se cerró, Beth esperó, obligándose a contar despacio hasta cien, segura de que él reaparecería de repente para soltar alguna ocurrencia. Luego lanzó los libros sobre la silla y se arrodilló junto al hogar, hurgando frenéticamente entre las cenizas con el atizador.

No halló ni el más mínimo fragmento de ámbar o plata entre los restos calcinados. Del estuche de cuero no quedaba esperanza alguna, y la plata, con toda probabilidad, se habría fundido en una masa ennegrecida, indistinguible entre los pedazos de carbón carbonizado. Pero había albergado la esperanza de que al menos una cuenta de ámbar resistiera. ¿Se fundía el ámbar en el fuego? No tenía ni idea. Lo único cierto era que el último recuerdo tangible de su madre se había perdido para siempre, y Beth se dejó caer sobre la alfombra frente a la chimenea, entregándose por fin al lujo de unas lágrimas que no aliviaron en lo más mínimo el nudo de absoluta desolación que le oprimía el pecho.

Al final de la semana, Richard respiraba algo más tranquilo. Estaba convencido de que sir Anthony no podía haber oído el altercado entre él y Beth. Seguramente apareció justo en el momento en que lo vieron, ni antes ni después. De lo contrario, ya se habría encargado de contárselo a todo el mundo. No había hablado con su hermana sobre el tema. De hecho, no se habían dirigido la palabra desde aquel incidente, y ambos mantenían una distancia cortés por mutuo acuerdo, esperando que sus respectivos enfados se apaciguaran lo suficiente para poder tratarse con cierta civilidad.

Beth también había reflexionado. A diferencia de Richard, sabía, por el comentario seco de sir Anthony sobre los libros, que él había sido plenamente consciente de que aquel abrazo no tenía nada de afectuoso, aunque no tenía idea de cuánto habría alcanzado a oír.

Observó el comportamiento de las damas en cada ocasión, atenta a cualquier signo de que sir Anthony hubiera dejado escapar algo sobre el odio que se profesaban ella y su hermano: miradas curiosas, comentarios a media voz seguidos de una mirada furtiva en su dirección. Nada.

Cuando sir Anthony visitó la casa unos días más tarde, se mostró tan sociable como siempre, revoloteando por la velada con su obsceno disfraz de colores chillones y su rostro pintado como una máscara, deteniéndose en cada grupo para arrancar carcajadas con su humor mordaz antes de trasladarse al siguiente, dejando tras de sí una estela de violetas y mujeres embelesadas.

En lugar de devanarse los sesos tratando de entender por qué había decidido guardar silencio, Beth resolvió concentrarse en cómo persuadir a Richard y Edward de que lord Redburn no era un candidato adecuado para ella. Hacía semanas que no recibía propuestas de matrimonio. Probablemente eso significaba que la calumnia de Daniel sobre su madre había surtido efecto, o bien que los caballeros interesados preferían dejar el terreno libre a Su Alteza Real el duque de Cumberland. Estaba convencida de que lord Redburn no tendría tales reparos. Si Richard o Edward le insinuaban que ella estaría dispuesta a aceptar una propuesta, se pondría de rodillas sin pensárselo dos veces. Se estremeció. No. Lo rechazaría. Nadie podría obligarla a casarse con él contra su voluntad. Pero ¿y si

Richard cumplía su amenaza si lo hacía? Era mucho más capaz de llevarla a cabo que ella de cumplir la suya. Aquello no había sido más que una bravata, y él lo sabría perfectamente.

Pensó en su billete de regreso, las seis soberanas envueltas en un pañuelo y escondidas dentro de una gramática latina vaciada en su habitación. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿De condenarse a ella misma y a sus criados a una vida de pobreza, huyendo de Londres y rompiendo para siempre con los Cunningham? No, pensó. Aún no. Después de todo, lord Redburn aún no había propuesto nada. Richard le había concedido dos meses. En ese tiempo podía suceder cualquier cosa. Solo en los momentos de silencio sentía con claridad la desesperación asfixiante de su vida limitada, cuando el pánico, frío y sofocante, la invadía al imaginar que jamás volvería a ser libre. Tendría que asegurarse de no tener más momentos así. No era difícil, con el torbellino de compromisos sociales de la temporada londinense. «Podría seguir fingiendo por ahora», se dijo. Al fin y al cabo, ya casi se le daba bien.

Su resolución le duró una semana.

Capítulo 14

La cena transcurría en su apogeo. A pesar de que Gran Bretaña se encontraba ya, sin lugar a dudas, en guerra con Francia —aunque aún no se hubiera hecho una declaración formal— y de que todo el mundo comentaba la magnífica victoria del rey en Dettingen, donde había dirigido a sus tropas en persona, nadie, ni siquiera lord Edward, hizo alusión al hecho evidente de que la comida había sido preparada por un chef francés.

Isabella se encontraba en su elemento. Todo había salido a la perfección. Había seleccionado cuidadosamente a los invitados, teniendo en cuenta tanto su linaje como su capacidad para mantener una conversación interesante y constante. Desde su asiento, les contemplaba con una sonrisa satisfecha. Lord y lady Winter estaban allí, por supuesto, al igual que la señorita Anne Maynard, tan encandilada con sir Anthony, quien se encontraba a su derecha, con Richard a su izquierda. Frente a Richard se sentaba Beth, y junto a ella, el señor Jeremiah Johnson, un hombre de semblante adusto y de inclinaciones casi puritanas, a quien Isabella esperaba que ejerciera una influencia sobria sobre su joven prima Elizabeth. La amistad con la demasiado franca Caroline Harlow era algo que consideraba poco recomendable, y por eso había evitado incluirla entre los comensales de aquella velada.

El tema principal de conversación era, cómo no, la noticia del momento: la batalla de Dettingen.

—Creo que las bajas entre los franceses han sido considerables —comentó lord Winter con aire de suficiencia.

—Presumiblemente sí —dijo Richard—. Aunque, en su despacho, lord Carteret no especifica cifras; se limita a señalar que veinticinco

mil enemigos cruzaron el Meno, y que fueron muchos menos los que lo cruzaron de regreso.

—Me sorprende que aún no le hayan llamado a filas, sargento Cunningham —intervino sir Anthony—. ¿No habría querido participar en un acontecimiento tan glorioso?

Richard frunció el ceño.

—Desde luego que sí, señor —respondió—. Pero siempre es necesario mantener ciertos regimientos en casa, por si se produce una insurrección jacobita mientras el rey se encuentra en el extranjero. En tal caso, podría reincorporarme a mi unidad en el plazo de un día.

—Desde luego. Aunque debe de haber pocas probabilidades de que eso ocurra ahora, con el rey mostrando su auténtico temple. Inglaterra no podría desear un monarca mejor. Los traidores jacobitas deben de estar temblando en sus zapatos —añadió el señor Johnson, interviniendo por primera vez.

—Estoy seguro de que así es, estimado señor —replicó sir Anthony con una sonrisa—. Aunque tengo entendido que también ha habido bajas entre las tropas británicas.

—¡Sí! —exclamó la señorita Maynard—. ¡El pobre general Clayton ha muerto! —Lo dijo como si hubiese sido una amiga íntima del general, aunque no había oído hablar de él hasta que leyó el periódico el día anterior.

—También resultó herido el duque de Cumberland, ¿no es así, Elizabeth? —intervino lady Winter—. Eso debe de haberle preocupado.

—Por supuesto —respondió Beth con naturalidad—. Pero fue solo una herida en la pierna, sin afectación del hueso. Tengo entendido que su vida no corre peligro.

—¡Oh, pero muchos hombres han muerto por heridas así! —exclamó Anne.

—Estoy segura de que no hay motivo de preocupación. El duque recibirá la mejor atención. Son los soldados rasos quienes se exponen más y tienen más probabilidades de morir por infección si resultan heridos. ¿Verdad, Richard?

Beth miró a su hermano, que la observó con recelo. Desde lo ocurrido en la biblioteca, notaba en ella un cambio sutil: estaba más callada, más sombría. Cuanto antes lograra casarla, mejor.

—Sí. Pero los soldados rasos se reemplazan con facilidad —dijo Richard—. El duque es único.

—Desde luego que lo es —afirmó Beth.

—Me siento aliviada de que el rey decidiera dejar parte de sus tropas en Inglaterra —intervino la señorita Maynard—. ¡Dios mío, ya ni siquiera se puede viajar con seguridad! Hay bandidos por doquier, esperando para asaltar a los pobres viajeros. ¡Sin ir más lejos, ayer leí que un comerciante respetable fue asaltado en pleno día y le robaron más de trescientas libras!

—No corresponde a los dragones patrullar las carreteras en busca de salteadores, señorita Maynard —intervino lord Edward—. Pero tiene usted razón. Esos villanos se vuelven cada vez más audaces. Algo habrá que hacer.

—Leí esa noticia, señorita Maynard —dijo Beth, pensativa—, y no puedo evitar pensar que la víctima se lo tenía un poco merecido.

Lord Edward la miró con gesto severo, pero ella le devolvió una mirada inocente.

—El señor Harlow no cree que las damas sean incapaces de comprender las noticias, Edward. Yo leo los periódicos con Caroline.

Antes de que lord Edward pudiera replicar, intervino sir Anthony.

—¿Y por qué dice eso, querida? ¿No cree que está siendo un poco dura con el pobre hombre?

—El periódico describía al salteador como un sujeto de más de seis pies, con peluca negra, calzones rojos y un parche en el ojo. Debía de tener un aspecto de lo más sospechoso.

—Desde luego. ¡Horrible! —exclamó Anne Maynard, estremeciéndose mientras posaba la mano sobre el brazo de sir Anthony con gesto involuntario. Sorprendentemente, él se sobresaltó ante aquel contacto, contemplando la mano sobre su chaqueta de brocado oscuro como si jamás hubiese visto algo semejante. Luego reaccionó, le posó su guante sobre los dedos y la palmeó con distracción, aunque su atención permaneció centrada en Beth, para desconcierto de la otra dama.

—Y, sin embargo —prosiguió Beth—, ese caballero, el señor Highmore, si no me equivoco, cabalgaba solo, con una gran suma de dinero y sin escolta armada. Y cuando ese individuo tan sospechoso le sugirió un atajo hacia un destino que seguramente visita con frecuencia, ¡el idiota aceptó sin dudar! ¿Se puede ser más necio?

—¿No le parece triste que un hombre no pueda confiar en su prójimo? —intervino el señor Johnson.

—Por supuesto que me lo parece —dijo Beth—. Pero, en el mundo real, es una insensatez confiar en desconocidos de aspecto dudoso. De hecho, según mi experiencia, lo imprudente es confiar en nadie en absoluto. —Ella clavó la mirada en Richard durante un instante, y luego la dirigió a lord Edward con una sonrisa amable, pero con los ojos fríos.

Se hizo un breve silencio, durante el cual lord Edward se excusó para ir al retrete y Richard trató de encontrar un pretexto para sacar de la sala a su impredecible y peligrosa hermana. Clarissa carraspeó con nerviosismo.

—Entonces, querida Elizabeth, ¿cómo va su lectura de *Pamela*? —preguntó sir Anthony con aire animado.

—Ya lo he terminado, señor —respondió Beth.

Sir Anthony alzó una ceja cuidadosamente perfilada.

—¿De veras? Es un volumen bastante extenso. Debe de leer usted muy deprisa.

—No me ha parecido una lectura difícil. Lo más complicado ha sido mantenerse despierta para acabarlo.

—Entonces, ¿no le gustó lo suficiente como para continuar con los volúmenes tres y cuatro?

—Disfruté de la primera parte del libro, aunque no consigo entender por qué Pamela no se marchó inmediatamente después del primer intento del protagonista de seducirla, tal como había dicho que haría.

—Pero la joven quería conservar su puesto en la casa. Era de una familia muy humilde y tenía razones para pensar que su patrón se había reformado —intervino el señor Johnson.

—No veo qué motivos tenía para creer semejante cosa —replicó Beth—. Si valoraba tanto su virtud como decía, debería haberse

marchado enseguida. Su familia la apoyaba, después de todo. Pero se quedó el tiempo suficiente como para que él pudiera secuestrarla.

La conversación en la mesa se animó de inmediato. Todos los presentes habían leído la novela. Había causado sensación al publicarse y generado una gran controversia.

—¡Oh, pero es tan romántica! —intervino Charlotte—. Al fin y al cabo, ella lo reforma con su virtud, ya lo sabe. Es deber de toda mujer dar buen ejemplo con su conducta. Aunque, por supuesto, mi querido Frederick no necesitaba ningún ejemplo a seguir.

Varias damas asintieron con murmullos de aprobación.

—¿Y qué habría hecho usted si un libertino semejante la hubiese secuestrado? —preguntó sir Anthony.

—Le aseguro, señor, que cualquier hombre que intentara entrar en mi alcoba con malas intenciones se encontraría con una recepción muy desagradable —afirmó Beth con vehemencia.

La mirada de Beth se desvió hacia su hermano, quien, para sorpresa de sir Anthony, enrojeció y apartó la vista.

—¡Oh, pero qué puede hacer una contra un hombre así! —exclamó Anne Maynard—. ¡Somos tan indefensas frente a la fuerza superior de los hombres!

—Me parece que hay damas más indefensas que otras —comentó sir Anthony, sin apartar los ojos de Beth—. Pero como bien dice la querida señorita Maynard, ¿qué puede hacer una mujer frente a un hombre tan determinado?

—Si seguimos el consejo del autor, el señor Richardson —dijo Beth con sarcasmo—, lo conveniente sería esperar a que él se reforme milagrosamente y proponga matrimonio, momento en el cual ella pueda transformarse de inmediato en una criatura insufrible, lamentando su propia indignidad para ocupar una posición tan privilegiada de la mañana a la noche.

—Ojalá todas las mujeres fueran tan virtuosas y conscientes de su papel —declaró con tono altivo el señor Johnson—. Pero a menudo encuentro justo lo contrario. Muchas mujeres tientan a los hombres con su lascivia y los empujan a poner en peligro sus almas.

—Ah, pero señor —intervino sir Anthony con fingida inocencia—, si usted insiste en frecuentar a las damas de Drury Lane, ¿qué otra

cosa puede esperar?

Una risita recorrió la mesa. Ninguno de los presentes, salvo los Cunningham, simpatizaba con el moralista señor Johnson. Todos eran víctimas frecuentes de alguno de sus interminables sermones, salvo sir Anthony, quien había dicho en voz alta que, si deseaba escuchar un sermón, iría a una iglesia, no a un hipócrita. Desde entonces, el señor Johnson le había evitado y ahora lo miraba con un rencor poco decoroso para un hombre de fe.

Ignorando alegremente la animadversión de su interlocutor, sir Anthony se volvió hacia Beth.

—Deduzco por su expresión que no considera usted a Pamela tan virtuosa, después de todo. La joven se resiste, y en circunstancias muy adversas.

—Sí, pero ella misma se expone deliberadamente a esas circunstancias. Y usted me dijo que no había leído el libro, sir Anthony. Parece saber bastante sobre él.

—Bueno, decidí hacer un esfuerzo, después de todo, con la esperanza de entablar con usted una conversación. Estaba seguro de que sus opiniones serían entretenidas.

Todos los comensales, salvo Beth, aguzaron el oído. Sir Anthony jamás había mostrado interés en una mujer concreta. ¿Estaba encaprichado? Solo Beth no lo notó, quizá por no haber crecido en una sociedad tan obsesionada con las alianzas matrimoniales. Ella seguía dándole vueltas al personaje de Pamela.

—Creo que ella espera casarse con él desde el principio —prosiguió—. Me cuesta mucho creer que pase medio libro denunciando al protagonista, para luego descubrir de repente que siempre ha estado enamorada de él en cuanto le pide matrimonio. La verdad, creo que se merecen el uno al otro. Ella es la criatura más untuosa y mercenaria que he leído, y él apunta maneras de auténtico tirano.

En ese momento, lord Edward volvió a entrar y ocupó su asiento en la cabecera de la mesa, disculpándose por la tardanza. Con el anfitrión ya presente, sirvieron el segundo plato.

—¿Y de quién están hablando? ¿Quién es el untuoso y quién el tirano? —preguntó lord Edward.

—Edward, estábamos hablando de la novela del señor Richardson, *Pamela* —dijo Isabella—. Elizabeth estaba dando su opinión sobre el protagonista y la heroína.

—Ah, así que compartes la visión de Henry Fielding, prima —comentó Edward.

—No he leído los comentarios del señor Fielding sobre la novela —respondió Elizabeth.

Edward sonrió, satisfecho de haber leído un libro que su cultísima prima no conocía.

—Escribió una parodia titulada *Shamela*. Muy divertida —explicó —. Pero, claro, eso es lo que ocurre cuando un hombre se casa por debajo de su posición. El protagonista tuvo mucha suerte de que su familia y sus amigos no lo rechazaran, como deberían haber hecho. —Edward miró de forma cortante a Beth, que se sonrojó—. Al menos Pamela se mantuvo humilde y agradecida por el honor que se le concedió.

—¿Pero eso le da al señor *B*. derecho a comportarse como un tirano? —replicó Beth.

—Tiene derecho a ser lo que quiera. Él es de buena cuna, mientras que ella no, y haría bien en recordarlo, como cualquier mujer que tenga la oportunidad de casarse por encima de su posición —dijo Edward, mientras se llevaba un tenedor de venado a la boca y lo masticaba con gusto.

En ese momento, todos comprendieron que la conversación había dejado de ser una discusión literaria para convertirse en un asunto personal dentro de la familia Cunningham. Sir Anthony miró en silencio a los comensales. Richard tenía una expresión entre satisfecha y precavida. Las tres hermanas parecían algo nerviosas y alteradas. El resto mostraba desconcierto, incapaz de captar del todo los matices. Sir Anthony se recostó en la silla, con el rostro impasible, dispuesto a observar.

—¿Y no dijo nuestro Señor Jesucristo que «el que sea el más pequeño entre vosotros, ese será el más grande»? —dijo Beth—. ¿Y también que «el que quiera ser el primero, deberá ser el servidor de todos»?

—¿Me estás diciendo en serio que crees que todo el mundo nace igual? —gruñó Edward. Se reclinó en su silla y llamó con un gesto autoritario a uno de los lacayos que aguardaban junto a la pared—. Ven aquí. ¿Cómo te llamas?

—Samuel, milord —respondió el hombre, asombrado de que, tras años de servicio ignorado, su señor se dirigiera a él directamente.

—Bien, Samuel. ¿Qué te parece si te conviertes en lord Cunningham, eh? Mi prima parece pensar que estás a la altura del cargo. ¿Qué dices?

El pobre Samuel abrió la boca, pero no dijo nada.

—Vamos, hombre, no seas tímido —apremió Edward—. ¿Crees que podrías hacerlo?

—Yo... yo estoy bien donde estoy, milord. Jamás me atrevería a aspirar a más... —balbuceó el criado, deseando que la tierra lo tragara.

Beth ya iba a cambiar de tema antes de que Edward atacara injustamente a su criado. Había notado la reacción incómoda de sus primas y la confusión en los rostros del resto de los invitados, y comprendió que quizá se había excedido. Aunque Edward se estaba comportando como un grosero, era el cabeza de familia y el anfitrión, y las convenciones exigían respeto. Pero ver al lacayo humillado, rojo de vergüenza y tartamudeando, mientras su primo lo observaba con desprecio triunfal, fue demasiado. Por fuera se mantuvo serena; por dentro, ardía de rabia. Y arrojó al viento toda formalidad sin remordimiento.

—Está siendo injusto, Edward, al intentar humillar a un hombre que no puede defenderse —dijo Beth con frialdad—. No se honra actuando así.

Beth logró el efecto que buscaba. Samuel fue olvidado al instante y se retiró a las sombras, aliviado.

—Dígame entonces, señora —dijo Edward, enfadado, dirigiéndose de nuevo a Beth—. Ya que se cree mi igual para hablarme en ese tono, ¿cree que ese Samuel puede sustituirme?

—Por supuesto que no. Algunos nacen en la pobreza y otros en la riqueza, según la voluntad de Dios —respondió Beth.

—Me alegra oírla decir eso, porque...

—Pero toda persona nacida en una posición elevada tiene el deber de comportarse de forma digna del honor que Dios le ha otorgado —interrumpió Beth—. Si alguien cree que la nobleza de sangre le da derecho a ser un tirano ignorante y engreído, no merece el título que ostenta. Y si además ha tenido acceso a la mejor educación y compañía, tiene menos excusa aún. Nacer en una posición alta no convierte a nadie en un caballero, ni lo hace merecedor de respeto. El respeto solo se gana con conducta caballerosa.

El tono de Beth no dejaba duda de que, en su opinión, Edward no se lo había ganado.

Este se puso rojo de ira. Richard, inquieto, intentó sin éxito captar la atención de su hermana, probablemente para que no siguiera provocando al primo.

Isabella intervino, nerviosa, en el silencio que siguió.

—Estoy segura de que quienes nacen con privilegios jamás los usarían en su propio beneficio. Yo, al menos, siempre intento dar buen ejemplo en todo lo que hago y digo.

—Lo sé, querida Isabella —dijo sir Anthony con amabilidad. Aquel pobre ángel parecía pasarse la vida aplacando a su arrogante hermano, y él la compadecía—. Pero, lamentablemente, debo darle la razón a Elizabeth: no todo el mundo da tan buen ejemplo.

—Incluso aunque así fuera —interrumpió Edward, atropellando los intentos conciliadores de su hermana—, ¿quiénes somos nosotros para discutir lo que Dios ha ordenado? ¿Está usted diciendo que deberíamos sustituir a los lores del reino por mendigos, cuando no se comporten como es debido?

—No, por supuesto que no, primo —dijo Beth con una voz tan serena como falsa. —Algunas damas, incluida Isabella, soltaron un suspiro de alivio—. Pero creo que hay más personas aquí que comparten mi punto de vista de lo que usted cree. De hecho, incluso pienso que usted mismo, en el fondo, lo comparte.

—¿¡Qué!? ¿Cómo puedes justificar eso? —exclamó Edward.

Varios comensales se inclinaron hacia delante, ignorando a los criados que comenzaban a retirar los platos. Todas las miradas se dirigieron a Beth.

—¿De qué otro modo puede justificar que se haya sustituido a un rey nacido con derecho divino, por un pariente lejano sin ningún derecho hereditario? —preguntó Beth.

El silencio fue total. Ni los criados se movían.

—¡Dios mío, mujer! —rugió Edward, poniéndose en pie y derramando su copa de vino. Una mancha roja se extendió por el mantel blanco—. ¿Es que debo pensar que hay una maldita traidora jacobita en mi familia?

Solo Beth y sir Anthony permanecieron tranquilos. Isabella y Clarissa parecían a punto de desmayarse. El señor Johnson escupió el vino que tenía en la boca; Richard pareció a punto de lanzarse sobre su hermana. De hecho, se levantó medio incorporado, con la mano en el costado, como si recordara de pronto que no llevaba espada. Sir Anthony le apoyó una mano sobre el brazo. Richard intentó apartarla con brusquedad, pero acabó sentándose de nuevo.

—No he dicho tal cosa, Edward —respondió Beth con dulzura, una vez se calmó un poco el alboroto—. No he afirmado que esté mal sustituir a un rey indigno. No creo que todo hombre deba mantener su lugar sin importar su conducta. Pero usted sí lo cree. Por eso le he preguntado, como buen hanoveriano que es, cómo puede justificar la destitución de un monarca consagrado por derecho divino, de acuerdo con los principios que usted mismo ha defendido.

—Eso no tiene nada que ver —replicó Edward, claramente confundido. Se dejó caer en su silla y llamó a un criado para que limpiara el vino—. James era un incompetente. Tenía que irse. ¡Era papista, por el amor de Dios! Si se hubiera salido con la suya, todos estaríamos de rodillas ante Roma y el papa sería el jefe del país.

—Eso mismo digo yo —asintió el señor Johnson.

—Entonces, ¿usted cree que el país tiene derecho a destituir a un rey incompetente, pero que los subordinados de un lord no pueden cuestionarlo nunca, aunque sea igual de incompetente? —dijo Beth.

—¡Yo no he dicho eso!

—Sí lo ha dicho. Para citar sus propias palabras, dichas hace menos de cinco minutos: «¿quiénes somos nosotros para discutir lo que Dios ha ordenado?». Y sin embargo está usted de acuerdo con

un Parlamento que sí lo discutió. James era el heredero legítimo al trono, competente o no. Si yo, que según usted no soy su igual —añadió Beth, con la voz cargada de desprecio—, debo obedecer a mis superiores, aunque no tengan autoridad moral ni intelectual, ¿por qué no hace usted lo mismo con los suyos? No puede usted reclamar el derecho de nacimiento para sí mismo y negárselo a los demás cuando le conviene, milord.

Edward no supo qué responder. Bebió un buen trago de vino, buscando tiempo.

—James abdicó voluntariamente —murmuró al cabo de un momento—. Un rey que no lucha cuando lo desafían no merece el título.

Sir Anthony soltó una carcajada que desvió la tensión entre los primos.

—Vamos, milord, eso no es cierto. James no luchó por su corona, de acuerdo, pero tampoco abdicó. Eso lo sabe todo el mundo. Pero está usted esquivando la cuestión. La dama ha planteado un argumento. ¿No piensa responderle?

Sir Anthony estaba exultante. Nunca creyó que vería a lord Edward acorralado por una mujer. Edward siempre se rodeaba de aduladores, dependientes o personas a las que podía intimidar con facilidad. Estaba claro que había subestimado a su prima.

—Esta no es una dama, señor. ¿No es evidente, con semejante descaro? Su padre sería mi tío, pero su madre no era más que una...

No llegó a terminar la frase.

Beth, que se había contenido hasta entonces, se levantó de golpe y le arrojó el vino a la cara. Isabella soltó un gritito. Edward también se levantó de un salto y pareció dispuesto a golpearla. Beth permaneció frente a él, pálida de furia, no de miedo.

—Puedes llamarme como quieras, primo —dijo ella, con la voz temblorosa—, pero no insultarás a mi madre mientras yo esté presente para defenderla. Si eres tan cobarde como para hacerlo a mis espaldas, es cosa tuya. —Beth miró al resto de los presentes, que seguían en silencio, paralizados. Solo sir Anthony sonreía—. Les ruego que me disculpen. Siento haber estropeado la cena.

—Al contrario, mi querida señora —respondió sir Anthony, en tono alegre—. Por mi parte, creo que ha resultado de lo más entretenida.

Pero Beth apenas lo oyó. La rabia le ardía en la sangre. Se irguió con dignidad, dio media vuelta y salió del comedor cerrando la puerta tras de sí.

Hubo un breve silencio, roto únicamente por los criados que atendían al empapado lord.

—Bien —dijo sir Anthony—. ¿Vamos a servir el siguiente plato, o preferimos morirnos de hambre?

—Oh... sí. Perdonadme —dijo Isabella, dando una palmada.

Los criados, que se habían quedado inmóviles igual que los invitados, se pusieron en marcha. Retiraron los platos y trajeron el siguiente. El sonido de la vajilla disimuló la incomodidad, y cuando los platos estuvieron llenos, la conversación fue retomándose poco a poco, evitando cualquier alusión a la nobleza o a los derechos de nacimiento. Edward salió unos minutos para cambiarse el chaleco. La velada recuperó su apariencia de normalidad.

Solo Richard seguía furioso. Tenía el rostro encendido, los puños cerrados bajo la mesa y un músculo latiendo en la mejilla. Sir Anthony, que conversaba con la señorita Maynard, vio cómo Richard empezaba a levantarse.

—Si me permite, señor —dijo sir Anthony, posando una mano enguantada en su brazo. Esta vez, cuando Richard intentó apartarla, él no la soltó—, debo decirle que encuentro a su hermana una mujer fascinante, y debo confesarle también que estoy medio enamorado de ella. Cuénteme todo sobre su infancia. Ella nunca habla de eso. Quiero saberlo todo, no aceptaré un no por respuesta.

El efecto fue justo el que Richard buscaba. Ni siquiera por el placer de darle una paliza —cosa que había estado a punto de hacer — estaba dispuesto a desperdiciar la oportunidad de estrechar lazos entre Beth y un pretendiente rico e influyente. Durante la media hora siguiente, se dedicó a trazar un retrato brillante de su hermana y de su refinada educación, que no guardaba absolutamente ninguna relación con la mujer que sir Anthony había observado hasta entonces. Sin embargo, él escuchó con aparente fascinación,

soltando de vez en cuando exclamaciones vacías de entusiasmo, mientras la señorita Maynard, resignada, tenía que concentrarse en su mousse de limón.

Al final de la velada, Richard estaba más que satisfecho. Sir Anthony era una opción mucho mejor que lord Redburn. Más generoso con el dinero, para empezar. Y, pese a su título inferior, muchísimo más influyente y respetado. Si le pedía matrimonio a Beth, ella aceptaría. Richard se encargaría de que así fuera.

El salón estaba decorado con gusto. Las paredes, revestidas de madera, habían sido pintadas en un tono crema suave, y las elaboradas molduras doradas brillaban a la luz de las lámparas. Una serie de retratos de los antepasados del propietario colgaba de las paredes, observando con severidad a los presentes. Del techo descendía una profusión de guirnaldas de escayola dorada, cuyo detalle dejaba sin aliento a quien se tomara la molestia de alzar la cabeza para contemplarlas.

Sin embargo, aquel despliegue de belleza se perdía por completo entre los hombres desperdigados en pequeños grupos por la sala. Algunos estaban sentados en torno a mesitas de nogal para jugar a las cartas; otros conversaban en voz baja, de dos en dos o de tres en tres, como si estuvieran en misa. Vestían calzones de lana o de cuero resistentes, en tonos oscuros de marrón o verde. Las camisas eran de tejido basto, y los zapatos de cuero recio, sin adornos de plata ni hebillas brillantes. Solo un hombre vestía de forma acorde al entorno: llevaba el uniforme verde de lacayo. Los demás desentonaban por completo en un salón tan elegante. En el ambiente flotaba una mezcla de inquietud y expectación, y aunque todos se conocían bien, la conversación era entrecortada y dispersa.

Pasados unos minutos, la puerta se abrió. Las voces cesaron, los que estaban sentados se levantaron, y todas las miradas se volvieron hacia el hombre que acababa de aparecer en el umbral. Este se detuvo un instante, escudriñó la sala y, al localizar a quien buscaba, cruzó la estancia con paso firme.

Los hombres que estaban con Angus se apartaron sin decir palabra, como si lo hubieran acordado. El recién llegado se detuvo

frente a su hermano, que tenía el rostro ceniciento, y lo miró con frialdad. Angus alzó una mano, con la palma hacia delante, en un gesto de súplica.

—Alex, yo...

No terminó. El puño de Alex se estrelló contra el rostro de su hermano, que salió despedido hacia atrás y chocó contra la pared. Angus extendió las manos contra la madera pintada para sostenerse y sacudió la cabeza antes de incorporarse. No se defendió cuando Alex volvió a golpearlo, esta vez en el estómago. El aire le salió de los pulmones en un jadeo y se dobló por la mitad, resistiéndose con esfuerzo a caer de rodillas. El siguiente puñetazo le dio en las costillas.

Los hombres observaron en silencio, con expresión imperturbable, mientras Alex le propinaba la paliza. Cada golpe estaba medido: buscaba infligir el máximo dolor posible sin dejar secuelas permanentes. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, Alex dio un paso atrás y flexionó los dedos para aliviar el dolor de los nudillos. Permanecía erguido, amenazante, tan pálido como Angus, que al fin se había desplomado de rodillas, un brazo rodeándole las costillas magulladas y el otro apoyado en el suelo. Tenía la cabeza baja, y la melena rubia le cubría el rostro.

—Has deshonrado tu nombre y avergonzado a tu clan —dijo Alex en gaélico, en voz alta y clara, como si se dirigiera a cientos de personas en un gran salón y no a una veintena de hombres en un distinguido salón londinense—. Si vuelves a hacerlo, te mataré. Seas mi hermano o no.

Alex se giró y, por primera vez, miró al resto.

—Buscad sitio. Tenemos cosas que hablar. Ahora vuelvo.

Lanzó una última mirada a Angus, que se había dejado caer sobre los talones y respiraba con dificultad, y salió de la estancia. Duncan dudó un momento. Miró a su hermano, que intentaba ponerse en pie con esfuerzo, luego a la puerta por la que se había marchado Alex. Hizo un gesto a dos de los hombres más cercanos para que ayudaran a Angus a sentarse, y decidió seguir a Alex hasta la cocina.

Esa noche no había criados en la casa. Oficialmente, Alex había ido a por algo de beber para los invitados. Pero cuando Duncan entró en la cocina, lo encontró sentado a la mesa, con la cabeza entre las manos. Alzando la vista de golpe, Alex lo reconoció y volvió a apoyar el rostro en las palmas.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan, aunque resultaba evidente que no lo estaba. Se sentó a su lado y esperó.

—Madre de Dios, Duncan... ¿en qué estaba pensando? Robar a un hombre inocente a plena luz del día, poner en peligro su vida y la nuestra... ¿por qué? ¿Por trescientas libras?

—Trescientas cuarenta. No creo que lo viera así en ese momento —respondió Duncan, con cautela—. Dijo que, al principio, solo pensaba acompañar al tipo un rato. Pero se puso tan pesado con lo maravilloso que era el rey Jorge, y con que pensaba usar parte del dinero para financiar milicianos que aplastaran a cualquier jacobita que quisiera rebelarse mientras el rey estaba fuera..., que Angus se encendió. Decidió que le haría un favor quitándole ese dinero y dándole un uso mejor. Y, bueno... puedo entenderlo.

Alex lo miró con dureza.

—No he dicho que esté de acuerdo —se apresuró a añadir Duncan—. Solo digo que lo entiendo. Me contó que no se lo podía creer cuando el hombre aceptó meterse con él en un callejón oscuro, y que entonces pensó que, en el fondo, le estaba haciendo un favor. Que quizá, la próxima vez, no confiaría tanto en un desconocido, y eso le salvaría la vida. No le hizo daño, ¿eh? Solo lo ató. Eso fue todo.

Aunque hablaba Duncan, el tono era tan propio de Angus, tan ligero, que Alex no pudo evitar sonreír a medias.

—*Aye*, puede ser..., pero ¿qué habría hecho si el hombre hubiera sacado una pistola, Duncan? ¿Se habría dejado atrapar o lo habría matado? ¿A un tipo que no había hecho nada, salvo confiar demasiado y decir lo que pensaba? Si hubiera llegado a eso, lo habrían colgado. Y yo no habría movido un dedo para evitarlo —añadió, con el rostro desencajado—. Me habría destrozado, Duncan. Ya me ha dolido bastante tener que golpearlo así —concluyó en voz baja.

No lo habría admitido ante ningún otro hombre, y Duncan inclinó la cabeza, consciente del honor que aquello suponía.

—Él lo sabe. Se lo he explicado. Está aliviado. Se esperaba una azotaina como mínimo. No volverá a hacer una locura así.

—Eso espero. Si no, va a acabar conmigo. ¿Sabes dónde me enteré de lo que había hecho? En una maldita cena en casa de lord Edward Cunningham. Casi me caigo redondo cuando oí cómo describían al salteador de caminos... y reconocí el maldito disfraz que Angus se pone a veces cuando viaja. No sé cómo no me delaté allí mismo. Por suerte, todos se distrajeron con una pelea entre el lord y su prima —añadió, pasándose las manos por el pelo y levantándose con desgana—. *Aye*, bueno, será mejor que volvamos. Los demás estarán preguntándose dónde nos hemos metido.

Cuando regresaron al salón, con varias botellas de brandy y una bandeja de vasos, los hombres habían colocado las sillas formando un círculo irregular y charlaban entre ellos mientras esperaban. La tensión se había disipado en parte. Si no fuera por el joven que permanecía encorvado en una silla, con un ojo cerrado por la hinchazón y un pañuelo ensangrentado entre los labios, nadie habría sospechado que, poco antes, allí se había producido una escena brutal.

Alex repartió los vasos y las botellas, y luego tomó asiento.

—Os he reunido esta noche por varios motivos —dijo—. Uno ya está resuelto.

Nadie lo mencionó. El castigo había sido aplicado, Angus lo había aceptado como justo y ya se había disculpado ante los hombres del clan MacGregor.

—Como sabéis, hace unas semanas los casacas rojas nos confiscaron un alijo de armas. Como no podía ir yo mismo a investigar, envié a Duncan en mi lugar, con instrucciones de ocuparse del traidor si lograba descubrirlo.

Alex miró a Duncan, que asintió y continuó:

—Lo descubrí. Pero hay un pequeño problema. No se trata de un hombre, sino de una mujer.

—¿Y cuál es el problema con eso? —preguntó uno de los hombres—. La traición se paga con la muerte, la cometa quien la

cometa.

Hubo un murmullo general de asentimiento. Para otros delitos, sí se aplicaban castigos distintos según el sexo. Pero no en el caso de la traición. No había atenuantes posibles.

—Sí, pero la mujer en cuestión es Jean MacGregor.

Cuatro hombres palidecieron al instante. En la sala se hizo un silencio absoluto.

—Lo siento, muchachos —dijo Alex con suavidad—. Sé que es duro, siendo vuestra hermana.

—¿Estás seguro? —preguntó uno de ellos con voz ahogada.

—Sí, lo estoy —respondió Duncan—. La encontraron... bueno... en compañía muy cercana del soldado, digamos.

Las expresiones de los presentes no dejaban lugar a dudas: todos entendieron perfectamente en qué posición la habían descubierto. Los cuatro hermanos de Jean —todos de pelo negro como el ala de un cuervo— mostraban la misma expresión de incredulidad. A Alex se le encogió el corazón. Deseaba que aquella jornada terminara cuanto antes.

—¿Y qué ha dicho Kenneth? —preguntó uno de ellos. Kenneth era el marido de Jean.

—Ha pedido permiso para matarla él mismo. De momento se lo he concedido, de forma provisional —respondió Alex—. Pero quería daros la oportunidad de hablar antes de que se lleve a cabo.

—Tú eres nuestro jefe. Haremos lo que digas, lo sabes —dijo el primero. Su piel pálida contrastaba con el negro de su cabello.

—Sí, lo sé, Dougal —replicó Alex—. Pero hay diferencia entre obedecer y estar de acuerdo. Y no quiero divisiones entre nosotros, si puedo evitarlas.

—¿La perdonarías, si te lo pidiéramos? —preguntó el más joven de los hermanos.

Alex negó con la cabeza.

—No. No podría hacer eso —dijo, con tristeza.

Jean MacGregor era una mujer preciosa, con el cabello negro y los ojos grises como sus hermanos, una risa contagiosa y una voz dulce para el canto. Pero también era vanidosa y fácil de halagar, y sin duda eso la había llevado a caer.

—Pero como hermanos suyos, tenéis derecho a pedirme que sea yo quien cumpla la sentencia, en lugar de su marido.

Desde el vestíbulo llegó un golpe seco en la puerta principal. Todos se quedaron inmóviles.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Duncan en voz baja.

—No —respondió Alex—. Iain, ve a ver quién es, por favor.

El hombre vestido con la librea de lacayo se levantó, alisó su abrigo con gesto ensayado, adoptó un aire altivo y salió, cerrando la puerta tras de sí. Los demás permanecieron en silencio, en distintas posturas de alerta relajada, con la mano cerca de sus dagas.

Los minutos pasaron lentamente. Por fin, el lacayo regresó con una tarjeta de visita de color rosa, ricamente decorada, que entregó a Alex.

—Lady Wilhelmina Winter desea ver a sir Anthony Peters —anunció con solemnidad.

—Quien, por desgracia, no se encuentra en casa en este momento —respondió Alex, imitando con sorna un acento aristocrático inglés y dejando escapar un suspiro de alivio.

—Así es —respondió el lacayo, esbozando una sonrisa—. Se ha llevado una buena desilusión y ha dicho que volverá mañana. Ya se ha marchado. Me he asegurado de verla alejarse en el carruaje.

Con el peligro disipado, los hombres se relajaron dentro de lo posible, dadas las circunstancias. Los cuatro hermanos de Jean aprovecharon para intercambiar algunas palabras en voz baja.

—Ya hemos tomado una decisión —anunció Dougal, poniéndose en pie—. En condiciones normales, te habríamos pedido que tú llevaras a cabo la sentencia. Pero estas no son condiciones normales. Estás a más de trescientas millas de casa y, además, si la pillaron como has dicho, Duncan, no solo ha ofendido al clan, sino también a su marido. Nos daremos por satisfechos con que lo haga él. No volveremos a hablar de ella.

Se sentó de nuevo, clavando la mirada en el suelo, con el rostro duro como la piedra.

—Gracias —dijo Alex, visiblemente aliviado.

No deseaba tener que estrangular con sus propias manos a una mujer hermosa. A ninguna mujer, en realidad. Pero no habría

vacilado en hacerlo si los hermanos de Jean se lo hubieran pedido.

—En ese caso —continuó Alex—, aún falta por llegar un último cargamento de armas desde Francia. Cuando lo recibamos, todos podréis volver a casa, salvo Duncan, Angus e Iain.

Lanzó una mirada al lacayo. Hubo un suspiro colectivo de alivio.

—Yo me quedaré unas semanas más, si todo sale según lo previsto. Después marcharé a Europa una temporada. Un mes, quizá dos.

—¿Verás al príncipe en tus viajes? —preguntó uno de los hombres.

—*Aye*, supongo que sí. Aunque, la verdad, me habría gustado verle sin tener que cruzar el agua.

—*Aye*, está perdiendo una gran oportunidad —dijo Dougal con tono melancólico—. Con Geordie y su hijo fuera luchando, y el trono vacío...

El color le estaba volviendo al rostro, aunque sus ojos grises seguían húmedos por las lágrimas que no derramaría por su hermana.

—Cierto. Pero no podrá hacer nada si los franceses no lo apoyan —señaló Alex—. Y los jacobitas ingleses no se alzarán a menos que lo hagan.

—¡Al diablo con los ingleses! —exclamó de pronto Jamie MacGregor—. ¡Escocia se alzará por él, si se pone al frente!

—Una parte de Escocia, sí —corrigió Alex—. Pero no será suficiente si no cuenta con el respaldo francés. Los clanes protestantes, salvo los episcopalianos, no lo seguirán. Los Campbell lucharán por Jorge. Y buena parte de las tierras bajas también. Es una de las cosas que pienso discutir con él, si me recibe.

—Una razón más para luchar por Charlie —intervino por primera vez Angus, con la voz espesa por la hinchazón del labio roto—. ¿Qué más se puede pedir que matar a los Campbell y a los ingleses a la vez, y encima por una causa noble?

Varios hombres soltaron una carcajada, seguidos de vítores. Los Campbell eran enemigos declarados del clan MacGregor desde hacía siglos.

Pocos minutos después, la reunión se disolvió. El ambiente general era de alivio. Aunque la noticia sobre Jean los había afectado, se alegraban de que se hubiera descubierto al traidor y, aún más, de saber que pronto podrían volver a casa. Salieron en pequeños grupos por la puerta trasera, deslizándose sin ruido por las calles para no atraer atención.

Duncan, Angus e Iain se quedaron, y terminaron la última botella de brandy. Alex apuró su vaso como si fuera agua, se recostó en la silla y cerró los ojos, agotado. Le dolía profundamente haber tenido que sacar el tema de la traición de Jean delante de tantos hombres, pero no tenía otra opción. Necesitaba testigos que pudieran confirmar que su castigo se había decidido conforme al código del clan, y que había sido su marido, y no él, quien lo llevaría a cabo.

Angus vació también su vaso casi tan rápido como Alex, y reprimió un gesto de dolor cuando el alcohol le escoció en el labio partido.

—¿Estás bien? —preguntó Alex, con suavidad.

Angus lo miró con su único ojo bueno.

—Más o menos. Pero no creo que esté en condiciones de ayudar con el próximo cargamento. Me da que me has roto una costilla.

No había rastro de reproche en su voz.

—No volveré a darte motivo para hacer eso, Alex. Me equivoqué, y lo siento.

Los cuatro hombres bebieron en silencio durante un rato.

—No has dicho nada a los demás sobre el otro asunto —comentó Duncan al cabo.

Alex se pasó una mano por el pelo, un gesto que siempre delataba su preocupación o su irritación. Al hacerlo, se soltaron algunos mechones que brillaron al reflejo de la vela.

—No tenía sentido agobiarles. Ya tenían bastante esta noche sin que yo los cargara con algo que puede que ni siquiera ocurra.

—*Aye*, pero también puede que sí ocurra. ¿Estás seguro de que haces lo correcto?

—Sí. Llevo mucho tiempo observando. Y dudando. Pero si no me muevo pronto, será demasiado tarde. Hay cierto riesgo, pero estoy dispuesto a asumirlo.

—Yo no estoy tan seguro de que lo haría —dijo Duncan. Angus asintió—. Pero si has tomado una decisión, te respaldaré. Aunque... ¿no podrías pensarlo una vez más, antes de dar el paso definitivo?

Alex miró a sus dos hermanos.

—No tengo elección —respondió con una sonrisa cansada y los ojos súbitamente dulces—. *Tha gràdh agam oirre*[19].

Sus tres compañeros intercambiaron una mirada de comprensión.

—Ah. Bueno —dijo Angus—. Entonces no hay más que hablar.

Capítulo 15

Beth yacía sobre la cama, con la carta que Sarah acababa de entregarle apretada contra el pecho. Un escalofrío de emoción la recorrió de pies a cabeza, como a una niña que contempla un regalo envuelto en papeles brillantes. La última semana había sido un infierno. Lord Edward, con el rostro serio y pétreo, le había negado el carruaje para visitar a Caroline. Cuando Beth anunció su intención de ir andando a casa de su amiga, él se plantó delante de la puerta y le cerró el paso, con Richard al fondo, sonriendo con malicia. Su primo le había dicho, con tono pomposo, que lo mejor sería que no saliera si no era en compañía de sus hermanas, al menos hasta que aprendiera a comportarse con la debida corrección. Aunque estaba furiosa, Beth logró conservar la calma justo a tiempo. Miró de Edward a Richard, valorando la situación. Sabía que Edward no le haría daño. Pero también advirtió, en su expresión, que no movería un dedo para impedir que Richard la sujetara por la fuerza si perdía el control.

Optó entonces por decepcionar a su hermano y ceder dócilmente a las exigencias de Edward. Desde entonces, había sido el modelo de perfecta conducta, para alivio de toda la familia, aunque no se había disculpado como Edward había esperado. Necesitaba conservar al menos un mínimo de dignidad, aunque le hubiera costado caro. Le resultaba cada vez más difícil resistir la sombra de abatimiento que amenazaba con hundirla por completo.

Había, sin embargo, un pequeño rayo de luz en su vida, y tenía nombre: Sarah. Bendecía el día en que había decidido contratarla. Mientras cumplía con un encargo menor, la criada había aprovechado para escabullirse hasta casa de Caroline, explicar en

pocas palabras la situación de su señora y recoger la carta que la esperaba. Beth abrió con cuidado la hoja de papel y comenzó a leer:

«Queridísima Beth:

¡Qué maravilla poder dirigirme a ti por tu verdadero nombre! Como te decía en la otra carta —que, sin duda, tu hermano ya te habrá mostrado—, todos estamos bien. Incluso las articulaciones de Graeme han mejorado bastante, aunque creemos que se debe al tiempo seco más que a una mejoría real. Te echamos muchísimo de menos, como imagino que ya supones.

»Lamentamos mucho lo de lord Daniel. Esperábamos que pudieras casarte con un hombre que te hiciera feliz y, además, te librara del peso de tu hermano. Pero ha sido mejor que descubrieras a tiempo cómo era en realidad, y así evitaras una desgracia. En cuanto a lord Redburn, Graeme se alteró muchísimo al oír hablar de él. Dijo que antes de permitir que cayeras en manos de semejante borracho, vendría a raptarte y a casarse contigo él mismo. Estoy segura de que sabrás burlar las intenciones de tu hermano. Pero, por favor, ten presente el regalo que te hicimos la última vez que nos vimos. No dudes en volver con nosotros si lo necesitas. Todos estamos de acuerdo en ello».

Las palabras se emborronaron de repente, y Beth tuvo que dejar de leer para secarse los ojos. Luego continuó.

«Ahora tenemos una noticia sobre John, aunque no estoy segura de si te alegrará. Hace unas tres semanas, como el día era espléndido, Thomas, Graeme y yo fuimos a Manchester con la excusa de comprar provisiones, aunque en realidad solo queríamos disfrutar del buen tiempo.

Llevábamos allí un rato cuando, de pronto, vimos venir por la calle a la milicia, recién llegada de su entrenamiento en Lincoln. Se veían muy marciales con sus mosquetes, bayonetas y espadas. Algunos llevaban chaquetas azules y cinturones color ante, un intento de uniforme, imagino. Por supuesto, Graeme no se impresionó lo más mínimo con semejante despliegue de fuerza, y empezó a soltar comentarios despectivos en voz bien alta, atrayendo no poca atención por parte de los soldados. Buscamos a John, aunque suponíamos que intentaría evitarnos. Para nuestra sorpresa,

no fue así. Al vernos, agitó la mano con alegría, dejó su puesto sin pensarlo y se acercó. Apenas me había dado tiempo a saludarle cuando Graeme le soltó una andanada de insultos, diciendo que no entendía cómo tenía la desfachatez de respirar el mismo aire que nosotros. John trató de explicarse, pero no logró decir más de dos palabras antes de que Graeme le interrumpiera para decirle que no pensaba escuchar a nadie que hubiera abandonado sus principios y traicionado a su verdadero Rey por un abrigo y seis peniques al día. (John fue uno de esos afortunados —o desafortunados, según se mire— a los que se les ha entregado un abrigo nuevo). John perdió entonces los estribos. Se puso rojo como un tomate y dijo que, si Graeme creía de verdad que había traicionado la causa jacobita, entonces era todavía más necio de lo que pensaba. Graeme no quiso oír más. Le asestó un puñetazo tan fuerte que lo tumbó en el suelo. Habría seguido golpeándolo, de no ser porque Thomas y yo, al darnos cuenta de que varios soldados se habían girado para mirar la escena, lo agarramos entre los dos y lo arrastramos a la parte trasera de la ciudad. Conseguimos calmarlo lo suficiente para llevarlo a casa sin más incidentes. Desde entonces no ha vuelto a mencionar lo ocurrido.

»La verdad es que no entiendo qué motivó a John. Siempre fue un firme defensor de la causa jacobita, y jamás habría creído que pudiera traicionarla. Pero no encuentro otra explicación para lo que ha hecho. Al menos sabes ahora que John está bien, salvo por la posible pérdida de un diente y una buena hemorragia nasal, y que Graeme, como puedes ver, no ha suavizado su carácter con los años. Te escribiré de nuevo en cuanto reciba tu respuesta, confirmando que esta dirección sigue siendo segura.

Tu amiga,

Jane».

Beth se tumbó de nuevo y cerró los ojos. Pudo imaginar perfectamente la escena: el polvo levantado por las botas, el sol brillando sobre las espadas, el rostro curtido de Graeme encendido de rabia, la expresión de sorpresa de John al caer al suelo... Abrió los ojos con rapidez. Como Jane, no lograba entender los motivos de John, pero ahora comprendía mucho mejor lo fácil que resultaba

para las personas traicionarse unas a otras. Sir Anthony tenía razón: no hay que fiarse de nadie.

Que no encajaba en la vida social era algo que no ocultaba. Pero lo que no había confesado a nadie era la desesperada soledad, el esfuerzo constante por soportar el tedio, la hipocresía, las conversaciones vacías, las puñaladas disfrazadas de cumplidos... sin una sola amiga verdadera a la que poder confiarle su alma.

Sarah la escuchaba con atención, sí, pero no podía empatizar con ella. La criada habría dado cualquier cosa por intercambiar sus papeles, y consideraba que casarse con un viejo alcohólico era un precio muy pequeño a pagar por un título y una vida de lujos. Claro que —pensó Beth, esbozando una sonrisa—, Sarah no dudaría en tomar un amante si se le antojaba, ni en engañar a su esposo a la menor oportunidad. De hecho, lo disfrutaría.

«Quiero demasiado», pensó Beth. «Quiero un hombre bueno, en quien pueda confiar, que me ame por lo que soy. Si tuviera eso, podría soportar esta vida falsa. Si fuera necesario, la soportaría».

Pensó que lo había encontrado en Daniel. Ahora sabía que no lo encontraría en nadie.

Volvió a desplegar la carta, dispuesta a releerla para distraerse de aquella espiral de tristeza en la que ella misma se estaba hundiendo. Estaba a mitad del texto cuando oyó la voz de Sarah al otro lado de la puerta, clara y más alta de lo habitual.

—No sé si está vestida para recibir visitas, sargento Cunningham. Si me permite, iré a preguntar...

Sabiendo que Richard no la dejaría hacer tal cosa, Beth se levantó de un salto, levantó el colchón y escondió la carta debajo, en un lugar seguro desde el que no podía deslizarse. Cuando Richard entró en la estancia, ella estaba sentada junto al fuego, profundamente absorta en la lectura de un libro. Alzó la vista con fingida sorpresa. Sarah intentó seguirlo al interior, pero él le cerró la puerta en la cara.

Beth dejó el libro sobre la mesita y lo miró con cautela. Su tono, no obstante, fue neutro y formal.

—Bueno, Richard, imagino que esta no es una visita social. ¿Qué ocurre?

—Necesito hablar contigo de un asunto de la mayor importancia —declaró él con tono pomposo.

Tenía los ojos brillantes de entusiasmo. Estaba claro que algo lo excitaba enormemente. A Beth se le hundió el ánimo. Fuera lo que fuera, intuía que no lo compartiría.

—¿Qué asunto? —preguntó con cansancio.

—Sir Anthony Peters desea pedirte en matrimonio.

Beth lo miró fijamente.

—Estás bromeando. Tienes que estarlo —dijo al cabo de un momento—. Si querías inventarte una excusa para hablar conmigo y reconciliarnos, podrías haber encontrado una historia más verosímil.

—No intento reconciliarme —replicó Richard, impaciente—. Bueno... claro que me gustaría —añadió, sin convicción.

—Una simple disculpa por destruir mis cosas bastaría —sugirió Beth con frialdad, sabiendo que no la recibiría.

—Sí, claro... lamento haberte causado algún disgusto, pero actué como lo hice por el bien de los dos. Seguro que lo entiendes.

Beth se quedó atónita. Salvo en una ocasión muy concreta, jamás había oído a su hermano disculparse por nada, por violento o descabellado que fuera. Aunque acababa de matizar la disculpa, eso bastó para ponerla en alerta.

—No estás bromeando, ¿verdad? ¿De verdad ha pedido casarse conmigo?

—No exactamente, pero tiene intención de hacerlo. Esta mañana vino a pedirme consejo sobre cómo podría recibir tú una propuesta de su parte.

—¿Y qué le dijiste?

Richard tuvo al menos la decencia de mostrarse algo avergonzado antes de responder.

—Le aseguré que te sentirías honrada y que lo pensarías seriamente.

—Ya veo —respondió Beth.

Sabía que Richard no podía creer que ella aceptaría semejante propuesta. Estaría esperando que perdiera los estribos. Si lograba mantenerse serena, quizá lograra desconcertarlo.

—¿Te explicó por qué quiere casarse conmigo? Al fin y al cabo, tiene a su alrededor un séquito permanente de jovencitas dispuestas a decirle que sí, y mucho más compatibles con él que yo.

—Solo me dijo que te encuentra muy hermosa, y que está profundamente enamorado de ti.

Aquello era sin duda una cita literal, y Beth estalló en carcajadas.

—¿Cuántos aspavientos utilizó para adornar sus palabras? —preguntó ella, llevándose el dorso de la mano a la frente y echando la cabeza hacia atrás—. «Querido mío, creo que me moriré si me rechaza» —dijo Beth, imitando con bastante acierto el timbre agudo de sir Anthony.

Richard la observaba con el rostro imperturbable. Beth suspiró. Debía de haber heredado la falta de sentido del humor de su madre, pensó. Papá se habría desternillado de risa ante la sola idea de que su hija se casara con un petimetre semejante.

El pensamiento la golpeó de forma inesperada: nunca más volvería a oír a su padre reír. Se dejó caer en la silla de nuevo, y se frotó el rostro con la mano con furia, intentando contener las lágrimas.

—¿Qué te ha prometido? —preguntó con brusquedad.

Richard abrió la boca para negarlo, pero ella se adelantó.

—No me mientas. Seamos honestos por una vez. Si puedo hacer un buen matrimonio y dejar de depender de ti, lo haré. Pero no me casaré con ese afeminado engreído, Richard. Ni siquiera para librarme de ti. —Beth habló en voz baja, pero su determinación era de acero.

Beth vio cómo el rostro de Richard enrojecía y sus puños se cerraban. Se juró no perder los estribos, pasara lo que pasara. Esta vez tenía ventaja: él quería algo de ella. Al parecer, también lo había comprendido, porque relajó los puños con esfuerzo visible.

—Elizabeth —dijo Richard—. Se dice que ese hombre es inmensamente rico. Desde luego, viste como si lo fuera, y tiene amigos muy influyentes en las más altas esferas.

—Recuerdo que pensábamos lo mismo del hijo del conde de Highbury, y ya vimos en lo que acabó aquello —replicó Beth.

—Sir Anthony no tiene nada que ver con lord Daniel.

Y eso era cierto. Aunque en ocasiones lograba hacerla reír, la sola idea de mantener cualquier tipo de contacto íntimo con él le provocaba un escalofrío de horror.

—Tienes razón. Pero entonces estarás de acuerdo en que no puedes asumir que es rico solo porque gaste una fortuna en ropa. ¿Sabes si paga puntualmente a su sastre?

—Lo hace —respondió Richard sin vacilar, lo que delataba que llevaba tiempo esperando esta propuesta y había hecho al menos algunas averiguaciones sobre los antecedentes del hombre—. Todo el mundo conoce su linaje, aunque investigaré más si lo deseas. Y nadie puede negar que es una persona influyente. ¡Incluso el propio rey le tiene en gran estima!

—El rey está tan embaucado como todos los demás. ¿Quién no se dejaría hechizar por un camaleónico bufón tan ingenioso? Pero puedes ahorrarte seguir escarbando en su árbol genealógico. No voy a casarme con él. ¡Si no aguanto ni una hora en su compañía sin que me irrite, imagina el resto de mi vida!

—Beth, por favor, no lo rechaces sin pensarlo. Sé sensata. No tenemos título ni fortuna. Padre trabajó duro para darte una dote. Le debes hacer un buen matrimonio.

Todas las intenciones pacíficas de Beth estuvieron a punto de derrumbarse ante la osadía de su hermano por utilizar el amor de su padre para persuadirla. Pero su estrategia funcionaba. Su frialdad mantenía a raya el temperamento de Richard. O eso, o sir Anthony le había prometido la luna. Beth empezaba a disfrutar al ver a su hermano suplicarle. Aquello era realmente importante para él.

—¿Qué te ha prometido sir Anthony, Richard? —preguntó de nuevo.

Esta vez obtuvo una respuesta.

—Ha prometido comprarme la patente de corneta y proporcionar los fondos necesarios para ascender a teniente en cuanto haya vacante. Ha prometido hablar de mí al duque de Cumberland en su próximo encuentro. También usará su influencia para ayudar a Edward en todo lo posible. Y ha aceptado financiar parte de las reformas y mejoras en nuestra casa de Didsbury.

Beth silbó por entre los dientes, sin inmutarse ante la mirada de repulsa de Richard por aquel gesto tan poco femenino. Le traía sin cuidado su ascenso militar, pero confesaría que sería maravilloso ver restaurada su antigua casa. Aunque ¿en qué estaba pensando? Por más que Richard hablara en plural, la casa ya no era suya, sino de él y solo él, como se encargaba de recordarle siempre que podía.

—Lo siento, pero no. Tendrás que decirle que rechazo su propuesta.

Mientras hablaba, se había movido discretamente hasta situarse junto a la puerta, con la mano sobre el pomo, preparada para huir si él reaccionaba con violencia. Pero Richard no hizo además de golpearla, aunque la miraba como si quisiera matarla.

—No puedo decírselo yo —contestó con frialdad—. Ya le he dicho que te verás con él en el salón a las cuatro. Tendrás que rechazarlo tú misma, si piensas hacerlo. Pero recuerda esto: si le dices que no, aceptarás entonces a lord Redburn. Edward y yo estamos decididos.

La empujó al pasar y salió de la habitación sin volver la vista atrás, dejando tras de sí a una Beth pálida, pero más decidida que nunca a no casarse con sir Anthony, y tratando en vano de convencerse de que sería capaz de enfrentarse a él y a Edward, si llegaban a imponerle a lord Redburn.

—No me puedo creer que esté haciendo esto —jadeó Beth al llegar frente a la puerta del salón.

Sarah la había ayudado a vestirse para su encuentro con sir Anthony y había insistido en ajustarle tanto el corsé que apenas podía respirar. Según la visión de la doncella, una cintura de una cuarta era esencial para rechazar una propuesta de matrimonio indeseada.

Se detuvo un instante en el vestíbulo para recomponerse y, luego, erguida y con la cabeza bien alta, abrió la puerta del salón y entró, cerrándola con firmeza tras de sí.

Sus faldas rosa pálido susurraron al avanzar por la habitación. Sir Anthony, que estaba de pie junto a la ventana con las manos entrelazadas a la espalda, se volvió de inmediato.

«No debe de llevar aquí más de cinco minutos», pensó Beth. Cualquier estancia en la que él pasara más tiempo apestaba a violetas, y allí no percibía en absoluto su detestable colonia.

—¡Mi adorada Elizabeth! —exclamó él, avanzando hacia ella y tomándola del brazo—. ¡Qué hermosa está! Por favor, siéntese.

La condujo hasta una silla y luego se dirigió a la mesa del centro, dispuesta con varios platillos de pastelillos y delicadas galletas, una tetera y dos finas tazas de Sèvres con sus correspondientes platillos, todo ello acompañado por una charla constante.

—Isabella ha tenido la amabilidad de prepararnos unos dulces deliciosos y hasta una tetera del mejor té Bohea, que es carísimo, como seguramente sabe. Me ha asegurado que no nos interrumpirán, así que podremos charlar con toda tranquilidad —dijo mientras alzaba la tetera—. Tenía tantas ganas de este encuentro. ¿Desea una taza de té, querida, o prefiere un pastelito? ¿O tal vez una galleta? Son auténticas exquisiteces, y…

Beth se había levantado y se había acercado a la mesa. Colocó la mano plana sobre la taza que él iba a llenar, y solo su agilidad evitó que le derramara el líquido caliente sobre los dedos.

—¿Por qué? —preguntó Beth.

Lo miró directamente a los ojos. Sir Anthony sostuvo su mirada apenas un segundo, antes de girarse para colocar la tetera con cuidado en su soporte. Aún no detectaba el más mínimo rastro de violetas, y sintió con sorpresa —y alivio— que él no llevaba perfume aquel día. «Debe de sentirse desnudo», pensó, divertida, aunque desde luego no había escatimado en polvos ni en colorete. Beth contuvo un estremecimiento de repulsión mientras lo veía coger con delicadeza un pastelito y colocarlo en su plato con toda la precisión del mundo, antes de responder.

—¿Por qué se come algo tan delicado, querida? Por el puro placer de los sentidos…

—No me refería a eso. ¿Por qué quiere casarse conmigo?

Sir Anthony se llevó una mano al pecho, como si el asombro se le hubiera tatuado en el rostro.

—Mi querida Elizabeth, ¿no cree que se está adelantando un poco? Aún no le he propuesto matrimonio, ¿sabe?

—No, pero los dos sabemos que lo va a hacer. Es la única razón por la que estamos aquí. ¿Por qué?

—Me deja sin palabras. Tenía preparada la más bella de las declaraciones, diseñada para conquistar incluso a la dama más obstinada, y acaba de arruinar el momento por completo.

No parecía especialmente desolado, pensó Beth. En realidad, era difícil distinguir en él cualquier expresión que no fuese extrema. Las sutiles variaciones de color que le habrían permitido saber si alguien estaba incómodo, molesto o a punto de perder los estribos quedaban completamente ocultas bajo la espesa capa de maquillaje de sir Anthony. Podría estar rojo como una amapola, y ella no tendría ni idea.

—Lamento haber estropeado su discurso florido. Pero parece que ya contaba con que me mostrara reacia, y le aseguro que prefiero con mucho las palabras sinceras a los monólogos interminables carentes de contenido o de sentimiento verdadero. Así que vuelvo a preguntarle: ¿por qué quiere casarse conmigo?

Sir Anthony suspiró. Volvió a tomar la tetera y sirvió dos tazas de té con gesto ágil, sin ninguno de sus habituales amaneramientos. Le tendió una a Beth, quedándose con la otra. Le indicó con un gesto que tomara asiento y se acomodó frente a ella, cuidando de que su chaqueta no se arrugara. Beth removió el té y aguardó, mientras él meditaba su respuesta.

—Muy bien —dijo por fin—. Poseo tierras en el norte y un contrato de arrendamiento sobre una casa en Londres, de la cual usted sería la señora. Puedo prometerle aventuras, viajes a lugares fascinantes y el contacto con personas estimulantes, algo que sé que anhela. Por supuesto, tendríamos que consumar el matrimonio, si se me permite tan poco delicada alusión, aunque usted ha pedido franqueza, ¿no es así? Pero más allá de eso, le aseguro que si encuentra mis atenciones poco deseables no las impondré. Aunque, si seguimos juntos, sí exigiré que ante los demás mantengamos la apariencia de una pareja enamorada. Y lo que, probablemente, es más importante para usted: casarse conmigo la liberará en gran medida de esta vida que tanto detesta y que cada vez le resulta más

difícil de soportar. También la alejará por completo de las intrigas de su ambicioso y despiadado hermano.

Sir Anthony se recostó en su silla y sorbió el té con parsimonia, mientras observaba a Beth por encima del borde de la taza con unos ojos azul pizarra que, de pronto, parecían contener mucha más inteligencia de la que había mostrado hasta entonces.

—Caroline le ha contado todo esto —dijo ella, consternada.

—En absoluto, querida. Jamás traicionaría una confidencia. Tengo ojos, y he estado observándola atentamente estas últimas semanas. Está usted profundamente desdichada y al borde del colapso.

—¿Y cree que casarse con usted lo evitará? —preguntó Beth, con sorna.

—Sin ninguna duda —replicó él con toda calma, antes de tomar un delicado bocado de su pastel.

Permaneció sin palabras. Había esperado una exaltada declaración de amor, promesas de eterna devoción... no aquella enumeración de realidades prácticas unida a un conocimiento tan agudo como inquietante de su carácter y sus circunstancias familiares. Ahora comprendía cómo debía de sentirse un insecto clavado en una pizarra, observado al detalle.

Sintió cómo el rubor le subía lentamente desde la garganta hasta las mejillas. Apartó la mirada, intentando recuperar el control de la situación. Cuando volvió a mirarlo, percibió un leve destello de humor en sus ojos, que desapareció de inmediato.

—Veo que la he avergonzado, mi querida Elizabeth, y le aseguro que no era en absoluto mi intención —dijo él—. Si tan solo me hubiera permitido hacer lo que deseaba y proponerle matrimonio en forma debida... Pero insistió en la franqueza, y es deber del futuro esposo complacer a su dama en todo cuanto le sea posible. Por favor, no se enfade conmigo, no lo soportaría.

Diez minutos antes, Beth habría creído sus palabras al pie de la letra. Ahora no estaba tan segura y lo observó con suspicacia. Sin embargo, ni su voz ni su expresión mostraban la más mínima traza de falsedad. Se obligó a reunir sus pensamientos dispersos y volvió al ataque.

—Aún no ha respondido a mi pregunta —dijo ella.

—Ah, ¿no? —replicó él, con aire de inocencia—. ¿Qué motivo más podría necesitar para considerar mi propuesta?

—Me ha explicado por qué yo podría querer casarme con usted. Pero no me ha dicho por qué usted desea casarse conmigo. Y eso es algo muy distinto.

—Sí, por supuesto. Bien, déjeme pensar. Usted es, como sin duda sabe, una joven bellísima y vivaz, cuyos talentos respeto profundamente y me encantaría ver florecer. Me complacería mucho ayudarla a desarrollarlos al máximo —levantó una mano para detenerla cuando ella estuvo a punto de interrumpirlo—. Le aseguro que, diga lo que diga su instinto, le estoy hablando con total sinceridad. Le ruego que me permita continuar. Le tengo, sin lugar a dudas, un gran afecto. Sé que usted no siente lo mismo por mí, pero tengo la esperanza de que eso pueda cambiar con el tiempo, una vez que estemos casados.

—Por supuesto, también hay consideraciones prácticas, y no voy a insultar su inteligencia fingiendo lo contrario. Está el asunto de su dote, que no es precisamente modesta. Y, además, estoy francamente harto de ser perseguido por mujeres en las que no tengo el menor interés, y de ver cómo sus padres escudriñan mi linaje y mi fortuna con avidez. También me agradaría tener hijos algún día, pero ese es un motivo secundario, y dependerá de cómo evolucione nuestra relación. Como ya le he dicho, jamás le impondré mis atenciones.

—Y le prometo además que, mientras esté casada conmigo, contará con toda mi protección frente a cualquiera que intente hacerle daño. Y, por supuesto, al convertirse en mi esposa me sacará del mercado matrimonial, por lo que siempre le estaré profundamente agradecido —añadió con una sonrisa, antes de ofrecerle más té.

Beth aceptó una nueva taza y un pastelito, y mientras él se ocupaba de servirlos, se dedicó a repasar sus palabras. Su primer impulso, a pesar de su determinación previa, fue aceptar. Sus argumentos eran tan plausibles… si es que eran sinceros. Pero también era consciente de que su comportamiento imprevisible la

había descolocado, y no quería tomar una decisión de la que pudiera arrepentirse nada más salir de la habitación.

Vaciló, comió en silencio y bebió su segunda taza sin decir una palabra. Él no la presionó, como ella había temido. En su lugar, volvió a situarse junto a la ventana, en la misma postura en la que estaba cuando ella había entrado en la estancia, mirando hacia la plaza.

Pasados unos minutos, Beth no pudo soportarlo más. Se levantó, devolvió la taza y el plato a la mesa y dijo:

—Sir Anthony…

Él se giró de inmediato, con expresión atenta.

—Lo siento, pero no puedo darle una respuesta ahora mismo. Necesito algo de tiempo para considerar su propuesta.

—Lo comprendo perfectamente, querida Elizabeth. Al fin y al cabo, el matrimonio es una decisión que cambia la vida. Sería una insensatez comprometerse sin la debida reflexión. Tómese unos días para pensarlo y deme su respuesta cuando esté preparada.

Beth se volvió en cuanto terminó de hablar, deseosa de alejarse de aquel hombre que la desconcertaba tanto.

—Ah, casi lo olvido —la llamó cuando ya estaba a punto de salir —. Tengo un pequeño obsequio para usted.

Ella se giró para verle rebuscando en el bolsillo de su levita, de donde sacó un paquete pequeño, envuelto en papel de seda y atado con una cinta plateada.

—Es usted muy amable, Sir Anthony, pero no puedo aceptar un regalo, y menos aún cuando ni siquiera he aceptado su propuesta.

Alzó la mano en un gesto de negativa mientras él se lo ofrecía.

—Tampoco la ha rechazado —replicó él con toda naturalidad—. Iba a dárselo igualmente, cualquiera que fuese su respuesta. Por favor, me haría muy feliz.

Sus ojos brillaban con expectación, y Beth cedió. Había sido siempre cortés con ella. Rechazar su presente sería de una grosería injustificada.

—Gracias.

Él dio un paso atrás mientras ella desataba con cuidado la cinta. Dentro había un pequeño estuche de piel azul muy suave, repujado

con un delicado diseño celta entrelazado. Beth desabrochó el diminuto botón y abrió el estuche. En su interior, descansaba un rosario de ámbar y plata.

El impacto fue tan grande que olvidó respirar. Cuando por fin intentó inhalar desesperadamente, el corsé, atado con excesiva fuerza, le impidió llenar los pulmones. El color huyó de su rostro y unas pequeñas luces blancas comenzaron a danzar en los bordes de su visión. Trató de inspirar de nuevo, olvidando que solo podía hacerlo con respiraciones cortas, y sintió cómo las piernas se le doblaban bajo el peso del pánico.

Sir Anthony la atrapó al vuelo, la levantó con facilidad y la dejó caer sin miramientos sobre un escabel cercano. Luego la inclinó suavemente hacia delante. Beth notó algo frío y liso deslizarse por su espalda y, acto seguido, él la sostuvo por los hombros y la ayudó a recobrar la postura erguida. Arrodillado a su lado, le sujetó la espalda con un brazo.

—Ahora respire, lenta y profundamente —le ordenó con voz firme.

Para su inmenso alivio, la opresión en el pecho cedió, y pudo llenar por fin los pulmones. Retuvo el aire unos segundos y lo exhaló despacio. Al cabo de un instante, comprendió por qué podía respirar con tanta facilidad: él había cortado las cintas de su corsé.

Cuando consideró que ya podía sostenerse por sí sola, Sir Anthony retiró el brazo y permaneció arrodillado frente a ella.

—Lo siento —dijo. En la mano tenía el estuche con aquel contenido traicionero—. Solo quería agradarla. Me temo que el cuero estaba tan ennegrecido por el fuego que fue imposible adivinar su color original. Espero que este nuevo sea de su gusto. Pero las cuentas estaban intactas. Pensé que le haría ilusión recuperarlas. Sé que tienen un gran valor sentimental para usted.

Beth comprendió entonces que él había escuchado cada palabra de su discusión con Richard en la biblioteca. Con ese «regalo», le estaba advirtiendo lo que haría con lo que sabía si ella lo rechazaba. Extendió la mano lentamente y tomó el estuche, alzando la vista para mirarlo. Esperaba encontrar en sus ojos una expresión

triunfante. Pero la mirada azul oscuro de sir Anthony no mostraba más que calidez y preocupación.

«Lo que demuestra cuán fácilmente le sale la duplicidad», pensó, convencida de que todas sus promesas eran una mentira tras otra. No solo era un veleta, sino uno extremadamente peligroso. Y ahora ella estaba pagando el precio de haberlo subestimado por completo.

Lanzándole una mirada de puro odio, se puso en pie y abandonó la sala, silenciosa y rápida, dejando a Sir Anthony arrodillado junto al escabel vacío como si estuviera suplicando.

Una vez en su cuarto, echó el cerrojo para evitar cualquier interrupción inesperada. Luego sacó el rosario y dejó que las cuentas doradas le resbalaran entre los dedos. Era su posesión más preciada; jamás habría imaginado que llegaría el día en que lamentaría recuperarla.

Al cabo de un momento, inclinó la cabeza y comenzó a rezar el rosario, sosteniendo cada diminuta cuenta entre el pulgar y el índice mientras susurraba el avemaría. Iba avanzando de una en una, y la cadencia del rezo, como siempre, la fue calmando. Pero en vez de meditar los Misterios Sagrados, como ordenaba la Iglesia, dejaba que las emociones de la última hora se asentaran en su mente, con la esperanza de que surgiera una solución.

Cuando terminó, besó la pequeña figura de Cristo en la cruz y volvió a guardar el rosario en su estuche. Luego se sentó en la cama, las manos en el regazo, ya en calma, y reflexionó sobre sus opciones.

Podía rechazar la propuesta de sir Anthony, y deseaba hacerlo con toda su alma. ¿La denunciaría si lo hacía? Por muy pintoresco que se mostrara, Sir Anthony era, sin duda, partidario de la sucesión hanoveriana. Aunque fingiera indiferencia política, era habitual verle en compañía de importantes whigs, y el propio rey Jorge tenía gran estima por él. Tanto el momento en que le devolvió el rosario como sus palabras eran una advertencia clara. Él sabía que aquel objeto era especialmente valioso para ella, lo que significaba que probablemente había escuchado la inscripción en gaélico. Por tanto, sabía que su madre era escocesa y católica, y seguramente sospechaba que Beth también lo era.

Eso, por sí solo, no bastaría para comprometerla ante las autoridades, pero sí para levantar sospechas sobre posibles simpatías jacobitas. En un clima de paranoia como el actual, con rumores constantes de una inminente rebelión, bastaba con ser católica y escocesa para convertirse en blanco de las miradas. Que la hermana del sargento Richard Cunningham pudiera ser ambas cosas no beneficiaría en nada su carrera militar, y desde luego, provocaría su expulsión de los círculos sociales. La idea de regresar a Didsbury, con un hermano vengativo que disfrutaba haciendo daño, y sin un solo aliado con poder suficiente para protegerla, le provocó un escalofrío.

Por otro lado, la posibilidad de verse obligada a casarse con un petimetre taimado y afeminado le resultaba igualmente repulsiva, aunque probablemente menos peligrosa. Una vez casada, estaría a salvo. Sir Anthony no podría delatarla sin arrastrarse consigo. Beth supo entonces qué debía hacer.

No tenía sentido seguir buscando una salida.

No la había.

A la mañana siguiente, Beth envió a Sarah a casa de sir Anthony con una nota en la que decía que había reflexionado sobre su propuesta y había decidido aceptarla. No la firmó, ni añadió una sola palabra afectuosa. Ambos sabían perfectamente por qué lo aceptaba. Que el vencedor reclamara su premio, pensó. Pero, si él esperaba hallar alguna dicha en su conquista, se llevaría una amarga decepción.

Capítulo 16

En cuanto las primas de Beth oyeron hablar de su compromiso con sir Anthony Peters, comenzaron los preparativos para la boda. Charlotte, en particular, estaba en su salsa, parloteando durante horas sobre su propio enlace con el querido Frederick y la breve, pero dichosa felicidad que había disfrutado antes de su prematura muerte, un año atrás.

Sir Anthony había manifestado su deseo de casarse lo antes posible, a ser posible dentro de las siguientes seis semanas, pues aseguraba que le gustaría llevar a su esposa de viaje antes de que el invierno hiciera imposible desplazarse.

—Si me concede ese capricho, querida Elizabeth —había dicho entre arrumacos—, me causaría un placer inmenso mostrarle las maravillas de Europa. Pensé que podríamos pasar unas seis semanas fuera, quizá un poco más si el aire le sienta bien. ¿Qué le parece, mi querida?

Beth respondió que le daba exactamente lo mismo. Si tenía que casarse con él, mejor cuanto antes. Él no mostró la menor incomodidad ante su evidente falta de entusiasmo, y se limitó a señalar que, en ese caso, debían abandonar el país antes de que terminara agosto. Se encargaría del pasaje, del itinerario en el extranjero y del alojamiento, y dejaría todos los preparativos de la ceremonia en manos de ella.

La fecha se fijó para la primera semana de agosto, lo que dejaba apenas tres semanas para organizarlo todo. Como resultado, la casa se llenó de modistas, proveedores y floristas desde primera hora de la mañana hasta última de la noche. La única aportación de Edward fue sugerir que celebraran una ceremonia privada por licencia en la

casa de los Cunningham, en lugar de una boda pública en la iglesia. Aunque era algo bastante habitual entre novias de buena familia, Beth sospechaba que su primo lo proponía por motivos puramente económicos. Aceptó encantada, sin consultar al novio. Al fin y al cabo, él le había dejado todo a ella, y apenas lo había visto desde que se comprometieron.

Para alivio de Beth, Richard y Edward ya no controlaban sus movimientos; pasaban tanto tiempo como podían en su club para escapar de la histeria femenina que se había adueñado de la casa. Ella se dejó mimar por sus primas. Era agradable verlas tan animadas. Sabía que no se lo había puesto fácil, y se sentía algo culpable por ello. Ahora trataba de compensarlas dejándoles vía libre en la organización de la boda, en la que no tenía el menor interés, aunque hacía un esfuerzo por fingir entusiasmo. Su esfuerzo bastaba para satisfacer a Isabella y compañía.

Cuando todo la sobrepasaba, se refugiaba en casa de Edwin y Caroline, con quienes había pactado no mencionar la palabra «boda» ni nada relacionado. Si a Caroline le costaba cumplir con ese acuerdo, no lo demostraba; ni una sola vez aludió al matrimonio o a sir Anthony, lo que Beth agradecía enormemente.

Allí hablaban con alegría de política y crímenes, de los últimos descubrimientos científicos y de las molestias iniciales del embarazo. La pareja había anunciado la noticia poco más de una semana antes, y a Caroline le aliviaba poder compartir detalles con alguien genuinamente interesada, sin miedo a que la atiborraran con relatos macabros sobre partos desgarradores.

De vuelta en casa de los Cunningham, Clarissa se encargaba de la música, Charlotte de las flores, Isabella del banquete, y todas colaboraban en la confección del vestido de Beth: un elaborado diseño de seda azul aciano, exactamente del mismo tono que sus ojos. El corpiño y la falda estaban bordados con hilo de plata y pequeños cristales, y el conjunto resultaba tan pesado que Beth se preguntaba cómo lograría bajar las escaleras y cruzar el salón sin desplomarse por el camino. No le cabía duda de que desmayarse en el altar se consideraría una escena de lo más emotiva, pero no tenía la menor intención de hacerlo. Quería mirar a sir Anthony

directamente a los ojos cuando pronunciara sus votos y dejarle claro que, por mucho que la hubiera coaccionado para casarse, no sería jamás una esposa sumisa.

El feliz prometido se presentó un día sin previo aviso y fue conducido al salón por un lacayo. Observó con interés los planos de asientos extendidos por el suelo antes de aceptar la invitación de Charlotte para sentarse. Si le resultó extraño que las tres hermanas estuvieran absortas en los preparativos mientras su prometida permanecía en un rincón con un libro, no lo comentó.

—Parece que he llegado en el momento más oportuno —dijo, sonriente—. Vengo precisamente a hablar de la lista de invitados.

—Ay, sir Anthony —exclamó Isabella—. ¿Ha olvidado incluir a algún familiar o a un amigo? Estoy segura de que, si nos organizamos bien, aún podemos hacerles hueco.

Frunció el ceño al mirar el plano, ya repleto de nombres.

—No, no, querida Isabella —se apresuró a tranquilizarla—. Como sin duda sabe, soy el único superviviente de la familia Peters, gracias a la epidemia de viruela en Francia. Ojalá hubiéramos optado por la vacuna, pero madre la consideraba una operación demasiado arriesgada… aunque ya no tiene sentido pensar en lo que pudo ser. —Suspiró con pesar—. Si tengo primos lejanos, los desconozco. Y en cuanto a amistades, he notado que más de la mitad de los invitados figuran como amigos míos.

Se detuvo. El hecho de que el resto fuesen amigos de Edward y sus hermanas flotaba en el aire sin necesidad de mencionarlo. En realidad, Beth solo había invitado a Edwin y Caroline, que de hecho conocían a sir Anthony desde hacía más tiempo.

—Me ha parecido una distribución… un tanto desigual. Pensé que a Elizabeth podría apetecerle invitar a algunos miembros de su familia.

Beth dejó el libro a un lado, aunque no se movió de su rincón.

—Le agradezco el detalle, sir Anthony —respondió—. Pero, hasta donde yo sé, todos los Cunningham han sido invitados.

—Así es —canturreó Clarissa—. No somos muchos, sir Anthony, pero la tía abuela Arabella asistirá con su hijo.

—Sí, pero está también la otra parte de la familia. ¿No querría invitar a algún pariente por parte de su madre, querida?

Miró expectante a su prometida.

Todos los músculos del cuerpo de Beth se tensaron.

—La familia de mi madre era escocesa, como bien sabe —respondió con frialdad.

—Lo sé. Pero no considero eso un impedimento para que puedan ser invitados. He asistido a más de una boda en Escocia y le aseguro que sus gentes saben celebrarlas como pocos.

Beth estaba segura de ello. Tan segura como de que, aunque aún tuviera contacto con la familia de su madre, no serían bien recibidos en esta boda.

—No mantengo correspondencia con los parientes de mi madre. Además, viven en las Highlands. Es un viaje largo para asistir a la boda de una prima a la que jamás han visto.

Con suerte, ahí acabaría la conversación.

—¿A qué clan pertenecía su madre? —continuó sir Anthony con tono jovial, como si no notara el silencio repentino de Isabella y Charlotte.

—Su apellido era MacDonald —respondió Beth de forma cortante. Volvió a tomar el libro, un gesto más que claro de que daba por concluido el tema.

—MacDonald. Ah, pero hay varias ramas de los MacDonald, ¿verdad? Keppoch, Glencoe, Clanranald, por nombrar algunas.

La miró con fingida inocencia. ¿A qué venía todo aquello?

—Parece que sabe mucho sobre los escoceses, sir Anthony —comentó Charlotte, nerviosa.

—Así es, tengo varias conexiones en Escocia, y me parece un país de lo más hospitalario —respondió él.

—La familia de mi madre no era de Edimburgo, señor —replicó Beth con desdén.

Recordaba haberlo oído decir que había estado allí por negocios. Sin duda pensaba que toda Escocia era como su capital. Beth, que jamás había cruzado la frontera, creía conocerla mejor a través de los recuerdos de su madre que él jamás podría.

Los habitantes de Edimburgo, angloparlantes, consideraban a los montañeses gaélicos tan bárbaros como lo hacían los propios ingleses.

—No me refiero a Edimburgo —replicó él con un gesto amplio—, por hermosa que sea. No, las bodas a las que asistí fueron al norte de esa bella ciudad. Y he tenido otros tratos con los *highlanders*.

—¡Oh, sir Anthony, qué valiente es usted! —exclamó Isabella, mientras Beth imaginaba a los fieros guerreros bebedores observando con asombro a su prometido danzando un minueto—. ¿No le daba miedo tratar con esos salvajes...?

Su voz se apagó al notar la mirada de Beth, quizá esperando una explosión. Pero Beth apenas oyó las palabras de su prima. Solo tenía ojos para sir Anthony. A pesar de su tono despreocupado, estaba segura de que había un motivo oculto. ¿Quería demostrarle que no le avergonzaba su ascendencia? ¿O trataba de averiguar a qué rama pertenecía su madre para indagar sobre su implicación en las rebeliones jacobitas y ganar así más control sobre ella? Aquello parecía lo más probable.

—No deseo invitar a ningún pariente escocés, si es que aún los tengo. Y aunque tengo amigos en Manchester, no creo que les apetezca asistir a una... —iba a decir «farsa», pero logró contenerse —, a un evento así —concluyó, con un tono tan gélido que dejaba claro que no seguiría hablando del tema. Abrió el libro y retomó la lectura.

—Qué lástima —suspiró Charlotte— que el rey esté fuera del país. Estoy segura de que querría asistir a la boda de un amigo tan cercano como usted, sir Anthony.

El baronet observó el plano de asientos con interés. Richard estaba colocado junto a Beth en la mesa principal. Echó un vistazo a su prometida, que parecía absorta en su lectura. Era dudoso que se hubiera percatado de lo que sin duda era una metedura de pata por parte de Isabella.

—¿Quizá le gustaría aplazar la boda hasta el regreso de su majestad? —preguntó esta, dubitativa. Sir Anthony notó el gesto preocupado en su rostro y sonrió con amabilidad.

—Oh, querida Isabella, no me atrevería a llamarme amigo cercano del rey. No me atrevería a arruinar todos sus exquisitos planes, a no ser, claro, que mi adorada prometida prefiera posponer nuestros esponsales con la esperanza de que su majestad se digne a asistir a nuestra modesta ceremonia.

La «adorada prometida» alzó la vista, furiosa. ¿Cómo se atrevía a provocarla así? Lo último que querría sería tener al usurpador presente en su boda, y él lo sabía perfectamente. También sabía que ella no podía decirlo abiertamente delante de sus inocentes y bienintencionadas primas.

—Oh, no veo ningún sentido en aplazar la boda —respondió. Él sonrió, y ella bajó la mirada con modestia, para darle una falsa sensación de seguridad—. Al fin y al cabo, el rey lleva tiempo al otro lado del mar y no parece que vaya a regresar pronto. Aunque, claro, con la ayuda de su hijo, quizá podamos esperar un retorno más próximo de lo que pensábamos.

Beth sonrió con aire desafiante, ignorando las exclamaciones ahogadas de Isabella y Clarissa. Al menos ellas habían comprendido que, aunque sus palabras podían referirse a Jorge y Guillermo Augusto, en realidad eran mucho más adecuadas para el exiliado James Stuart y su hijo Charles. De hecho, el único hombre al que se llamaba «el rey del otro lado del mar» era James, y solo lo hacían los jacobitas.

Sir Anthony asintió levemente, reconociendo el golpe. Alzó la vista hacia los rostros demudados de las primas, luego volvió a mirar a Beth. Sus ojos brillaban, y aun antes de que hablara, ella supo que no había conseguido incomodarlo.

—Desde luego, si tanto desea contar con la bendición del rey y su hijo para nuestra unión, no veo razón alguna para que no hagamos un pequeño desvío y los visitemos durante nuestro viaje. ¿Le agradaría, querida?

Beth no tenía el menor deseo de ser su «querida», ni mucho menos de estrechar lazos con el elector de Hannover y su rechoncho segundo hijo, como bien sabía su futuro marido.

—Dudo mucho que el rey esté dispuesto a recibir a sus súbditos en un momento tan crucial de su vida, señor —respondió ella con

frialdad. —Le dirigió una mirada cargada de desagrado, y para su sorpresa, él pareció confundido, incluso herido por un instante, antes de bajar la vista de nuevo al papel que tenía desplegado ante sí.

—Bueno —dijo sir Anthony al cabo de un momento y con renovado entusiasmo, mientras dedicaba a Isabella su sonrisa más encantadora—, parece que ninguno de nosotros tendrá que modificar sus planes. Mi querida prometida es de lo más considerada, ¿no es cierto?

Beth volvió a centrarse en su libro. Isabella se mordió el labio, indecisa.

—Aunque sí creo, querida Isabella —prosiguió Sir Anthony con suavidad—, que como dama de mayor rango en la familia Cunningham, sería sin duda más apropiado que usted se siente junto a la novia, y no el sargento Cunningham. Estoy seguro de que no le importará que lo reubiquemos.

Los ojos de Beth se movieron brevemente, aunque no alzó la vista de la página.

—¡Oh, qué sugerencia tan excelente! —exclamó Charlotte, que había percibido la tensión que había surgido tras mencionar al rey, aunque sin comprender su origen—. Cuando me casé con mi pobre y querido Frederick, Isabella permaneció a mi lado todo el día. No habría podido arreglármelas sin ella. La emoción, ya sabéis...

Isabella se sonrojó, Sir Anthony sonrió radiante, y si alguien notó que la novia no participó en lo absoluto en el animado debate que se desató sobre la organización del banquete, nadie hizo comentario alguno al respecto.

«Queridos amigos:

Os escribo para contaros que por fin he aceptado una propuesta de matrimonio y que me casaré con sir Anthony Peters el cinco de agosto. Lo he aceptado porque, de no haberlo hecho, mi hermano y mi primo me habrían obligado a casarme con lord Redburn. Estoy verdaderamente desdichada, tanto que cada día me siento más desesperada. Las jornadas se arrastran sin fin, y…».

Beth arrugó la hoja de papel de buena calidad y la arrojó al suelo. Dejó la pluma a un lado y se llevó la cabeza entre las manos,

desesperada. Sabía que tenía que escribir a Jane, Thomas y Graeme. Había esperado una semana, pero no podía retrasarlo más. Sin embargo, debía encontrar la manera de hacerlo sin preocuparlos demasiado. Suspiró y se entretuvo afilando una nueva pluma mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

«Queridos amigos:

Os escribo para contaros que he aceptado una propuesta de matrimonio de sir Anthony Peters, y que nos casaremos el cinco de agosto. He considerado mi situación y creo que es lo mejor. No voy a fingir que estoy enamorada de él. Vosotros lo habéis visto, aunque fuera brevemente, y sabéis lo improbable que sería que me encandilara con semejante criatura. Sin embargo, en los últimos meses he llegado a conocerlo un poco…».

Se detuvo, frunció el ceño y, con sumo cuidado, añadió dos palabras a la frase anterior.

«…he llegado a conocerlo un poco en los últimos meses, y parece ser amable, y de ningún modo un hombre violento. Todo el mundo parece convencido de que le importo, y puede ser muy ingenioso y divertido.

»Me ha asegurado con sinceridad que no permitirá que nadie me haga daño y que no me obligará a hacer nada en contra de mi voluntad. Por supuesto, no hace falta decir que pagará la comisión de Richard. Y una vez casada, el control que Richard ejerce sobre todos nosotros desaparecerá.

»Os animo encarecidamente a que busquéis otros empleos. He hablado con sir Anthony sobre la posibilidad de que os contrate a todos, para que podáis seguir juntos, pero lamentablemente me ha dicho que, por ahora, no es posible. No obstante, ha afirmado de manera un tanto enigmática que tiene una posible solución para nuestra situación, aunque se niega a discutirla hasta después de la boda, momento en el que asegura que podrá determinar si es viable o no. No ha querido revelarme más detalles, pero os aseguro que, en cuanto estemos casados, no dejaré de insistir hasta obtener respuestas.

»No os he invitado, ni a vosotros ni a ninguno de mis amigos, a la boda, porque no puedo fingir que será un evento feliz para mí. En

cambio, después de la luna de miel (seis semanas, quizá algo más, por Europa), espero poder viajar sola a visitaros, y entonces celebraremos nuestra propia fiesta para brindar por mi liberación de Richard. Espero ese momento con más ilusión de la que podéis imaginar».

Dejó la pluma y releyó la carta. Sí, servía. Volvió a tomar la pluma y se dispuso a una tarea más sencilla: describir los preparativos de la boda, su atuendo y caricaturizar a los diversos personajes que formarían parte de aquella representación teatral, como ella la consideraba. Desde luego, el cinco de agosto se vería en Londres más teatro que en una función del Drury Lane.

Sir Anthony avanzaba con elegancia por el pasillo alfombrado que conducía a los apartamentos privados del duque de Newcastle, observando con interés el decorado de estilo paladiano. Estatuas de emperadores romanos lo contemplaban con severidad desde sus hornacinas, y elegantes columnas de mármol fingían sostener el ornamentado techo de estuco. Todo estaba pensado para impresionar y amedrentar, pensó el baronet, justo cuando el lacayo se detuvo frente a un par de puertas dobles y llamó con autoridad tres veces. Una voz desde el interior dio la orden, las puertas se abrieron y Sir Anthony fue conducido a una entrevista privada con Thomas Pelham, duque de Newcastle, secretario de Estado y hermano del actual Primer Lord del Tesoro.

Sir Anthony no parecía ni impresionado ni intimidado. Abandonó su examen del entorno y centró su atención en la imponente figura del hombre que se había levantado junto al fuego para saludarlo. Cada rasgo proclamaba su antigua nobleza: la nariz aguileña, la boca estrecha, pero bien formada. Llevaba una peluca anticuada, larga y rizada hasta los hombros, y sus ropas, aunque exquisitamente confeccionadas, eran de un sobrio tono marrón, en marcado contraste con los chillones pantalones amarillos y el chaleco a juego del baronet, combinados con una casaca azul real. Si al duque le sorprendió tal despliegue de colorido, no lo demostró. Aceptó con un leve gesto la profunda reverencia de su invitado y le indicó que tomara asiento.

Sir Anthony se sentó, acomodando con esmero las faldillas de su casaca, y esperó a que el duque le revelara el motivo de la audiencia.

—Bueno, Sir Anthony, supongo que querrá saber por qué le he hecho llamar esta mañana —comenzó el duque, tras una breve pausa para darle la oportunidad de plantear la pregunta.

—Confieso una leve curiosidad, sí —respondió el baronet, minimizando deliberadamente su interés. Se recostó un poco en la silla y esperó a que su anfitrión continuara.

—Deseo felicitarle por su inminente boda, señor —dijo Newcastle —. No he tenido aún el placer de conocer a la prometida, pero me han dicho que es la mujer más hermosa de Londres. Debe de estar usted muy feliz.

—Gracias —replicó Sir Anthony con cortesía—. No se le ha informado mal sobre el aspecto de mi prometida, aunque, como futuro esposo devoto, me corresponde considerarla la más bella de la capital.

—Sí, sí, por supuesto —respondió el duque, dejando claro que tenía un interés más bien superficial en la encantadora señorita Cunningham—. Tengo entendido que piensa realizar una gira por Europa con su esposa justo después del enlace.

Sir Anthony sonrió.

—Oh, no lo llamaría una gran gira, mi lord. Solo esperamos ausentarnos un par de meses, tal vez tres. Todo dependerá de Elizabeth. Hay que complacer a la pareja, sobre todo en los primeros días, ¿no lo cree?

—Por supuesto —afirmó el duque con entusiasmo, él que solo complacía cuando le convenía.

Hubo una pausa. Estaba claro que el duque no lo había hecho llamar solo para charlar sobre la boda. Sir Anthony aguardó a que fuera al grano, entretenido en no facilitarle el camino.

—Ah… ¿qué países piensa visitar? —preguntó Newcastle con fingida despreocupación.

—Aún no he decidido el itinerario. ¿Desea hacerme alguna recomendación, mi lord?

—Tengo entendido que Roma es una ciudad hermosísima, con obras de arte que deleitarían incluso a la dama más exigente.

Ah, ahí estaba. Sir Anthony inclinó la cabeza como si considerara la propuesta.

—No lo sé, mi lord. Había pensado en Italia, es cierto, pero solo contemplaba el norte. Venecia, tal vez. Me han dicho que Roma es hermosa, aunque, claro, es tan… católica, ¿no le parece?

Alzó la mirada con fingida inocencia hacia el duque, que se volvió y comenzó a pasearse por la estancia.

—Comprendo que tal vez encuentre Roma algo desagradable, siendo usted tan devoto de la fe anglicana. De hecho, tiene gran mérito que su familia viviera tantos años en Francia sin caer en la corrupción de la fe papista.

—También vivimos en Suiza durante varios años —señaló Sir Anthony, aunque evidentemente el duque ya lo sabía; no dudaba que aquel hombre conocía hasta el último detalle sobre los Peters.

—Sí, sí —dijo el duque, impaciente, con un gesto de la mano para zanjar el tema—. Iré al grano, señor. Tanto yo como el Primer Lord, sin mencionar al propio rey, le estaríamos profundamente agradecidos si incluyese Roma en su itinerario.

—Oh, bueno, dicho así… —repuso el baronet, visiblemente impresionado por el hecho de que el rey pensara en él en plena guerra extranjera—. Sería un placer complacerles. Por supuesto, tomaré nota detallada de todos los hermosos edificios y monumentos de esa ciudad tan noble. Supongo que el rey tiene pensado visitar la ciudad en algún momento, ¿no es así?

Newcastle lo miró con severidad.

—¡Por supuesto que no, señor! ¡El rey jamás pondría un pie en la cuna del papismo! No le interesa la arquitectura ni el arte idolátrico. Seré claro. Queremos que visite a James Stuart y a su hijo, y nos informe de cualquier cosa que considere relevante.

El rostro de sir Anthony se convirtió al instante en una máscara de horror. Se puso en pie de un salto.

—¡Dios mío, cómo puede pedirme tal cosa! ¡Visitar al Pretendiente! No podría hacerlo, ni mucho menos arrastrar a mi esposa a soportar la compañía de semejante villano. —Sus manos

revoloteaban de puro espanto—. ¡Además, es ilegal! ¡Jamás me atrevería a infringir las leyes de este noble país! ¡Mi familia quedaría deshonrada para siempre!

El duque lo observó con apenas disimulado desprecio. Sabía que esto era un error, y así se lo había dicho a su hermano, sin rodeos. Dominaba el juego del espionaje, con una vasta red de informadores repartida por toda Europa. Aquel hombre era un cabeza hueca, por mucho título universitario que ostentara, y además indiscreto, lo cual era aún peor. Si por él fuera, habría abandonado la idea en ese mismo instante, pero el rey había insistido en recomendar con vehemencia al baronet.

—Nada es ilegal si el propio rey lo autoriza —señaló Newcastle—. Su esposa no tiene por qué saber que ha hecho tal visita. De hecho, sería mejor que no lo supiera. Todo lo que el rey le pide es que rinda sus respetos al Pretendiente y exprese su interés por verlo restaurado en el trono.

Antes de que sir Anthony pudiera protestar —cosa que estaba claramente a punto de hacer—, el duque se apresuró a continuar.

—El rey considera que usted puede estar especialmente capacitado para ganarse la amistad del hijo del Pretendiente. Son de la misma edad, ¿no?

—No —respondió sir Anthony, aún visiblemente escandalizado, aunque empezando a recobrarse un poco. Se dio ligeros toques en el rostro con un trocito de encaje sacado del bolsillo, cuidando de no estropear su maquillaje—. Él tiene unos seis o siete años menos que yo, creo.

El duque hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No obstante, por lo que me han informado, tienen mucho en común. Carlos también es un… —se contuvo justo a tiempo de pronunciar la palabra *petimetre* y prosiguió con suavidad—, un hombre a la moda. Lo único que le pedimos es que intente entablar conversación con el joven, que se gane su confianza si le resulta posible. Luego nos comunica cualquier cosa que diga y que pueda tener interés, cualquier observación sobre su carácter y, en especial, sobre sus intenciones a corto plazo. Le estaríamos muy agradecidos.

Al ver que sir Anthony seguía con expresión de grave duda, el duque insistió:

—Le aseguro que los hombres que prestan tales servicios son considerados los más grandes patriotas. Su familia pasará a la historia como una de las que ayudaron a rescatar a Inglaterra del mayor peligro que jamás haya enfrentado.

—Bueno, no estoy seguro... —titubeó el baronet, y Newcastle aprovechó para rematar la jugada.

—Por supuesto, recibiría una generosa asignación para los gastos, señor. Sé que eso no influiría en la decisión de un hombre de honor como usted, pero esto sí: no conozco a nadie más indicado para esta misión. Su país cuenta con usted para averiguar más sobre ese mocoso arrogante que se atreve a desafiar al rey, y para ayudarnos a frustrar cualquier plan que tenga para devolver el trono a su padre papista.

—Oh, bueno, eso ya cambia las cosas —dijo sir Anthony, visiblemente halagado. Se atusó la casaca y añadió—: Estoy seguro de que puedo incluir una breve visita a Roma en el itinerario sin dificultad alguna. Me siento profundamente honrado de que me considere adecuado para una tarea tan importante, mi lord.

Sonrió servilmente a su anfitrión mientras alisaba su chaqueta con esmero.

—Por supuesto, esperamos de usted la máxima discreción. Ni una palabra a nadie —advirtió el duque—. Por supuesto, deberá entregar un informe con sus hallazgos a nuestro representante en Florencia, sir Horace Mann, a su regreso. Le escribiré para informarle de su misión.

No se lo había contado a nadie más. Solo el Primer Lord y el rey sabían que sir Anthony había sido abordado para esta empresa. Si en algún momento alguien más mencionaba que el baronet había sido reclutado como espía, el duque sabría perfectamente de dónde procedía la indiscreción, y abandonaría de inmediato la operación, no sin antes sembrar graves dudas sobre la lealtad del propio sir Anthony, lo cual bastaría para arruinar por completo su reputación.

Y, sin embargo, iba a llevarse una grata sorpresa. A pesar de haberse asegurado de que todo cuanto sir Anthony dijera durante la

semana que mediaba entre la entrevista y su boda llegara a sus oídos, el duque no escuchó una sola palabra sobre la entrevista privada ni sobre su propósito. Sí supo, en cambio, que sir Anthony había manifestado el deseo de incluir Roma entre los destinos de su viaje, afirmando que había oído que era una ciudad encantadora, a pesar de sus errores doctrinales. Su futura esposa no había sido consultada al respecto y, en cualquier caso, parecía completamente indiferente al lugar al que su marido decidiera llevarla en su luna de miel.

El duque consideró que era un buen comienzo. A pesar de que los espías rondaban continuamente la corte de los Estuardo en Roma, ninguno había logrado ganarse la confianza del hijo del Pretendiente. Quizá un necio tuviera éxito donde otros, más refinados y astutos, habían fracasado. Merecía la pena intentarlo. Tras conceder al baronet un presupuesto de gastos razonablemente generoso, Newcastle lo borró temporalmente de su mente y volvió a concentrarse en los asuntos de estado más urgentes.

Capítulo 17

—¡Perfecto! —exclamó Beth, insertando el último alfiler en el elaborado peinado de su doncella—. Ahora, ponte de pie y veamos cómo estás.

Sarah se levantó y giró sobre sí misma con lentitud, mientras su señora la observaba con ojo crítico.

—Estás maravillosa —afirmó Beth con sinceridad.

Y lo estaba. Vestida con un traje de seda *gros de Tours* color rojo rosado, bordado con guirnaldas de rosas blancas sobre un polisón armado, el cabello castaño reluciente adornado con pequeñas rosas de seda y el cuello esbelto enmarcado por un collar de perlas prestado por Beth, Sarah parecía transformada milagrosamente de doncella en dama de alta cuna.

Sarah bajó la mirada hacia el vestido, acariciando la seda con asombro.

—No tenías por qué hacer esto —murmuró.

—Lo sé. Pero quería hacerlo. Es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que has hecho por mí. No podría haber deseado mejor doncella. Te voy a echar muchísimo de menos.

Sarah tragó saliva.

—No tengo por qué quedarme... —empezó a decir.

—Sí, sí tienes —la interrumpió Beth con firmeza—. Esta es tu oportunidad para labrarte un futuro. Si vienes con nosotros a Europa, perderás la opción del local que llevas tiempo deseando alquilar. —No mencionó que sir Anthony se había mostrado curiosamente reacio a que Sarah continuara como su doncella una vez casados, aunque nunca lo había expresado abiertamente—. Está en una ubicación perfecta y ahora tienes suficientes

recomendaciones como para asegurarte una clientela selecta. Yo, desde luego, te visitaré cuando regrese a Londres.

—Será mejor que lo haga —respondió Sarah con voz temblorosa —. Y no aceptaré ni un penique tuyo cuando vuelvas.

—Pero no te enamores del primer joven apuesto que llame a tu puerta. Habrá muchos rondando en cuanto empieces a ganar dinero.

Sarah torció el gesto con desdén.

—No tengo la menor intención de casarme. He visto suficiente de los hombres y de lo que realmente son bajo sus pelucas empolvadas y ropas perfumadas, como para hartarme para siempre. —Hizo una pausa, consciente de que quizá no era el comentario más oportuno para decirle a una joven que estaba a punto de casarse con un hombre al que no amaba—. ¿Estás nerviosa por lo de mañana? —preguntó Sarah mientras se calzaba unos zapatos de cuero crema con tacón alto. Hizo una mueca: le apretaban un poco, pero no importaba. Solo tendrían que caminar unos metros desde el carruaje hasta el teatro y vuelta.

Beth se lo pensó un instante.

—Sí —admitió—. No por la ceremonia en sí, sino por ponerme en manos de otro hombre. Un hombre al que en realidad no conozco. Aun así, creo que es mejor que Richard. Y no tengo muchas opciones, la verdad.

—No sería difícil encontrar a alguien mejor que tu hermano —dijo Sarah con desprecio, tomando el abanico de mango de marfil que Beth le ofrecía—. Pero sir Anthony tiene otra ventaja, además de su fortuna y su ingenio.

—¿Cuál?

—Es el único hombre que he conocido que no mira a una mujer como si fuera una yegua de cría.

Beth rio. Era cierto, aunque no lo había considerado hasta ese momento.

—Y eso puede significar dos cosas —continuó Sarah—. O bien que respeta a las mujeres, o bien que no siente ningún interés por ellas y prefiere la compañía de los hombres. Lo que implica que, en la alcoba, o será considerado y atento, o absolutamente indiferente. ¿Qué más se puede pedir?

«Mucho más», pensó Beth, aunque sabía que no lo iba a obtener.

Se acomodaron en el carruaje de lord Edward, y Beth golpeó el techo para indicar al cochero que podían partir.

—Estoy impaciente —dijo Sarah, acomodando sus faldas con emoción—. Nunca he ido a la ópera.

Beth se alegró de haber decidido pasar su última noche de libertad ofreciendo a su doncella un atisbo de lujo en lugar de asistir a la velada de cartas que Isabella había propuesto. Había reservado un palco en el King's Theatre del Haymarket y encargado champán y pastelillos de canela para el entreacto. La emoción de Sarah empezaba a contagiarla, otorgando un matiz novedoso a algo que, en los últimos meses, se le había vuelto tedioso. Al menos esa noche podría concentrarse en la representación sin soportar el parloteo incesante de sus acompañantes. Sarah disfrutaría de cada instante, eso era seguro. Y sería un alivio alejarse del creciente histerismo prenupcial de sus primas, que amenazaba con quebrar su delgada capa de serenidad.

—¿Entenderé la ópera? —preguntó Sarah al cabo de un rato.

—No, porque está cantada en italiano —respondió Beth—. Pero venden programas que cuentan el argumento antes de que empiece la obra. Compraré uno.

El carruaje se detuvo con un brusco vaivén.

—No podemos haber llegado ya… —dijo Beth, levantando la cortinilla de cuero para mirar fuera. El cochero había bajado.

—¿Qué ocurre, Tom? —preguntó.

—Uno de los caballos cojea un poco, señorita. Probablemente sea una piedra, pero prefiero asegurarme, si no le importa.

Beth bajó la cortinilla.

—Está bien —tranquilizó a Sarah—. Tenemos tiempo de sobra. Aún llegaremos...

La puerta del carruaje se abrió de repente y un hombre entró de un salto, con la espada desenvainada y un pañuelo cubriéndole la mitad del rostro. Miró a Beth y luego a Sarah, que dejó escapar un gritito de sobresalto.

—Salga —le ordenó el desconocido con brusquedad.

Como Sarah no se movió, él se inclinó y, sujetándola del brazo, comenzó a arrastrarla por el asiento.

Al principio, Beth pensó que se trataba de un ladrón oportunista que había aprovechado la parada del carruaje. Pero Beth reconoció su voz al instante.

—¡Daniel! —exclamó—. ¿Qué demonios está haciendo? ¡Suéltela ahora mismo!

Él abrió mucho los ojos al oír su nombre, pero no dio explicación alguna. Simplemente levantó a la doncella y la empujó con brusquedad fuera del carruaje, cerrando la puerta de un golpe antes de volverse hacia Beth. Ella había comenzado a levantarse, pero volvió a sentarse al ver que él le apuntaba al pecho con la espada.

—Quédate donde estás—ordenó, y sentándose frente a ella, golpeó con fuerza el techo del carruaje. Este se puso en marcha de inmediato, a buen paso.

Sarah, que había caído de rodillas en la calle, observó cómo el carruaje doblaba la esquina, memorizando la dirección. Luego se puso en pie, sin importarle la suciedad que manchaba su vestido ni el dolor creciente en la rodilla. Recogió las faldas y echó a correr en sentido contrario, haciendo una breve pausa solo para lanzar los zapatos al arroyo, antes de emprender una carrera frenética hacia Smith Square.

—Pensé que te había perdido —dijo Daniel con naturalidad mientras el carruaje avanzaba dando tumbos—. No podía creer mi suerte cuando supe que ibas a la ópera la víspera de tu boda… y con solo tu doncella como compañía.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Beth—. ¿Adónde me llevas?

—He pensado en adelantar tu boda. A esta noche, para ser exactos. Y habrá algunos cambios… el más importante, el novio.

Ella lo miró atónita. Aunque había apartado la espada de su pecho, no la había envainado. Seguía sentado frente a ella, con los rasgos relajados y esa sonrisa arrogante que tan bien conocía.

—¿Estás diciendo que piensas casarte conmigo? —gimió Beth.

—Por supuesto. Soy un caballero. No se me ocurriría deshonrarte sin la bendición de la ley —respondió él con una sonrisa burlona.

«Esto no puede estar pasando de verdad», pensó Beth con desesperación. «Solo ocurre en las novelas absurdas que tanto disfruta Charlotte.»

—Esto no puede ser legal —dijo—. Ningún tribunal aceptaría una farsa semejante.

—Oh, te aseguro que sí. Tengo el anillo —dijo, palmeándose el bolsillo— y el ministro está esperando. Todo está preparado. Solo tenemos que decir los votos, y luego retirarnos a la habitación que he alquilado para consumar nuestra feliz unión.

Beth lo miró sin dar crédito. A pesar de su tono ligero, hablaba completamente en serio.

—¿No necesitas al menos una licencia?

—Ay, mi amor… a pesar de tu precocidad —que, por cierto, estoy deseando domar—, ignoras por completo ciertos rincones del mundo. No hace falta licencia si tienes dinero y sabes adónde ir. No te preocupes, todo está bajo control. Y estás encantadora —añadió, recorriéndola con la mirada de arriba abajo—. Ese vestido de seda aguamarina te sienta de maravilla.

—Parece que olvidas que te rechacé hace seis semanas. Y desde entonces no ha ocurrido nada que me haya hecho cambiar de opinión —dijo ella con frialdad.

—Vamos, no me digas que prefieres a ese afeminado perfumado antes que a mí. ¡Y ni siquiera es más que un simple baronet! Si te casas conmigo, serás una lady desde el primer día, y condesa cuando mi padre muera y yo herede el condado.

—Lo cual ocurrirá dentro de muchos años, probablemente —replicó Beth.

El carruaje comenzaba a frenar. ¿Podría salir por la puerta antes de que él la alcanzara? No esperaría que lo intentara antes de detenerse. Se recolocó ligeramente para tener mejor acceso al picaporte.

—Y mientras tanto —añadió—, tengo entendido que tu padre se ha negado a pagarte las deudas de juego. Prefiero ser la esposa rica de un baronet que una lady arruinada, gracias.

—Pero no estaremos arruinados —replicó él—. Tu dote cubrirá mis deudas, y en cuanto sepa que me he casado, mi padre me devolverá la asignación. Tiene debilidad por las mujeres guapas. Nunca dejaría que pasaras hambre.

Lo tenía todo pensado. Y estaba convencido de que ella cedería, rendida ante su atractivo y su título. Beth lo observó con desprecio. Ese rostro arrogante y petulante… ¿cómo había podido parecerle atractivo alguna vez? Sintió cómo la rabia le subía a la garganta, pero se obligó a tragársela. Perder el control no la ayudaría. El carruaje ya iba a paso lento. Beth se lanzó hacia la puerta.

Casi lo consiguió. Estaba medio fuera cuando Daniel consiguió aferrarse a su melena y tiró de ella con fuerza, arrastrándola hacia atrás. Beth soltó un grito de dolor al caer de nuevo en el asiento. Las horquillas volaron en todas direcciones y su cabello se deshizo, cayendo en cascada sobre sus hombros.

Él ya no sonreía. Se miraron fijamente: sus ojos, oscuros y encendidos; los de ella, helados y fijos.

—No me voy a casar contigo, Daniel —dijo Beth despacio, con toda la firmeza que fue capaz de reunir.

Le ardía el cuero cabelludo y las lágrimas de dolor nublaban su visión.

—Sí que lo harás —respondió él, aferrándole el brazo y obligándola a ponerse en pie justo cuando el carruaje se detenía.

El cochero ya había saltado al suelo y sujetó a Beth cuando Daniel la empujó con brusquedad fuera del carruaje. Él bajó tras ella, y entre los dos hombres la sujetaron con fuerza por los brazos para que no pudiera escapar.

—Porque si no lo haces —continuó Daniel con esa falsa dulzura que a Beth le heló la sangre—, este será mi nuevo hogar a partir de mañana. Y no tengo ninguna intención de pasar aquí una sola noche, no cuando hay una alternativa mucho más agradable.

Empezaron a caminar hacia la entrada de un edificio sombrío, arrastrándola casi en volandas. Al alzar la vista, Beth se quedó paralizada. No había duda. Estaban ante la prisión de deudores de Fleet.

La partida de cartas transcurría con normalidad cuando una mujer sucia y desgreñada irrumpió por la puerta principal abierta e irrumpió en el salón, sin que nadie tuviera tiempo de detenerla. Varias damas gritaron aterradas y algunos caballeros se levantaron de un salto.

Lord Edward quedó horrorizado ante aquella intrusión en los sagrados dominios de su casa, perpetrada, sin duda, por alguna lunática. La mujer se detuvo en seco a pocos pasos de la mesa y recorrió la estancia con la mirada, desorbitada, hasta que sus ojos se posaron en sir Anthony, que, tras declararse demasiado nervioso como para concentrarse en el juego, permanecía de pie tras Isabella, observando sus cartas.

—Beth... —intentó decir, pero no le salió voz alguna. El pecho le subía y bajaba con violencia tras haber corrido a toda velocidad vestida de forma poco apropiada. La ballena del corsé le oprimía la cintura y tenía un dolor agudo en el costado. Se llevó una mano al flanco y rogó en silencio que sir Anthony comprendiera lo que sus ojos querían decirle.

—¿Cómo se atreve a irrumpir así en mi casa? —rugió sir Edward —. ¡John, sácala de la sala y llama a un agente de inmediato!

Para horror de los presentes, antes de que el lacayo hubiera dado más de dos pasos hacia la intrusa, sir Anthony cruzó la habitación como una exhalación, desenvainando la espada mientras corría. Parecía dispuesto a atravesarla con el acero, pero, antes de que nadie pudiera detenerlo, llegó hasta Sarah, la giró de espaldas, agarró el cuello de su vestido y lo rasgó de un solo tirón desde la nuca hasta la cintura. Luego alzó la espada y cortó con precisión los cordones del corsé sin rozar su piel.

—Esto empieza a convertirse en costumbre —murmuró para sí.

Isabella se desmayó y cayó al suelo con un golpe sordo, pero nadie se molestó en atenderla. El espectáculo era demasiado fascinante para apartar la vista. ¿Se habría vuelto loco sir Anthony? ¿Iba a deshonrar a la mujer allí mismo? ¿Quién era ella, en todo caso?

—Respire —ordenó sir Anthony, quitándose su abrigo verde esmeralda y cubriendo con él los hombros de la doncella.

Liberada al fin del corsé, Sarah tomó varias bocanadas de aire, apoyándose ligeramente en él.

—Beth... —consiguió decir por fin, con voz ronca—. Se la ha llevado.

—¿Quién? —preguntó él.

—Lord Daniel. Me arrojó fuera del coche.

La sala enmudeció. Todos escuchaban con avidez.

—¿Viste hacia dónde se dirigían? —preguntó sir Anthony. Su voz, ahora firme y autoritaria, no tenía nada del tono amanerado al que estaban acostumbrados.

Sarah asintió, todavía jadeante, y al notar los ojos de varios caballeros clavados en su pecho, se envolvió con más fuerza en el abrigo.

—Subieron por el Strand. Creo que la lleva a la prisión de Fleet.

—¿Qué motivo podría tener para llevarla allí? ¡Es absurdo! —exclamó lord Edward. Pero sir Anthony ya había salido de la sala, en dirección a las caballerizas.

En la capilla de la prisión, el ministro aguardaba con el Libro Común de Rezos abierto ante él en el atril.

—¡No pienso consentir esto! —gritó Beth al llegar al altar—. ¡No quiero casarme con este hombre! ¡Me han traído por la fuerza!

Se dirigió al ministro, que la observó desde lo alto con expresión cansada y resignada.

—Creo que la señorita necesita algo de persuasión antes de empezar, milord —dijo—. Pero le ruego que se dé prisa. Ya sabe lo que dicen: el tiempo es oro.

Lord Daniel tomó a Beth por los hombros con suavidad.

—Beth, vamos, sé razonable. Te quiero, de verdad. Cuando estemos casados, cambiaré, te lo juro.

—¿Y crees que voy a creerte una sola palabra? —exclamó ella—. ¡Ningún hombre con honor actuaría como tú esta noche! ¡No me casaría contigo ni aunque fueras el propio rey!

De un tirón se soltó de su agarre y habría echado a correr, pero el cochero se interpuso, cerrándole el paso. Beth se volvió hacia Daniel y, alzando la mano, le propinó una bofetada con todas sus

fuerzas. La cabeza de él giró bruscamente, pero antes de que ella pudiera volver a golpearlo, él le sujetó la muñeca.

—¡Por Dios, vas a arrepentirte de esto! —rugió. Su rostro estaba lívido, con la marca de la mano de Beth ardiendo en su mejilla.

El ministro tamborileó los dedos sobre el libro con impaciencia.

—Milord —intervino—, si esto va a alargarse, ¿me permitiría sugerir que regresen otro día?

—No tardaremos nada, se lo aseguro —respondió Daniel—. Sujétala —ordenó, empujándola hacia el cochero, que le sujetó los brazos. De un movimiento rápido, desenvainó su espada y la apuntó al pecho. Beth abrió mucho los ojos, pero no retrocedió.

—No creo que este ministro te case con un cadáver. Y mi abogado no te soltará ni un penique de mi dote. Estás perdiendo el tiempo.

—No lo creo, querida. No tengo intención de matarte. —Se volvió hacia el cochero—. Sujétale la mano.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el hombre, inseguro.

—Voy a cortarle los dedos, uno por uno, hasta que acceda a casarse conmigo —respondió Daniel, con frialdad.

Tom sintió cómo Beth se encogía instintivamente contra él. Aquello no le gustaba. Le habían prometido diez guineas por permitir que lord Daniel subiera al coche, y había pensado que Beth acabaría cediendo durante el trayecto.

—No quiero líos de sangre, milord —dijo, con voz temblorosa.

—Tranquilo, hombre, se le recompensará bien —dijo Daniel con desdén, agarrando la muñeca de Beth y extendiéndola con gesto brusco.

—No me casaré contigo, hagas lo que hagas —dijo ella, temblando.

—Eres muy valiente, amor mío, pero también muy tonta. ¿Cuántos dedos crees que tendré que cortarte antes de que entres en razón?

—Oh, con uno bastará, imagino —dijo una voz serena desde la esquina—. Es una operación horriblemente dolorosa, después de todo.

Lord Daniel se giró bruscamente, arrastrando a Beth consigo. Sir Anthony se encontraba apoyado con aire despreocupado en el umbral. Su peluca estaba algo ladeada y le faltaba el abrigo, pero por lo demás, parecía el mismo hombre que una hora antes le había deseado a Beth una velada encantadora al pie del carruaje. Salvo, claro está, por la pistola que apuntaba directamente a la cabeza de Daniel.

Este alzó su espada y apoyó la hoja en la garganta de Beth.

—La mataré —amenazó.

—Sea mi invitado, querido muchacho —repuso sir Anthony—. Aunque le rogaría que pensara en las consecuencias antes de hacerlo.

Tras él apareció lord Edward, aparentemente dispuesto a irrumpir en la capilla, pero fue contenido por una figura que emergió de las sombras instantes después. Beth distinguió a Richard, con la espada desenvainada y el rostro lívido. Un segundo más tarde, Edwin salió también a la luz.

Sir Anthony no parecía advertir la presencia de los tres hombres que aguardaban tensos a pocos pasos de distancia. Siguió hablando con ligereza, como si se tratase de una simple conversación entre caballeros.

—En primer lugar —dijo sir Anthony con calma—, si cumple su amenaza me veré en la fastidiosa necesidad de buscar otra prometida. En segundo, supongo que se ha visto empujado a este acto desesperado porque desea evitar la prisión por deudas. Si la mata, desde luego lo conseguirá..., pero me veré obligado a dispararle, lo cual, sinceramente, preferiría evitar.

Lord Daniel soltó una carcajada desdeñosa.

—¿Usted? —replicó con sorna—. No tiene ni la destreza ni las pelotas para dispararme.

—Le aseguro, milord, que poseo todos los atributos masculinos necesarios —respondió sir Anthony, imperturbable ante el insulto—. Y también tengo la destreza técnica para accionar esta arma. Aunque, eso sí, la sola idea de ver sangre me produce náuseas y vértigo, querida —añadió, dirigiéndole a Beth una sonrisa afectuosa mientras sus ojos ardían de rabia y temor—, pero a esta distancia...

la puntería es lo de menos, ¿no cree? Sería imposible fallar. —Avanzó un paso, y al ver cómo Daniel se tensaba, se detuvo—. Confesaré algo —prosiguió con el mismo tono sereno—. Me espanta la idea de quitar una vida, y aunque intentaré apuntar al corazón para que su final sea rápido, tiemblo tanto que, pese a mis mejores esfuerzos, me temo que erraré y le daré en el estómago. Y me han asegurado que esa es una de las muertes más lentas y dolorosas que existen.

A pesar de sus palabras, el pulso con el que sostenía la pistola era firme como una roca, su expresión cordial, casi amistosa, pero con un brillo helado en los ojos azul oscuro.

Lord Daniel tragó saliva, y la punta de su espada vaciló. Beth dio un paso al frente, pero el brazo que él le rodeaba a la cintura le impidió soltarse. Sir Anthony alzó una mano en su dirección.

—Por favor, no se mueva, querida —dijo él con suavidad—. Sería una lástima que lord Daniel la matara por accidente.

—No puedo ir a prisión —balbuceó el joven—. No sobreviviría allí.

—Oh, no creo que sea necesario llegar a eso —replicó sir Anthony.

En las sombras detrás de él, Beth vio a lord Edward abrir la boca, pero Edwin se la tapó con rapidez para evitar que protestara.

—¿Qué quiere decir? Si no me encarcelan por deudas, lo harán por lo que he hecho esta noche. No lo soportaría.

—No puedo impedir que le metan en prisión por sus deudas de juego, milord. Pero estaría dispuesto a hacer una pequeña donación para asegurarle un alojamiento decente mientras su padre decide pagar y ponerle en libertad.

—No lo hará —musitó Daniel—. Ya me lo ha dicho.

—Conozco bien a su padre, muchacho. No dejará que el futuro conde de Highbury languidezca en una prisión para deudores más de una semana o dos. En cuanto a lo ocurrido esta noche... bueno, estamos entre amigos. Estoy seguro de que podríamos considerar esta pequeña aventura como una broma prematrimonial que ha ido un poco demasiado lejos. Si suelta a Elizabeth ahora, puede marcharse. No se hablará más del asunto.

—No puede hablar en serio —jadeó Daniel—. ¿Por qué haría algo así?

—Oh, muchacho, tal vez no lo parezca, pero en mi juventud cometí algunas imprudencias de las que aún me arrepiento. No quisiera que un joven con futuro quedara marcado de por vida por algo que yo mismo podría haber hecho en mis años más impulsivos. Claro que, si insiste en asesinar a la señorita, me temo que no podré hacer nada por usted.

Daniel guardó silencio un momento. Las piernas de Beth comenzaban a temblar, y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse firme. Si se desmayaba, se degollaría ella sola.

—¿Me da su palabra —dijo al fin— de que me dejarán marchar sin ponerme una mano encima?

Los tres hombres detrás sir Anthony asintieron a regañadientes, aunque Richard apretaba con tanta fuerza la empuñadura de su espada que los nudillos se le habían puesto blancos, y el rostro de su primo estaba congestionado de furia.

—Tiene mi palabra de caballero —dijo sir Anthony.

En un solo movimiento, lord Daniel retiró la espada del cuello de Beth y la empujó hacia delante con brusquedad, antes de salir corriendo por la puerta lateral por la que el ministro había huido al ver aparecer a su rescatador.

Sir Anthony la atrapó cuando trastabilló y Beth se apoyó en él con gratitud mientras sus brazos la rodeaban con firmeza.

—¿Está usted herida?

—No —respondió ella, aún con la voz temblorosa—. Pero lo estaría, de no haber llegado a tiempo. ¿Cómo supo dónde encontrarme?

Él no contestó, y en su lugar miró por encima del hombro de Beth. Lord Edward y Richard habían reducido al cochero, que, en lugar de huir con el ministro, se había quedado paralizado, temeroso de que sir Anthony le disparara si hacía el menor movimiento. Cuando Beth se giró para mirar, Richard le propinó un fuerte puñetazo en la cara, aunque el hombre no había intentado resistirse. La sangre brotó de su nariz.

—¡Basta! —exclamó ella—. ¿Qué están haciendo?

Lord Edward y Richard la miraron, perplejos.

—Creí que era evidente —respondió Richard—. Este hombre ha colaborado en su secuestro.

—Quien me ha secuestrado ha sido lord Daniel —replicó Beth—. Este hombre solo fue lo bastante idiota como para dejarse sobornar. Conozco los sueldos que paga su primo, y me da lástima, a pesar de todo lo que acabo de vivir.

Edwin dio un paso al frente y se colocó delante del cochero. Sacó su pañuelo y se lo entregó; el hombre lo aceptó con gratitud y se lo presionó contra la nariz, aunque temblaba tanto que apenas podía mantenerse en pie.

—¿Qué le ordenó hacer exactamente? —preguntó Edwin.

Tom miró nervioso por encima del hombro del parlamentario, hacia Richard, cuya expresión dejaba claro que el golpe anterior no sería el último.

—Me dijo que me daría diez guineas si detenía el coche en la esquina del Strand. Dijo que le haría un favor a la señorita, porque en realidad no quería casarse con ese... ese señor tan perfumado, y que me lo agradecería.

Pese a la tensión del momento, Edwin y Beth no pudieron evitar sonreír ante el desliz.

—¿Le entregó el dinero? —preguntó Edwin.

—No. Y no lo aceptaría ahora, se lo juro. Si hubiera sabido que la señorita estaba tan en contra, no lo habría hecho jamás.

—¡Mentiroso! —estalló Richard, y le golpeó en el estómago con precisión—. Vas a colgar por esto, bastardo.

Beth dio un paso al frente, asqueada por la expresión de satisfacción en el rostro de su hermano, pero sir Anthony la detuvo con suavidad.

—Lord Edward, supongo que piensa usted despedir a este hombre —dijo.

Edward lo miró.

—¡Dios mío, por supuesto! ¿Cree que emplearía a un lacayo que colabora en el secuestro de mi prima?

—No, claro que no. Y hay quien diría que ser despedido sin carta de recomendación ya es castigo suficiente. ¿Puedo sugerir que,

siendo Elizabeth y yo los directamente agraviados, seamos quienes decidamos qué hacer con él?

Lord Edward lo consideró razonable. No se podía esperar que una mujer pensara con claridad en esas circunstancias. Eran demasiado blandas. Pero sir Anthony acababa de admitir que el hombre era un sinvergüenza. Sin duda exigiría el máximo castigo.

—Por supuesto, sir Anthony —dijo, ignorando a Beth—. Le dejo el asunto en sus manos. —Incluso dio un paso atrás, como si se desentendiera formalmente del tema.

Richard, ahora con control total sobre el prisionero, le retorció el brazo hasta ponerlo casi en ángulo. Beth miró a sir Anthony, esperando su reacción antes de intervenir. Ver el disfrute de su hermano al causar dolor le había devuelto la fuerza. Ya no le temblaban las piernas.

Sir Anthony la miró con cariño.

—Querida, creo que le dejaré a usted la decisión sobre el destino de este desgraciado. Considérelo un regalo anticipado de bodas —sus ojos examinaron su rostro—. Úselo bien.

No tenía ni idea de lo que él esperaba que hiciera, ni le importaba.

—Déjalo libre —dijo, mirando fijamente a Richard, que la observó atónito. Tom estaba de puntillas, intentando aliviar la presión sobre su hombro, y ella vio cómo su hermano intensificaba la torsión.

—No estás pensando con claridad, Elizabeth —dijo él.

—Déjalo ir, Richard —repitió ella.

Sus miradas se cruzaron. El entorno mugriento y los espectadores se desvanecieron, eclipsados por el odio que los unía.

—No pienso hacerlo —replicó su hermano—. Se merece la horca por lo que te ha hecho.

—Lo cual no es nada comparado con lo que tú me has hecho a mí, hermano —replicó ella, con los ojos encendidos y la voz helada.

Richard enrojeció hasta las orejas y soltó al cochero como si estuviera infectado. El hombre cayó de rodillas, sujetándose el hombro herido. Richard levantó el pie para darle una patada, pero Beth alzó la mano con gesto imperioso y él se contuvo. Sus ojos lanzaban fuego.

—Gracias —dijo ella, mirando a su prometido.

—Ha sido un placer, querida —respondió él, con una chispa en la mirada—. ¿Está usted herido, Tom? Si no es así, le sugeriría que abandonara este lugar lo antes posible.

El cochero no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se puso en pie y salió tambaleándose, aún sujetándose el hombro. Al pasar junto a Beth, se detuvo un instante.

—Gracias, señorita. No olvidaré esto.

Y desapareció entre las sombras.

Edwin se pasó una mano por la cara.

—No es lo que yo habría hecho, Beth —dijo—. Pero ha sido muy cristiano por su parte.

—¿Cristiano? —bufó lord Edward—. ¡Ha sido una locura! —Se volvió hacia sir Anthony con desprecio—. Le compadezco, caballero, si piensa dejar que su esposa tome todas sus decisiones.

—Oh, no es mi intención hacerlo, milord —respondió él con amabilidad—. Solo aquellas que le afecten directamente a ella.

—¿Hablaba en serio? —preguntó Beth de regreso a la casa. Viajaban en el carruaje juntos. Sir Anthony había declarado que estaba tan conmocionado y debilitado por la experiencia que se encontraba al borde del desmayo y no podía montar a caballo. Edwin había anunciado que le divertiría ejercer de cochero, y lord Edward y Richard se habían alejado cabalgando, aún murmurando sobre la blandura de las mujeres y la estupidez de los hombres que les daban demasiada libertad.

No parecía estar a punto de desmayarse, así que tras unos minutos, Beth se atrevió a preguntarle:

—Dijo muchas cosas. ¿A cuáles se refiere exactamente?

—Cuando dijo que no quería que lord Daniel me matara porque sería un fastidio tener que buscar otra prometida.

—Ah, me ha citado mal, querida. Lo que dije fue que sería un fastidio tener que buscar otra prometida..., pero, en realidad, no buscaría muy lejos.

—¿Por qué no? —preguntó Beth. ¿Acaso él tenía ya preparada una sustituta, esperando entre bastidores?

—Porque es a usted a quien deseo por esposa. Si no puedo tenerla, no tendré a ninguna otra.

Beth lo miró, desconcertada, intentando descifrar su expresión, pero su rostro quedaba en sombras, vuelto hacia la ventanilla.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo él con cortesía, bajando el estor de cuero.

—Por supuesto —respondió ella.

—¿Qué le ha hecho su hermano para que lo odie tanto?

Se giró justo a tiempo para ver cómo el rubor subía al rostro de ella y sus ojos adquirían una expresión de presa acorralada. Pero enseguida se rehízo, y cuando habló, su voz era serena y su expresión, inexpresiva.

—Pues verá, sir Anthony: me ha vendido. A cambio de una comisión de alférez y algo de dinero en efectivo.

Esperaba una protesta adornada, una declaración apasionada de amor, tal vez incluso un desmayo teatral.

—Y yo la he comprado. A usted y a su dote, por ese mismo precio: una comisión de alférez y algo de efectivo —respondió él.

—Así es.

—¿Y entonces me odia también a mí?

—No —respondió Beth de inmediato—. Pero odio formar parte de una sociedad que trata a las mujeres como mercancía, que se vende al mejor postor. Sé que así es, y también conozco todos los argumentos que lo justifican. Dios sabe que los he escuchado más veces de las que quisiera. Lo acepto. Pero no por ello tengo que aprobarlo.

—Y sin embargo, creo... espero que nuestra unión también le sea ventajosa a usted —dijo él.

Beth no respondió, y apartó la mirada.

—¿Desea anular la boda? —preguntó él entonces, con una calma inesperada.

Ella lo miró, sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—No soy lord Daniel —añadió, inclinándose hacia ella y tomándole las manos—. No pienso obligarla a casarse conmigo, Beth. Ni con una espada, ni por ningún otro medio.

Ella frunció el ceño. Él hablaba en serio. Lo supo con certeza. No había rastro de frases melosas ni de apelativos aduladores. Ella había aceptado casarse con él porque pensaba que la estaba coaccionando. Y por primera vez, se preguntó si lo había juzgado mal. Se sentía agotada, vacía tras todo lo vivido esa noche. No podía tomar una decisión tan importante en ese estado. Y, sin embargo, tenía que hacerlo. Ya no había tiempo. Lo miró con el alma en vilo.

—Si lo que desea es evitar la censura de su familia —prosiguió él —, yo diré que me he visto tan afectado por esta noche tan traumática que soy incapaz de afrontar el matrimonio. Declararé que estoy completamente abatido, que necesito reposo, y me encerraré en mi cuarto durante unos días, o una semana... o el tiempo que necesite para decidir si quiere casarse conmigo o no. Si finalmente decide no hacerlo, podrá decir que no siente más que desprecio por un ejemplar tan débil de la virilidad. Nadie la culpará. Yo me encargaré de ello.

—¿Haría eso por mí? —preguntó ella, en voz baja.

—Sí, si así lo desea. Nadie se sorprenderá. ¿Lo desea?

Bajó la mirada hacia sus manos, cubiertas por las de él, mucho más grandes. Llevaba aún los guantes de gala, de piel clara, ahora manchados y arañados por la carrera desesperada para salvarla. Beth reflexionó con seriedad. Él la repelía físicamente: su afán por acicalarse, sus perfumes, su maquillaje... le resultaban nauseabundos. Era un chismoso, un indiscreto. Y a pesar de sus palabras de neutralidad, era amigo del rey al que ella quería destronar.

Pero también era amable, considerado, culto, divertido. Y nunca le había levantado la mano. ¿Cambiaría eso cuando fueran marido y mujer y ella pasara a ser su propiedad? No podía saberlo con certeza. Pero no lo creía.

Beth retiró las manos con delicadeza y se recostó en el asiento justo cuando el carruaje se detenía frente a la casa.

—No, no lo deseo —dijo ella con firmeza.

Él soltó el aire sin darse cuenta de que lo había estado conteniendo.

—Me casaré con usted mañana por la mañana, sir Anthony.

—¿Está segura? Quiero que esté convencida de haber elegido bien a su esposo.

—En esta vida hay pocas certezas, sir Anthony —respondió Beth con una sonrisa, sintiéndose extrañamente aliviada ahora que la decisión estaba tomada—. Pero sí tengo una certeza.

—¿Y cuál es esa, querida? —preguntó él, tendiéndole la mano para ayudarla a bajar del carruaje.

—Que usted es un hombre mucho mejor de lo que mi hermano será jamás. Y con eso, por ahora, me basta.

Su ligereza era contagiosa. Sir Anthony le ofreció el brazo, y ella lo tomó. Juntos comenzaron a caminar hacia la casa, seguidos por Edwin, que cerraba la comitiva.

—Me alegra oírlo, querida, aunque temo que su opinión pueda cambiar cuando le cuente lo que todos en esa casa estarán deseando comentar.

—¿Y qué es eso, señor? —preguntó Beth, riendo.

Él se inclinó hacia su oído y susurró:

—¿¡Que hizo qué!? —exclamó ella, incrédula.

—Fue la manera más rápida de lograr que respirara lo suficiente como para contarme lo que le había ocurrido a usted. Aunque ahora me temo que mi gesto pueda haberse malinterpretado. Pobre Sarah... No quiero ni imaginar lo que pensará de mí.

Viendo a las mujeres que ya corrían hacia la puerta, Beth no dudaba de que sus temores estaban justificados.

—No desperdicie su compasión en Sarah. Tendrá anécdotas para alimentar conversaciones durante semanas. Creo que deberíamos reservar toda nuestra lástima para nosotros mismos.

Suspiraron al unísono. La noche había sido larga, y aún estaba lejos de terminar.

—¿Puedo hacerle una última petición, sir Anthony? —preguntó Beth.

—Por supuesto, mi querida Elizabeth.

—Mis padres solo me llamaban Elizabeth cuando me regañaban. Lo detesto. ¿Podría llamarme Beth, a partir de ahora?

Sir Anthony curvó los labios en una sonrisa que ella no alcanzó a ver en la oscuridad.

—Pensé que nunca me lo pediría —respondió él, y juntos se encaminaron hacia el revuelo que les aguardaba.

Fin

Sobre la autora



Julia ha sido una lectora empedernida desde niña, y siempre ha encontrado en los libros una forma de desconectar y viajar a otros mundos. Tras licenciarse en Lengua y Literatura Inglesas, pasó buena parte de sus veintitantos años intentando ser sensata y responsable, llegando incluso a trabajar en la Administración Pública. También allí le vinieron muy bien sus lecturas.

Con el tiempo, decidió dejar de intentar encajar y empezó a vivir a su manera, sin seguir las expectativas ajenas. Desde entonces ha trabajado en distintos campos, desde la enseñanza y la venta telefónica hasta la restauración artística. En la actualidad se dedica a la transcripción, corrección de estilo y revisión de textos.

En su tiempo libre sigue devorando libros, además de cuidar su forma física y viajar siempre que puede. La vida no siempre ha sido fácil, pero desde luego nunca ha sido aburrida. Vive en una zona rural de Gales, junto a su gato Constantine, mientras que su encantadora pareja —de forma muy sensata— reside a unos kilómetros, en el pueblo de al lado.

Ahora, en lugar de refugiarse solo en los libros de otros, ha decidido escribir los suyos propios, con la esperanza de que quienes los lean disfruten tanto como ella lo hace al crearlos.

Puedes contactar con ella en:

https://www.facebook.com/pages/Julia-Brannan/727743920650760?fref=ts

https://twitter.com/BrannanJulia

http://www.pinterest.com/juliabrannan/

Sinopsis

Máscara de engaño es la primera entrega de la serie de ficción histórica Crónicas Jacobitas. Si te gustan las heroínas decididas y una esmerada ambientación de época, te encantará la recreación de Julia Brannan de este fascinante episodio de la historia de Escocia.

Inglaterra, 1742. Beth Cunningham disfrutaba de una tranquila vida en el campo, hasta que la muerte de su padre la deja sin dinero y con su dote bloqueada en un fideicomiso. Con su pacífica existencia a punto de desmoronarse, el regreso de la guerra de su despiadado hermano solo empeorará las cosas: Él tiene la intención de utilizar su herencia para impulsar su propia carrera, condenando la preciada libertad de Beth con un matrimonio de conveniencia.

Cuando él recurre a la violencia para obligarla a entrar en sociedad, ella no tardará en darse cuenta de que, a medida que la rebelión comienza a gestarse en todo el país, su ascendencia católica podría ser mucho más peligrosa que las ambiciones de su despiadado hermano.

¿Conseguirá Beth escapar de su control y sobrevivir a la revolución que se avecina?

En los medios…

«Personajes atractivos, excelente narrativa y gran investigación: ¿qué más se puede pedir?». Diana Gabaldon dianagabaldon.com Methadone List

Créditos

Edición digital: abril de 2025
© 2025, Julia Brannan
© 2025, Coralia Press
© 2025, de la traducción, Rosa María Calvo Luque
© 2015, Julia Brannan, por la primera edición original: Mask of Duplicity

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright. https://coraliapress.com/

Índice

- Máscara de engaño
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Sobre la autora
- Sinopsis
- Créditos
- Índice

---

[1] Prenda masculina tradicional de Escocia, confeccionada con tartán a modo de falda.

[2] Capa o manta confeccionada con tartán.

[3] Soldado británico de caballería.

[4] Cita atribuida a San Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la orden jesuita, que destaca la importancia de la educación temprana en la formación del carácter.

[5] Jorge II, llamado despectivamente «el Elector» por sus enemigos jacobitas, ya que antes de ser rey era Elector de Hannover.

[6] Partido político británico partidario de la sucesión protestante y opuesto a los Estuardo católicos.

[7] En el original, *cornet*: oficial subalterno de caballería, equivalente a alférez.

[8] «Viejo Costillas de Hierro». Apodo de Oliver Cromwell, líder militar y político puritano, célebre por su dureza en el campo de batalla durante la Guerra Civil inglesa.

[9] Espíritu femenino del folclore irlandés y escocés que anuncia la muerte mediante un llanto o lamento desgarrador.

[10] Carruaje descubierto, de cuatro ruedas, alto y ligero.

[11] Juego de cartas que fue popular en el siglo XVIII.

[12] Partido conservador británico, defensor del orden monárquico.

[13] Término escocés que significa «muchacha».

[14] «Sí», en gaélico.

[15] «Extranjero», en gaélico.

[16] Pequeño cuchillo tradicional escocés.

[17] Juego de cartas de origen inglés, muy popular en los siglos XVII y XVIII.

[18] Prenda ligera e informal usada en casa.

[19] «La amo», en gaélico escocés.